LIBRO dot.com

EL AGENTE SECRETO

JOSEPH CONRAD



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Mr. Verloc, al salir por la mañana, dejaba su negocio nominalmente a cargo de su cuñado. Podía hacerlo porque había poco movimiento a cualquier hora y prácticamente ninguno antes de la noche.

Mr. Verloc se preocupaba bien poco por su actividad visible y, además, era su mujer quien quedaba a cargo de su cuñado.

El negocio era pequeño y también lo era la casa. Era una de esas casas sucias, de ladrillo, de las que había gran cantidad antes de la época de reconstrucción que se abatió sobre Londres. El negocio era cuadrado, con una vidriera al frente, dividida en pequeños paneles rectangulares. Durante el día la puerta permanecía cerrada; por la noche se mantenía discreta y sospechosamente entreabierta.

En la ventana había fotografías de bailarinas más o menos desvestidas; paquetes varios envueltos como si fueran específicos medicinales, envases cerrados de papel amarillo, muy delgado, marcados con el precio de media corona en grandes cifras negras; unos cuantos números de publicaciones cómicas francesas, colgados de una cuerda como para secarse, un deslustrado recipiente de porcelana azul, una cajita de madera negra, botellas de tinta para marcar y sellos de goma; unos pocos libros con títulos que sugerían poco decoro, unos pocos números de diarios aparentemente viejos y mal impresos, con títulos como La Antorcha, El Gong: títulos vehementes. Los dos mecheros de gas, dentro de sus pantallas de vidrio, siempre tenían la llama baja, ya fuera por economía o por consideración a los clientes.

Esos clientes eran hombres muy jóvenes que vacilaban un momento cerca de la ventana antes de deslizarse adentro con rapidez; o bien hombres más maduros, cuya apariencia en general indicaba pobreza.

Algunos de los de este tipo llevaban los cuellos de sus sobretodos levantados hasta los bigotes y rastros de barro en las botamangas, que tenían la apariencia de estar muy gastadas y pertenecer a pantalones muy baratos. Las piernas que iban dentro de esos pantalones tampoco parecían de mucha enjundia. Con las manos bien hundidas en los bolsillos laterales de sus sacos, se escabullían de costado, un hombro hacia adelante, como si temieran que la campanilla empezara a sonar.

La campanilla, colgada de la puerta con un alambre de acero, era difícil de evitar. Estaba rajada sin esperanza, pero de noche, al mínimo roce, sonaba con estrépito por detrás del parroquiano, con virulencia descarada.

Resonaba, y a esa señal, a través de la polvorienta puerta vidriera, por detrás del mostrador pintado, aparecía rápidamente Mr. Verloc, desde el salón de la trastienda. Sus ojos siempre estaban pesados; Mr. Verloc tenía el aspecto de haberse revolcado totalmente vestido,

durante todo el día, en una cama deshecha. Otro hombre hubiera pensado que esa apariencia era una notoria desventaja. En un comercio de venta al menudeo tiene mucha importancia el aspecto atractivo y amable del vendedor. Pero Mr. Verloc conocía su negocio y se mantenía incólume frente a cualquier tipo de duda estética acerca de su apariencia. Con descaro firme e imperturbable, hubiera procedido a vender a través del mostrador cualquier objeto que en forma escandalosamente obvia no valiera la plata que se llevaba la transacción: una pequeña caja de cartulina, en apariencia vacía, por ejemplo, o uno de esos endebles envoltorios amarillos, cerrados con esmero, o un volumen sucio, de tapas blandas, con algún título prometedor. Una que otra vez ocurría que una de las descoloridas, amarillas bailarinas se vendía a algún jovencito, como si se tratara de una muchacha viva y joven.

A veces era Mrs. Verloc la que respondía al llamado de la campanilla rajada. Winnie Verloc era una mujer joven de busto prominente, realzado por una blusa entallada, y de caderas anchas. Su cabello estaba siempre muy bien peinado. De ojos cargados, como su marido, conservaba un aire de indiferencia insondable detrás del baluarte del mostrador. Entonces el cliente, por lo general más joven que ella, se sentía de pronto desconcertado por tener que tratar con una mujer, y con fastidio, en el corazón preguntaba por una botella de tinta de marcar, precio de venta seis peniques (en el negocio de Verloc siete peniques) que, una vez afuera, hubiera volcado a escondidas junto al cordón de la calle.

Los visitantes nocturnos los hombres con los cuellos levantados y las alas del sombrero bajas saludaban a Mrs. Verloc con una familiar inclinación de cabeza y murmurando alguna cortesía levantaban la tapa plegadiza de la punta del mostrador, para entrar en la trastienda que daba acceso a un pasillo y a un empinado tramo de escalera. La puerta del negocio era la única entrada de la casa en la que Mr. Verloc desarrollaba su negocio de vendedor de mercaderías sospechosas, ejercía su vocación de protector de la sociedad y cultivaba sus virtudes domésticas.

Estas últimas eran manifiestas: estaba domesticado a fondo. Ni sus necesidades espirituales, ni las mentales, ni las físicas eran de las que llevan al hombre fuera de su casa. En el hogar encontraba ocio para su cuerpo y paz para su conciencia, junto a las atenciones conyugales de Mrs. Verloc y al trato deferente de la madre de ella.

La madre de Winnie era una mujer corpulenta, con una gran cara morena; usaba peluca negra debajo de una cofia blanca. Sus piernas hinchadas la mantenían inactiva. Se consideraba a sí misma descendiente de franceses, lo que bien podía ser cierto; después de sus buenos años de vida matrimonial con un hotelero simplón, que tenía licencia para expendio de licores, se mantuvo en sus años de viudez alquilando habitaciones amuebladas para caballeros, cerca de la calle Vauxhall Bridge en una plaza que alguna vez poseyó esplendor y todavía estaba incluida en el distrito de Belgravia. Este hecho topográfico implicaba cierta ventaja para la propagandización de los cuartos. Pero los clientes de la digna viuda no pertenecían justamente al tipo elegante. Tales como eran, Winnie, su hija, ayudaba a atenderlos. Rasgos de la ascendencia francesa que la madre reivindicaba para sí eran visibles también en Winnie. Se transparentaban en la extrema pulcritud y artístico peinado de los negros cabellos brillantes. Asimismo Winnie tenía otros encantos: su juventud, su cuerpo pleno, rotundo, de formas armoniosas, la provocación de su reserva

insondable, que nunca llegaba a desbaratar la conversación siempre animada de los pensionistas, a quienes ella respondía con uniforme amabilidad. Era inevitable que Mr. Verloc fuera permeable a esas fascinaciones. Mr. Verloc era pensionista intermitente; iba y venía sin ninguna razón visible. En general llegaba a Londres (como la gripe) desde el continente, sólo que él no llegaba precedido por los anuncios de la prensa, y sus visitas transcurrían en medio de gran severidad. Desayunaba en la cama y se quedaba acostado, dando vueltas, con aire de tranquila diversión, hasta el mediodía. Y a veces hasta más tarde. Pero cada vez que salía, daba la impresión de tener grandes dificultades para encontrar el camino de regreso a su hogar temporario, en la plaza Belgravia. Salía tarde y regresaba temprano, si es que es temprano las tres o cuatro de la mañana; al despertar, a las diez, charlaba con Winnie que le traía la bandeja del desayuno con jocosa, rendida cortesía, con la voz ronca y desfalleciente de quien ha estado hablando con vehemencia durante varias horas consecutivas.

Sus ojos saltones, de párpados pesados, giraban amorosos y lánguidos, estiraba la ropa de cama hasta el mentón y su oscuro bigote cuidado cubría sus labios carnosos, hábiles en chanzas dulcificadas. En opinión de la madre de Winnie, Mr. Verloc era un fino caballero. De su experiencia vital, recogida en diversas “casas de negocios”, la excelente mujer había llevado a su vida de reclusión un ideal de caballerosidad tal como el que exhibían los parroquianos de los salones privados de los bares. Mr. Verloc se aproximaba a ese ideal; en rigor, lo había alcanzado.

—Por supuesto, nos haremos cargo de tus muebles, mamá —había aclarado Winnie.

Fue preciso desalojar la casa de huéspedes; parece ser que no hubo respuesta al pedido de seguir con ella. Hubiera sido demasiado problema para Mr. Verloc: no hubiera estado en concordancia con sus otros negocios. Nunca dijo cuáles eran sus negocios; pero después de su compromiso con Winnie se tomó el trabajo de levantarse antes de mediodía, bajar las escaleras y entretener a la madre de Winnie en el comedor de la planta baja, donde la señora dejaba transcurrir su inmovilidad.

Verloc acariciaba al gato, atizaba el fuego, tomaba una ligera comida servida allí para él. Abandonaba ese estrecho rincón cómodo con evidente disgusto, pero aun así permanecía afuera hasta que la noche estaba muy avanzada. Nunca ofreció a Winnie llevarla al teatro, tal como un fino caballero debía haber hecho. Sus noches estaban ocupadas. En cierta medida, su trabajo era político, le dijo a Winnie una vez. También le advirtió que debía ser muy gentil con sus amigos políticos.

Y con su directa, insondable mirada, ella contestó que lo sería, por supuesto.

Para la madre de Winnie fue imposible descubrir qué más dijo él acerca de su actividad. El matrimonio se hizo cargo de ella junto con sus muebles; el aspecto humilde del negocio sorprendió a la señora. El cambio de la plaza Belgravia a la estrecha calle en Soho fue adverso para las piernas de la madre de Winnie: se le hincharon enormemente.

Pero, por otra parte, se liberó por completo de las preocupaciones materiales.

La poderosa buena naturaleza de su yerno le inspiraba absoluta confianza. El futuro de su hija estaba asegurado, era obvio, e incluso no tenía que experimentar ansiedad por su hijo Stevie. No podía haberse ocultado a sí misma que era una carga terrible el pobre Stevie. Pero en vista de la ternura de Winnie para con su débil hermano y de la gentil y generosa disposición de Mr. Verloc, presintió que el pobre muchacho estaba bien a salvo en este mundo rudo. Y en el fondo de su corazón tal vez no estaba disgustada porque los Verloc no tuvieran hijos. Como esta circunstancia parecía indiferente por completo para Mr. Verloc, y como Winnie encontró un objeto de casi maternal afecto en su hermano, tal vez todo eso fuera lo que el pobre Stevie necesitaba.

En cuanto al muchacho, era difícil saber qué hacer con él: delicado y hasta buen mozo en su fragilidad, el labio inferior le colgaba dándole un inevitable aire de estupidez. Bajo nuestro excelente sistema de educación compulsiva, aprendió a leer y escribir a despecho de la desfavorable apariencia de su labio caído. Pero como mandadero no obtuvo muchos éxitos. Olvidaba los mensajes; se apartaba con facilidad del estrecho camino del deber, seducido por gatos y perros vagabundos a los que seguía por estrechos callejones, hasta llegar a patios hediondos; se distraía con las comedias callejeras que contemplaba boquiabierto, en detrimento de los intereses de sus patrones, o se paraba a ver las dramáticas escenas de las caídas de caballos, cuyo patetismo y violencia a veces lo inducían a chillar agudamente entre la muchedumbre, poco amiga de ser perturbada por sonidos angustiosos en su tranquila degustación del espectáculo nacional. Cuando algún serio y protector policía lo alejaba del lugar, a veces le ocurría al pobre Stevie que había olvidado su domicilio— al menos por un rato—. Una pregunta brusca lo hacía tartamudear hasta la sofocación. Cuando algo lo asustaba y confundía, bizqueaba de modo horrible. No obstante, nunca tuvo ataques, lo cual era alentador, y frente a los naturales estallidos de impaciencia de su padre, en los días de la infancia, siempre pudo correr a refugiarse tras las cortas faldas de su hermana Winnie. Por otro lado, bien se lo podía considerar sospechoso de poseer un oculto acopio de picardía atolondrada. Cuando cumplió catorce años, un amigo de su difunto padre, agente de una firma extranjera productora de leche envasada, le dio una oportunidad como cadete de oficina. En una tarde neblinosa, el muchacho fue descubierto, en ausencia de su jefe, muy ocupado con una fogata en la escalera. Había encendido, en rápida sucesión, una ristra de retumbantes cohetes, iracundas ruedas de fuego artificial, recios buscapiés explosivos; y la cosa se hubiera podido poner muy seria. Un tremendo pánico cundió en todo el edificio. Oficinistas sofocados, con la ropa en desorden, corrían por los pasillos llenos de humo; hombres de negocios, mayores, con sus galeras de seda, rodaban, separados, escaleras abajo. Stevie no parecía haber obtenido ninguna gratificación personal a partir de lo que había hecho. Sus motivos para ese ataque de originalidad eran difíciles de descubrir. Sólo mucho más tarde Winnie obtuvo de él una nebulosa, confusa confesión. Parece que los otros dos mandaderos del edificio lo influyeron con relatos de opresión e injusticia, hasta llevar su compasión a un grado de frenesí. Pero el amigo de su padre, por supuesto, lo despidió sumariamente, acusándolo de querer arruinar su negocio. Después de ese arranque altruista, Stevie fue ubicado como ayudante de lavaplatos en la cocina de la planta baja y como lustrabotas de los caballeros que apoyaban la mansión de la plaza Belgravia. Era seguro que no había futuro en ese trabajo:

los caballeros daban al muchacho, de vez en cuando, un chelín de propina. Mr. Verloc se mostró como el más generoso de los inquilinos.

Pero, con todo, ello no significó un gran aumento de las ganancias y expectativas; así que, cuando Winnie anunció su compromiso con Mr. Verloc, su madre no pudo menos que preguntarse, con un suspiro y una mirada hacia la cocina, qué iría a ocurrir, en adelante, con el pobre Stevie.

Ocurrió que Mr. Verloc estaba dispuesto a hacerse cargo de él junto con la madre de su mujer y el mobiliario, que constituía toda la fortuna visible de la familia. Mr. Verloc igualó todo en su amplio y bondadoso pecho. El mobiliario se acomodó lo mejor posible en toda la casa, pero la madre de Mrs. Verloc fue relegada a los dos cuartos traseros del primer piso. El infortunado Stevie dormía en uno de ellos.

Por esa época, un delicado vello empezó a sombrear, como una niebla dorada, la nítida línea de su maxilar inferior. Ayudaba a su hermana con amor ciego y docilidad en las tareas de la casa, Mr. Verloc pensó que alguna tarea sería buena para el muchacho. El tiempo libre se lo hizo ocupar dibujando círculos con compás y lápiz sobre un trozo de papel. El chico se aplicó al pasatiempo con gran empeño, con sus codos desparramados e inclinado sobre la mesa de la cocina. A través de la puerta abierta de la trastienda, Winnie, su hermana, lo observaba de a ratos con vigilante actitud maternal.

II

Así eran la casa, familia y negocio que Mr. Verloc dejó, atrás en su camino hacia el oeste a las diez y media de la mañana. Era inusualmente temprano para él; toda su persona exhalaba el encanto de una frescura casi de rocío: llevaba su saco azul desabotonado, sus botas relucían, las mejillas, recién afeitadas, tenían cierto brillo e incluso sus ojos de pesados párpados, frescos tras una noche de sueño pacífico, echaban miradas de relativa vivacidad. A través de la verja del parque, esas miradas contemplaban hombres y mujeres cabalgando en el Row, parejas marchando en un medio galope armonioso, otros paseando tranquilos, grupos de ociosos, de tres, o cuatro personas, solitarios jinetes de aspecto insociable y solitarias mujeres seguidas a distancia por un sirviente de sombrero, adornado con una escarapela, y un cinturón de cuero por encima del saco ajustado. Circulaban carruajes, en su mayoría berlinas de dos caballos, y alguna victoria aquí y allá, tapizados por dentro con la piel de algún animal salvaje y un rostro de mujer y un sombrero emergiendo por encima de la capota plegada. Un peculiar sol londinense contra el que no se puede decir nada, excepto que tiene brillos sangrientos glorificaba toda la escena a través de su cara insolente, colgada de una mediana elevación, por encima del Hyde Park Corner, llena de un aire de puntual y benigna vigilancia. Bajo los pies de Mr. Verloc, tenía un tinte de oro viejo esa luz difusa en la que ni paredes, ni árboles, ni animales, ni hombres proyectan sombra. Mr.

Verloc marchaba hacia el oeste, a través de una ciudad sin sombras, en medio de una atmósfera de oro viejo polvoriento. Había destellos rojos, cobrizos, en los techos de las casas, en las aristas de las paredes, en los paneles de los coches, en las mismas gualdrapas de los caballos y hasta en la amplia espalda del saco de Mr. Verloc, donde producían el efecto opaco de cosa antigua. Pero Mr. Verloc no estaba para nada consciente de haberse puesto antiguo. Examinaba con ojos aprobatorios, a través de las verjas del parque, los testimonios de la opulencia y el lujo de la ciudad. Toda esa gente tenía que ser protegida. La protección es la primera necesidad de la opulencia y el lujo. Tenían que ser protegidos; y sus caballos, carruajes, casas, servidores, tenían que ser protegidos; y la fuente de su abundancia tenía que ser protegida en el corazón de la ciudad y del país; todo el orden social favorable a esa frivolidad higiénica tenía que ser protegido de la tonta envidia del trabajo antihigiénico.

Tenía que ser así y Mr. Verloc se hubiera frotado las manos con satisfacción si no hubiese sido orgánicamente adverso a cualquier esfuerzo superfluo. Su ocio no era higiénico, pero le sentaba muy bien.

Era, en cierta medida, devoto de ese ocio, con una especie de fanatismo inerte o tal vez, más bien, con fanática inercia. Nacido de padres industriosos, de vida dedicada al trabajo, había abrazado la indolencia por un impulso tan profundo como inexplicable y tan imperioso como el movimiento que encamina las preferencias del hombre hacia una mujer determinada entre mil. Era demasiado perezoso, aun para ser un simple demagogo, o un enfático orador, o bien un líder gremial. Todo eso era muy problemático. Mr. Verloc exigía

una forma de ocio más perfecta; o tal vez pudo haber sido víctima de un descreimiento filosófico en la efectividad de cualquier esfuerzo humano. Tal forma de indolencia implica, requiere, una cierta cantidad de inteligencia. Mr.

Verloc no estaba desprovisto de inteligencia y ante la noción de un orden social en peligro tal vez se hubiera preguntado, con perplejidad, si no había que hacer un esfuerzo frente a ese signo de escepticismo.

Sus grandes ojos saltones no estaban bien adaptados a parpadear; más bien eran de los que se cierran con solemnidad en un dormitar de majestuoso efecto. Impertérrito y con el andar de un corpulento cerdo gordo, Mr. Verloc, sin restregarse las manos con satisfacción, ni parpadear escéptico frente a sus pensamientos, siguió su camino. Pisaba el pavimento con pesadez; sus botas brillantes y su aspecto general correspondían al de un mecánico acomodado que anduviera en sus propios negocios. Podría habérselo tomado por cualquier cosa, desde un colocador de cuadros a un cerrajero; un contratista de obra en pequeña escala. Pero de él emanaba un cierto aire indescriptible, que ningún mecánico podría haber adquirido en su oficio, por más deshonesto que fuera al ejercerlo: el aire común a los hombres que viven en el vicio, en la locura o en los más ruines horrores de la humanidad; el aire de nihilismo moral común a los frecuentadores de garitos y de casas inmorales, a los detectives privados y a los pesquisas, a los vendedores de bebida y, yo agregaría, a los vendedores de cinturones eléctricos vigorizantes y a los inventores de tónicos patentados. Pero de esto último no estoy seguro, ya que no llevé mis investigaciones hasta esa profundidad.

Por todo lo que sé, la apariencia de estos últimos puede ser perfectamente diabólica y no me sorprendería. Lo que quiero afirmar es que la expresión de Mr. Verloc de ningún modo era diabólica.

Antes de llegar a Knightshridge, Mr. Verloc dobló hacia la izquierda, dejando atrás la transitada calle principal, bulliciosa por el tráfico de bamboleantes omnibuses y coches, para diluirse en el más silencioso y veloz deslizarse de los cabriolés. Bajo su sombrero, que usaba con una ligera inclinación hacia atrás, su pelo había sido cepillado cuidadosamente y con severa lisura. Su meta era una Embajada y Mr. Verloc, firme como una roca un tipo blando de roca avanzaba ahora por una calle que con toda propiedad podría describirse como privada. En su anchura, vaciedad y extensión tenía la imponencia de la naturaleza inorgánica, de lo que nunca muere. El único indicio de finitud era la berlina de un doctor estacionada, augusta y solitaria, cerca del cordón. Los aldabones bruñidos de las puertas centelleaban desde tan lejos como el ojo pudiera alcanzar a verlos, las limpias ventanas brillaban con un lustre oscuro y opaco. Y todo estaba sosegado. Pero un carro de lechero rechinaba, ruidoso, a través de la amplia perspectiva; un repartidor de carne, manejando con la misma temeridad de un corredor en los Juegos Olímpicos, se perdía tras una esquina, sentado muy arriba, por encima de un par de ruedas rojas. Un gato de aspecto culpable surgió por debajo de unas piedras, corrió por un momento delante de Mr. Verloc, luego se zambulló en un sótano. Un tosco policía, de aspecto ajeno a toda emoción, como si él también fuera parte de la naturaleza inorgánica, emergiendo de la columna de un farol, no prestó la más mínima atención a Mr. Verloc. Éste, tras doblar a la izquierda, continuó su camino por una estrecha calle, junto a una pared amarilla que, por alguna razón

inescrutable, tenía escrito en caracteres negros Nº 1 Chesham Square. En rigor, la plaza Chesham estaba por lo menos cincuenta metros más adelante, y Mr. Verloc, lo suficientemente cosmopolita como para no dejarse engañar por los misterios topográficos de Londres, prosiguió su camino con decisión, sin muestras de sorpresa o enfado. Por fin, con sistemática persistencia, alcanzó la plaza y describió una diagonal hasta el número 10. Se trataba de una imponente puerta cochera en medio de una pared alta y limpia, entre dos casas. Una de estas, con bastante arreglo a la razón, tenía el número 9, en tanto que la otra llevaba el 37; pero la pertenencia de esta última a la calle Porthill, calle bien conocida en la vecindad, estaba proclamada en una inscripción, puesta por encima de las ventanas de la planta baja por cualquiera que sea la eficiente autoridad que asume el deber de guardar el rastro de las casas extraviadas de Londres. Por qué no se piden poderes al Parlamento— un breve decreto bastaría— para obligar a esos edificios a volver a su lugar correspondiente es uno de los misterios de la administración municipal, Mr. Verloc no ocupaba su cabeza en este asunto, por ser su misión en la vida la de proteger el mecanismo social, no su perfeccionamiento, ni menos su crítica.

Era tan temprano que el portero de la Embajada salió precipitadamente de la portería, luchando aún con la manga izquierda del saco de su librea. El saco del portero era rojo y los calzones cortos, pero su aspecto, con todo, traslucía agitación. Mr. Verloc, conocedor del motivo de esa embestida a su flanco, la frenó con sólo mostrar un sobre estampado con las armas de la Embajada y pasó. Exhibió el mismo talismán también ante el sirviente que custodiaba la puerta y que se avino a dejarlo pasar al vestíbulo.

Ardía el fuego brillante en una elevada chimenea y un hombre maduro, parado de espaldas al fuego, con traje de etiqueta y una cadena alrededor de su cuello, miraba por encima del diario que sostenía, desplegado ante su cara severa y tranquila. Este hombre no se movió, pero otro lacayo, de calzones castaños y una casaca ribeteada con finos cordones amarillos, se aproximó a Mr. Verloc, escuchó el susurro de su nombre, giró sobre sus talones en silencio y comenzó a caminar sin volver la mirada ni una sola vez. Así conducido a través de un pasillo de la planta baja, hacia la izquierda de la escalinata alfombrada, Mr.

Verloc fue de pronto invitado a entrar en un diminuto salón amueblado con un macizo escritorio y unas pocas sillas. El sirviente cerró la puerta y Mr. Verloc quedó solo. No se sentó: con el sombrero y el bastón en una mano, miró en torno, pasando su otra mano regordeta por la peinada cabeza descubierta.

Otra puerta se abrió sin ruido y Mr. Verloc inmovilizó la mirada en esa dirección: al primer golpe de vista sólo distinguió unas ropas negras, luego la calva de una cabeza y unas patillas grises oscuras a cada lado de un par de manos arrugadas. La persona que había entrado sostenía un montón de papeles ante sus ojos; mientras examinaba esos papeles caminó hasta la mesa con pasos afectados. El Consejero Privado Wurmt, Chancelier d'Ambassade, era de poca estatura; este meritorio oficial depositó los papeles sobre la mesa y mostró una cara de aspecto pastoso y melancólica fealdad, enmarcada por una mata de fino y largo pelo gris oscuro, dividida por el trazo espeso de tupidas cejas.

Se puso sobre la nariz roma y deforme unos quevedos de marco negro y pareció sorprenderse ante la presencia de Mr. Verloc. Bajo las enormes cejas, sus ojos débiles pestañeaban patéticos a través de los lentes.

Wurmt no hizo ninguna seña de saludo, ni tampoco Mr. Verloc, quien, por cierto, conocía su lugar; pero un sutil cambio en la línea de sus hombros y espalda sugería una mínima inclinación dorsal, por debajo de la amplia superficie del saco. El efecto delataba una deferencia recatada.

—Tengo aquí algunos de sus informes— dijo el funcionario con voz inesperadamente suave y llena de tedio, apretando con fuerza los papeles con la punta del índice. A continuación hizo una pausa y Mr.

Verloc, que había reconocido muy bien su propia letra, aguardó expectante, en silencio.

—No estamos satisfechos con la actitud de la policía de aquí— continuó el otro, con todas las apariencias de quien tiene fatiga mental.

Los hombros de Mr. Verloc, sin moverse en realidad, insinuaron un encogimiento y, por primera vez desde que abandonó su casa esa mañana, se abrieron sus labios:

—Todo país tiene su policía— dijo filosóficamente—. Pero como el funcionario de la Embajada parpadeaba frente a él sin pausa, se sintió obligado a agregar:

—Permítame observar que no tengo medios de acción sobre la policía local.

—Lo que se quiere— dijo el hombre de los papeles— es que ocurra algo definido que pueda estimular la vigilancia policial. Esto está dentro de su provincia, ¿no es así?

Mr, Verloc contestó sólo con un suspiro, que se le escapó involuntariamente; por un momento trató de dar a su cara una expresión animada. El funcionario parpadeó con convicción, como si se sintiera afectado por la luz turbia del cuarto. Luego repitió vagamente:

—La vigilancia de la policía y la severidad de los magistrados. La lenidad corriente del procedimiento legal en este país y la completa ausencia de toda medida represiva son un escándalo para Europa. Lo que ahora se busca es acentuar la inquietud, los fermentos que sin duda existen.

—Sin duda, sin duda— interrumpió Mr. Verloc en tono grave, deferente y oratorio, distinto por completo del que había utilizado antes, tan distinto que su interlocutor quedó estupefacto—. Existen en un grado peligroso. Mis informes de los últimos doce meses lo ponen bien de manifiesto.

—Sus informes de los últimos doce meses— comenzó el Consejero de Estado Wurmt, con su tono gentil y desapasionado— han sido leídos por mí. No logré descubrir por qué los escribió usted.

Durante unos pocos minutos reinó un triste silencio. Parecía que Mr. Verloc se había tragado la lengua; el otro miró fijamente los papeles que estaban sobre el escritorio. Por último los apartó hacia un costado.

—El estado de cosas que usted expone aquí, es el que se asumió como existente y como primera condición de su empleo. Lo que se requiere en el momento actual no es escribir, sino producir un hecho distinto, significativo, yo hablaría más bien de un hecho alarmante.

—No necesito asegurar que todos mis esfuerzos estarán dirigidos a ese fin— dijo Mr. Verloc, modulando de modo convincente su ronco tono conversacional. Pero el presentimiento de una mirada atenta y centelleante por detrás de los opacos anteojos, al otro lado de la mesa, lo desconcertaba. Se detuvo bruscamente con ademán de absoluta devoción. El eficiente y laborioso, el oscuro miembro de Embajada, tenía el aspecto de estar impresionado por un pensamiento repentino.

—Usted es muy corpulento —dijo.

Esta observación, en realidad de índole psicológica y emitida con la modesta hesitación de un oficinista más familiarizado con la tinta y el papel que con las exigencias de la vida activa, punzó a Mr. Verloc como una ruda y personal advertencia. Dio un paso atrás.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted?— exclamó con ronco resentimiento.

El Chancelier d'Ambassade, encargado de la conducción de esta entrevista, pareció considerar que todo eso era demasiado para él.

—Pienso— respondió— que sería mejor que usted viera a Mr. Vladimir.

—Sí, decididamente creo que usted tendría que ver a Mr. Vladimir.

—Sea tan gentil de esperar aquí— agregó, y se fue con su pasito menudo.

De inmediato Mr. Verloc se pasó la mano por el pelo. De su frente brotaban leves gotas de transpiración. Dejó escapar el aire de sus labios fruncidos como quien sopla una cuchara llena de sopa caliente.

Pero cuando el lacayo vestido de castaño apareció calladamente en la puerta, Mr. Verloc no se había movido ni una pulgada del lugar que ocupara durante la entrevista. Se había mantenido inmóvil, como si se sintiera rodeado de trampas.

Mr. Verloc caminó a través de un pasillo iluminado por un solitario mechero de gas, subió por una escalera caracol y atravesó un corredor luminoso en el primer piso. El criado abrió una puerta y se quedó a un lado. Los pies de Mr. Verloc percibieron una alfombra mullida. La habitación era amplia, con tres ventanas; un hombre joven, con una enorme cara afeitada, sentado en un espacioso sillón, ante un escritorio amplio de caoba, decía en francés al Chancelier d'Ambassade, que iba saliendo con sus papeles en la mano:

—Dice usted bien, mon cher. Es gordo, el muy animal.

Mr. Vladimir, primer secretario, tenía pública reputación de hombre ameno y jovial. Era algo así como un favorito de la sociedad. Su talento consistía en descubrir cómicas conexiones entre ideas incongruentes; y cuando hablaba en ese estilo se adelantaba en su asiento, con la mano izquierda en alto, como si exhibiera sus graciosas exposiciones entre el pulgar y el índice, mientras su redondo, afeitado rostro mostraba una expresión de regocijada perplejidad.

Pero no había rastros de regocijo ni perplejidad en la mirada que le echó a Mr. Verloc. Bien arrellanado en el hondo sillón, acodado, cruzando la pierna sobre una gruesa rodilla, tenía, con su continente pulido y rozagante, el aire de un bebé sobrenatural, próspero, que no fuera motivo de asombro para nadie.

—¿Entiende francés, supongo?— preguntó.

Mr. Verloc afirmó roncamente que sí. Toda su humanidad se inclinaba hacia adelante; permaneció parado sobre la alfombra, en mitad de la sala, sosteniendo bastón y sombrero en una mano; la otra colgaba inerte, pegada a su costado. Mr. Verloc emitió un murmullo discreto, arrastrado en alguna profundidad de su garganta, refiriéndose a que había cumplido el servicio militar en la artillería francesa. De inmediato, con desdeñosa perversidad, Mr. Vladimir cambió de lengua y comenzó a hablar un inglés casi dialectal, sin rastros de acento extranjero.

—¡Ah! Sí. Por supuesto. Vamos a ver. ¿Cuánto tiempo le llevó obtener el dibujo del obturador perfeccionado del cañón de campaña de ellos?

—Un riguroso confinamiento de cinco años en una fortaleza— contestó Mr. Verloc, brusco, pero sin dar muestras de ningún sentimiento.

—Lo consiguió fácil— fue el comentario de Mr. Vladimir— y, de todos modos, le sirvió para dejarse pescar usted mismo. ¿Qué lo hizo caer en semejante situación, eh?

La ronca voz de Mr. Verloc se dejó oír hablando de juventud, de una fatal pasión indigna...

¡Ajá! Cherchez la femme se dignó exclamar Mr. Vladimir interrumpiendo en una concesión sin afabilidades; por el contrario, en su condescendencia restalló un tono siniestro—. ¿Cuánto hace que está empleado por la Embajada?— preguntó.

Desde los tiempos del difunto Barón Stott—Wartenheim contestó Mr. Verloc con tono sumiso, frunciendo los labios en un gesto melancólico, señal de pena por el diplomático fallecido. El Primer Secretario observaba con mirada fija ese juego fisonómico.

—¡Ah! desde los tiempos... ¡Bien! ¿Qué puede decir en su defensa?— preguntó lacónico.

Con cierra sorpresa, Mr. Verloc contestó que no sabía que tuviera algo especial que decir. Había sido citado mediante una carta, y hundió diligentemente su mano en un bolsillo lateral de su saco, pero ante la mirada vigilante y de cínica burla de Mr. Vladimir, terminó por dejarla donde estaba.

—¡Bah!— dijo este último. ¿Qué busca proclamando así su actividad?

Ni siquiera tiene físico adecuado para su profesión. ¿Usted, miembro del proletariado hambriento? ¡Jamás! ¿Usted, un desesperado socialista o anarquista? ¿Cuál de las dos tendencias?

—Anarquista— declaró Mr. Verloc en un tono amortecido.

—¡Pavadas!— exclamó Mr. Vladimir, sin elevar la voz—. Usted puede asustar al viejo Wurmt, pero no podría engañar ni a un idiota. A todos esos los pongo entre paréntesis, pero usted me parece simplemente imposible. Así que su conexión con nosotros empezó con el robo de los planos del camión francés. Y lo pescaron. Eso debe haber sido muy desagradable para nuestro gobierno. Usted no parece ser demasiado astuto.

Mr. Verloc intentó disculparse con su voz ronca.

—Como señalé antes, una fatal pasión por una persona indigna...

Mr. Vladimir levantó una mano grande, blanca, regordeta.

—¡Ah, sí! la infortunada relación de su juventud. Ella se adueñó del dinero y después lo vendió a usted a la policía ¿no?

El lúgubre cambio en la expresión de Mr. Verloc, el aplastamiento inmediato de toda su persona, delataron que ése fue el lamentable caso. La mano de Mr. Vladimir abarcó el tobillo que reposaba sobre su rodilla. La media era de seda azul oscura.

—Ya lo ve, no fue muy inteligente de su parte. Tal vez usted es demasiado proclive...

Mr. Verloc, con un murmullo arrebujado en su garganta, insinuó que ya no era joven.

—¡Oh! Esas fallas no las cura la edad— apuntó Mr. Vladimir con siniestra familiaridad. ¡Pero no! Usted es demasiado gordo para esto. No podría haber llegado a tener ese aspecto, si no fuera tan... tan proclive.

Le voy a explicar cuál creo yo que es el problema: usted es un tipo haragán. ¿Cuánto hace que cobra sueldo en esta Embajada?

—Once años— fue la respuesta, luego de un momento de vacilación enfurruñada—. Me encargaron varias misiones en Londres mientras Su Excelencia el Barón Stott—Wartenheim era aun embajador en París.

Luego, de acuerdo con las instrucciones de Su Excelencia, me establecí en Londres. Soy inglés.

—¡Inglés! ¿Usted es inglés, eh?

—Ciudadano inglés de nacimiento— dijo Mr. Verloc tontamente pero mi padre era francés, así que...

—No pierda tiempo en explicaciones— interrumpió el otro—. No me cabe duda de que usted podría ser legalmente mariscal de Francia y miembro del Parlamento en Inglaterra; seguro que así tendría alguna utilidad en nuestra Embajada.

Semejante vuelo de la fantasía provocó algo parecido a una sonrisa abatida en la cara de Mr. Verloc. Mr. Vladimir conservaba su gravedad imperturbable.

—Pero, como ya le dije, usted es un tipo haragán; no sabe usar sus oportunidades. En la época del Barón Stott—Wartenheim tuvimos un montón de tontos rodando por esta Embajada. Eso llevó a que individuos de su especie se hicieran una falsa idea acerca del dinero destinado al servicio secreto. Mi deber es corregir ese malentendido diciéndole qué cosa no es el servicio. No se trata de una institución filantrópica.

Lo hice llamar aquí para decirle precisamente esto.

Mr. Vladimir observaba la forzada expresión de aturdimiento en la cara de Mr. Verloc y sonreía con sarcasmo.

—Veo que me entiende a la perfección. Estoy seguro de que usted tiene la inteligencia suficiente para su trabajo. Lo que queremos ahora es actividad, actividad.

Mientras repetía esa última palabra, Mr. Vladimir apoyó un índice largo y blanco sobre el borde del escritorio. Todo rastro de ronquera desapareció de la voz de Verloc. Por encima del cuello de terciopelo de su saco la nuca había enrojecido. Antes de abrirse, los labios le temblaron.

—Si usted fuera tan gentil de echar tan sólo una mirada a su foja de servicios— resonó su fuerte, claro, profundo tono oratorio— vería que hace nada más que tres meses atrás hice una advertencia en ocasión de la visita a París del Gran Duque Romualdo, telegrafiando desde aquí a la policía francesa, y...

—¡Basta, basta!— cortó Mr. Vladimir con un gesto torvo—. La policía francesa no hizo caso de su advertencia. No ruja de ese modo. ¿Qué demonios quiere decir?

Con una nota de orgullosa humildad, Mr. Verloc hizo la apología de su abnegación. Su voz, famosa durante años en las reuniones callejeras y en las asambleas obreras realizadas en grandes salones, había contribuido, dijo, a forjarle una reputación de camarada recto y confiable.

Ésa fue una manifestación de su utilidad, ya que había inspirado confianza en sus principios personales.

—En el momento crítico, los líderes me mandaban a hablar en público— declaró Mr. Verloc, con evidente satisfacción. No hubo tumulto por encima del cual no pudiese hacerme oír añadió; y súbitamente hizo una demostración.

—Permítame— dijo—. Con la frente baja, sin mirar a los lados, rápido y conciso cruzó la habitación hasta una de las puerta—ventanas. Como si diera vía libre a un impulso incontrolable, la abrió apenas. Mr. Vladimir, saltando pasmado de las profundidades de su sillón, lo miró por encima del hombro; abajo, más allá del patio de la Embajada, bien lejos del portón abierto, se podía ver la amplia espalda de un policía que observaba, ocioso, el opulento cochecito de un bebé sano, llevado con gran ceremonia a través de la plaza.

—¡Agente!— dijo Mr. Verloc, sin más esfuerzo que el que le hubiera demandado susurrar la palabra; y Mr. Vladimir reventó en una carcajada al ver al policía girar en redondo como si lo hubieran aguijoneado con algún instrumento punzante. Mr. Verloc cerró la ventana sin ruido y volvió al centro de la habitación.

—Con una voz así— dijo apretando la tecla del bajo conversacional despertaba natural confianza. Y también sabía qué decir.

Mr. Vladimir, mientras se arreglaba la corbata, lo observó a través del espejo que estaba sobre el tablero de la chimenea.

—No me cabe duda de que usted se conoce de memoria toda la jerga revolucionaria social— le dijo con desdén—. Vox et... usted no debe haber estudiado latín ¿o sí?

—No— gruñó Mr Verloc. No esperará que yo sepa eso. Pertenezco al montón. ¿Quién sabe latín? Sólo unos pocos centenares de imbéciles que no son capaces de cuidarse a sí mismos.

Durante unos treinta segundos Mr. Vladimir estudió en el espejo el perfil grueso, la corpulencia del hombre que estaba ante él. Y a la vez tenía la ventaja de ver su propio rostro, limpio, afeitado y redondo, saludable, y sus labios finos, sensitivos, formados exactamente para emitir esas agudezas que lo habían convertido en favorito de la más conspicua sociedad. Luego se dio vuelta y avanzó hacia el centro del cuarto, con tanta decisión que las mismas puntas de su corbata de lazo, exquisitamente anticuada, parecieron erizarse en amenazas indecibles.

El movimiento fue tan veloz y vehemente que Mr. Verloc echó unas miradas oblicuas de honda cobardía.

—¡Ajá! Usted se atreve a ser un desfachatado— empezó Mr. Vladimir con una asombrosa entonación gutural, una pronunciación que, más que no inglesa, era no europea, y llegó a espantar hasta a la experiencia cosmopolita de los barrios bajos que tenía Mr. Verloc—. ¡Se atreve! Bien, voy a hablarle claro. La voz no tiene nada que hacer. No vamos a darle uso a su voz. No queremos una voz. Queremos hechos...

¡hechos terribles, maldito sea!— agregó con una especie de feroz discreción, escupiendo las palabras en la propia cara de Verloc.

—No trate de atropellarme con sus maneras hiperbóreas— se defendió Mr. Verloc, roncamente, mirando la alfombra. Ante estas palabras, el interlocutor sonrió por encima del moño encrespado de su corbata y siguió la conversación en francés.

—Usted se vende como "agent provocateur". El verdadero trabajo de un "agent provocateur" es provocar. Según puedo juzgar por su foja de servicios, que tengo aquí, en los últimos tres años usted no ha hecho nada para merecer su paga.

—¡Nada! exclamó Verloc, sin mover ni un músculo ni levantar sus ojos, pero con una nota de sincera indignación en su voz. Muchas veces previne acerca de lo que había que...

—Hay un refrán en este país que dice que es mejor prevenir que curar— interrumpió Mr. Vladimir tirándose en su sillón—. En términos generales, me parece estúpido; no tiene objeto prevenir, pero es bien característico. En este país a nadie le gustan las finalidades. No sea tan inglés. Y en esta particular situación, no sea absurdo. La enfermedad ya está aquí. No queremos prevenciones, queremos cura.

Hizo una pausa, se volvió hacia el escritorio y observando unos papeles que tenía allí, habló con un tono distinto, al estilo de un hombre de negocios, sin mirar a Mr. Verloc.

—¿Usted está enterado, por supuesto, de la Conferencia Internacional reunida en Milán?

Mr Verloc, entre carrasperas, insinuó que tenía la costumbre de leer los diarios. A la subsiguiente pregunta la respuesta fue, por supuesto, que sí entendía lo que leía. Mr. Vladimir sonrió en forma débil a los papeles que aún repasaba, uno tras otro, y murmuró:

—Siempre que las noticias no estén escritas en latín, supongo.

—Ni en chino— agregó Mr. Verloc tontamente.

—Hum. Algunas de las efusiones de sus amigos revolucionarios están escritas en una charabia tan incomprensible como el chino y Mr.

Vladimir dejó caer, lleno de desdén, una hoja impresa de color gris—.

¿Qué son estos panfletos encabezados con una F. P. que tienen un martillo, una lapicera y una antorcha entrecruzados? ¿Qué quiere decir F. P.?— Mr. Verloc se aproximó al solemne escritorio.

—El Futuro del Proletariado. Es una sociedad— explicó, parándose con aplomo junto al sillón— en principio no anarquista, pero abierta a todas las corrientes revolucionarias de opinión.

—¿Usted está adentro?

—Soy uno de los vicepresidentes— resolló conciso Mr. Verloc; y el Primer Secretario de la Embajada levantó la cabeza para mirarlo.

—Por lo tanto, tendría que avergonzarse de sí mismo— fueron sus incisivas palabras—. ¿Su sociedad no es capaz de algo más que imprimir este palabrerío profético, con tipografía mocha en este puerco papel, eh? ¿Por qué no hace algo? Mire esto: con este material en la mano le digo con toda franqueza que tiene que ganarse su sueldo. Los buenos tiempos del viejo Stott—Wartenheim se fueron. Sin trabajo no hay plata.

Mr. Verloc sintió una extraña debilidad en sus gordas piernas.

Dio un paso atrás y se sonó la nariz estrepitosamente.

Estaba alarmado y espantado de verdad. La luz rojiza del sol londinense derrotaba, clara, a la niebla de Londres arrojando un brillo indiferente dentro de la oficina privada del Primer Secretario: y en medio del silencio, Mr. Verloc oyó el débil zumbido de una mosca que golpeaba contra el vidrio de una ventana— su primera mosca del año anunciando la cercanía de la primavera con más claridad que toda una bandada de golondrinas. La actividad inútil del diminuto, vigoroso organismo, hizo una pésima impresión en el ánimo del hombre corpulento, amenazado en su indolencia.

Durante ese silencio, Mr. Vladimir anotó una serie de despectivas observaciones acerca de la cara y el aspecto de Mr, Verloc. El tipo era de una vulgaridad inesperada, pesado y falto de inteligencia hasta la desfachatez. Parecía, como pocos, un maestro plomero que se presentara a cobrar su cuenta. El Primer Secretario de la Embajada, a partir de alguna incursión ocasional en el campo del humor americano, se había hecho la idea de que esos obreros eran la encarnación de la haraganería y la incompetencia fraudulentas.

Éste era el famoso y confiable agente secreto, que nunca había sido designado de otro modo que con el símbolo_. en la correspondencia oficial, semioficial y confidencial del difunto Barón Stott—Wartenheim; ¡el celebrado agente _., cuyas advertencias tuvieron el poder de cambiar itinerarios y fechas de giras reales, imperiales y ducales, y más de una vez pusieron a esos personajes al borde de desaparecer para siempre! ¡Ese tipo! Y Mr. Vladimir se gratificó en su corazón con un jubileo de risa, en parte por su propio asombro, al que consideraba ingenuo, pero sobre todo a expensas del universalmente llorado Barón Stott—Wartenheim. Su Excelencia, el difunto embajador, a quien el augusto favor de su jefe imperial había impuesto en ese cargo, por encima de varios otros candidatos opositores entre los ministros de Relaciones Exteriores, tuvo en vida fama de búho crédulo y pesimista.

Su Excelencia tenía la revolución social en el cerebro. Se consideraba a sí mismo un diplomático puesto, a un lado, por especial designio, para observar el fin de la diplomacia y, en muy poco tiempo más, el fin del mundo, en medio de un horrendo, democrático cataclismo. Sus proféticos v dolientes despachos habían sido durante años la burla del

Ministerio de Relaciones Exteriores. Se decía que, en su lecho de muerte, al ser visitado por su amigo y amo imperial, había exclamado:

—¡Desgraciada Europa! ¡Y habrás de perecer en razón de la insania moral de tus criaturas!

Ese hombre estaba predestinado a ser víctima del primer pícaro embaucador que anduviera por allí, pensó Mr. Vladimir, mientras dirigía una vaga sonrisa a Verloc.

—¡Usted debe venerar la memoria del Barón Stott—Wartenheim!— exclamó de pronto. El rostro abatido de Mr. Verloc expresó una pena sombría y fatigada.

—Permítame observarle que vine citado por una carta perentoria.

Sólo dos veces he estado aquí en los últimos once años, y por cierto que jamás a las once de la mañana. No es demasiado sensato llamarme de este modo. Existe la posibilidad de que me vean, y eso no sería juguete para mí.

Mr. Vladimir se encogió de hombros.

—Eso implicaría destruir mi capacidad de acción— continuó el otro con ardor.

—Éste es su problema— murmuró Mr. Vladimir con suave brutalidad.

Cuando deje de ser útil dejará de estar empleado. Sí. De inmediato.

Terminado. Afuera... Mr. Vladimir, ceñudo, hizo una pausa, buscando un giro de expresividad suficiente; de inmediato se le despejó la cara en una sonrisa de espléndidos dientes blancos—. Lo van a volar escupió feroz.

Una vez más Mr. Verloc tuvo que sobreponerse con toda la fuerza de su voluntad a esa sensación de debilitamiento, que alguna vez recorrió las piernas del pobre diablo inventor del dicho feliz «se me fue el alma a los pies». Mr. Verloc, consciente de esa sensación, levantó la Cabeza con bravura.

Mr. Vladimir sostuvo la profunda mirada inquisitiva con serenidad perfecta.

—Lo que queremos es administrar un tónico a la Conferencia de Milán— dijo con gracia—. Esas deliberaciones acerca de la acción internacional para la supresión del crimen político no parecen ir a ningún lado. Inglaterra remolonea. Este país, con su consideración sentimental por las libertades individuales, resulta absurdo. Es intolerable pensar que todos sus amigos, con sólo pasarse a...

—En ese aspecto los tengo a todos bajo mi vigilancia interrumpió la voz ronca de Mr. Verloc.

—Habría mucho más que hacer en cuanto a tenerlos bajo llave. Inglaterra debe ser puesta en línea. La imbécil burguesía de este país se ha convertido en cómplice del propio pueblo,

y su único objetivo es sacarlo de sus casas y llevarlo a morir de hambre en las trincheras. Y ellos aún tienen el poder político, aunque sólo tuvieron criterio para utilizarlo en su preservación. ¿Supongo que usted estará de acuerdo en que la clase media es estúpida?

Mr. Verloc, con voz ronca, estuvo de acuerdo.

—Lo es.

—No tiene imaginación. Está cegada por una vanidad idiota. Lo que necesita ahora es un lindo susto. Éste es el momento psicológico para poner a trabajar a sus amigos. Lo llamé aquí para explicarle mi idea.

Y Mr. Vladimir, desde lo alto, desarrolló su idea, menospreciativo y condescendiente, desplegando a la vez un buen acopio de ignorancia en cuanto a los verdaderos objetivos, pensamientos, y métodos del mundo revolucionario, lo cual llenó al silencioso Mr. Verloc de íntima consternación. Confundía causas con efectos, más allá de lo perdonable; a los más distinguidos propagandistas, con impulsivos tirabombas; asumía la existencia de una organización que, por la naturaleza de las cosas, no podía existir; en determinado momento habló del partido de la revolución social como de un ejército disciplinado a la perfección, en el que la palabra de los jefes era ley suprema y luego se refirió a él como si se tratara de la banda de asaltantes más indisciplinada que alguna vez hubiese operado en un desfiladero de montaña.

Una vez que Mr. Verloc abrió la boca para protestar, una mano grande, blanca, bien formada se levantó de inmediato a contenerlo. Muy pronto se sintió tan desanimado que ya no pudo ni siquiera intentar una protesta.

Escuchaba en una quietud de pavor, que parecía la inmovilidad de una profunda atención.

—Atentados en serie— continuaba Mr. Vladimir con calma— ejecutados aquí, en este país, no sólo planeados aquí cosa que no se haría, no tendrían importancia. Sus compañeros podrían incendiar medio continente sin influenciar a la opinión pública local en favor de una legislación represiva universal. Aquí nadie mira más allá del patio trasero de su correspondiente casa.

Mr. Verloc se aclaró la garganta, pero le falló el corazón y no dijo nada.

—Esos atentados no tienen que ser especialmente sangrientos continuó Mr. Vladimir, como si explicara un texto científico pero han de ser sobrecogedores... efectivos. Habría que organizarlos contra los edificios, por ejemplo. ¿Cuál es el ídolo que en este momento toda la burguesía adora, eh, Mr. Verloc?

Mr. Verloc abrió las manos y encogió ligeramente los hombros.

—Usted es demasiado haragán para pensar— fue el comentario de Mr. Vladimir acerca del gesto—. Preste atención a lo que le digo. El ídolo del momento no es la realeza ni la

religión. Por lo tanto hay que dejar tranquilos al palacio y las iglesias. ¿Comprende lo que quiero decirle, Mr. Verloc?

El desaliento y el desprecio de Mr. Verloc encontraron desahogo en un esfuerzo por parecer frívolo.

—Perfectamente. ¿Pero qué pasa con las embajadas? Una serie de ataques contra distintas embajadas comenzó, pero no pudo soportar la fría, admonitoria mirada fija del Primer Secretario.

—Todavía puede ser gracioso, por lo que veo— observó éste con negligencia—.

Está bien; así podría animar su oratoria en los congresos socialistas. Pero en esta habitación no hay lugar para eso. Mucho más seguro para usted sería seguir con sumo cuidado lo que le estoy diciendo.

Ya que se lo ha llamado para que presente hechos, y no cuentos y patrañas, haría muy bien en tratar de sacar provecho de lo que me estoy tomando el trabajo de explicarle. El ídolo sacrosanto de hoy es la ciencia.

¿Por qué no agarra a alguno de sus amigos para atacar a ese espantapájaros de madera, eh? ¿Ése no es el objetivo de esas instituciones que tienen que arrollarlo todo antes que el F. P. se vengue?

Mr. Verloc no dijo nada. No se animaba a abrir la boca por miedo a que se le escapara un gruñido.

—Eso es lo que habría que intentar. Un atentado contra una cabeza coronada o un presidente es bastante sensacional, en cierto sentido, pero no tanto como lo era en otros tiempos. Ya ha entrado en la concepción general de la vida de todos los jefes de Estado; es casi convencional, especialmente desde que tantos residentes han sido asesinados.

Ahora consideremos un atentado a... una iglesia, digamos. A primera vista muy horrendo, sin duda, y no obstante no es tan efectivo como una persona de nivel medio podría suponer. No interesa cuán revolucionario y anarquista sea en principio, tiene que haber la suficiente cantidad de tontos como para dar a ese atentado el carácter de una manifestación religiosa. Y eso nos alejaría de la especial significación alarmante que queremos darle al hecho. Un atentado con muchos muertos en un restaurante o en un teatro plantearía el problema de su irrelevancia en el campo de las pasiones políticas; se lo vería como la exasperación de un hambriento, como un acto de resentimiento social.

Todo eso ya está agotado; sólo sirve como lección objetiva de anarquismo revolucionario. Todos los diarios tienen frases hechas, listas para explicar ese tipo de manifestaciones. Estoy por definirle mi punto de vista filosófico acerca del significado de tirar bombas; el punto de vista desde el que usted pretende haber operado durante los últimos once años. Voy a tratar de no hablar por encima de su capacidad de comprensión. La sensibilidad de la clase que usted ataca se embota con rapidez. La propiedad les parece una cosa

indestructible; no se puede contar por mucho tiempo con sus sensaciones de piedad o temor. Hoy, una bomba, para tener influencia en la opinión pública, tiene que ir más allá de la intención de venganza o terrorismo. Tiene que ser puramente destructiva. Debe ser destrucción y sólo eso, por encima de la más leve sospecha de cualquier otra finalidad. Ustedes, los anarquistas, tendrían que tener bien en claro que están por completo determinados a ejecutar la destrucción absoluta de la creación social entera. ¿Pero cómo introducir esta noción aterradora y absurda en la cabeza de los integrantes de la clase media, de modo que no pueda haber error al respecto? Esa es la cuestión. La respuesta es: dirigiendo las bombas contra algo que esté fuera de las pasiones habituales de la humanidad.

Por supuesto, está el arte. Una bomba en la National Gallery podría hacer algún ruido; pero no sería algo suficientemente serio. El arte nunca será ídolo de ellos. Sería como romper alguna ventana trasera en la casa de un hombre, cuando, si se lo quiere sublevar, habría que levantarle el techo, por lo menos. Algunos gritos habría, claro está, pero ¿quiénes gritarían? Artistas, críticos de arte y otros parecidos: gente que cuente poco; a nadie le importa lo que ellos digan. Pero está la investigación, la ciencia. Cualquier idiota que tenga una renta cree en eso. Y no sabe por qué, pero cree que esa tarea tiene importancia. Ahí está el ídolo sacrosanto. Todos los malditos profesores son revolucionarios de corazón; hágales saber que su gran espantapájaros también va a tener que abrir paso al Futuro del Proletariado. Todos esos idiotas intelectuales han dado alaridos de apoyo a la tarea de la conferencia de Milán; mandarán declaraciones a los diarios. Su indignación estará más allá de toda sospecha, ya que no habrá intereses materiales en abierto peligro y eso alarmará al propio egoísmo de la clase que debe ser impresionada:

ellos creen que de algún modo misterioso la ciencia está en la raíz misma de su prosperidad material. Lo creen; y la ferocidad absurda de semejante hecho los sobrecogerá con más hondura que la destrucción de toda una calle o un teatro lleno de gente de su misma clase. Ante esto último sólo dirían: «¡oh! es simple odio de clase.» Pero ¿qué podría uno decir frente a un hecho de ferocidad destructora tan absurdo que llegue a lo incomprensible, inexplicable, casi impensable, en resumen, a la locura? La locura sola es de verdad aterradora, en la medida en que no se la puede aplacar ni con amenazas, persuasión o sobornos. Además, yo soy un hombre civilizado. Nunca llegaría siquiera a soñar con darle directivas para organizar una burda carnicería, aunque esperara de ella los mejores resultados. Pero no espero los resultados que quiero de una masacre. El asesinato siempre está entre nosotros; ya casi es una institución. La cosa ha de ser contra la investigación y la ciencia. Pero no contra cualquier ciencia. El ataque deberá tener el sinsentido de una blasfemia gratuita. Ya que las bombas son el medio de expresión, se podría aplicar todo esto tirando una en la pura matemática. Pero es imposible. He tratado de esclarecer su mente; le he expuesto la más alta filosofía de su labor y le sugerí algunos argumentos útiles. La aplicación práctica de mis enseñanzas es de su competencia.

Pero desde el momento en que me ocupé de entrevistarlo, también he prestado cierta atención al aspecto práctico del asunto. ¿Qué le parece meterse con la astronomía?

Todavía por un momento la inmovilidad de Mr. Verloc junto al sillón hizo pensar en un colapso comatoso, una especie de insensibilidad pasiva, interrumpida por ligeros respingos

convulsivos, como a veces se ve en el perro de la casa, cuando sueña pesadillas junto al fuego del hogar. Y fue con un gruñido ansioso, como de perro, que repitió la palabra:

—Astronomía.

Mr. Verloc no se había recuperado aun a fondo del azoramiento en que lo sumergiera el esfuerzo de seguir la disertación rápida e incisiva de Mr. Vladimir, que había superado su poder de asimilación, y lo había puesto furioso. La ira se le mezclaba con cierta incredulidad. Y de pronto se le ocurrió que todo era una broma bien elaborada. Mr.

Vladimir exhibía sus blancos dientes en una sonrisa, llena de hoyuelos la cara rotunda que se apoyaba, inclinada con complacencia, en el moño encrespado de su corbata. El favorito de las mujeres inteligentes de sociedad había adoptado su actitud de salón, ésa con la que acompañaba la entrega de sus delicadas agudezas. Sentado en la punta del sillón, con la mano blanca levantada, parecía sostener con delicadeza, entre el pulgar y el índice, la argucia de sus sugerencias.

—No hay nada mejor. Semejante atentado combina la máxima posibilidad de respeto hacia los hombres con el más alarmante despliegue de feroz imbecilidad. Desafío a la candidez de los periodistas a persuadir a su público de que algún miembro del proletariado pueda tener un motivo personal de queja contra la astronomía. El hombre mismo sólo llegaría a semejante extremo con dificultad, ¿no? Y hay otras ventajas.

Todo el mundo civilizado sabe de la existencia de Greenwich; los propios lustrabotas de la estación subterránea de Charing Cross saben algo acerca del observatorio, ¿se da cuenta?

Los rasgos de Mr. Vladimir, bien conocidos en la mejor sociedad por su humorismo urbano, destellaban de autosatisfacción tan cínica, que hubiera asombrado a las inteligentes mujeres siempre dispuestas a entretenerse con sus exquisitas agudezas.

—Sí— continuó sonriendo desdeñoso, la voladura del primer meridiano puede levantar bramidos de execración.

—Un asunto difícil— musitó Mr. Verloc, sintiendo que ésa era la única cosa segura para decir.

—¿Qué le pasa? ¿No tiene a toda la banda a su disposición? ¿Le falta la flor y nata del oficio? Ese viejo terrorista Yundt está por aquí.

Lo veo casi todos los días caminando por Piccadilly con su cogotera verde, ¿Y Michaelis, el apóstol de la libertad condicional? No me vaya a decir que no sabe dónde está, porque si no lo sabe yo se lo puedo decir— prosiguió Mr. Vladimir amenazante—. Si usted piensa que es el único que conoce la lista secreta, está equivocado.

Esta sugerencia perfectamente gratuita hizo que Mr, Verloc moviera apenas sus pies.

—¿Y todo el grupo de Lausana? ¿No es que se han reunido aquí a la primera noticia de la Conferencia de Milán? Éste es un país absurdo.

—La cosa va a costar plata dijo Mr, Verloc como por instinto.

—El gallito no quiere pelear— replicó Mr. Vladimir, con un asombroso acento inglés genuino. Se le dará su guita de todos los meses y nada más hasta que pase algo. Y si muy pronto no pasa nada, ni siquiera se le dará eso. ¿Cuál es su ocupación aparente? ¿De qué se supone que vive?

—Tengo un negocio— contestó Verloc.

—¡Un negocio! ¿Qué tipo de negocio?

—Librería, diarios. Mi mujer...

—¿Su qué?— interrumpió Vladimir con su entonación gutural centroasiática.

—Mi mujer— elevó apenas su voz ronca Mr. Verloc—. Soy casado.

—¡Maldito cuento chino!— exclamó el otro con sincero asombro—.

¡Casado! ¡Usted, un anarquista confeso! ¿Qué clase de idiotez es ésa?

Me supongo que es sólo un modo de decir. Los anarquistas no se casan, ya se sabe. No pueden. Sería cometer apostasía.

—Mi mujer no es anarquista— farfulló Mr. Verloc con malhumor—.

Además, esto no le concierne.

—Por supuesto que sí— estalló Mr. Vladimir. Estoy empezando a convencerme de que usted no es ni por asomo el hombre para el tipo de trabajo que le han encargado. ¿Por qué se tuvo que desacreditar por completo en su propio mundo casándose? ¿No se las podía arreglar sin matrimonio? Una unión virtuosa ¿eh? Con compromisos de este tipo usted está destruyendo su utilidad.

Mr. Verloc hinchó los carrillos, dejó escapar el aire con violencia y eso fue todo. Se había armado de paciencia; el asunto no iba a exasperarlo mucho tiempo más. De pronto, el Primer Secretario se mostró conciso, distinto, final.

—Ahora puede irse. Hay que provocar un atentado dinamitero. Le doy un mes. Las sesiones de la Conferencia están suspendidas. Antes de que se vuelva a reunir tendrá que haber pasado algo aquí, o su conexión con nosotros se termina.

Una vez mas cambió el tono con inconsciente versatilidad.

—Piense en mi filosofía, Mr... Mr... Verloc— dijo como si estuviera en medio de un regateo condescendiente y mientras agitaba la mano echándolo hacia la puerta—. Ataque el primer meridiano. Usted no conoce a la clase media tan bien como yo. La clase media tiene la sensibilidad dormida. El primer meridiano. Nada mejor ni más fácil, me parece.

Se había levantado y, con sus finos labios sensitivos crispados en un gesto de buen humor, observaba en el espejo que estaba arriba de la chimenea a Mr. Verloc, mientras salía, pesado, de la habitación, sombrero y bastón en la mano. La puerta se cerró.

El lacayo de los calzones apareció de pronto en el corredor e indicó a Mr. Verloc otro camino de salida, a través de una puertita que daba a un rincón del patio. El portero que cuidaba la entrada principal desconocía por completo esa salida; Mr. Verloc rehizo el trayecto de su peregrinaje matinal como en un sueño: un sueño iracundo. Esa separación del mundo material fue tan completa que, aunque la envoltura mortal de Mr. Verloc no se dio indebida prisa a través de las calles, esa parte de él mismo— a la que sólo con rudeza injusta se le podría negar la inmortalidad— se encontró de inmediato en la puerta del negocio, como si hubiese sido llevada desde el oeste hasta el este en alas de un fuerte viento. Se fue derecho detrás del mostrador y se sentó en una silla de madera que había allí. Nadie apareció a turbar su soledad. Stevie, dentro de un delantal verde de algodón, estaba en ese momento barriendo y sacudiendo el polvo en el piso de arriba, atento y consciente como si estuviese jugando, Mrs. Verloc, advertida por el sonido de la campanilla rajada, mientras estaba en la cocina, sólo se había acercado hasta la puerta vidriera del salón, había corrido la cortina apenas y atisbado dentro del negocio oscuro. Al ver a su marido sentado allí, sombrío y corpulento, con el sombrero, echado atrás, se volvió de inmediato a sus hornallas. Una hora mas tarde le quitó el delantal verde a su hermano Stevie y le ordenó que se lavara las manos y la cara, con el tono perentorio que venía usando desde hacía unos quince años, desde el momento en que había dejado de lavar ella misma al muchacho. A los pocos minutos la mujer dedicaba, desde sus platos, una mirada vigilante a la cara y las manos que Stevie, parado junto a la mesa de la cocina, le mostraba para su aprobación, con un aire de confianza en sí mismo, pantalla de perpetuos residuos de ansiedad. Formalmente, la ira del padre era la suprema y efectiva sanción de estos ritos, pero la placidez de Mr. Verloc en la vida doméstica hacía increíble incluso para el nerviosismo del pobre Stevie la sola mención de la ira. La teoría era que Mr. Verloc se podría llegar a sentir profundamente apenado y molesto por cualquier falta en cuanto a limpieza a la hora de la comida.

Después de la muerte de su padre, Winnie encontró un buen motivo de consuelo en la idea de que ya no necesitaba temblar por el pobre Stevie.

No soportaba ver que pegaran al muchacho: eso la enfurecía. De chica muchas veces se había enfrentado con ojos llameantes al irascible hotelero, en defensa de su hermano.

Ahora, en el aspecto de Mrs. Verloc, nada hacía pensar que esa mujer era capaz de una demostración apasionada.

Winnie terminó de preparar la comida. La mesa estaba puesta en el salón. Se acercó al pie de la escalera y llamó:

—¡Madre!

Luego, abriendo la puerta vidriera que comunicaba con el negocio, dijo suavemente:

—¡Adolf!

Mr. Verloc no había cambiado de posición; en apariencia no se había movido ni un milímetro en una hora y media; se levantó con pesadez y fue a comer con el sobretodo y el sombrero puestos, sin decir una sola palabra. En sí, su silencio no tenía nada de alarmante o inusual para la familia oculta en las sombras de esa sórdida calleja, pocas veces tocada por el sol, letras del oscuro negocio con sus mercaderías, unas basuras despreciables. Pero ese día la taciturnidad de Mr.

Verloc estaba tan evidentemente llena de pensamientos, que las dos mujeres se sintieron impresionadas. Se habían sentado silenciosas, con un ojo atento puesto en el pobre Stevie, con miedo de que el chico cayera en uno de sus accesos de locuacidad. Sentado al otro lado de la mesa, frente a Mr. Verloc, Stevie se mantenía tranquilo y callado, con la mirada fija y vacía. El esfuerzo por impedir que Stevie fuera objeto de alguna queja por parte del jefe de familia ponía no poca ansiedad en la vida de esas dos mujeres. «Este muchacho», como lo llamaban benévolas al hablar entre sí, había sido motivo de esa clase de ansiedad desde el día mismo de su nacimiento. El difunto hotelero y expendedor de licores se había sentido humillado al tener tan peculiar criatura por hijo y lo había manifestado en su propensión al trato brutal; porque se trataba de una persona de fina sensibilidad, y su sufrimiento como hombre y como padre era perfectamente genuino. Después hubo que cuidar a Stevie para que no se convirtiera en fastidio para ninguno de los caballeros hospedados en la casa, que de por sí eran bastante raros y se sentían agraviados con facilidad. Y siempre había que enfrentar la ansiedad de la casera existencia del muchacho. Visiones de un hospicio para su hijo habían obsesionada a la vieja señora en el comedor de la planta baja de la deteriorada casa belgraviana.

—Si no hubieras encontrado tan excelente marido, querida— solía decir a su hija— no sé qué hubiera pasado con este pobre muchacho.

Mr. Verloc admitía a Stevie tanto como un hombre no afecto en particular a los animales podría soportar al gato bienamado de su mujer; esa tolerancia, benevolente y superficial, era, en esencia, de la misma categoría. Ambas mujeres admitían que no se podía esperar mucho más, que no sería razonable. Y era suficiente para que Mr.

Verloc se ganara la gratitud reverencial de la vieja mujer. En los primeros tiempos, escéptica por las desdichas de una vida sin amistades, solía preguntar con ansiedad:

—¿No crees, hija, que Mr. Verloc se está cansando de ver a Stevie rondando, por aquí?

A esto Winnie, por lo general, replicaba con un ligero sacudimiento de cabeza. Una vez, sin embargo, respondió con expresión atrevida:

—Primero tendrá que cansarse de mí—. Siguió un largo silencio. La madre, con los pies apoyados en un banquito, parecía tratar de sondear el sentido de esa respuesta, cuya femenina profundidad la había postrado mentalmente. En rigor, nunca había comprendido por qué Winnie se había casado con Mr. Verloc. Era un buen arreglo para ella, y por cierto que los resultados eran excelentes, pero su hija podría haber esperado encontrar a alguien de edad más acorde con la suya. Hubo un muchacho formal y joven, hijo único de un carnicero de la otra cuadra, que ayudaba a su padre en su negocio; con él Winnie había paseado con evidente complacencia. Es cierto que el joven era dependiente de su padre, pero el negocio era bueno y las perspectivas mejores. Además había invitado a su hija al teatro varias veces. Luego, cuando empezó a tener miedo de enterarse del compromiso—porque ¿qué hubiera podido hacer sola con esa enorme casa y Stevie bajo su responsabilidad?—, ese romance llegó a un final abrupto y Winnie anduvo por ahí, con la mirada tristísima. Pero Mr. Verloc apareció, providencial, para alojarse en el dormitorio del frente del primer piso y no se habló más del joven carnicero. Fue providencial, a todas luces.

III

«...Toda idealización empobrece la vida. Embellecerla es quitarle su carácter complejo, es destruirla. Deja eso a los moralistas, hijo mío.

La historia es hecha por los hombres, pero no se hace en sus mentes.

Las ideas que nacen en sus conciencias juegan un papel insignificante en la marcha de los sucesos. La historia está dominada y determinada por la maquinaria y la producción: por la fuerza de las condiciones económicas. El capitalismo ha engendrado al socialismo, y las leyes dictadas por el capitalismo para la protección de la propiedad son la causa del anarquismo. Nadie puede predecir qué forma irá a tornar en el futuro la organización social. ¿Por qué, entonces, entregarse a fantasías proféticas? A lo sumo podrían ser expresión del pensamiento de un profeta y no tendrían valor objetivo. Deja ese pasatiempo a los moralistas, hijo mío.» Michaelis, el apóstol de la libertad condicional, estaba hablando con voz apacible, una voz que silbaba como amortiguada y oprimida por las capas de grasa que rodeaban su pecho. Acababa de salir de una muy higiénica prisión, redondo como un barril, con una panza enorme y las mejillas infladas, pálidas, semitransparentes, como si durante quince años los sirvientes de una sociedad ultrajada se hubieran esmerado en rellenarlo con comidas sustanciosas en una cueva húmeda y sin luz. Y desde entonces no se había preocupado por bajar mucho más que una libra de peso.

Se decía que por tres temporadas consecutivas una vieja dama riquísima lo había enviado a curarse a Marienbad— donde una vez casi llegó a compartir la curiosidad pública con una cabeza coronada—, pero la policía en esa ocasión le ordenó irse en el término de doce horas. Su martirio continuó con la prohibición de todo acceso a las zonas de aguas curativas. Pero ahora estaba resignado.

El codo de Michaelis descansaba en el respaldo de la silla y no parecía tener articulación: recordaba, mas bien, la curva de un miembro postizo; apoyado en sus cortos y enormes muslos, se adelantó apenas para escupir en la chimenea.

—¡Sí! Tuve tiempo para pensar un poquito en estas cosas— agregó sin énfasis—. La sociedad me dio tiempo en abundancia para la meditación.

Al otro lado de la chimenea, en el sillón tapizado con tela de crin que, por lo general, tenía el privilegio de ocupar la madre de Mrs.

Verloc, Karl Yundt sonreía, torvo, con la débil mueca negra de una boca desdentada. El terrorista, como solía llamarse a sí mismo, era viejo y calvo, y del mentón le colgaba, ralo y lacio, el mechón níveo de su pera. Una extraordinaria expresión de malevolencia solapada sobrevivía en sus ojos debilitados. Al incorporarse penosamente, se impulsó hacia delante, tanteando, con una flaca mano deformada de protuberancias gotosas; el gesto sugirió los esfuerzos de un asesino moribundo que juntara sus últimos bríos para la puñalada final. Se ahoyó entonces en un grueso bastón que temblaba bajo su otra mano.

—Siempre he soñado— vociferó con ferocidad con un grupo de hombres independientes, en sus resoluciones para desechar escrúpulos en la elección de los medios, tan fuertes como para merecer a ojos vistas el título de destructores, libres de la mancha de ese pesimismo conformista que pudre al mundo. Sin piedad para nada sobre la tierra, ni siquiera para ellos mismos, con la muerte enrolada para el bien y todo al servicio de la humanidad: eso es lo que me hubiera gustado ver.

La cabeza calva se estremecía impartiendo una vibración cómica al mechón de su pera blanca. Su discurso hubiera resultado casi ininteligible para un extraño. La pasión gastada del viejo terrorista, parecido por su impotente fiereza a la excitación de un viejo sensual, no se conjugaba con una garganta reseca y encías huérfanas de dientes, que parecían esconder la punta de la lengua. Mr. Verloc, sentado en un rincón del sofá en la otra punta de la habitación, emitió dos cordiales gruñidos de asentimiento.

Yundt movió con lentitud la cabeza, asentada en un cuello flaco, de un lado al otro.

—Y nunca pude encontrar más de tres hombres de esa clase juntos.

Demasiado para su pesimismo putrefacto— bufó en la cara de Michaelis, que descruzó sus gordas piernas parecidas a almohadones, y restregó los pies con estrépito por debajo de su silla para demostrar su exasperación.

¡Pesimista él! ¡Absurdo! Gritó que la acusación era ultrajante. Él estaba tan lejos del pesimismo que veía ya mismo el fin de toda propiedad privada, desprendiéndose con lógica ineluctable del simple desarrollo de los vicios que le eran inherentes. Los dueños de propiedades no sólo tenían que enfrentar al proletariado esclarecido, sino que además peleaban entre ellos mismos. Sí. Lucha, guerra, eran las alternativas de la posesión privada. Era fatal. ¡Ah! él no dependía de la excitación emotiva para mantener en alto sus creencias, ni de declamaciones, ni de la ira, ni de visiones de rojas banderas ensangrentadas

ondulando, ni de cárdenos y metafóricos soles de venganza iluminando el horizonte de una sociedad condenada. ¡No él! El frío raciocinio, alardeó, era la base de su optimismo. Sí, optimismo...

Sus penosos resuellos cesaron, luego, después de uno o dos jadeos, añadió:

—¿No le parece que, de no ser el optimista que soy, hubiera encontrado en quince años alguna manera de cortarme el cuello? Y, en última instancia, estaban las paredes de mi celda para romperme la cabeza contra ellas.

La falta de aliento empañó todo fuego y toda animación en su voz; las enormes, pálidas mejillas le colgaban como bolsas repletas, inmóviles, sin un solo estremecimiento; pero en sus ojos azules, entrecerrados como para escudriñarlo todo, había la misma mirada segura, un poco demencial en su fijeza, que debió haber mientras el indomable optimista permanecía sentado, pensando, durante las noches de prisión.

Ante él, Karl Yundt permanecía de pie, con una punta de su descolorida cogotera verdosa cayendo altiva sobre los hombros. Sentado frente a la chimenea, el camarada Ossipon, ex estudiante de medicina, el principal redactor de los panfletos del F. P., extendía sus robustas piernas para calentar las suelas de sus zapatos con las brasas de la chimenea.

Una mata de pelo rubio, ondulado, coronaba la cara roja y pecosa; la nariz aplastada y la boca prominente parecían vaciadas en un molde tosco de tipo negroide. Sus ojos almendrados miraban de soslayo, con languidez, por encima de los pómulos salientes. Llevaba puesta una camisa gris de franela, las puntas sueltas de una corbata negra de seda caían por encima de la abotonadura de su saco de sarga; su cabeza descansaba en el respaldo de la silla, dejando la garganta expuesta en toda su amplitud; de a ratos levantaba hasta sus labios un cigarrillo engastado en una larga boquilla de madera y arrojaba bocanadas de fumo hacia el cielo raso.

Michaelis seguía con su idea— la idea de su reclusión solitaria—, ese pensamiento otorgado a su cautiverio y que fue creciendo como una fe revelada en visiones. Hablaba de sí mismo, indiferente a la simpatía u hostilidad de sus oyentes, de veras indiferente a la presencia de ellos, por la costumbre adquirida de pensar en voz alta, lleno de esperanza, en la soledad de las cuatro paredes blancas de su celda, en medio del silencio sepulcral de una enorme mole ciega de ladrillos junto al río, siniestra y horrible como un osario para los muertos sociales.

No era bueno para discutir, no porque algún argumento pudiera sacudir su fe, sino porque el mero hecho de oír otra voz lo perturbaba penosamente, confundiendo de inmediato sus pensamientos... esos que por tantos años, en una soledad mental más estéril que un desierto sin agua, ninguna voz viviente había rebatido, contentado o aprobado.

Nadie lo interrumpía ahora y una vez más hizo profesión de su fe, que lo dominaba, irresistible y completa como un acto de gracia: el secreto del destino descubierto en el ámbito material de la vida; la situación económica del mundo responsable del pasado y

plasmadora del futuro; la fuente de toda la historia, de toda ideología, guía del desarrollo mental de la humanidad y real impulsora de sus pasiones...

Una áspera risotada del camarada Ossipon cortó la perorata, que se había estancado en un tartamudeo repentino y un aturdido parpadeo de los ojos apenas exaltados del apóstol, quien los cerró por un momento, como si estuviera reuniendo sus pensamientos desbaratados. Se hizo un silencio; con las dos lámparas de gas sobre la mesa y las brasas del hogar, la trastienda del negocio de Mr. Verloc se había puesto en exceso cálida. Mr. Verloc, abandonando el sofá con tedioso desgano, abrió la puerta que comunicaba con la cocina, para que corriera un poco más de aire y así descubrió al inocente Stevie, sentado a la mesa, muy juicioso y tranquilo, dibujando círculos, círculos, círculos; innumerables círculos, concéntricos, excéntricos; un remolino coruscante de círculos que, por su maraña multitudinaria de curvas repetidas, su uniformidad y la confusión de sus intersecciones sugería la representación de un caos cósmico, el simbolismo de un arte loco que tratara de traducir lo inconcebible. El artista no volvió la cabeza: toda su alma puesta en la aplicación a su tarea, con la espalda estremecida y el delgado cuello hundido en un hueco profundo en la base del cráneo, parecía preparado para estallar.

Mr. Verloc, luego de un gruñido de sorpresa desaprobatoria, volvió al sillón. Alexander Ossipon se puso de pie, alto en su raído traje azul de sarga, se sacudió la rigidez de una larga inmovilidad y caminó hacia la cocina (dos escalones más baja) para mirar por encima del hombro de Stevie. Regresó pronunciando de modo oracular:

—Muy bien. Muy característico, perfectamente típico.

—¿Qué es lo que está muy bien?— gruñó inquisitivamente Mr.

Verloc, apostado de nuevo en la punta del sofá. El otro explicó con negligencia lo que había querido decir; matizando de condescendencia sus palabras, sacudió la cabeza en dirección a la cocina:

—Típico de esa forma de degeneración... quiero decir, esos dibujos.

—¿Usted llamaría degenerado a ese muchacho?— musitó Mr. Verloc.

El camarada Alexander Ossipon apodado el Doctor, ex estudiante de medicina, no graduado; a continuación, conferencista ambulante para las asociaciones obreras sobre temas relacionados con los aspectos sociales de la higiene; autor de un popular estudio casi médico (publicado como panfleto barato, pronto objeto de secuestro policial) titulado Los vicios corrosivos de las clases medias; delegado especial del más o menos misterioso Comité Rojo, junto con Karl Yundt y Michaelis, para el trabajo de literatura de propaganda— volvió hacia el oscuro frecuentador de por lo menos dos embajadas esa mirada de insufrible, desesperanzada y densa seguridad que sólo la frecuentación de la ciencia puede otorgar a los mortales comunes y corrientes.

—Así es como se lo puede denominar científicamente. Un tipo muy bueno, también, en conjunto, de esa clase de degenerado. Basta observar los lóbulos de sus orejas. Si usted lee a Lombroso...

Mr. Verloc, taciturno y arrellanado en el sillón, siguió mirando la hilera de botones de su chaleco; pero sus mejillas se tiñeron de un débil rubor. Desde hacía muy poco el más lejano derivado de la palabra ciencia (un término inofensivo en sí mismo y de significado indefinido) tenía el curioso poder de evocar la muy definidamente ofensiva visión de Mr. Vladimir, de cuerpo entero, con una claridad casi sobrenatural.

Y este fenómeno, digno de ser clasificado, con toda justicia, entre las maravillas de la ciencia, inducía a Mr. Verloc a un estado emocional de espanto y exasperación, tendiente a expresarse mediante violentos juramentos. Pero no dijo nada. Karl Yundt, implacable hasta su último aliento, fue quien se hizo oír.

—Lombroso es un burro.

El camarada Ossipon salió al encuentro de esa blasfemia con una mirada abrumadora y vacía. Y el otro, sus ojos extinguidos sin destellos ennegreciendo las sombras profundas por debajo de la amplia, huesuda frente, barbotó enredando entre sus labios la punta de la lengua palabra por medio, como si la estuviera masticando con cólera:

—¿Se ha visto alguna vez un idiota tal? Para él, el criminal es el preso. ¿Simple ¿no? ¿Qué, pasa con aquel a quien encierran por la fuerza? Exactamente. Por la fuerza. Y ¿qué es el crimen? ¿No sabe ese imbécil que hizo su camino en este mundo de cerdos atiborrados mirando las orejas y los dientes de un montón de pobrecitos, desafortunados diablos? ¿Los dientes y las orejas revelan al criminal? ¿Sí? ¿Y qué pasa con la ley que los marca mucho mejor... la hermosa herramienta para marcar a fuego, inventada por los que tienen la panza llena para autoprotegerse de los que tienen hambre? ¿Marcas a fuego en la piel de los villanos, eh? ¿Pueden oler y oír desde aquí cómo se quema y chirría el pellejo grueso del pueblo? Así fabrican criminales sus Lombrosos, para escribir sus estupideces al respecto.

La empuñadura del bastón y sus piernas se chocaban con pasión, mientras que su tronco, envuelto en los pliegues de la cogotera, mantenía su histórica actitud de desafío. Parecía ventear el aire corrupto de crueldad social, estar sometiendo sus oídos a sonidos atroces. En su postura había una extraordinaria fuerza de sugestión. El poco menos que moribundo veterano de la guerra dinamitera había sido, en sus tiempos, un gran actor... actor de tribunas, de asambleas secretas, de entrevistas privadas. Jamás en su vida el famoso terrorista había levantado personalmente ni siquiera su dedo meñique contra el edificio social. No fue hombre de acción; tampoco fue orador de elocuencia caudalosa, ni arrastró consigo a las masas entre el estrépito torrencial y la espuma de un gran entusiasmo. Con una intencionalidad más sutil, se adjudicó el papel de un insolente y venenoso evocador de impulsos siniestros que acechara el medio de la ciega envidia y la vanidad exasperada de la ignorancia, entre el sufrimiento y la miseria de la pobreza, en medio de todas las ilusiones esperanzadas y nobles de la cólera justa, la piedad y la rebeldía. La sombra de su don maligno se le pegaba como un olor de droga letal en una vieja redoma de ponzoña, vacía y

fuera de uso ahora, lista para ser tirada al montón de basura adonde van a dar las cosas que ya prestaron su servicio.

Michaelis, el apóstol de la libertad condicional, sonrió vagamente con sus labios viscosos; su pastosa cara de luna llena se inclinó bajo el peso de un asentimiento melancólico. Lo mismo había estado prisionero.

Su propia piel había chirriado bajo la marca al rojo vivo, murmuró con suavidad. Pero el camarada Ossipon, apodado el Doctor, se había salvado del inconveniente.

—Usted no entiende— comenzó éste, lleno de desdén, pero se detuvo de inmediato, intimidado por la mortal negrura de los ojos cavernosos de la cara que se volvió hacia él con lentitud, con una expresión ciega, como si sólo el sonido la guiara. Abandonó la discusión, con un ligero encogimiento de hombros.

Stevie, acostumbrado a moverse sin que nadie, casi, lo vigilara, se había levantado de la mesa de la cocina, llevándose los dibujos a la cama. Había llegado a la puerta de la trastienda a tiempo para recibir el impacto de las elocuentes imágenes de Karl Yundt. La hoja de papel cubierta de círculos cayó de sus manos, y él se quedó mirando con fijeza al viejo terrorista, como si hubiera echado raíces en el lugar a causa de un horror malsano y el espanto del dolor físico. Stevie sabía muy bien que un hierro caliente aplicado a la piel dolía muchísimo. Sus ojos aterrados llamearon con indignación: debía ser un dolor terrible.

Le babeaba la boca abierta.

Michaelis, mirando sin pestañear el fuego, había retomado ese estado de aislamiento que le era necesario para la continuidad de sus reflexiones. El optimismo empezaba a brotar de sus labios. Vio al Capitalismo destinado a la muerte desde su nacimiento, porque había nacido con el veneno del principio de competitividad en su sistema.

Grandes capitalistas devorando a pequeños capitalistas, concentrando el poder y los medios de producción masivos, perfeccionando el proceso industrial y, en la locura de la auto exaltación, tan sólo preparando, organizando, enriqueciendo, aprestando la herencia legal del proletariado sufriente. Michaelis pronunció la importante palabra “Paciencia” y su mirada azul claro, elevada hacia el bajo cielo raso de la trastienda de Mr. Verloc, adquirió un aire de plena confianza. En la puerta, Stevie, tranquilo ya, parecía hundido en la estupidez.

La cara del camarada Ossipon se crispó.

—Entonces no tiene sentido hacer nada... todo es inútil.

—No digo eso— protestó con gentileza Michaelis. Su visión de la verdad había surgido con tanta intensidad que la voz de un extraño no lograba derrotarla esta vez. Y continuó mirando, con la cabeza gacha, las brasas rojas. Una preparación para el futuro era necesaria y él estaba preparado a admitir que tal vez el gran cambio sobrevendría en medio del cataclismo de una revolución. Pero, argüía, la propaganda revolucionaria era un delicado

trabajo de profunda conciencia. Era el modo de educar a los jefes del mundo. Debía ser tan cuidadosa como la educación de los reyes. Él quería que esos dogmas avanzaran con precaución, incluso con timidez, dada nuestra ignorancia del efecto que cualquier cambio económico podría causar sobre la felicidad, la moral, el intelecto, la historia de la humanidad. Porque la historia se hace con herramientas y no con ideas; y las condiciones económicas lo cambian todo: arte, filosofía, amor, virtud... ¡la verdad misma!

Las brasas de la chimenea se movieron con un débil chasquido; y Michaelis, el ermitaño de las visiones en el desierto de la penitenciaría, se puso de pie impetuosamente. Redondo como un globo inflado, abrió sus brazos cortos, gruesos, como en un intento sin esperanza de abrazar y estrechar contra su pecho al universo auto regenerado. Jadeó con ardor.

—El futuro es tan seguro como el pasado; esclavitud, feudalismo, individualismo, colectivismo. Esto es el enunciado de una ley y no una profecía vacua.

La trompa desdeñosa de los labios carnosos del camarada Ossipon acentuó el tipo negroide de sus facciones.

—Sinsentidos— dijo, bastante calmo—. No hay ley ni seguridad. La propaganda esclarecedora tiene que ser ahorcada. Lo que el pueblo sabe no interesa. Lo único que nos interesa es la situación emocional de las masas. Sin emoción no hay acción.

Hizo una pausa, luego agregó con modesta firmeza:

—Le estoy hablando ahora científicamente... científicamente, ¿eh?

¿qué decía, Verloc?

—Nada— gruñó desde el sillón Mr. Verloc que, provocado por el repugnante vocablo, había murmurado tan sólo «maldito sea».

El balbuceo venenoso del viejo terrorista desdentado tenía un oyente.

—¿Sabe cómo llamaría yo a la naturaleza de las condiciones económicas actuales? La denominaría canibalista.

¡Eso es lo que es! Ellos satisfacen su voracidad con la carne temblorosa y la sangre caliente del pueblo, y nada más.

Stevie trasegaba, y en forma bien audible, la terrorífica exposición; una vez terminada, de inmediato, como si el muchacho hubiera tomado un veneno de efecto rápido, se fue cayendo fláccidamente hasta quedar en posición de sentado sobre los escalones de la puerta de la cocina.

Michaelis no dio signos de haber oído nada. Sus labios parecían pegados entre sí para siempre; ni un estremecimiento le sacudía las pesadas mejillas. Con ojos afligidos buscó su redondo, tosco sombrero y lo puso sobre su redonda cabeza. Su redondo y obeso cuerpo

parecía flotar abajo, entre las sillas, por debajo del codo flexionado de Karl Yundt. El viejo terrorista, levantando una mano insegura que recordaba una garra, dio una inclinación fanfarrona al sombrero negro de fieltro, que ensombreció los huecos y arrugas de su rostro consumido. Se puso en movimiento con lentitud, golpeando el piso con su bastón a cada paso. Era todo un problema sacarlo de la casa porque a cada momento se detenía como si estuviera pensando, y no se decidía a moverse hasta que Michaelis lo empujaba desde atrás. El gentil apóstol lo tomó del brazo con cuidado fraternal; detrás de ellos, con las manos en los bolsillos, el robusto Ossipon bostezaba vagamente. Una gorra azul con la copa de charol, puesta bien atrás por encima de su mata amarilla de pelo, le daba el aire de un marinero noruego, indulgente con el mundo después de una borrachera borrascosa. Mr. Verloc acompañó hasta afuera a sus huéspedes, con la cabeza descubierta, el pesado abrigo colgando desabotonado, los ojos fijos en el suelo.

Cerró la puerta por detrás de ellos, con violencia reprimida, dio una vuelta a la llave y corrió el pasador. No estaba satisfecho con sus amigos. A la luz de la filosofía que Mr. Vladimir sustentaba con respecto al hecho de tirar bombas, ellos se le mostraron como frívolos desahuciados. El papel de Mr. Verloc en la política revolucionaria había sido tan sólo el de observador, de modo que no podía asumir de inmediato, ni en su casa ni en asambleas numerosas, la iniciativa de la acción. Tenía que ser cauto. Movido por la justa cólera de un hombre que ya ha sobrepasado los cuarenta, amenazado en lo que le era más que su reposo y su seguridad, se preguntaba a sí mismo con desdén qué más podía haber esperado de semejantes tipos: ese Karl Yundt, ese Michaelis... ese Ossipon.

Se detuvo en el ademán de apagar la lámpara de gas que ardía en mitad del negocio y descendió a los abismos de las reflexiones morales.

Con el criterio que le otorgaba su temperamento afín al de los enjuiciados, pronunció su veredicto. Un montón de haraganes... ese Karl Yundt, mantenido por una vieja legañosa, a la que años atrás había robado del lado de un amigo y luego, más de una vez, había tratado de tirar a la calle. Fue una suerte extraordinaria para Yundt que ella volviese una y otra vez ya que, de lo contrario, ahora no tendría a nadie que lo ayudara a transitar por los caminos del Green Park, donde ese espectro realizaba cada mañana de sol su saludable caminata.

Cuando la indomable bruja rezongona muriese, el fantasma fanfarrón también se desvanecería; ése sería un buen final para el vehemente Karl Yundt. Y la moralidad de Mr. Verloc también se sentía ofendida por el optimismo de Michaelis, unido a su vieja ricachona, que había tomado la costumbre reciente de enviarlo a una quinta que ella tenía en el campo. El ex prisionero podía pasearse por los senderos sombríos, durante muchos días seguidos, en medio de una deliciosa y filantrópica ociosidad. Como Ossipon, ese pordiosero que estaba seguro de no pasar necesidades mientras hubiera en el mundo muchas tontas con libretas de ahorro. Y Mr. Verloc, idéntico a sus socios por temperamento, delimitaba en su mente prolijas diferencias sobre la validez de insignificantes desemejanzas. Y las dibujaba con cierta complacencia, porque el instinto de la respetabilidad convencional era fuerte dentro de él y sólo superado por su desagrado ante toda clase de trabajo obligatorio:

un defecto temperamental que él atenuaba mezclándolo con una amplia proporción de innovaciones, revolucionarias si se las relaciona con un estado social básico. Es evidente que nadie se insurrecciona contra las ventajas y oportunidades que esa situación proporciona, sino contra el precio que por ellas haya que pagar en moneda de moralidad consagrada, autorrepresión y trabajo. La mayoría de los revolucionarios son enemigos de la disciplina y la fatiga, en particular.

Hay también naturalezas para cuyo sentido de la justicia el precio exigido resulta monstruosamente enorme, odioso, opresivo, lacerante, humillante, extorsivo, intolerable. Estos son los fanáticos. El resto de los rebeldes sociales se explica a través de la vanidad, madre de todas las ilusiones, nobles y viles, compañera de poetas, reformadores, charlatanes, profetas e incendiarios.

Perdido durante un minuto entero en el abismo de la meditación, Mr. Verloc no penetró la profundidad de estas consideraciones abstractas.

Tal vez no era capaz de ello. En todo caso, no tenía tiempo. Se sentía penosamente compelido por el recuerdo repentino de Mr. Vladimir, otro de sus socios, al que en virtud de sutiles afinidades morales era capaz de juzgar en forma correcta. Lo consideraba peligroso. Una sombra de envidia se deslizó hasta sus pensamientos. Holgazanear estaba muy bien para esos tipos, que no conocían a Mr. Vladimir y tenían mujeres que los mantenían; en cambio, él tenía una mujer por la que preocuparse...

En este punto, por simple asociación de ideas, Mr. Verloc se vio enfrentado con la necesidad de ir a la cama en algún momento de esa noche. Entonces ¿por qué no ir ya, ya mismo? Suspiró. La necesidad no era todo lo grata que tendría que haber sido para un hombre de su edad y carácter. Le tenía miedo al demonio del insomnio que— bien lo sentía— se había adueñado de él. Levantó el brazo y apagó el mechero de gas que brillaba por encima de su cabeza.

Una clara línea de luz atravesó la puerta de la trastienda y llegó hasta detrás del mostrador, en el negocio. Y esto llevó a Mr. Verloc a comprobar de una mirada cuántas monedas de plata había en la caja.

Eran bien pocas; por primera vez desde que había abierto el negocio, hizo un balance comercial de su valor. Este balance fue desfavorable.

Se había metido en el negocio por razones no comerciales. En la selección de su peculiar rubro le había servido de guía una propensión instintiva a las transacciones oscuras, en las que se obtiene dinero con facilidad. Además, no tenía que salirse de su propia esfera: la que es vigilada por la policía. Por el contrario, el negocio le otorgaba una posición pública y confesa en esa esfera, y como Mr. Verloc tenía relaciones inconfesas que lo habían hecho conocedor de esa policía aún descuidada, una situación semejante le daba clara ventaja. Pero como medio de sustento, por supuesto, el negocio era insuficiente.

Sacó la caja del cambio fuera del cajón y al volverse para dejar el negocio se dio cuenta de que Stevie todavía estaba levantado.

¿Qué diablos está haciendo aquí?—, se preguntó Mr. Verloc. ¿Qué significa esta travesura? Miró dubitativo a su cuñado, pero no le pidió explicaciones. La relación de Mr. Verloc con Stevie se limitaba a un casual refunfuño mañanero, después del desayuno, en el que las palabras "mis botas" indicaban más una necesidad que una orden directa o un pedido. Con cierta sorpresa, Mr. Verloc comprendió que, en rigor, no sabía qué decir a Stevie. Por un momento se quedó parado en mitad de la trastienda, y miró en silencio hacia la cocina. Ni siquiera así supo qué podía pasar si dijera algo. Y la cosa le pareció muy anormal a Mr.

Verloc, a quien se le planteó de pronto que él debía mantener también a este sujeto. Nunca, hasta entonces, había pensado ni por un momento en ese aspecto de la existencia de Stevie.

De hecho no sabía cómo hablarle al muchacho. Lo observó gesticulando y murmurando en la cocina. Stevie pegaba vueltas alrededor de la mesa como un animal excitado en su jaula. Un tentativo ¿no sería mejor que fueras a la cama ahora? no produjo ningún efecto y Mr.

Verloc dejó la inmóvil contemplación del accionar de su cuñado, y cruzó la trastienda lleno de hastío, con la caja del cambio en la mano.

Como la causa de la lasitud general que sentía al subir las escaleras era de naturaleza mental pura, se alarmó por su carácter inexplicable. Esperaba no enfermarse de nada raro. Se detuvo en el oscuro rellano para examinar sus sensaciones. Pero un débil y continuo ronquido atravesando la oscuridad interfería como un toque de atención. El sonido provenía del cuarto de su suegra. Otra más para mantener, pensó. Y con ese pensamiento se encaminó a su habitación.

Mrs. Verloc se había quedado dormida con el quinqué (no se había instalado gas en el piso superior) encendido sobre la mesa de noche.

A través de la pantalla transparente la luz caía sobre la almohada blanca, hundida por el peso de la cabeza que descansaba, con los ojos cerrados y el pelo recogido en varias trenzas para la noche, la mujer se despertó con el sonido de su nombre en los oídos y vio a su marido inclinado sobre ella.

—¡Winnie, Winnie!

En el primer momento no llegó a despertarse y permaneció muy tranquila mirando la caja que Mr. Verloc traía en la mano. Pero cuando comprendió que su hermano estaba "traveseando allá abajo", con un rápido movimiento se sentó en el borde de la cama. Sus pies desnudos, emergiendo del fondo de una bolsa de algodón, con mangas, sin adornos y abotonada en el cuello y las muñecas, cayeron sobre la alfombra buscando las chinelas mientras ella observaba la cara de su marido.

—No sé cómo manejarlo— explicó Mr. Verloc con malhumor, no se lo puede dejar abajo, solo, con las luces.

Ella no contestó, se deslizó con rapidez por el cuarto y la puerta se cerró por detrás de su forma blanca.

Mr. Verloc depositó la caja sobre la mesa de noche y comenzó la operación de desvestirse tirando su sobretodo en una silla alejada.

Siguieron el saco y el chaleco. Caminó alrededor del cuarto, en medias, y su figura corpulenta, las manos restregando atormentadas la garganta, pasaba una y otra vez por el espejo de la puerta del ropero de su mujer.

Luego, después de mover la falleba, empujó con violencia las persianas y apoyó la frente contra el vidrio frío: una frágil lámina de vidrio levantada entre él y la inmensidad de fríos, negros, húmedos, embarrados e inhospitalarios montones de ladrillos, tejas y piedras, cosas de por sí desagradables e inamistosas para el hombre.

Mr. Verloc sentía la enemistad latente de todo el mundo exterior con una fuerza cercana a una angustia corporal rotunda. No hay ocupación que frustre más completamente a un hombre que la de agente secreto de policía. Es como si de pronto el caballo quedara muerto bajo su jinete en medio de una llanura deshabitada y árida. La comparación se le ocurrió a Verloc porque en sus tiempos se había sentado a horcajadas de unos cuantos caballos del ejército y ahora tenía la sensación de una caída incipiente. La perspectiva era tan negra como el vidrio de la ventana contra la que había reclinado la frente. Y de pronto la cara de Mr. Vladimir, afeitada y sarcástica, surgió nimbada por la fosforescencia de su tez rosada, como una especie de sello rojizo impreso en la negrura fatal.

Esa luminosa y mutilada visión fue tan físicamente horrenda que Mr. Verloc se apartó de la ventana cerrándola con un sordo chirrido.

Turbado y sin palabras por el temor de más visiones como ésa, vio entrar otra vez a su mujer y acostarse de un modo calmoso y sistemático, que lo hizo sentirse solo y sin esperanza en el mundo. Mrs. Verloc expresó su sorpresa al verlo aún levantado.

—No me siento muy bien— murmuró él, pasando sus manos por las sienes húmedas.

—¿Mareos?

—Sí. No estoy nada bien.

Mrs. Verloc, plácida como una esposa experimentada, expresó una opinión confidencial sobre la causa y sugirió los remedios habituales; pero su marido, que había echado raíces en mitad de la habitación, sacudió la cabeza gacha, con tristeza.

—Te vas a resfriar parado ahí— observó la mujer.

Mr. Verloc hizo un esfuerzo, terminó de desvestirse y se metió en la cama. Allá abajo, en la aquietada y estrecha calle, pasos medidos se acercaron a la casa, fueron muriendo, pausados y firmes, como si el caminante hubiera iniciado una marcha eterna, de farol en farol, en una

noche sin final; y el soporífero tictac del viejo reloj del rellano de la escalera se hizo nítido y audible en el dormitorio.

Mrs. Verloc, acostada de espaldas, mirando con fijeza el cielo raso, observó:

—Pocas entradas, hoy.

Mr. Verloc, en la misma posición, se aclaró la garganta como si fuera a hacer una importante declaración, pero sólo preguntó:

—¿Cerraste el gas abajo?

—Sí— contestó Mrs. Verloc, concienzuda—. Ese pobre muchacho está muy excitado esta noche— murmuró después de una pausa que se prolongó por tres tictacs del reloj.

A Verloc no le importaba para nada la excitación de Stevie, pero se sentía terriblemente desvelado y lleno de miedo frente a la oscuridad y el silencio que sobreviniera tras apagar la lámpara. Ese temor lo llevó a observar que Stevie había desatendido su indicación de ir a la cama.

Mrs. Verloc, cayendo en la trampa, empezó a demostrar con prolijidad a su marido que no se trataba de “desobediencia” sino de simple “excitación”.

No había en todo Londres un muchacho de esa edad más voluntarioso y dócil que Stevie, afirmó, ninguno más gustoso de agradar y listo para ello, e incluso útil, siempre que la gente no le trastornara la pobre cabeza. Mrs. Verloc se volvió hacia su marido, se apoyó en un codo y se inclinó sobre él en su ansiedad por hacerle entender que debía considerar a Stevie como un miembro útil dentro de la familia.

Esa ardorosa compasión protectora, exaltada de modo malsano en la niñez, frente a la miseria de otra criatura, tiñó sus mejillas pálidas con un fuerte rubor, hizo brillar sus grandes ojos por debajo de los párpados oscuros. Y entonces Mrs. Verloc parecía más joven; tan joven como aquella Winnie y se le veía una animación mayor que la que la Winnie de la época de la risa de Belgravia se hubiera permitido frente a los caballeros huéspedes. Las ansiedades de Mr. Verloc le impedían otorgar algún sentido a las palabras de su esposa. Era como si la voz de ella hablara desde el otra lado de un muro muy grueso. Pero su aspecto volvió a Verloc a la realidad.

Apreciaba a esta mujer y su aprecio, removido por algo que se parecía a la emoción, sólo agregó otra congoja más a su angustia. Cuando la voz de ella se silenció, se movió con dificultad y le dijo:

—No me he sentido bien en estas últimos días.

—Tal vez había dicho esto como introducción a una confidencia total; pero Mrs. Verloc dejó caer su cabeza en la almohada, otra vez y mirando hacia acriba prosiguió:

—Ese muchacho oye demasiadas cosas de lo que se habla aquí. Si yo hubiera sabido que ellos vendrían esta noche, me hubiese preocuparlo por haberle metido en la cama al mismo tiempo que yo. Estaba fuera de sí por algo que había oído acerca de comer la carne de la gente y beber su sangre. ¿Para qué sirve hablar de cosas semejantes?

Había en su voz una nota de indignado desprecio. Mr. Verloc respondió con ganas.

—Pregúntaselo a Karl Yundt— gruñó de modo salvaje. Con gran decisión, Mrs. Verloc calificó a Karl Yundt de "viejo desagradable". Y declaró en forma abierta su afecto por Michaelis. Del robusto Ossipon, en cuya presencia siempre se sentía incómoda y se escudaba en una actitud de reserva inamovible, no elijo nada, sin embargo. Continuó hablando de ese hermano, que por tantos años había sido objeto de cuidado y temores.

—No le conviene oír lo que se dice aquí. Cree que todo es verdad.

No sabe que las cosas no son así. Se apasiona con lo que oye.

Mr. Verloc no hizo ningún comentario.

—Me miró como sino supiera quien era yo, cuando fui abajo. Su corazón golpeaba como un martillo. No puede dejar de excitarse. Desperté a mi madre y le pedí que se quedara con él hasta que estuviese dormido. No es culpa de él; no tiene problemas cuando lo dejan en paz.

Mr. Verloc no hizo ningún comentario.

—Preferiría que nunca hubiese ido a la escuela— empezó de nuevo, bruscamente, Mrs. Verloc. Siempre saca esos periódicos que están en la ventana para leerlos; se le pone colorada la cara cuando anda descifrándolos.

En todo un mes no llegamos a vender una docena de números; sólo ocupan lugar en la vidriera. Y Mr. Ossipon trae todas las semanas una pila de esos folletos del F. P. para venderlos a medio penique cada uno. Yo no le daría medio penique por toda la pila. Es un disparate leer eso... eso es lo que es. Y no se venden. El otro día Stevie agarró uno que traía la historia de un oficial alemán que le arrancó media oreja a un recluta y no le hicieron nada por eso. ¡El bestia! No supe qué hacer esa tarde con Stevie. También, la historia era como para hacerle hervir la sangre a uno. ¿Pero cuál es el sentido de imprimir cosas así? Gracias a Dios aquí no somos esclavos de los alemanes. No es nuestro problema ¿no?

Mr. Verloc no dio ninguna respuesta.

—Tuve que quitarle la cuchilla— continuó Mrs. Verloc, ahora un tanto soñolienta. Andaba gritando, pateando y llorando. No puede soportar la idea de una crueldad. Hubiera querido acuchillar a ese oficial como a un cerdo, si lo hubiera tenido a mano. ¡Es verdad, también!

Hay gente que no se merece piedad. La voz de Mrs. Verloc se apagó y la expresión de sus ojos inmóviles se hizo más y más contemplativa y velada durante la larga pausa.— ¿Cómo te sientes, querido?— preguntó con voz suave, lejana—. ¿Puedo apagar la luz ahora?

La triste convicción de que para él no existía el sueño, volvía a Mr. Verloc mudo e inerte sin esperanza en su terror a la oscuridad.

Hizo un gran esfuerzo.

—Sí, apágala dijo por fin con tono hueco.

IV

La mayoría de las más o menos treinta mesas, cubiertas con rojos manteles estampados de blanco, estaban alineadas sobre el oscuro piso de madera del subsuelo. Arañas de bronce can muchas lámparas colgaban del cielo raso bajo, apenas abovedado, y los frescos recubrían todas las paredes sin ventanas, extendiéndose opacos con sus escenas de caza y una francachela medieval al aire libre; jóvenes hidalgos, vestidos con chaquetones verdes, blandían cuchillos de caza y levantaban grandes vasos de espumosa cerveza.

—O mucho me equivoco o usted es la persona que quisiera conocer por dentro este condenado asunto— dijo el robusto Ossipon inclinado hacia adelante, con los codos desparramados sobre la mesa y los pies recogidos bien atrás bajo la silla. Sus ojos miraban con fijeza y con salvaje ansiedad.

Una pianola, cerca de la puerta, flanqueada por dos palmeras en macetas, ejecutó de pronto y por sí misma un tiempo de vals con virtuosismo agresivo. El sonido era ensordecedor. Cuando paró, tan abruptamente como había empezado, el sucio hombrecito anteojudo que enfrentaba a Ossipon detrás de un grueso vaso de vidrio lleno de cerveza, emitió con calma lo que parecía una proposición general.

—En principio, lo que uno de nosotros pueda o no saber sobre un hecho dado no puede ser materia de indagación para otros.

—Así es— convino el camarada Ossipon en voz baja y tranquila. En principio.

Con su cara roja y grande sostenida entre las manos, siguió mirando con dureza, mientras el hombrecito sucio de anteojos tomaba serenamente un trago de cerveza y colocaba otra vez el vaso de vidrio sobre la mesa. Las grandes orejas lisas que se le salían a los costados del cráneo, parecían bastante delicadas como para que Ossipon las triturara entre el pulgar y el índice; la piel tensa de las mejillas se veía grasienta, enferma, y estaba apenas manchada por la miserable pobreza de una fina barba oscura. La lamentable humildad de todo su

físico resultaba ridícula por contraste con el porte de suprema confianza en sí mismo del sujeto. Era de pocas palabras y tenía una manera muy imponente de guardar silencio.

Ossipon, a través de sus manos, habló otra vez en un murmullo.

—¿Estuvo mucho tiempo afuera hoy?

—No. Me quedé en la cama toda la mañana contestó el otro— ¿Por qué?

—¡Oh! por nada dijo Ossipon— mirando serio y temeroso por dentro, con el deseo de averiguar algo— pero era obvio intimidado por el asombroso aire de indiferencia del hombrecito. Cuando hablaba con sus compañeros (lo que ocurría pocas veces) el robusto Ossipon sufría de un sentimiento moral, y a veces hasta físico, de insignificancia. Sin embargo, aventuró otra pregunta. ¿Vino caminando hasta aquí?

—No; en ómnibus— contestó el hombrecito con bastante rapidez.

Vivía muy lejos, en Islington, en una casita que estaba en una calle sucia, cubierta de paja y papeles roñosos, donde fuera de las horas de clase una banda de chicos de todo tipo corría y peleaba entre gritos estridentes, tristes, groseros. Alquilaba, amueblado, un solo cuarto trasero, notable por su enorme armario, a dos solteronas mayores, modistas de segunda, con una clientela de sirvientas en su mayoría.

Cerraba el gran armario con un candado imponente, pero, por otro lado, era un huésped modelo, que no ocasionaba problemas y que casi no requería atenciones. Sus singularidades consistían en estar presente cuando su cuarto tenía que ser limpiado y que, cuando salía, cerraba la puerta y se llevaba la llave.

Ossipon entrevió esos anteojos redondos de marco negro avanzando por las calles, en la parte alta de un ómnibus: sus reflejos, seguros de sí mismos, caían aquí y allá sobre las paredes de las casas o se abatían sobre las cabezas del flujo inconsciente de los hombres que anclaban por las veredas. El fantasma de una sonrisa endeble alteró la curvatura de los labios gruesos de Ossipon con el pensamiento de las paredes cabeceando, la gente corriendo para salvar su vida ante la vista de esos anteojos. ¡Si supieran! ¡Qué pánico! Interrogativamente murmuró:

—¿Hace mucho que está sentado aquí?

—Una hora o más— contestó el otro, negligente, y tomó un trago de la oscura cerveza. Todos sus movimientos, la forma en que agarraba el vaso, el acto de beber, la manera de colocar otra vez el vaso sobre la mesa y cruzar los brazos, tenían una firmeza, una precisión tan certera que el corpulento Ossipon, echado hacia atrás con su mirada fija y sus labios abultados, parecía la figura misma de la indecisión anhelante.

—Una hora. Entonces no debe haberse enterado afín de las noticias que acabo de oír en la calle. ¿Las oyó?

El hombrecito sacudió apenas la cabeza en señal de negación. Pero como no demostró curiosidad, Ossipon se atrevió a agregar que se había enterado justo antes de entrar allí. Un diariero había voceado el asunto debajo de sus mismas narices y como él no se esperaba semejante cosa, se había sentido lleno de espanto y desconcierto. Había llegado hasta allí con la boca seca.

—No se me había ocurrido que lo iba a encontrar aquí agregó con un murmullo sordo, los codos plantados en la mesa.

—A veces vengo por aquí dijo el otro, manteniendo su comportamiento provocativamente frío.

—Es notable, usted es el único que no oyó nada de esto continuó el robusto Ossipon. Sus párpados se agitaron nerviosos sobre los ojos brillantes—. Usted, el único— repitió tanteando. Esta evidente restricción develaba una increíble e inexplicable timidez por parte del fortachón frente al calmo hombrecito, quien una vez más levantó el vaso de vidrio, bebió y lo bajó de nuevo con movimiento brusco y terminante. Y eso fue todo.

Ossipon, luego de esperar algo, una palabra o una señal que no llegó, hizo un esfuerzo para asumir algún tipo de indiferencia.

—¿Usted— dijo bajando aún más la voz— le ha dado su material a alguien que se lo haya pedido alguna ver?

—Mi regla absoluta es no negar nunca nada a nadie, siempre que me quede una pizquita para mí— contestó el hombrecito con decisión.

—¿Es un principio?— comentó Ossipon.

—Es un principio.

—¿Y usted cree que es sano?

Los grandes anteojos redondos, que daban un aspecto de tozuda confianza a la cara pálida, observaron a Ossipon como esferas desveladas, sin parpadeos, centelleando con un frío fuego.

—Totalmente. Siempre. En cualquier circunstancia. ¿Qué me podría detener? ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Por qué tendría que pensarlo dos veces?

Ossipon tartamudeó, por así decir, con discreción.

—¿Quiere decir que se las daría a un “poli” si le viniera a pedir sus cosas?

El Otro sonrió apenas.

—Déjelos que vengan y lo intenten y ya va a ver— dijo—. Ellos me conocen pero yo también los conozco bien. No se me van a acercar; por cierto que no.

Sus finos, lívidos labios se apretaron con fuerza. Ossipon empezó a retrucar.

—Pero ellos podrían mandar a alguno... un desconocido... y usted lo equiparía. ¿Se da cuenta? De ese modo obtendría el material de sus manos y luego lo arrestaría con las pruebas a la vista.

—¿Pruebas de qué? De andar con explosivos sin licencia, tal vez.

Esto fue dicho con una expresión de soberbia burlona, aunque la delgada cara enfermiza permaneció inalterable y el tono era descuidado.

No creo que alguno de ellos esté ansioso por hacer tal arresto. No me parece que consigan uno que se anime a probarlo, Quiero decir uno bueno. No, ni uno.

—¿Por qué? preguntó Ossipon.

—Porque saben muy bien que siempre tengo el cuidado de no desprenderme del último puñado de mis ingredientes. Siempre los tengo aquí— se tocó el saco suavemente—. En un frasco grueso de vidrio— agregó.

—Así me habían dicho dijo Ossipon, con una sombra de admiración en su voz. Pero no sé si...

—Ellos saben— lo interrumpió el hombrecito, encrespado, apoyándose en el respaldo de la silla que se levantaba por encima de su frágil cabeza.

—Nunca seré arrestado. El jueguito no es atractivo para ninguno de esos policías. Habérselas con un hombre como yo exige elevado, simple y oscuro heroísmo.

Una vez más sus labios se cerraron con un chasquido de confianza en sí mismo. Ossipon dominó un movimiento de impaciencia.

—O temeridad, o simplemente ignorancia— contestó—. Sólo tienen que conseguir para el trabajo a uno que no sepa que usted tiene en el bolsillo lo suficiente como para volarse a sí mismo y a cualquier otra cosa en quince metros a la redonda.

—Nunca sostuve que no puedo ser eliminado— replicó el otro— sino que no voy a ser arrestado. Además, no es tan fácil como parece.

—¡Bah!— contradijo Ossipon—. No esté tan seguro de eso. ¿Cómo rechazar a media docena de ellos saltándole por la espalda en la calle?

Con sus armas escondidas a los costados no podría hacer nada, ¿qué podría hacer?

—Sí; podría. Rara vez ando por la calle después que ha oscurecido dijo el hombrecito, imperturbable y jamás tarde por la noche. Siempre camino con mi mano derecha cerrada alrededor de una pelota de goma que llevo en el bolsillo del pantalón. Una presión sobre esta pelota activa un detonador dentro del frasco; es el principio neumático instantáneo del disparador del lente de una cámara. La pelota sirve de transmisor...

En un rápido gesto descubrió a la mirada de Ossipon un tubo de goma que se parecía a un pequeño gusano oscuro, asomado por debajo de la bocamanga del chaleco y sumergido en el bolsillo interno de su saco. Sus ropas, de una indescriptible mezcolanza de marrones, estaban hechas harapos y acribilladas de manchas, grasientas en los bordes, con los ojales deshilachados.

—El detonador es en parte mecánico, en parte químico— explicó con condescendencia casual.

—¿Es instantáneo, por supuesto?— murmuró Ossipon, estremeciéndose ligeramente.

—Al contrario— confesó el otro, con cierta reticencia que parecía estremecer dolorosamente su boca. Pasan sus buenos veinte segundos desde que presiono la pelota hasta que se produce la explosión.

—¡Fiu!— silbó Ossipon, espantado por completo ¡Veinte segundos!

¡Qué horror! ¿Usted quiere decir que podría aguantar eso? Yo me volvería loco...

—No remediaría nada con volverse loco. Por supuesto aquí está el punto débil de ese sistema especial, que es de mi uso particular. Lo malo es que el modo de explotar es siempre nuestro punto débil. Estoy tratando de inventar un detonador que se ajuste por sí mismo a todas las condiciones de acción e incluso a cambios inesperados en las condiciones.

Un mecanismo variable pero preciso y perfecto. Un detonador realmente inteligente.

—Veinte segundos— murmuró otra vez Ossipon—. ¡Uf! Y después...

Un ligero giro de la cabeza y los resplandecientes anteojos parecieron medir la superficie de la cervecería, en el sótano del renombrado restaurante Silenus.

—Nadie tendría esperanza de salvarse aquí— fue el veredicto de la inspección—. Ni siquiera esa pareja que ahora sube las escaleras.

El piano, al pie de la escalera, hacía retumbar una mazurca con descocado ímpetu, como si un fantasma vulgar y desfachatado estuviera ejecutándola. Las teclas bajaban y subían misteriosamente. Luego hubo un silencio. Por un momento Ossipon imaginó el salón lleno de luces convertido en un espeluznante agujero negro, vomitando espantosas humaredas, tapado de horribles escombros de mampostería y cadáveres mutilados. Tuvo una sensación tan clara de ruina y muerte que se estremeció otra vez. El otro observó, calmo y suficiente:

—En última instancia sólo el carácter constituye la seguridad de una persona. Hay pocas personas en el mundo cuyo carácter sea tan firme como el mío.

—Estoy maravillado de ver cómo maneja usted el asunto— gruñó Ossipon.

—Fuerza de personalidad— dijo el otro, sin elevar la voz; proveniente de un organismo a todas luces miserable, el aserto hizo que el robusto Ossipon se mordiera el labio inferior— fuerza de personalidad repitió con ostentosa calma—. Tengo los medios para convertirme a mí mismo en un elemento mortífero, pero esto, en sí, usted comprende, no significa nada en cuanto a protección. Lo efectivo es que esa gente cree que yo soy capaz de usar esos medios. Ése es su miedo. Su miedo absoluto. A partir de ahí soy mortífero.

—Entre ellos también hay individuos de carácter— murmuró ominoso Ossipon.

—Es posible. Pero se trata de una cuestión relativa, es evidente, ya que, por ejemplo, a mí ellos no me impresionan. Por lo tanto son inferiores.

Y no pueden ser distintos. Su carácter se asienta en una moralidad convencional. Se recuesta en el orden social. El mío está libre de todo lo artificioso. Ellos están atados a todo tipo de convencionalismos; su referente es la vida, que en este plano es un hecho histórico rodeado por todo tipo de limitaciones y miramientos, un hecho complejo, organizado y preparado para que se lo ataque en todos sus puntos.

En cambio yo me atengo a la muerte, que no reconoce límites y no admite embestidas. Mi superioridad es evidente.

—Esa es una explicación trascendental del asunto— dijo Ossipon, observando el centelleo frío de los anteojos redondos—. Lo he oído a Karl Yundt diciendo más o menos lo mismo no hace mucho tiempo.

—Karl Yundt— murmuró el otro, con desprecio— el delegado del Comité Rojo Internacional, toda su vida ha sido una sombra en pose.

¿Ustedes los delegados, son tres, no es cierto? No quiero definir a los otros dos ya que usted es uno de ellos. Pero lo que usted diga no tiene importancia. Ustedes son dignos delegados para la propaganda revolucionaria, pero el problema no es sólo que no son capaces de pensar con independencia, sino que no tienen carácter frente a nada.

Ossipon no pudo reprimir un impulso de indignación.

—¿Pero qué quiere de nosotros?— exclamó con voz amortecida—.

¿Qué es usted además de usted mismo?

—Un detonador perfecto— fue la respuesta perentoria—. ¿Qué cara se fabrica para oponer a eso? Ya lo ve, ni siquiera es capaz de mencionar algo concluyente.

—Yo no me ando fabricando caras— gruñó el abrumado Ossipon, con aspereza.

—Ustedes los revolucionarios— continuó el otro, en su total confianza en sí mismo— son los esclavos de la convención social, que les teme; tan esclavos como la misma policía que se pone de pie en defensa de esa convención. Por supuesto que lo son ya que quieren llevar la revolución a ese ámbito. Lo convencional condiciona el pensamiento de ustedes, sin duda, y también la acción, y de este modo ni el pensamiento ni la acción que desarrollen llegarán jamás a nada terminante.—Hizo una pausa, tranquilo, con ese aire de cerrado, inacabable silencio, luego, casi de inmediato, prosiguió—: Ustedes no son ni un poquito mejores que las fuerzas que los persiguen.., que la policía, por ejemplo.

Los otros días me tropecé de pronto con el jefe Inspector Heat en una esquina de la calle Tottenham Court. Él me miró muy fijamente. Pero yo no. ¿Por qué tendría que dedicarle más que una ojeada? Él estaba pensando en muchas cosas... sus superiores, su reputación, los tribunales, su sueldo, los diarios... un centenar de cosas. Pero yo sólo pensaba en mi perfecto detonador. Él no representó nada para mí. Era tan insignificante como... no se me ocurre nada tan insignificante que pueda compararse con él... excepto Karl Yundt, tal vez. Tal para cual.

El terrorista y el policía, ambos provienen de la misma bolsa. Revolución, legalidad: los opuestos se mueven dentro del mismo juego; formas de una inutilidad que en el fondo es la misma. El policía juega su jueguito y ustedes, los propagandistas, hacen otro tanto. Pero yo no juego; yo trabajo catorce horas por día y a veces paso hambre. Mis experimentos cuestan plata, y entonces me quedo sin comida por uno o dos días. Usted está mirando mi cerveza. Sí. Ya me tomé dos vasos y tengo otro aquí. Estoy celebrando una reducida fiesta y la celebro solo.

¿Por qué no? Tengo la entereza de trabajar solo, bien solo, totalmente solo. He trabajado solo durante años.

La cara de Ossipon se había puesto roja como un tomate.

—En el detonador perfecto, ¿eh?— se burló muy bajito.

—Sí— replicó el otro. Es una buena definición. No se podría encontrar nada que fuese ni la mitad de preciso para definir la naturaleza de la actividad de ustedes, con todos sus comités y delegaciones. Soy yo el verdadero propagandista.

—No vamos a discutir ese punto— dijo Ossipon con el aire del que se eleva por encima de toda consideración personal, me temo que voy a estropearle su fiesta privada, sin embargo. Volaron a un hombre en Greenwich Park esta mañana.

—¿Cómo se enteró?

—Han estado voceando las noticias en las esquinas desde las dos de la tarde. Compré un diario y corrí hacia acá. Entonces lo vi a usted sentado a esta mesa. Debo tenerlo aún en el

bolsillo. Desenfundó el diario. Era una hoja grande, rosada, como si estuviera engreída por el entusiasmo de sus propias convicciones, que eran optimistas. Revisó las páginas con rapidez.

—¡Ah! Aquí está. Bomba en Greenwich Park. Nada hasta aquí.

Once y media de la mañana. Mucha niebla. Los efectos de la explosión se sintieron hasta la calle Romney y Park Place. Enorme agujero en la tierra, bajo un árbol, lleno de raíces trituradas y ramas rotas. Alrededor, trozos del cuerpo de un hombre que voló en pedazos. Esto es todo. El resto son puros chismes del diario. Sin duda un inicuo intento de volar el Observatorio, dicen. Hum. Es difícil de creer.

Miró el diario por un rato más, en silencio; luego lo pasó al otro que, después de fijar la vista con aire abstraído en el impreso lo dejó en la mesa sin comentarios.

Ossipon fue el primero en hablar aún lleno de resentimiento.

—Los pedazos de un hombre solo, ve usted. Ergo: se voló a sí mismo. Esto le estropea el día ¿no? ¿Se esperaba este tipo de lance? Yo no tenía ni la menor idea, ni siquiera la sombra de una sospecha de que algo de este tipo se estuviera planeando aquí, en Inglaterra. En esta coyuntura es un hecho criminal.

El hombrecito levantó sus delgadas cejas negras con desprecio desapasionado.

—¡Criminal! ¿Qué es eso? ¿Qué es el crimen? ¿Cuál puede ser el sentido de semejante aseveración?

—¿Cómo me podría explicar? Uno tiene que usar las palabras corrientes— dijo Ossipon con impaciencia—. Lo concreto es que este asunto puede incidir muy negativamente en nuestra posición en este país. ¿Eso no le parece bastante criminal? Estoy convencido de que usted debe haber estado desparramando algo de su materia prima en estos días.

Ossipon lo encaró con dureza. El otro, sin claudicar, subió y bajó su cabeza con lentitud.

—¡Lo ha hecho!— estalló el editor de los panfletos F. P. en un intenso susurro—. ¡No! ¿Y de veras anduvo repartiendo por todos lados, a cualquiera, al primer tonto que se le apareciera?

—¡Justamente! El maldito orden social no se edificó con papel y tinta y yo no fabulo que una combinación de papel v tinta pueda alguna vez ponerle fin, sea lo que sea lo que usted pueda pensar. Sí, yo quisiera repartir mi material a manos llenas a cada hombre, mujer o loco que ande por ahí. Ya sé lo que está pensando. No acepto directivas del Comité Rojo. A ustedes me gustaría verlos con los perros atrás o arrestados... o degollados por esto... y no se me movería un pelo. Lo que nos pase a nosotros como individuos no traerá ni la más mínima consecuencia.

Habló con negligencia, sin enardecerse, casi sin sentimiento, y Ossipon, muy afectado en el fondo, trató de copiar ese despego.

—Si la policía de aquí aprendió bien su función, van a llenarlo de agujeros o bien tratarán de eliminarlo por la espalda, a plena luz del día.

Pareció que el hombrecito ya había considerado esa posibilidad en su desapasionado, suficiente estilo.

—Sí— asintió con la mayor buena voluntad—. Pero para eso tendrían que hacer frente a sus propias instituciones. ¿Se da cuenta? Eso requiere un valor poco común. Un valor muy especial.

Ossipon parpadeó.

—Me imagino que eso es exactamente lo que le hubiera pasado si usted hubiese establecido su laboratorio en Estados Unidos. Allá no se andan con vueltas con las instituciones.

—No estoy dispuesto a ir y ver. Por otro lado su observación es exacta— admitió el otro. Allá tienen más carácter y su específica esencia es anarquista. Campo fértil para nosotros los Estados Unidos... muy fértil. La gran república tiene en sí el germen de la destrucción. El temperamento colectivo es antilegalista. Excelente. Nos pueden limpiar, pero...

—Usted es demasiado trascendental para mí— gruñó Ossipon con malhumorada ansiedad.

—Lógico— protestó el otro—. Hay muchos tipos de lógica. Ésta es la esclarecida. América está en lo justo. Este país es el peligroso, con su condición idealista de la legalidad. El espíritu social de este pueblo está impregnado de escrúpulos prejuiciosos y eso es fatal para nuestro trabajo.

¡Usted habla de Inglaterra como de nuestro único refugio! Antes bien, es el peor. ¡Capua! ¿Qué nos importan los refugios? Aquí usted imprime sus palabras, conspira y no hace nada muy conveniente para los Karl Yundt, estoy seguro.

Se encogió de hombros apenas, luego agregó con la misma pausada seguridad:

—Nuestro objetivo ha de ser romper la superstición y el culto de la legalidad. Nada me gustaría más que ver al Inspector Heat y a sus pares asumiendo la tarea de limpiarnos a plena luz del día con la aprobación de la gente. Entonces habremos ganado la mitad de nuestra batalla; la desintegración de la vieja moralidad se habrá asentado en su propio templo. Eso es lo que ustedes tendrían que tratar de lograr. Pero ustedes los revolucionarios jamás llegarán a entenderlo. Planean el futuro, se pierden en ensoñaciones de sistemas económicos derivados del actual, mientras que lo que se busca es barrer con todo y dar comienzo a una nueva concepción de la vida. Ese tipo de futuro se cuida solo, con tal que ustedes le hagan lugar. Por eso fue gustaría desparramar a paladas mi material, a montones en las esquinas, si tuviera la cantidad necesaria; y como no la tengo, hago lo que puedo perfeccionando un detonador seguro de veras.

Ossipon, que en mente había estado navegando en aguas profundas, se agarró de las últimas palabras como si fueran una tabla de salvación.

—Sí. Sus detonadores. No me asombraría que fuera uno de sus detonadores el que hizo la limpieza del hombre en el parque.

Una sombra de enojo oscureció la cara resuelta, pálida, que enfrentaba a Ossipon.

—Mi problema consiste precisamente en experimentar, en la práctica, los distintos modelos. Después de todo, hay de probarlos. Además...

Ossipon interrumpió.

—¿Quién sería ese tipo? Le aseguro que en Londres no conocemos...

¿No podría hacerme una descripción de la persona a la que le dio el material?

El otro volvió sus lentes hacia Ossipon, como un par de reflectores.

—Describirlo— repitió con lentitud—. Creo que ahora no hay el menor inconveniente. Se lo voy a describir con una sola palabra: Verloc.

Ossipon, cuya curiosidad lo había levantado varios centímetros de la silla, se derrumbó como si lo hubieran golpeado en la cara.

—¡Verloc! Imposible.

El hombrecito dueño de sí cabeceó apenas una vez.

—Sí. De él se trata. En este caso usted no podrá decir que le di mi materia prima al primer loco que iba pasando. Era un prominente miembro del grupo, por lo que sé.

—Sí— dijo Ossipon—. Prominente, No, no exactamente. Era el centro para la inteligencia general y siempre recibía a los camaradas que venían aquí. Más útil que importante. Hombre sin ideas. Años atrás solía hablar en concentraciones públicas, creo que en Francia. No muy bien, con todo. Confiaban en él hombres como Latorre, Moser y todo ese antiguo grupo. El único talento que en realidad demostró fue su habilidad para eludir, de un modo u otro, la atención de la policía. Aquí, por ejemplo, no parecía que lo vigilaran de cerca. Estaba legalmente casado, como sabe usted. Supongo que fue con la plata de ella con la que inició ese negocio. Parece que también lo hizo caminar.

Ossipon se interrumpió con brusquedad. Luego murmuró para sí mismo:

—¿Qué irá a hacer esa mujer ahora? y se sumergió en sus pensamientos.

El otro esperó, ostentando indiferencia. Nadie conocía a la familia de ese hombre y en general se aludía a él por el sobrenombre de Profesor.

Se había ganado tal designación porque una vez había sido ayudante de química en algún instituto técnico. Tuvo un altercado con las autoridades por una cuestión de trato desleal. Después obtuvo un puesto en el laboratorio de una fábrica de anilinas. También allí fue tratado con injusticia sublevante. Sus luchas, sus privaciones, su arduo trabajo para elevarse en la escala social, lo habían henchido de una exaltada convicción acerca de sus méritos, tan importantes, que era muy difícil para el mundo hacerles justicia, ya que la pauta de esa noción dependía en alto grado del sufrimiento del individuo. El Profesor tenía genio pero era falto de la gran virtud social de la resignación.

—En el plano intelectual una nulidad— pronunció Ossipon en voz alta, abandonando de pronto la íntima contemplación de la acongojada persona y desolado negocio de Mis. Verloc—. Una personalidad bien vulgar. Usted se equivoca al no mantenerse en un contacto más estrecho con los camaradas, Profesor— agregó en tono reprobatorio—. ¿Él le dijo algo... le dio alguna idea de sus intenciones? No lo veía desde hacía un mes. Parece mentira que se nos haya ido.

—Me dijo que iba a hacer una demostración contra un edificio -dijo el Profesor—. Yo tenía que saber cómo preparar el explosivo. Le advertí que no tenía la cantidad suficiente para un completo resultado destructivo, pero me encareció que hiciera lo que pudiese. Como quería algo que pudiera ser llevado al descubierto en la mano, le propuse usar una lata vieja de barniz que, por casualidad, tenía en mi casa. Le agradó la idea. Me costó cierto trabajo porque primero tuve que cortar el fondo y después volver a soldarlo. Cuando estuvo lista, contenía un frasco de boca ancha, bien tapado, de vidrio grueso, envuelto en arcilla húmeda y lleno con cuatrocientos gramos de polvo verde X 2. El detonador estaba conectado con el tornillo de la tapa de la lata. Era ingenioso, una combinación de tiempo y percusión. Le expliqué el sistema; había un tubo delgado, de lata, que contenía...

La atención de Ossipon volvió de su vagabundeo.

—¿Qué cree usted que ha pasado?— interrumpió.

—No puedo decirlo. Tal vez atornilló la tapa demasiado ajustada, ese movimiento hizo la conexión y él se olvidó del tiempo. Tenía un margen de veinte minutos. Pero, una vez hecho el contacto, una sacudida brusca podría haber producido la explosión de inmediato. O dejó transcurrir demasiado tiempo o bien, simplemente, dejó caer la lata.

Que el contacto se produjo con exactitud, para mí está bien claro; el sistema trabajó a la perfección. Y sin embargo se podría pensar que un tonto cualquiera sería capaz de olvidarse, en el apuro, de hacer el contacto total. Estaba pensando para mí, con preocupación, acerca de ese tipo de descuido, principalmente. Pero hay más clases de tontos que las que uno puede prever. No se puede pretender que un detonador sea a prueba de tontos.

El Profesor hizo señas a un mozo. Ossipon estaba sentado, rígido, con la mirada abstraída de quien realiza un trabajo mental. Después que el mozo se alejó con el dinero, se despabiló mostrando una profunda desazón.

—Esto me es muy desagradable— rumió— Karl ha estado en cama con bronquitis durante una semana. Existe la posibilidad de que no se vuelva a levantar. Michaelis está regodeándose en el campo, en cualquier lugar. Un editor de moda le ofreció quinientas libras por un libro.

Va a ser un terrible problema: ya sabe usted que él perdió en la cárcel el hábito de pensar con coherencia.

El Profesor, de pie, abotonándose el saco, lo miró con perfecta indiferencia.

—¿Qué va a hacer usted?— preguntó Ossipon, fastidiado. Temía la censura del Comité Rojo Central, un cuerpo que no tenía lugar fijo de residencia y de cuyos componentes él no tenía conocimiento cabal. Si este asunto incidía en la cesación del modesto subsidio adjudicado para la publicación de los panfletos F. P., entonces sí tendría que lamentar la inexplicable locura de Verloc.

—Una cosa es la solidaridad con las formas extremas de acción, y otra la temeridad absurda— dijo con una especie de brutalidad taciturna—.

No sé qué le pasó a Verloc; hay algo misterioso ahí. Pero él ya no está. Usted puede tomarlo como quiera, pero en estas circunstancias la única actitud posible para el grupo de militantes revolucionarios es desconocer toda conexión con esta maldita extravagancia suya. Lo que me preocupa a mí es cómo hacer que esa declaración sea convincente en alto grado.

El hombrecito de pie, con el saco ya abotonado y listo para irse no era más alto que Ossipon sentado; con sus lentes apuntó a la cara de este último.

—Tiene que pedir un certificado de buena conducta a la policía.

Ellos saben dónde durmió cada uno de ustedes esta noche pasada. Tal vez, si usted se lo pide, consientan en publicar alguna declaración oficial.

—Sin duda que ellos saben muy bien que nosotros no tenemos nada que ver con este asunto— refunfuñó Ossipon, con amargura—. Lo que dirán es otra cosa—. Permaneció pensativo, sin mirar la pequeña figura del búho andrajoso que estaba parada a su lado. Tengo que agarrarlo de inmediato a Michaelis y llevarlo a una de nuestras asambleas, y que hable de corazón. El público tiene una especie de consideración sentimental por ese tipo. Su nombre es conocido y yo tengo contacto con algunos periodistas de los grandes diarios. No dirá más que pura palabrería, pero él tiene una forma de hablar que les hace tragar cualquier cosa.

—Hasta veneno— profirió el Profesor en voz baja, manteniendo una expresión impasible.

El perplejo Ossipon siguió hablándose a sí mismo— apenas se lo oía— como un hombre que reflexiona en perfecta soledad.

—¡Maldito burro! Dejar este asunto idiota en mis manos. Y ni siquiera sé si...

Permanecía sentado con los labios apretados. La idea de ir a buscar noticias al negocio no lo seducía. Suponía que el negocio de Verloc estaría convertido en una trampa de la policía. Se dedicarían a hacer algunos arrestos, pensaba, con algo así como una indignación virtuosa hasta la sustancia de su vida revolucionaria estaba amenazada por un crimen que no había cometido. Y si no iba allí, corría el riesgo de permanecer en la ignorancia de lo que quizá le sería fundamental conocer.

Luego reparó que, si el hombre del parque había quedado deshecho en pedazos como decían los diarios de la tarde, tal vez no hubiera sido identificado. Y si era así, la policía no debía tener motivos especiales para vigilar el negocio de Verloc con más empeño que cualquier otro lugar habitualmente frecuentado por anarquistas marcados... no más especiales, de hecho, que para vigilar las puertas del Silenus. Debía haber mucha vigilancia en todas partes, en cualquier lugar. Con todo...

—¿Cómo saber qué me conviene hacer ahora?— musitó pidiéndose consejo a sí mismo.

Una voz ronca dijo a su lado, con sosegado desprecio:

—Apúrese a ver qué cosas de valor tiene esa mujer.

Después de emitir estas palabras, el Profesor se alejó de la mesa.

Ossipon, a quien esa muestra de perspicacia tomó desprevenido, hizo un amago inútil pero todavía permaneció allí con la mirada fija y sin esperanza, como si estuviera por siempre clavado a la silla. El solitario piano, sin mucho más que un taburete que lo ayudara, atacó con coraje una selección de aires nacionales, tocándole por último la tonada “Blue Bells of Scotland”. Las notas penosamente arrancadas crecieron lánguidas a espaldas de Ossipon, mientras subía con lentitud las escaleras, cruzaba el hall y llegaba a la calle.

Frente a la gran puerta de entrada una funesta fila de vendedores de diarios parados sobre la calle vendían sus ejemplares desde el cordón.

Era un día frío, nublado, de comienzos de primavera; y el cielo de hollín, el barro de las calles, los andrajos de los hombres sucios armonizaban a la perfección con el brote de las húmedas hojas de diario, manchadas de basura y de tinta. Los carteles, llenos de inmundicias, guarnecían como tapices las curvas del cordón. La venta de diarios de la tarde era animada y, a pesar de ello, en comparación con el ágil y constante movimiento de peatones, el efecto era de indiferencia, de distribución desigual. Ossipon miró con rapidez a uno y otro lado antes de meterse en el gentío, pero el Profesor ya no estaba al alcance de la vista.

V

El Profesor dobló por una calle hacia la izquierda y avanzó, llevando la cabeza rígida y erguida, en medio de una multitud compuesta por individuos que sobrepasaban, todos, su raquítica estatura. Era inútil querer ocultarse a sí mismo que estaba decepcionado. Pero eso era pura sensiblería; el estoicismo de su pensamiento no podía ser perturbado por esa u otra falla cualquiera. La próxima vez, o la siguiente, un golpe eficaz sobrevendría— algo de veras sobrecogedor— una explosión adecuada para abrir la primera grieta en la imponente fachada del gran edificio de las concepciones legales, encubridor de la atroz injusticia social. De origen humilde y con una apariencia exterior tan mediocre como para cerrarle el paso a sus considerables habilidades naturales, la imaginación se le encendió desde temprano con los relatos de hombres que se elevaban de las profundidades de la pobreza hasta posiciones de autoridad y opulencia. La extrema, casi ascética, pureza de su pensamiento mezclada con una sorprendente ignorancia de las condiciones terrenas, le planteó un objetivo: alcanzar poder y prestigio sin la intermediación de artes, gracias, tacto, riquezas, sino con el beso cabal de su solo mérito. En esa perspectiva se consideraba con títulos suficientes para un éxito indiscutible. Su padre, un endeble y oscuro fanático, de frente deprimida, había sido predicador ambulante entusiasta de alguna secta cristiana poco conocida; un hombre que confiaba a ciegas en los privilegios de su rectitud. En el hijo, individualista por temperamento, una vez que la ciencia de los colegios reemplazó a fondo la fe de la secta, esa actitud moral se convirtió por sí misma en un frenético puritanismo de ambición. Y él lo alimentó como algo secularmente sagrado. Al ver frustradas sus aspiraciones, abrió los ojos a la verdadera naturaleza del mundo, cuya moral era artificiosa, corrupta y blasfema.

Aun el camino de las más justificables revoluciones es preparado por impulsos personales que se disfrazan de doctrinas. La indignación del Profesor encontró en sí misma una causa final, que la absolvía del pecado de haberse volcado a la destrucción como agente de su propia avidez. Destruir la fe pública en la legalidad era la fórmula imperfecta de su pedante fanatismo; pero era precisa y correcta la convicción subconsciente de que el sistema de un orden social establecido no podía ser destruido, en forma efectiva, sino por alguna forma de violencia colectiva o individual. Él era un agente moral, y esa idea estaba fija en su mente. Al ejercer como tal, en un reto despiadado, se procuraba a sí mismo las apariencias de poder y prestigio personal. Eso era innegable para su vengativa amargura, y apaciguaba su desasosiego; a su propio modo los más ardientes revolucionarios acaso no hagan otra cosa que buscar paz con el resto de la humanidad: la paz de la vanidad mitigada, de los apetitos satisfechos, o quizá de la conciencia aplacada.

Perdido en la muchedumbre, miserable y enano, meditaba lleno de confianza en su poder, con la mano en el bolsillo izquierdo del pantalón, empuñando con suavidad la pelota de goma, la suprema garantía de su siniestra libertad; pero después de un rato se sintió desagradablemente afectado por el aspecto de la calle, apiñada de vehículos, y de la vereda, repleta de hombres y mujeres. Se hallaba en una larga, recta, calle transitada por apenas una fracción de una inmensa multitud; pero a su alrededor, sin cesar, hasta los límites del

horizonte encubierto por enormes moles de ladrillos, sentía la masa poderosa de la humanidad en toda su dimensión. Pululaban innúmeros como langostas, industriosos como hormigas, atolondrados como una fuerza natural, empujando a ciegas, metódicos y absortos, impermeables al sentimiento, a la lógica, y hasta al mismo terror, quizá...

Esa era la forma de duda que más temía. ¡Impermeables al miedo!

A menudo, mientras andaba por la calle — ocasiones en que solía salirse de sí mismo— lo asaltaban esos momentos de terrible y cuerda desconfianza en la humanidad. ¿Y que pasaba si nada los podía conmover?

Esos momentos le llegan a todos los hombres cuya ambición tiende a lograr poderío sobre la gente: a los artistas, políticos, pensadores, reformadores o santos. Despreciable estado emocional contra el cual sólo la soledad es remedio para un carácter fuerte; y con severo regocijo el Profesor pensaba en el refugio de su cuarto, con el armario y su candado, perdido en la mezcolanza de casas pobres la ermita de un perfecto anarquista. Para llegar más rápido al lugar en que podría tomar su ómnibus, dobló de pronto por un estrecho y oscuro callejón cubierto de lajas, abandonando la calle concurrida. A un costado, las bajas casas de ladrillos ofrecían en sus polvorientas ventanas el invisible, moribundo aspecto de una declinación incurable, cáscaras vacías esperando la demolición. Al otro lado la vida aún no se había alejado en forma total.

Frente al cínico farol de gas bostezaba la caverna de un vendedor de muebles de segunda mano donde, en lo hondo de la lobreguez de una especie de estrecha avenida, que se retorcía entre la selva caprichosa de roperos, con una maraña baja de patas de mesas, centelleaba, como un charco de agua en un bosque, un alto espejo. En la puerta estaban firmes un sillón desdichado, sin hogar, y dos sillas de distinto estilo. El único ser humano que usaba el callejón, además del Profesor, avanzando fornido y enhiesto en dirección opuesta, contuvo de pronto su paso cadencioso.

—¡Hola!— dijo. Y se apartó apenas hacia un costado con precaución.

El Profesor ya se había detenido, con una ágil media vuelta que llevó sus hombros hasta muy cerca de la otra pared. Su mano derecha se apoyó apenas en el respaldo del sillón en desuso, la izquierda siguió hundida en el bolsillo del pantalón y la redondez de los anteojos de grueso marco le dio aspecto de búho a su taciturna, imperturbable cara.

Parecía un encuentro en un pasillo secundario de una casa llena de vida. El hombre fornido tenía un abrigo abotonado hasta el cuello y llevaba un paraguas. Su sombrero, echado hacia atrás, descubría una parte de la frente que parecía muy blanca en la oscuridad. Los parches oscuros de las órbitas hacían brillar los ojos en forma penetrante. Largos bigotes, color de maíz maduro, caían enmarcando con sus puntas la masa cuadrada de su mentón afeitado.

—No lo ando buscando a usted— dijo lacónico.

El Profesor no se movió ni un centímetro. Los ruidos entremezclados de la enorme ciudad iban cayendo paulatinamente hacia un murmullo débil, inarticulado. El Jefe Inspector Heat, del Departamento Especial del Crimen, cambió el tono.

—¿No tiene apuro para llegar a casa?— preguntó con burlona simplicidad.

Con su apariencia dañina, diminuta, el agente moral de la destrucción se regodeaba en silencio de poseer un prestigio personal que jaqueara a ese hombre, armado con el mandato defensivo de la sociedad amenazada. Más afortunado que Calígula, quien anhelaba que el Senado romano tuviera una sola cabeza para mejor satisfacer su capricho cruel, veía en ese único hombre la concreción de todas las fuerzas a las que había desafiado: la fuerza de la ley, la propiedad, la opresión y la injusticia. Podía contemplar a todos sus enemigos y sin temor, en la suprema satisfacción de su vanidad, se atrevía a enfrentarlos. Y se mostraban perplejos frente a él, como ante un espantoso portento. Se deleitaba con la oportunidad de este encuentro, que afirmaba su supremacía frente al conjunto entero de la humanidad.

En realidad se trataba de un encuentro casual. El Jefe Inspector Heat había tenido un día desagradable y agitado desde que su Departamento recibió el primer telegrama de Greenwich, poco antes de las once de la mañana. Además, el atentado se produjo menos de una semana después de que él asegurara a un alto oficial que no se preveía ningún brote de actividad anarquista. Si alguna vez se había sentido seguro de sí al hacer una declaración, había sido en ese instante. Y había hecho la aseveración infinitamente satisfecho consigo mismo, ya que era evidente que el alto oficial anhelaba oír justo eso. Había afirmado que ningún hecho de ese tipo podía siquiera planearse sin que el departamento se enterara dentro de las veinticuatro horas; y habló de ese modo con la conciencia de ser el gran experto de su Departamento.

Y hasta había ido tan lejos como para usar palabras cuya real sabiduría hubiera debido reservar. Pero el jefe Inspector Heat no era demasiado sabio; por lo menos no en profundidad. La verdadera sabiduría, que no está segura de nada en este mundo de contradicciones, tendría que haberlo prevenido. Eso hubiese alarmado a sus superiores aventando sus posibilidades de promoción. Su promoción había sido muy rápida.

—No hay uno de ellos, señor, a quien no podamos echar mano en cualquier momento del día o de la noche. Sabemos qué hace cada uno de ellos hora por hora— declaró. Y el alto oficial se había dignado sonreír.

Eran las palabras correctas que tenía que decir un oficial de la reputación del Jefe Inspector Heat, y las debía decir en forma tan obvia que resultaran deleitosas. El alto funcionario creyó en ellas, pues concordaban con su propia idea de la compatibilidad de las cosas. Su discernimiento era de índole oficial, de lo contrario tendría que haber chocado con una noción no teórica sino de experiencia: en la básica urdimbre espesa de las relaciones entre conspirador y policía se producen inesperados cortes, súbitos baches de espacio y tiempo. Un determinado anarquista puede ser vigilado pulgada a pulgada y minuto a minuto, pero llega un momento en que, por alguna razón, se pierde al sujeto de vista por unas pocas horas, durante las cuales algo (por lo general una explosión), más o menos deplorable, tiene lugar. Pero el alto funcionario, arrastrado por su sentido de la intrínseca propiedad de las

cosas, había sonreído y ahora la memoria de esa sonrisa era incómoda para el jefe Inspector Heat, principal experto en estrategia anarquista.

Ésa no era la única circunstancia cuyo recuerdo alteraba la habitual serenidad del eminente especialista. Había otra, y databa apenas de esa misma mañana. Era una humillación bien definida el pensamiento de que cuando fue llamado de urgencia a la oficina privada del Subjefe de Policía se sintió incapaz de disimular su asombro. Su instinto de hombre de éxito le había enseñado, mucho tiempo atrás, que una reputación se construye sobre los modales tanto como sobre los hechos meritorios. Y sentía que su reacción frente al telegrama no había sido de buen tono. Se le salieron los ojos de las órbitas y exclamó «¡imposible!

», exponiéndose así a la irrefutable respuesta de un dedo que se apoyaba enérgico sobre el telegrama depositado en el escritorio, previa lectura en voz alta de su texto por parte del Subjefe de Policía. Ser aplastado, como él lo había sido, por la punta de un índice, era una experiencia desagradable. ¡Muy perjudicial también! Además, el jefe Inspector Heat era consciente de que no tenía elementos de refuerzo que le permitieran expresar una convicción.

—Una cosa puedo decirle ya mismo: ninguno del grupo que conocemos tuvo que ver con esto.

En su integridad de buen detective era fuerte, pero ahora comprendía que una reserva cortés e impenetrable hubiera sido más útil para su reputación. Por otra parte, se admitía a sí mismo que era difícil preservar la reputación de uno cuando grupos de intrusos estaban por poner mano en el asunto. Los intrusos son la ruina de la policía y de cualquier profesional. El tono de la advertencia del Subjefe de Policía había sido tan ácido como para provocar dentera.

Y desde el desayuno el jefe Inspector Heat no había podido tragar nada comestible.

Al iniciar de inmediato sus investigaciones en el lugar del hecho, se había tragado una buena porción de fría y malsana neblina en el parque. Luego había caminado hasta el hospital; y cuando la investigación en Greenwich terminó por fin, ya había perdido su interés por la comida. No acostumbrado, como los médicos, a examinar de cerca los restos mutilados de una persona, se sintió impactado por el espectáculo que se le ofreció después que una tela impermeable fue corrida en una mesa de cierto departamento del hospital.

Otra tela impermeable había sido extendida sobre esa mesa, a la manera de un mantel, con las puntas dobladas hacia arriba haciendo algo así como una pila: un montón de jirones quemados y sangrientos, ocultando a medias lo que podía haber sido una acumulación macabra para una fiesta caníbal. Exigía considerable fortaleza de ánimo mantenerse firme ante semejante espectáculo. El Jefe Inspector Heat, un eficiente oficial de su Departamento, se mantuvo quieto pero durante un minuto entero no avanzó. Un agente de uniforme, destacado ahí, echó una ojeada y dijo con estúpida simpleza:

—Está todo ahí. Hasta el último pedacito del tipo. Fue muy difícil.

Había sido el primero en llegar al lugar después de la explosión.

Una vez más mencionó el detalle. Había visto algo parecido a un enorme relámpago restallando entre la niebla. A esa hora estaba parado en la puerta del hospedaje de la calle King William, hablando con el encargado. La explosión lo hizo saltar. Corrió entre los árboles hacia el Observatorio. —Tan rápido como podían mis piernas— repitió dos veces.

El jefe Inspector Heat se inclinó sobre la mesa en forma cautelosa y lleno de horror, dejando al agente proseguir con su relato. Un enfermero del hospital y otro hombre, corrieron las puntas de la tela y se apartaron. Los ojos del jefe Inspector examinaron el horripilante revoltijo de pedazos abigarrados, que parecían haber sido recogidos en un matadero o en un basural.

—Usaron una pala— dijo, mientras observaba restos de grava, pedacitos de corteza de árbol y partículas de astillas de madera, tan finas como agujas.

—Hubo que hacerlo en un momento— contestó el estólido agente.

Envié a un cuidador para que me alcanzara una azada. Cuando me oyó escarbando la tierra, apoyó la frente contra un árbol y se quedó como un perro apaleado.

El Jefe Inspector, agachado con precaución sobre la mesa, peleaba contra una desagradable sensación en su garganta. La desatada violencia destructiva que había hecho de ese cuerpo un montón anónimo de fragmentos afectaba su sensibilidad con la idea de una saña despiadada, aunque su razón le decía que el efecto debió haber sido tan rápido como el centelleo de un relámpago. El hombre, quienquiera que fuese, había muerto al instante; y sin embargo parecía imposible creer que un cuerpo humano pudiese haberse desintegrado hasta ese punto sin pasar por los tormentos de una agonía inconcebible. Ni fisiólogo, ni mucho menos metafísico, el jefe Inspector Heat, gracias a la fuerza de la simpatía, que es una forma de temor, se elevaba por encima de la concepción vulgar del tiempo. ¡Instantáneo! Recordó todo lo que había leído una vez en una revista acerca de largos y aterradores sueños que se producían en el mismo instante de despertarse; toda la vida pasada vivida con intensidad horrorosa por el hombre que se ahoga, mientras su cabeza sentenciada ya emerge por última vez entre la corriente. Los misterios inexplicables, de la existencia consciente acosaban al jefe Inspector Heat, mientras desarrollaba la horrible idea de que siglos enteros de atroces penurias y tortura mental podían estar resumidos en el tiempo que media entre dos parpadeos sucesivos. Entretanto, el Jefe Inspector seguía escudriñando la mesa, con el rostro calmo y la atención apenas ansiosa de un comprador sin plata, inclinado sobre los que se podrían llamar desperdicios de una carnicería, planeando una cena de domingo poco costosa. Durante todo el tiempo sus entrenadas facultades de excelente investigador, que no desprecia ninguna oportunidad de información, atendían a la autosatisfecha, incoherente locuacidad del agente.

Un tipo de pelo claro— observó éste con tono plácido, e hizo, una pausa—. La vieja que habló con el sargento mentó a un tipo de pelo claro que salía de la estación de Maze Hill. Volvió a callar. Y éste era un tipo de pelo claro. La mujer habló de dos hombres saliendo de

la estación después que el subterráneo partió— continuó, lento—. No pudo decir si andaban juntos. No le prestó atención al más corpulento, pero el otro era de pelo claro, bastante joven, y llevaba una lata de barniz en una mano. El agente dejó de hablar.

—¿Conoce a la mujer? musitó el Jefe Inspector, con los ojos fijos en la mesa y una vaga noción de la necesidad de indagar a esa persona que, tal vez, permanecería anónima para siempre.

—Sí. Es ama de llaves de un hotelero retirado y a veces cuida la capilla de Park Place— explicó con prolijidad el gente e hizo una pausa, mientras echaba una mirada oblicua a la mesa. Luego, de improviso agregó: — Bien, aquí está... todo lo que pude ver de él. Rubio. Delgado, bastante delgado. Mire este pie. Primero junté las piernas, una después de la otra. Estaba tan desparramado que no se sabía por dónde empezar.

El agente hizo silencio; el último resplandor de una inocente sonrisa autolaudatoria iluminaba su cara redonda con una expresión infantil.

—Tropezó— declaró con firmeza—. Yo mismo tropecé una vez y me pegué un golpe en la cabeza, también, mientras corría para allá. Las raíces asoman por todos partes ahí. Tropezó con la raíz de un árbol y se cayó, y eso que llevaba en la mano debe haberle explotado bajo el pecho, supongo yo.

El eco de las palabras «persona desconocida» repetidas en su subconsciente preocupaban bastante al jefe Inspector. Le hubiera gustado seguir la pista de ese caso hasta su misterioso origen por sus propios medios. Era curioso de profesión. Ante el público le hubiera gustado reivindicar la eficiencia de su departamento estableciendo la identidad de ese hombre. Él era un servidor leal; sin embargo, lograrlo parecía imposible. El primer indicio del problema era ilegible: sólo sugería crueldad, crueldad atroz.

Por encima de su repugnancia física, el Jefe Inspector Heat estiró sin convicción una de sus manos, para acallar la conciencia, y agarró el menos sucio de los restos. Era una tira angosta de terciopelo con un pedazo triangular, más grande, de tela azul colgando de una punta. Lo levantó hasta la altura de sus ojos; el agente de policía habló.

—Cuello de terciopelo. Es gracioso que la vieja haya reparado en el cuello de terciopelo. Un sobretodo azul oscuro con un cuello de terciopelo, nos dijo. Éste era el muchacho que ella vio y no hay equivocación.

Y aquí está entero, con el cuello de terciopelo y todo. Creo que no dejé ni siquiera un pedacito grande como una estampilla.

En ese momento las entrenadas facultades del Jefe Inspector dejaron de oír la voz del policía. Se acercó a una ventana para tener mejor luz. De espaldas a la habitación, su cara denotaba un sobrecogido, intenso interés mientras examinaba de cerca el trozo triangular de paño.

Con un brusco tirón lo desprendió y sólo después de haberlo metido en su bolsillo se dio vuelta y depositó el cuello de terciopelo sobre la mesa.

—Tápenlo— ordenó a los asistentes, perentorio, sin echar otra mirada y, saludado por el agente, se llevó su presa con precipitación.

Un tren oportuno lo llevó hasta la ciudad, solo y reflexionando en profundidad, en un compartimiento de tercera. Ese trozo de tela chamuscado era de incalculable valor y no podía dejar de asombrarse por la forma casual en que lo había obtenido. Era como si el Destino hubiera puesto esa pista en sus manos. Y de acuerdo con el criterio de un hombre común, cuya ambición es regir los acontecimientos, empezó a sospechar de un éxito tan gratuito y occidental, precisamente porque le parecía impuesto y no buscado. El valor práctico del éxito depende no poco del modo en que se le considere. Pero el Destino no toma nada en cuenta, carece de discreción. Heat ya no consideró para nada deseable llegar a establecer en público la identidad del hombre que esa mañana había explotado en forma tan integral. Pero no estaba seguro del criterio que adoptaría su departamento. Para sus empleados, un departamento es una compleja personalidad con ideas e incluso manías propias; depende siempre de la leal devoción de sus servidores, y la devota lealtad de los servidores confiables está asociada con un cierto grado de afectuoso desdén, que la mantiene en la dulcedumbre, por así decir.

Por una disposición benévola de la Naturaleza, ningún hombre es un héroe para su criado, o de lo contrario los héroes tendrían que cepillar sus propias ropas. Del mismo modo, ninguna empresa resulta completamente sensata para la intimidad de sus operarios. Un departamento no sabe tanto como algunos de sus servidores. Al ser un organismo desapasionado, jamás puede alcanzar una información perfecta. Y no sería bueno para su eficiencia saber demasiado. El Jefe Inspector Heat bajó del tren en un estado de fruición meditativa por entero incorrupta de deslealtad, pero no libre en su conjunto de esa sombra de sospecha que tan a menudo brota en la tierra de una perfecta devoción, ya sea con respecto a las mujeres o a las instituciones.

En esta disposición mental, con el físico bien vacío, pero aún lleno de náuseas por lo que había visto, se encontró con el Profesor. En estas condiciones, generadoras de irascibilidad en un hombre entero y normal, su encuentro era harto desagradable para el jefe Inspector Heat. No había estado pensando en el Profesor, ni se había acordado de ningún anarquista en particular. La estructura de ese rasgo de algún modo había hecho nacer en él la idea general del absurdo de las cosas humanas, que en abstracto es bastante engorroso para un temperamento no filosófico, y en circunstancias concretas se vuelve exasperante. En los comienzos de su carrera el jefe Inspector Heat se había enfrentado con las más vigorosas formas del robo. Había obtenido sus galones en esa esfera y por ello guardó hacia ese ámbito, luego de su promoción a otro departamento, una actitud no alejada del afecto. El robo no era un absurdo total. Era una forma de laboriosidad humana, perversa por cierto, pero con todo una industriosidad ejercida en un mundo industrioso; un trabajo que se asumía por la misma razón que el trabajo de los talleres de alfarería, de las minas de carbón, del campo, de un negocio de esmerilado. Era un trabajo cuya diferencia práctica en relación con otras formas de trabajo consistía en la naturaleza de su riesgo, que no era ni anquilosis, ni saturnismo, ni el grisú, ni el polvo de arena, sino que se podía definir con

brevedad en su especial fraseología propia como «siete años duros». El jefe Inspector Heat, por supuesto, no era insensible al peso de las diferencias morales. Pero los ladrones que él había tratado ya no estaban en ninguna parte. Ellos se sometían a las severas sanciones de una moralidad familiar al Jefe Inspector Heat con cierta resignación. Heat creía que las ladrones eran conciudadanos que habían errado el camino a causa de una educación imperfecta; pero dejando de lado esa diferencia podía entender la conducta de un ladrón ya que de hecho la mente de un ladrón y sus instintos son de la misma índole que la mente y los instintos de un oficial, de policía. Ambos reconocen las mismas convenciones y tienen un conocimiento operativo de los métodos del otro y de la rutina de sus respectivas ocupaciones.

Se entienden mutuamente, lo cual es ventajoso para ambos y establece una suerte de amenidad en sus relaciones. Productos de la misma máquina, uno clasificado como útil y el otro como nocivo, conciben a esa máquina de distintas formas, pero con una seriedad que, en esencia, es la misma. La mentalidad del Jefe Inspector Heat era inaccesible a cualquier idea de revolución. Pero sus ladrones no eran rebeldes. Su vigor físico, su comportamiento frío, inflexible, su coraje y equidad le habían asegurado mucho respeto y algo de adulación en los tiempos de sus primeros éxitos. Se había sentido reverenciado y admirado. Y el Jefe Inspector Heat, parado a seis pasos del anarquista conocido como el Profesor, pensó con pena en el mundo de los ladrones, cuerdo, sin ideales malsanos, trabajando por rutina, respetuoso de las autoridades constituidas, libre de todo matiz de odio y desesperanza.

Luego de pagar ese tributo a lo que es normal dentro de la estructura de la sociedad ya que la idea del robo resultaba a su instinto tan normal como la idea de propiedad, Heat se sintió irritado consigo mismo por haberse detenido, por haber hablado, por haber elegido ése de entre todos los caminos, y sólo porque era un atajo entre la estación y el cuartel general. Y habló otra vez, con su voz alta y autoritaria que, aun siendo moderada, tenía un tono amenazador:

—Usted no es buscado, le digo— repitió.

El anarquista no se movió. Una risa interna de burla le descubrió no sólo los dientes, sino también las encías y lo sacudió entero, sin que se oyera el mínimo sonido.

Aun a su pesar el jefe Inspector Heat se vio llevado a decir:

—No todavía. Cuando lo busque sabré dónde encontrarlo.

Eran palabras muy adecuadas dentro de la tradición y el estilo de un oficial de policía dirigiéndose a uno de los integrantes de su grey.

Pero la acogida que tuvieron estaba muy lejos de la tradición y pertinencia.

Era ultrajante. La figura raquítica, endeble, que estaba frente a él, habló por fin.

—Estoy seguro de que en ese momento los diarios le ofrecerán una noticia necrológica. Usted sabe muy bien qué es lo peor para usted.

Creo que puede imaginarse con facilidad el tipo de basura que se imprimiría en ese caso. Pero usted se podría exponer a la desazón de ser enterrado junto conmigo, aunque supongo que sus amigos harán todo lo posible para diferenciarnos lo más posible.

Con todo su saludable desprecio por el espíritu que animaba tales palabras, su atroz alusión tuvo efecto sobre el jefe Inspector Heat.

También tenía mucho conocimiento e información exacta como para desecharlas en su totalidad. La penumbra de ese estrecho callejón adquirió un tinte siniestro con la frágil, pequeña figura, su espalda contra la pared, hablando con una voz débil, confiada. Para la enérgica, tenaz vitalidad del jefe Inspector, la miseria física de ese ser, tan obviamente inepto para vivir, era ominosa; y así, él pensaba que si hubiese tenido la desgracia de ser un objeto tan miserable no se hubiera preocupado por morir pronto. Tan apegado a la vida estaba que una nueva ola de náuseas le hizo brotar una ligera transpiración en las sienes. El murmullo de la vida de la ciudad, el sonido apagado de las ruedas en las dos calles invisibles a izquierda y derecha, llegaban a través de la curva del sórdido callejón hasta sus oídos con una preciosa familiaridad y dulzura apelativa. Él era humano. Pero el jefe Inspector Heat era también un hombre, y no pudo dejar pasar esas palabras.

—Todo eso está bien para asustar a los niños— dijo—. Todavía lo pescaré.

Lo dijo bien, sin desprecio, casi con austero sosiego.

—Lo dudo— fue la respuesta—; pero no hay mejor momento que el presente, créame. Para un hombre de reales convicciones ésta es una hermosa oportunidad de autosacrificio. No va a encontrar otra tan favorable, tan humana. Aquí cerca no hay ni un gato y estas condenadas casas viejas se convertirían en un buen montón de ladrillos ahí donde usted está parado. Nunca me tendrá a tan bajo costo de vidas y propiedad, para cuya protección le pagan.

—Usted no sabe a quién le está hablando— dijo, firme, el Jefe Inspector Heat—. Si ahora le pusiera mis manos encima, no sería nada mejor que usted mismo.

—¡Ah! ¡El juego!

—Puede estar seguro de que nuestro lado será ganador al fin. Todavía falta hacer que la gente crea que algunos de ustedes tendrían que ser liquidados donde se los encuentre, como si fueran perros rabiosos.

Entonces se tratará de un juego. Pero maldito si sé cuál es el de ustedes.

Y no creo que ustedes mismos lo sepan. Nunca obtendrán nada de ese modo.

—Entretanto son ustedes los que sacan algo del asunto... hasta ahora.

Y lo sacan fácil, también. No quiero hablar de su salario, pero ¿no ha hecho su nombre simplemente por no entender qué buscamos nosotros?

—¿Qué es lo que buscan, pues?— preguntó el Jefe Inspector Heat, con desdeñosa rapidez, como un hombre apurado que advierte que está perdiendo su tiempo.

El perfecto anarquista contestó con una mueca, una sonrisa, que no llegó a abrir sus labios delgados y descoloridos; el famoso, Jefe Inspector se sintió tan superior que levantó un dedo admonitorio.

Renuncie a... lo que sea dijo con tono de advertencia, pero no con tanta cordialidad como la que hubiera usado para dar un buen consejo a un ladrón de renombre. Renuncie. Somos demasiados para ustedes.

La sonrisa fija en los labios del Profesor vaciló, como si su espíritu de burla hubiera perdido seguridad. El Jefe Inspector Heat continuó:

—¿No me cree, eh? Bien, sólo tiene que observarse, estamos nosotros dos. Y con todo, usted no anda bien. Siempre se hace líos. Si los ladrones no saben su oficio a la perfección, siempre andan hambreados.

La idea de una invencible multitud respaldando a ese hombre provocó una sombría indignación en el pecho del Profesor. Desapareció su enigmática y burlona sonrisa. El poder de oposición del número, la inatacable estupidez de una gran multitud, era el temor que obsesionaba su siniestra soledad. Sus labios temblaren por un momento antes de que lograra decir con voz estrangulada:

—Estoy haciendo un trabajo mejor que usted el suyo.

—Cállese— interrumpió el jefe Inspector Heat con rapidez; y esta vez el Profesor se rió abiertamente. Mientras reía se movió, pero no rió mucho tiempo. Fue un hombrecito de expresión sádica, miserable el que emergió del estrecho pasaje al bullicio de las calles. Caminó con el paso imperturbable de quien sigue su paseo, siempre hacia adelante, indiferente a la lluvia o el sol, en un siniestro desapego frente a los cambios del cielo y la tierra. El Jefe Inspector Heat, por su parte, después de observarlo por un momento, apretó el paso con la determinada vivacidad de un hombre que no se molesta por las inclemencias del tiempo, pero consciente de tener una misión autorizada sobre la tierra y el apoyo moral de su grupo. Todos los habitantes de esa inmensa ciudad, la población del país entero e incluso los muchos millones que luchan en el planeta, estaban con él: hasta los ladrones y los mendigos.

Sí, hasta los ladrones estaban sin duda con él y su trabajo presente. La conciencia del apoyo universal en su actividad cotidiana lo alentaba a enfrentarse con este problema particular.

El problema inmediato del jefe Inspector era entendérselas con el Subjefe de su departamento, su superior inmediato. Éste es el problema perenne de los servidores confiables y leales; el anarquismo le da un aspecto particular, pero nada más. En realidad, el jefe Inspector Heat pensaba poco en el anarquismo. No le atribuía una importancia muy grande y nunca había podido considerarlo con seriedad. Le encontraba las características de

una conducta desordenada, más bien; desordenada sin la excusa humana de la embriaguez, que, después de todo, implica buenos sentimientos y amigable propensión hacia lo festivo. Como criminales, los anarquistas no tenían clase, no pertenecían a ninguna clase. Y acordándose del Profesor, el jefe Inspector Heat, sin detener su paso acompasado, murmuró entre dientes:

—Enfermo.

Capturar ladrones era algo totalmente distinto. Tenía esa cualidad de cosa seria que pertenece a toda forma de deporte abierto; donde el mejor vence según reglas desde todo punto de vista comprensibles. No había reglas para tratar con anarquistas. Y eso era desagradable para el Jefe Inspector. Era una locura, pero esa locura excitaba la conciencia pública, afectaba a personas de altas esferas y alteraba las relaciones internacionales. Un duro, inhumano desprecio endureció la cara del Jefe Inspector mientras caminaba. Su mente se remontó hasta los anarquistas de su jurisdicción. Ninguno de ellos tenía ni la mitad del coraje de cualquiera de los criminales que él había conocido. Ni la mitad... ni siquiera una décima parte.

Una vez en el cuartel general, el jefe Inspector fue recibido de inmediato en la oficina privada del Subjefe de Policía. Lo encontró, lapicera en mano, inclinado sobre un gran escritorio lleno de papeles, como si estuviera en adoración ante un enorme tintero de bronce y cristal. Los cables de los dictáfonos, sinuosos como serpientes, pasaban hacia atrás por encima del respaldo del sillín del Subjefe y sus bocas abiertas en un bostezo parecían prontas a morderle los codos. Sin abandonar su posición, el funcionario levantó los ojos, cuyos párpados eran más oscuros que su cara y mucho más arrugados. Los informes habían llegado: cada anarquista había explicado con exactitud sus movimientos.

Después de decir esto, bajó sus ojos, firmó con rapidez dos hojas de papel y recién entonces abandonó su lapicera y se sentó bien atrás en el sillón, dirigiendo una mirada inquisitiva a su famoso subordinado.

El jefe Inspector la sostuvo con firmeza, deferente, pero inescrutable.

—Usted estaba en lo cierto dijo el Subjefe al decirme de inmediato que los anarquistas de Londres no tenían nada que ver con esto. Aprecio mucho la excelente vigilancia que han mantenido sobre ellos sus hombres. Por otra parte, esto, para el público, no es otra cosa que una confesión de ignorancia.

La forma de hablar del Subjefe era pausada, como si fuera necesario ser cauteloso. Su pensamiento parecía sopesar cada palabra antes de pronunciar la otra, como si las palabras fueran un paso de piedras sobre las que su mente debía apoyarse para atravesar las aguas del error.

—A menos que usted haya traído algo útil de Greenwich—añadió.

El jefe Inspector comenzó de inmediato la relación de su pesquisa en un estilo claro, conciso. Su superior hizo girar apenas la silla, y cruzando sus piernas flacas, se apoyó en un

codo, con una mano tapándole los ojos. Su actitud de escucha tenía una cierta gracia angular y pesarosa. Destellos de plata pulida jugaron en los costados de su cabeza negro ébano, cuando la inclinó lentamente al final del relato.

El Jefe Inspector Heat calló, con la apariencia de quien reconsidera todo lo que ha dicho, pero en rigor pensaba en la conveniencia de decir o no algo más. El Subjefe cortó sus dudas.

—¿Cree que había dos hombres?— preguntó sin descubrirse los ojos.

El jefe Inspector respondió que era más que probable. En su opinión, los dos hombres se habían separado uno del otro a más o menos diez metros de los muros del Observatorio. Explicó también como el otro hombre pudo haber salido con rapidez del parque, sin ser observado.

La niebla, aunque no muy densa, estuvo a su favor. Parecía haber acompañado al otro hasta el lugar del hecho y luego lo habría dejado allí para que hiciera el trabajo por sí mismo. Si se tomaba el tiempo desde que ambos fueron vistos saliendo de la estación Maze Hill por la vieja, hasta que se oyó la explosión, era creíble la idea de que el otro hombre pudo llegar a la estación de Greenwich Park y allí tomar el siguiente tren de regreso, mientras su compañero se destruía a sí mismo por completo.

—Por completo, ¿eh?— murmuró el Subjefe a través de las sombras de su mano.

El Jefe Inspector, en pocas palabras vigorosas, describió la apariencia de los restos.

—Los médicos forenses tendrán un placer agregó, torvo.

El Subjefe descubrió sus ojos.

—No les diremos nada— observó con languidez.

Levantó la vista y por un instante observó la marcada actitud de no sometimiento de su Jefe Inspector. No tenía una naturaleza ilusionable.

Sabía que un departamento está a merced de los oficiales subordinados, quienes tienen sus propias concepciones de la lealtad. Había iniciado su carrera en una colonia tropical y le había gustado su trabajo allá. Era trabajo de policía. Tuvo mucho éxito en su misión de destruir ciertas nefastas sociedades secretas nativas. Por entonces obtuvo una larga licencia y se casó, algo impulsivamente. Fue una buena pelea, desde el punto de vista Mundanal, pero su mujer se hizo una opinión desfavorable acerca del clima de la colonia, nada más que con la evidencia de los rumores. Además, ella tenía contactos influyentes. Fue una excelente pelea. Pero a él no le gustaba su nuevo trabajo. Se sentía dependiente de demasiados subordinados y demasiados jefes. La presencia cercana de ese extraño fenómeno emocional llamado opinión pública abrumaba su espíritu y lo alarmaba por su naturaleza irracional.

Sin duda que por ignorancia se exageraba a sí mismo el poder que la opinión pública tenía para el bien y el mal; especialmente para el mal.

Y el áspero viento del este de la primavera inglesa que disfrutaba junto con su mujer aumentaba su general descreimiento acerca de las motivaciones de los hombres y acerca de la eficiencia de las organizaciones humanas. La futileza del trabajo de oficina lo aterraba en esos días tan exasperantes para su hígado sensitivo.

Se levantó, estirándose hasta su estatura normal y con paso pesado, que sorprendía en un hombre tan flaco, cruzó la habitación hasta la ventana. Los vidrios chorreaban con la lluvia y la porción de calle que lograba ver abajo se abandonaba, mojada y vacía, como si de pronto la hubiera barrido un diluvio. Era un día bien difícil, primero envuelto en niebla fría y ahora ahogado en lluvia helada. Las vacilantes, indefinidas llamas de los faroles de gas parecían disolverse en la atmósfera acuosa. Y las altivas pretensiones de una humanidad oprimida por las miserables indignidades del clima, se veían como una colosal y desesperanzada vanidad acreedora de desdén, asombro y compasión.

—¡Horrible, horrible!— pensó para sí el Subjefe, con la cara contra el vidrio de la ventana—. Tenemos este tiempo desde hace diez días; no, una quincena, una quincena—. Dejó de pensar por un momento. Esa terminante inactividad de su cerebro se prolongó por tres segundos.

Luego dijo en forma rutinaria—: ¿Inició indagaciones para seguir la pista de ese otro hombre?

Tenía la certeza de que todo lo necesario se había hecho. El Jefe Inspector Heat conocía el oficio de cazar hombres. Y eran las medidas de rutina, también, las que hubiera tomado en el asunto el más primario de los aprendices. Unas pocas preguntas entre los encargados de boletería y los guardas de las dos pequeñas estaciones habían brindado detalles adicionales de la apariencia de los dos hombres; al revisar los boletos se vería de inmediato de dónde venían esa mañana. Era elemental y no se lo podía dejar de lado. Por supuesto, el jefe Inspector contestó que todo eso se había hecho ni bien la vieja había formulado su declaración. Y mencionó el nombre de la estación.

—De allí venían, señor— prosiguió—. El guarda que recibió los boletos en Maze Hill recuerda que dos tipos que responden a la descripción pasaron la barrera. Le parecieron dos respetables trabajadores de oficio, pintores de letreros o decoradores. El hombre corpulento se dirigió a un compartimiento de tercera clase, con una reluciente lata en la mano; en la plataforma se la dio a su compañero rubio, que lo seguía. Todo esto concuerda exactamente con lo que la vieja le dijo al sargento en Greenwich.

El Subjefe, con la cara todavía contra el vidrio, expresó sus dudas acerca de que estos dos hombres hubiesen tenido algo que ver con el atentado. Toda esta teoría se basaba en las expresiones de una fregona vieja que casi había sido tirada al suelo por un hombre apurado. No era una fuente muy indiscutible, por cierto, a menos que se tratara de una súbita inspiración, lo que era poco sostenible.

—Ahora, francamente ¿estaría de veras inspirada esa mujer?— dudó, con ironía, manteniéndose de espaldas a la habitación, como si estuviera en trance ante la contemplación de las formas colosales de la ciudad, semiperdidas en la noche. No miró hacia atrás ni siquiera cuando oyó susurrar la palabra «providencial» en boca del principal subordinado de su departamento, cuyo nombre, impreso a veces en los diarios, era familiar al gran público, que lo consideraba uno de sus protectores celosos y llenos de empeño. El Jefe Inspector Heat levantó un poco su voz.

—Vi muy bien los pedazos y virutas de una lata brillante— dijo—. Es una comprobación bastante útil.

—Y esos hombres vinieron de esa pequeña estación de campo— rumió el Subjefe en voz alta, con asombro. De los tres boletos recibidos tras la partida de ese tren de la mañana en Maze Hill, dos— le habían dicho— provenían de aquella estación. La tercera persona que bajó del tren era un buhonero de Gravesend, muy conocido por los guardas. El jefe Inspector proporcionaba esa información con un tono terminante y algo de malsana picardía, tal como lo hacen los servidores fieles, en la conciencia de su fidelidad y con el sentido del valor de sus leales prestaciones.

Tampoco ahora el Subjefe se apartó de la oscuridad exterior, vasta como un mar.

—Dos anarquistas extraños, que llegan de ese lugar— dijo, en apariencia para el vidrio de la ventana—. Es bastante inexplicable.

—Sí, señor. Pero sería aún más inexplicable si un tal Michaelis no estuviera parando en una quinta de los alrededores.

Al sonido de ese nombre, que cayó inesperado en medio del fastidioso asunto, el Subjefe disipó con brusquedad el vago recuerdo de su diaria partida de whist en el club. Era el hábito más gratificante de su vida, un despliegue exitoso de su propia habilidad, sin ayuda de ningún subordinado. Iba a su club a jugar, de cinco a siete, antes de cenar en su casa, olvidando en esas dos horas todo lo que de desagradable había en su vida, como si el juego fuera una droga curativa de los males de su descontento moral. Sus compañeros eran el editor de una conocida revista, celebrado por su humor negro; un silencioso abogado maduro, de ojitos maliciosos y un muy marcial coronel viejo, simplón y de manos oscuras y nervudas. Los trataba sólo en el club y nunca se veía con ellos fuera de la mesa de juego. Pero todos se dedicaban a jugar como copartícipes del mismo sufrimiento, como si estuviera allí el antídoto contra los secretos males de sus existencias. Y cada día, ni bien el sol declinaba por detrás de los innumerables techos de la ciudad, una impaciencia blanda, placentera, similar al impulso de una amistad segura y profunda, iluminaba su trabajo de Subjefe. Pero ahora esa grata sensación se le escapaba en una sacudida física y era reemplazada por un tipo especial de interés en su trabajo de protección social: un interés indecoroso, cuya cualidad se podría definir con exactitud como una repentina y vigilante desconfianza en las armas que tenía en la mano.

VI

La dama protectora de Michaelis, el apóstol de la libertad condicional, el de las esperanzas humanitarias, era una de las más influyentes y distinguidas conexiones de la mujer del Subjefe de Policía, a quien llamaba Annie y todavía trataba como si fuera una jovencita insensata carente de experiencia. Annie se había avenido a aceptar al marido en un plano amistoso, lo cual no era lo más habitual entre las conexiones influyentes de la mujer del Subjefe. Aquella mujer se había casado joven, espléndidamente, en algún remoto momento del pasado; durante algún tiempo tuvo contacto estrecho con asuntos importantes y también con hombres importantes. Ella misma era una dama importante.

Vieja ahora por sus años, tenía ese tipo de temperamento excepcional que desafía al tiempo haciendo desdeñosa omisión de él, como si se tratara de una vulgar convención a la que se somete la capa inferior de la humanidad. Muchas otras convenciones fáciles de dejar a un lado no lograron obtener su reconocimiento, incluso las que tocaban aspectos temperamentales... quizá porque la aburrían o tal vez porque se cruzaron en el camino de sus desprecios y simpatías. La admiración era un sentimiento desconocido para ella (ése era uno de los cargos secretos de su muy noble marido contra ella), primero porque siempre estaba más o menos teñida de mediocridad, y luego porque en cierto sentido la obligaba a admitirse inferior a la cualidad admirada. No tener pelos en la lengua en sus opiniones se le hizo fácil, ya que ella juzgaba tan sólo desde el punto de vista de su posición social. Del mismo modo no conocía trabas en sus acciones; y como su tacto provenía de genuina humanidad, su vigor físico se mantenía y su superioridad era serena y cordial; tres generaciones la habían admirado al infinito y la última que ella llegó a ver la consideró una mujer maravillosa.

Entretanto, inteligente, con una especie de simplicidad altiva y curiosa de corazón, pero no como muchas mujeres por mera chismografía social, se entretuvo atrayendo al campo de su influencia, apoyada en el poder de su grande y casi histórico prestigio social, cualquier cosa que superara el nivel normal de la humanidad, dentro o fuera de la ley, por posición, talento, audacia, fortuna u infortunio. Príncipes, artistas, hombres de ciencia, jóvenes políticos y charlatanes de todas las edades y condiciones que, insustanciales y brillantes, boyando como corchos, mostraban mejor la dirección de las corrientes de superficie, eran bienvenidos, escuchados, penetrados, comprendidos, evaluados, para propia gratificación de la dueña de casa. Según sus propias palabras, tenía interés por saber hacia dónde se estaba encaminando el mundo. Y en la medida en que esa mujer estaba dotada de una mentalidad práctica, su juicio acerca de hombres y cosas, aunque basado en prejuicios especiales, rara vez era totalmente equivocado y casi nunca descabellado. Su salón de recibo era, tal vez, el único lugar en el ancho mundo en que un Subjefe de Policía se podía encontrar con un convicto liberado después de su período de prisión u con cualquier otro profesional o funcionario público. El Subjefe de Policía no recordaba muy bien quién había llevado allá a Michaelis una tarde. Pudo haber sido cierto miembro del Parlamento de ilustres ancestros y simpatías no convencionales. Los notables, e incluso los menos notorios del día, se convidaban unos a otros, con toda libertad, para visitar ese templo de la no

innoble curiosidad de una vieja mujer. Nunca se podía adivinar quién podía llegar a ser recibido en semiprivacía, detrás del biombo marchito de seda azul y dorada, que esbozaba un cómodo escondrijo para un sofá y unas pocas sillas en la gran sala, con su zumbido de voces y grupos de personas sentadas o de pie bajo la luz de seis altas ventanas.

Michaelis había sido el objeto de un repentino cambio en el sentimiento popular, el mismo sentimiento que años atrás había aplaudido la ferocidad de la sentencia de cadena perpetua que se le aplicara por complicidad en un atentado demencial, con el que intentaba rescatar a algunos presos de un coche de la policía. El plan de los conspiradores había sido matar a los caballos y reducir a los escoltas. Por desgracia, también fue muerto uno de los policías. Dejó una esposa y tres hijos pequeños, y la muerte de ese hombre provocó a lo largo y a lo ancho de un país por cuya defensa, bienestar y gloria mueren hombres todos los días como parte de su deber, un estallido de rabiosa indignación, de furiosa e implacable piedad por la víctima. Tres cabecillas fueron ahorcados.

Michaelis, joven y delgado, cerrajero de profesión, gran frecuentador de escuelas nocturnas, ni siquiera sabía que alguien hubiera resultado muerto, y su participación en el asunto, junto con unos pocos más, debía limitarse a abrir la puerta trasera del vehículo policial. Al ser arrestado tenía una cantidad de llaves maestras en un bolsillo, un pesado formón en otro, una corta barra de hierro en la mano: los objetos que llevaría un ladrón. Pero ningún ladrón hubiera recibido tan pesada sentencia. La muerte del agente de policía lo hizo sentirse sinceramente miserable, pero también lo hizo sentirse así el fracaso del golpe. Y Michaelis no pudo ocultar ninguno de estos sentimientos a sus conciudadanos integrantes del jurado; esa especie de compunción resultó demasiado imperfecta para la corte, ya preparada para su fallo.

Al pronunciar la sentencia, el juez hizo un comentario incisivo sobre la depravación e insensibilidad del joven prisionero.

Esos hechos hicieron la fama infundada de su condena; su liberación le trajo, con no mejores fundamentos, una fama hecha por gente que quería aprovecharse del aspecto sentimental de su época de cárcel, con fines propios, o quizá con fines no muy claros. Él los dejó hacer, en la inocencia de su corazón y la simplicidad de su mente. Nada que le pasara a él como individuo tenía ninguna importancia. Era como esos santos hombres cuya personalidad se pierde en la contemplación de su fe. Sus ideas no entraban en la categoría de las convicciones; eran inaccesibles al razonamiento, y habían formado con todas sus propias contradicciones y oscuridades un credo invencible y humanitario, que Michaelis profesaba, más que predicaba, con una obstinada gentileza, una sonrisa de pacífica seguridad en los labios, y con sus cándidos ojos azules bajos, porque la visión de otras caras hacía trastabillar su inspiración desarrollada en soledad. En esa actitud característica, patético en su grotesca e incurable obesidad, que debía arrastrar como el grillo de un galeote hasta el fin de sus días, ocupando un privilegiado sillón detrás del biombo encontró el Subjefe de Policía al apóstol de la libertad condicional. Michaelis estaba sentado allí, cerca del sofá de la dueña de casa, hablando con voz apacible, tranquilo, con no mucha más conciencia de sí que una criatura y con algo del encanto de una criatura, el atrayente encanto de la confianza en plenitud. Confiado en el futuro, cuyas secretas vías le habían sido reveladas dentro de las cuatro paredes de una muy conocida cárcel, no tenía motivos

para mirar a nadie con sospechas. Si no podía entregar a la importante y curiosa dama una idea bien definida de hacia dónde se estaba encaminando el mundo, se las había arreglado sin esfuerzo para impresionarla con su fe sin amarguras y lo genuino de su optimismo.

Cierta simpleza de pensamiento es común a las almas serenas de ambos extremos de la escala social. A su manera, la gran dama era simple. Los puntos de vista y creencias de Michaelis nada contenían que pudiera chocarle o espantarla, ya que ella los juzgaba desde el pedestal de su encumbrada posición. Y por cierto que podía alcanzar las simpatías de un hombre como Michaelis. La dama no era una capitalista explotadora; era, por así decir, una persona por encima del juego de las condiciones económicas. Y tenía gran capacidad para apiadarse de las formas más evidentes de las miserias humanas comunes, precisamente porque era tan extraña a ellas que tenía que traducir su concepción en términos de sufrimiento mental, antes de lograr aprehender la noción de la crueldad de esas miserias. El Subjefe de Policía recordaba muy bien la conversación entre ambos. La había escuchado en silencio. Había algo tal vez excitante en cierto sentido, e incluso conmovedor, en la predestinada futileza de esas palabras, como los esfuerzos de comunicación moral entre los habitantes de planetas remotos.

Pero esta grotesca encarnación de apasionamiento humanitario excitaba, de algún modo, la imaginación de cualquiera. Por último Michaelis se levantó y tomando la mano extendida de la gran dama la estrechó, la retuvo por un momento en su grande e inflada palma con imperturbable amistosidad y volvió hacia el rincón semiprivado del salón de recibo su espalda, enorme y cuadrada, como dilatada por debajo del corto saco de tweed. Tras echar una mirada serena y benevolente a su alrededor, contoneándose se encaminó hacia la lejana puerta, entre los grupos formados por los demás visitantes. El murmullo de las conversaciones había disminuido a su paso. Él sonrió con inocencia a una alta, brillante joven, cuyos ojos encontró por accidente y salió, inconsciente de las miradas que lo seguían a través del salón. La primera aparición de Michaelis en público fue un éxito; un éxito de opinión, no empañado ni por un solo murmullo de burla. Las conversaciones interrumpidas fueron retomadas en su tono anterior, grave o frívolo. Sólo un hombre de cuarenta años, de buena posición, delgado, de aspecto sano, que hablaba con dos mujeres cerca de una ventana, subrayó en voz alta, con inesperada profundidad de sentimiento:

—Ciento veinte kilos, diría yo, y no más de cinco pies de altura.

¡Pobre tipo! Es terrible... terrible.

La dueña de casa, con la mirada ausente puesta en el Subjefe de Policía, que había quedado solo con ellas detrás de la intimidad del biombo, parecía estar reacomodando sus impresiones mentales, por detrás de la inmovilidad pensativa de una cara vieja y fina. Se aproximaron y rodearon el biombo unos hombres de bigotes grises y aspecto pleno, saludable, vagamente plácido; dos mujeres maduras, con un aire matronal, gracioso y resuelto; un individuo sin barba, de mejillas hundidas y quevedos de oro que colgaban de una ancha cinta negra, lo que le otorgaba un aspecto anticuado y distinguido. Un silencio deferente, pero lleno de reservas, reinó por un momento y luego la gran dama exclamó, no con resentimiento, sino con una especie de indignación de protesta:

—¡Y oficialmente se supone que éste es un revolucionario! Qué tontería. Miró con dureza al Subjefe de Policía, que murmuró, a la defensiva:

—No uno de los más peligrosos, tal vez.

—Nada peligroso, creo que no lo es en absoluto. Es un simple teórico.

Tiene el temperamento de un santo— declaró la gran dama con tono firme—. Y lo han tenido encerrado durante veinte años. Uno se estremece ante semejante idiotez. Y ahora lo sueltan, cuando todos sus allegados se han ido o se han muerto. Sus padres murieron; la muchacha con la que estaba por casarse murió mientras él estaba en la cárcel; él mismo perdió la destreza necesaria para su profesión. Me dijo todo esto con la más dulce de las paciencias; pero en cambio, me confesó, ha tenido todo el tiempo para pensar por sí mismo. ¡Bella compensación!

Si los revolucionarios son así, alguno de nosotros bien podría ir a ponerse de rodillas ante ellos continuó con un tono apenas burlón, mientras las frívolas sonrisas de sociedad se estereotipaban en las caras mundanas, vueltas hacia ella con deferencia convencional. Ese pobre hombre ya no está en condiciones de cuidar de sí, es evidente. Alguien tendrá que preocuparse un poco por él.

—Habría que recomendarle que siguiera un tratamiento especial— se dejó oír la voz del hombre de aspecto sano, en una seria advertencia, desde lejos. Ese individuo estaba en las mejores condiciones posibles para su edad e incluso la textura de su larga levita tenía una especie de vigor elástico, como si se tratara de un tejido viviente—. El hombre es virtualmente un inválido— agregó con inequívoca compasión.

Otras voces, como si se alegraran de las palabras introductorias, murmuraron su presurosa compunción. «¡Qué horrible! » «Monstruoso.

» «Espectáculo lamentable. » El hombre delgado, con los quevedos colgando de una cinta ancha, pronunció con afectación la palabra «grotesco», cuya exactitud fue apreciada por los que estaban cerca de él. Y se sonrieron unos a otros.

El Subjefe de Policía no pronunció opinión alguna ni en ese momento ni luego, porque su posición le hacía imposible ventilar cualquier punto de vista independiente respecto de un convicto en libertad.

Pero, en rigor, compartía el criterio de la amiga y protectora de su mujer de que Michaelis era un humanitarista sentimental, un poco loco, pero sobre todo incapaz de matar una mosca intencionalmente. Así, cuando ese nombre se le apareció de pronto en el doloroso asunto de la bomba, comprendió el riesgo que ello entrañaba para el apóstol de la libertad condicional y su espíritu recordó de inmediato el bien sentado apasionamiento de la vieja clama. Su arbitraria benevolencia no hubiera tolerado ninguna intromisión en cuanto a la libertad de Michaelis.

Era un apasionamiento profundo, calmo, convencido. No sólo tenía que sentir que ese hombre era inofensivo, sino que tenía que proclamarlo como tal, lo que, a la postre, por una confusión de su mentalidad absolutista, se convertía en una especie de demostración inapelable.

Era como si la monstruosidad de ese hombre, con sus cándidos ojos infantiles y su crasa sonrisa angelical, la hubiera fascinado. Casi había llegado a creer en la teoría que él sustentaba acerca del futuro, ya que no le resultaba repugnante a sus prejuicios. Le desagradaba el nuevo elemento plutocrático en el conjunto social y el industrialismo como método de desarrollo humano le resultaba repulsivo por su carácter mecánico e insensible. Las esperanzas humanitarias del apacible Michaelis no tendían a una destrucción completa, sino a una total ruina económica del sistema, tan sólo. Y, en realidad, ella no comprendía cuál era el daño moral del asunto. Ese plan terminaría con toda la multitud de parvenus que le producían disgusto y recelo, no porque hubiesen llegado a alguna parte (cosa que ella negaba), sino porque manifestaban una honda incomprensión del mundo, que constituía la causa primera de la dureza de sus percepciones y la aridez de sus sentimientos.

Con la aniquilación del capital también se desvanecerían ellos; pero la ruina universal (si llegaba a ser universal, como le había sido revelado a Michaelis) dejaría intactas las evaluaciones sociales. La desaparición de la última moneda podría no afectar a la gente de alcurnia.

La vieja dama no lograba concebir cómo podría afectar su posición ese hecho, por ejemplo. Desarrolló estos descubrimientos para el Subjefe de Policía con la serena intrepidez de una mujer madura que ha escapado de la plaga de la indiferencia. El funcionario se había impuesto la regla de recibir cualquier cosa de esa índole en un silencio que por prudencia y respeto trataba de no hacer ofensivo; además sentía afecto por la madura discípula de Michaelis, un sentimiento complejo que en parte se basaba en el prestigio y la personalidad de esa mujer, pero, más que nada, en un instinto de gratitud lisonjera. Se sentía de veras a gusto en casa de ella, que era la bondad personificada. Y también era práctica y sensata, a la manera de una mujer de experiencia.

Había hecho mucho más fácil su vida matrimonial de lo que hubiera sido sin su generosa y completa aceptación de sus derechos como marido de Annie. La influencia de esa mujer sobre su esposa, una persona devorada por todo tipo de pequeñas envidias, pequeños egoísmos, pequeños celos, fue excelente. Por desgracia, tanto su bondad como su sensatez eran de naturaleza irracional, claramente femenina, difícil de abordar. Durante toda su vida había sido una perfecta mujer, y no lo que algunas llegan a ser: algo así como un escurridizo y pestilente hombre viejo con faldas. Y el Subjefe pensaba en ella como en una mujer: la encarnación selectísima de lo femenino, en donde se encuentra una tierna, ingenua, vehemente escolta para toda clase de hombres que hablan bajo la influencia de una emoción verdadera o fraudulenta; para predicadores, videntes, profetas o reformistas.

Porque estimaba de ese modo a la distinguida y buena amiga de su mujer, y también a sí mismo, el Subjefe de Policía se alarmó por el posible destino del convicto Michaelis. Una vez arrestado bajo sospecha de haber tomado parte, de alguna manera, por remota que fuera, en este atentado, ese hombre muy difícilmente podría escapar de ser enviado otra vez

a prisión a terminar su sentencia. Y eso podría matarlo; nunca saldría vivo. El Subjefe de Policía tuvo un pensamiento en extremo inadecuado a su posición oficial, y que en rigor tampoco era honroso para su categoría humana.

—Si al tipo lo agarran otra vez reflexionó, ella no me lo perdonará jamás.

La franqueza de tal pensamiento, abierto sólo en lo profundo de su mente, no estaba exenta de una autocrítica burlona. Ningún hombre comprometido en un trabajo que no le gusta puede conservar muchas ilusiones salvadoras respecto de sí mismo. El disgusto, la ausencia de encanto, se proyectan desde la ocupación hacia la personalidad. Sólo cuando nuestras ocupaciones específicas, por un hecho accidental y afortunado, parecen obedecer a la particular seriedad de nuestro temperamento, podemos saborear la conveniencia de un completo autoengaño.

El Subjefe de Policía no estaba contento con su trabajo presente. La tarea de policía que había emprendido en un lugar distante del globo tenía la particular característica de una especie distinta de guerra o, por lo menos, el riesgo y la excitación de un deporte que se practica al aire libre. Sus reales habilidades que, en especial, eran de orden administrativo, estaban combinadas con una predisposición para la aventura.

Encadenado a un escritorio en medio de cuatro millones de personas, se consideraba a sí mismo víctima de un irónico destino; el mismo, sin duda, que lo había llevado a casarse con una mujer de excepcional sensibilidad en materia de clima colonial, además de otras limitaciones que revelaban la delicadeza de su espíritu y sus gustos. Aunque juzgó con sorna su temor, el funcionario no consiguió alejar de su mente ese pensamiento inadecuado. El instinto de conservación era muy fuerte en él. Por el contrario, se repetía mentalmente con énfasis irreverente y precisión absoluta:

—¡Maldita sea! Si este infernal Heat tiene su pista, el tipo morirá en la cárcel, asfixiado en su gordura, y ella nunca me perdonará.

Su figura negra, delgada, con la blanca línea del cuello por debajo de los destellos plateados del pelo, cortado al rape en la nuca, permanecía inmóvil. El silencio se había prolongado tanto que el jefe Inspector Heat se animó a aclararse la garganta. Ese sonido produjo su efecto. El celoso e inteligente oficial fue llamado por su superior, cuya espalda, inamovible, estaba vuelta hacia él.

—¿Usted relaciona a Michaelis con este asunto?

El Jefe Inspector Heat era muy terminante, pero cauto.

—Bien, señor, tenemos bastante como para presumirlo. Un hombre como él no tiene por qué estar libre, de todos modos.

—Usted tendrá alguna evidencia concluyente. La observación llegó en un murmullo.

El jefe Inspector Heat levantó sus cejas hacia la espalda negra, delgada que, con obstinación, seguía vuelta a su inteligencia y celo.

—No habrá dificultades para conseguir suficientes evidencias contra él— dijo con virtuosa complacencia—. Puede creerme, señor agregó, ya sin necesidad, con el corazón henchido de contento, porque le resultaba excelente tener a ese hombre en las manos para derribarlo ante el público, aun cuando en este caso el público no estuviese dispuesto a rugir de indignación. Era imposible predecir si iba a rugir o no. En última instancia esto dependía, por supuesto, de la prensa. Pero en todo caso, el jefe Inspector Heat, abastecedor de prisiones por oficio y hombre de instintos legales, creía, dentro de la lógica, que la encarcelación era el destino justo para todo enemigo declarado de la ley. En la vehemencia de esa convicción, cometió una falta de tacto. Se permitió una risita fatua y repitió:

—Puede creerme, señor.

Un tarugo cuadrado destroza los bordes de un orificio redondo: el Subjefe sentía como un ultraje cotidiano esa preestablecida, pulida redondez en la que un hombre de hechura angular, menos abrupta, se hubiera acomodado con voluptuosa aquiescencia, después de encogerse de hombros una o dos veces. Lo que más le molestaba era justamente la necesidad de creer. Al oír la risita del jefe Inspector Heat, giró sobre sus talones, como si una descarga eléctrica lo hubiera apartado de la ventana. En la cara de su subordinado vio no sólo la complacencia lógica para esa ocasión, escondiéndose bajo el bigote, sino también vestigios de una experimentada vigilancia en los ojos redondos, que habían estado clavados en su espalda, sin duda, y ahora se encontraron con su mirada por un segundo, antes de perder su decidida fijeza y de tener tiempo para cambiar esa actitud por la de liso y llano temor.

El Subjefe de Policía poseía, por cierto, algunas cualidades para desempeñar ese cargo. De pronto despertaron sus sospechas. Ni hay que aclarar que sus sospechas acerca de los métodos de la policía (a menos que se tratara de un cuerpo semimilitar organizado por él mismo) se suscitaban sin dificultad; si alguna vez se adormecían por mero cansancio, era sólo un instante; y su evaluación del celo y la habilidad del jefe Inspector Heat, moderada en sí, excluía toda noción de confiabilidad moral. «Anda detrás de algo», exclamó mentalmente y de inmediato se puso furioso. Caminó hacia su escritorio con rápidas zancadas y se sentó con violencia. «Aquí estoy varado en este nido de papeles », reflexionó, con un resentimiento irracional; «se supone que tengo todos los hilos en mis manos y apenas puedo manejar lo que ponen en mis manos y nada más. Mientras tanto ellos pueden acomodar las otras puntas de los hilos donde mejor les parezca».

Levantó la cabeza y volvió hacia su subordinado un rostro largo, enjuto, con los rasgos patéticos de un enérgico Don Quijote.

—¿Qué se trae ahora en la manga?

El otro lo miró con asombro. Lo miró con asombro, sin pestañear, los ojos redondos en perfecta inmovilidad, como solía hacerlo frente a los distintos criminales cuando, después del debido apercibimiento, ellos hacían sus relatos en tono de inocencia injuriada, falsa

simplicidad o tétrica resignación. Pero detrás de la firmeza profesional y pétrea había algo de sorpresa, porque el jefe Inspector Heat, la mano derecha del departamento, no estaba acostumbrado a que lo interpelaran en ese tono, que combinaba muy bien la nota de desdén con la impaciencia.

Comenzó con palabras dilatorias, como quien es tomado de sorpresa por una experiencia inesperada.

—¿Qué tengo contra ese hombre Michaelis, quiere decir usted, señor?

El Subjefe observó la cabeza redonda, las puntas de ese bigote de pirata escandinavo que caían por debajo del pesado maxilar cuyos rasgos firmes se perdían en una carnosidad excesiva, las astutas arrugas que se expandían desde los ángulos externos de los ojos... y en esa contemplación intencionada del valioso y confiable oficial, encontró una certeza tan repentina que se sintió impulsado como por una inspiración.

—Tengo motivos para pensar que cuando usted llegó aquí— dijo con tono medido— no era Michaelis quien estaba en su mente; no en el plano focal, y tal vez en ningún otro.

—¿Tiene motivos para pensarlo, señor?— murmuró el jefe Inspector Heat demostrando todos los indicios de un asombro que, hasta cierto punto, era bastante genuino. Había descubierto en este asunto una veta delicada y confusa, que impulsaba al descubridor a usar una cierta insinceridad; ese tipo de insinceridad que, bajo los nombres de destreza, prudencia o discreción, surge en una u otra fase de la mayoría de los asuntos humanos. En ese momento se sintió como un equilibrista que de pronto, en mitad de su actuación, viera salir al empresario de la sala precipitándose desde su oficina al escenario para sacudir la cuerda.

La indignación, el sentido de inseguridad moral engendrado por un procedimiento tan alevoso, unida al inmediato temor de que le cortaran el cuello, lo puso, como dice la lengua coloquial, en un apuro. Y asimismo experimentó cierto desasosiego escandalizado en cuanto a su propio arte, ya que un hombre debe identificarse con algo más tangible que su propia personalidad y establecer su orgullo sobre una base, ya sea sobre su posición social, o bien sobre la calidad del trabajo que está obligado a hacer, o simplemente sobre la superioridad del ocio que tiene la fortuna de gozar.

—Sí— dijo el Subjefe—, los tengo. No quiero decir que no haya pensado para nada en Michaelis. Pero usted está dando al hecho que ha mencionado una importancia que no puedo considerar con total candidez, Inspector Heat. Si ésta en realidad es la pista ¿por qué no la ha seguido de inmediato, yendo en persona o enviando a uno de sus hombres a ese pueblo?

—¿Estima que he faltado a mi deber, señor?— preguntó el jefe Inspector con un tono al que intentó dar una nota de simple reflexividad.

Forzado en forma inesperada a concentrar sus facultades en la tarea de mantener su equilibrio, se había aferrado a ello y expuesto a sí mismo a una reprimenda; en efecto, el

Subjefe, con el entrecejo apenas fruncido, observó que ésa era una pregunta muy inadecuada.

—Pero ya que la ha hecho— continuó con frialdad— le diré que no quise decir eso.

Hizo una pausa y le asestó una mirada de sus ojos hundidos que era el pleno equivalente de palabras finales no dichas: «y usted lo sabe ». El Jefe del así llamado Departamento de Crímenes Especiales, privado por su posición de la posibilidad de investigar en persona y en la calle los secretos escondidos en los pechos culpables, era proclive a ejercer sus considerables dotes para detectar verdades acusatorias entre sus propios subordinados. Y no podía llamarse debilidad a ese instinto peculiar. Era natural. El Subjefe había nacido detective. En forma inconsciente ese instinto había determinado la elección de su carrera y si alguna vez en la vida lo había engañado, fue, tal vez en la única y excepcional circunstancia de su matrimonio... lo que también es natural.

Ya que no podía ponerlo en práctica afuera, lo alimentaba con el material humano que le llegaba a su oficina de funcionario. Nunca podemos dejar de ser nosotros mismos.

El codo sobre el escritorio, sus flacas piernas cruzadas y la palma seca de su mano acariciando una mejilla, el Subjefe a cargo de la sección de Crímenes Especiales se iba posesionando del caso con interés creciente. Su jefe Inspector, aun cuando no fuese el adversario perfecto para su propiedad de penetración, era, entre todos los que estaban bajo su égida, el más benemérito en la materia. Desconfiar de las reputaciones ya establecidas estaba en la estricta línea de la habilidad del Subjefe como detector. Su memoria evocaba a un viejo jefe nativo, gordo y acaudalado, de la lejana colonia, quien, por tradición de los sucesivos gobernadores coloniales, era receptáculo de la confianza oficial y recibía el título de amigo seguro y sostenedor del orden y la legalidad establecidos por los hombres blancos; no obstante, al ser examinado con escepticismo, se descubrió como buen amigo de sí y de nadie más.

No precisamente un traidor, pero sí un hombre de muchas reservas, peligrosas en cuanto a fidelidad, originadas en el correspondiente respeto por las ventajas, comodidades y seguridad propias. Un individuo casi inocente en su ingenua duplicidad, pero no uno de los menos peligrosos.

De pronto hizo un descubrimiento. Aquel jefe nativo era fornido también y (dejando de lado la diferencia de color, por supuesto) el aspecto del jefe Inspector Heat traía esa figura a la mente de su superior.

No se trataba ni de los ojos ni de los labios. Era extraño. ¿Pero no cuenta Alfred Wallace, en su famoso libro sobre el archipiélago malayo, que entre los isleños aru encontró en un viejo salvaje desnudo de piel oscura un parecido especial con un entrañable amigo de su tierra?

Por primera vez desde que había obtenido su cargo, el Subjefe de Policía sintió como si fuera a hacer un trabajo efectivo para merecer su salario. Y fue una agradable sensación.

«Lo voy a dar vuelta como a un guante viejo» pensó el Subjefe, mientras mantenía los ojos meditabundos fijos en el Jefe Inspector Heat.

—No, ésa no era mi idea— comenzó otra vez—. Nadie duda de su conocimiento del oficio, nadie; y por eso yo...— se detuvo y prosiguió cambiando de tono—. ¿Qué dato específico lo encaminó hacia Michaelis?

Quiero decir aparte el hecho de que los dos hombres bajo sospecha (usted está seguro que fueron dos de ellos) venían de una estación que está a tres kilómetros del pueblo donde Michaelis está viviendo ahora.

—De por sí, señor, eso nos basta para que vayamos tras ese tipo de hombre dijo el jefe Inspector, recuperando su calma. El débil movimiento de aprobación de la cabeza del Subjefe sirvió para aplacar el resentido asombro del oficial renombrado. Porque el jefe Inspector Heat era un hombre bondadoso, marido excelente, padre devoto, y la confianza que el público y el departamento le dispensaban influyó en forma positiva sobre su naturaleza afable, predisponiéndolo a comportarse como amigo frente a los sucesivos subjefes que había visto pasar por ese mismo salón. Conoció tres. El primero, un individuo marcial, abrupto, de cara roja, con cejas blancas y temperamento explosivo, era manejable con un hilo de seda; desapareció al llegar a la edad límite de servicio. El segundo, un perfecto caballero, conocedor exacto de su propio lugar y del de los demás, al renunciar para asumir un cargo más elevado fuera de Inglaterra, fue distinguido por los servicios que, en rigor, había prestado el Inspector Heat. Trabajar con él había sido motivo de orgullo y de placer. El tercero, algo así como un tapado del primero, al cabo de dieciocho meses era una especie de tapado incluso del departamento. Por sobre todo el jefe Inspector Heat lo creyó, en lo fundamental, inofensivo... extraño, pero inofensivo. Ahora le estaba hablando y el Jefe Inspector escuchaba con deferencia superficial (no significativa, porque se trataba de una actitud de rutina) y, por dentro, con tolerancia benevolente.

—¿Michaelis comunicó, antes de irse al campo, que dejaría Londres?

—Sí, señor. Lo hizo.

—¿Y qué puede estar haciendo allá?— siguió preguntando el Subjefe de Policía, que estaba muy bien informado sobre el particular. Encajado a duras penas en la estrechez de una vieja butaca de madera, frente a una mesa apolillada de roble, en el cuarto alto de una villa de cuatro habitaciones con techo de tejas musgosas, Michaelis estaba escribiendo día y noche, con su mano temblona y sesgada, esa Autobiografía de un prisionero, que iba a ser como el libro de la Revelación en la historia de la humanidad. Las condiciones de limitación, encierro y soledad en una casa pequeña, eran favorables para su inspiración. Era como estar en la cárcel, sólo que ahora nunca era perturbado por la odiosa orden de hacer ejercicios, como sucedía, según las tiránicas reglas de su antiguo hogar, en la prisión. No podía decir si el sol brillaba o no sobre la tierra. La transpiración del trabajo literario brotaba en su frente. Un delicioso entusiasmo lo impulsaba: liberada su vida interior, dejaba escapar su alma hacia el mundo vacío. Y el celo de su cándida vanidad (despierta por primera vez a causa de las quinientas libras que le había ofrecido un editor) parecía algo predestinado y sacrosanto.

—Lo mejor sería, por supuesto, tener información exacta— insistió el Subjefe, sin inocencia.

El jefe Inspector Heat, consciente de que se renovaba su irritación ante este despliegue de escrupulosidad, dijo que la policía del condado había sido notificada desde el primer momento de la presencia de Michaelis y que se podía obtener un informe completo en pocas horas. Un telegrama al comisario...

Así habló, con cierta lentitud, mientras su mente iba sopesando las consecuencias, cuyo signo visible fue un leve fruncimiento del entrecejo de su superior. Pero lo interrumpió una pregunta:

—¿Ya envió ese telegrama?

—No señor— contestó como si estuviese sorprendido.

El Subjefe descruzó sus piernas de pronto. La brusquedad de ese movimiento contrastaba con el tono casual que empleara en su sugerencia.

—¿Por ejemplo, usted cree que Michaelis tuvo algo que ver en la preparación de esa bomba?

El Inspector adoptó un aire reflexivo.

—No diría eso. No hay necesidad de decir nada, por el momento.

Él trata individuos que están clasificados como peligrosos. Fue elegido delegado del Comité Rojo menos de un año después de haber obtenido su libertad condicional. Una especie de regalo, supongo.

Y el jefe Inspector rió con un poco de ira, con un poco de desprecio.

Con un hombre como aquel, la escrupulosidad era un sentimiento fuera de lugar y hasta ilegal. En el fondo de su corazón había nacido el encono frente a la fama que, al ser liberado, otorgaran a Michaelis dos años atrás algunos periodistas emotivos, en busca de mayores tiradas.

Era perfectamente legal arrestar a ese hombre a la menor sospecha. Era legal y sensato, de acuerdo con los hechos. Sus dos jefes anteriores se hubieran dado cuenta de inmediato, mientras que éste, sin decir ni sí ni no, estaba sentado allí, como si anduviera perdido en un sueño. Por otra parte, además de ser legal y sensato, el arresto de Michaelis resolvía una pequeña dificultad personal que de algún modo preocupaba al jefe Inspector Heat. Esa dificultad se relacionaba con su reputación, su comodidad e incluso con el eficiente cumplimiento de sus deberes.

Aunque Michaelis, sin duda, sabía algo acerca de este atentado, el Inspector estaba bien seguro de que él no debía saber demasiado. Eso era así y nada más. Debía saber mucho menos— el inspector era objetivo— que algunos otros individuos que tenía presentes, pero cuyo arresto le parecía inoperante, además de constituir un hecho muy complicado, tomando en cuenta las reglas del juego. Las reglas del juego no protegían demasiado a Michaelis, que era un ex convicto. Sería idiota no aprovechar las ventajas de las facilidades legales, y los periodistas que lo habían ensalzado entre borbotones emotivos estarían listos para vilipendiarlo con emotiva indignación.

Esta perspectiva, contemplada con presunción, tenía el atractivo de un triunfo personal para el jefe Inspector Heat. Y muy hondo en su corazón sin tacha de ciudadano medio, casado, de modo inconsciente pero no obstante poderoso, también el disgusto de verse obligado por los acontecimientos a enfrentarse con la desesperada ferocidad del Profesor tenía su propio peso. Ese disgusto se había puesto de manifiesto, después del casual encuentro en el callejón. La situación no había dejado en el Jefe Inspector Heat ese satisfactorio sentimiento de superioridad que los miembros de la policía obtienen del extraoficial pero estrecho nexo con los ambientes criminales, por el que la vanidad del poder se mitiga y el vulgar gusto por la dominación sobre nuestros semejantes recibe una lisonja tan honorable como le corresponde.

El perfecto anarquista no era un semejante para el jefe Inspector Heat. Era insoportable; un perro rabioso debe estar solo. No se trataba de que el Inspector le tuviera miedo; por el contrario, se disponía a atraparlo algún día. Pero no ahora: pensaba arrestarlo en el momento oportuno, adecuado y efectivamente, según las reglas del juego. El presente no era el momento preciso para intentar esa proeza, y no lo era por muchas razones, personales y del servicio público. Como tal era la fuerte convicción del Inspector Heat, le parecía justo y adecuado desviar el caso de su pista oscura e inconveniente, que llevaría Dios sabe adónde, hacia una tranquila (y lícita) vía muerta llamada Michaelis.

Y repitió, como si reconsiderara muy a conciencia la sugerencia:

—La bomba. No diría eso exactamente. Tal vez no lo averigüemos nunca. Pero está claro que hay una conexión entre ambos, y la podemos descubrir sin mucho trabajo.

Heat tenía una expresión de grave y despótica indiferencia, en un tiempo familiar y muy temida por los más escogidos criminales. A pesar de ser lo que suele incluirse en la categoría de hombre, el Inspector no era un animal sonriente. Pero su estado interior era de satisfacción ante la actitud de receptividad pasiva del Subjefe, que murmuró con gentileza:

—¿Y usted piensa que esta investigación debe orientarse por ese camino?

—Sí, señor.

—¿Está convencido?

—Sí, señor. Ése es el camino seguro que debemos tomar.

El Subjefe de Policía quitó el apoyo de su mano a la cabeza reclinada con una brusquedad que, tomando en cuenta su lánguida pose, entrañaba una amenaza de colapso para toda su persona. Pero, en cambio, se mantuvo sentado, alerta, detrás del enorme escritorio sobre el que cayó la mano, resonando en un fuerte golpe.

—Lo que quiero saber es qué cosas ha maquinado su cabeza hasta ahora.

—Lo que ha maquinado mi cabeza— repitió con gran lentitud el jefe Inspector.

—Sí. Hasta el momento de ser llamado a esta oficina... ya sabe.

El Inspector sintió que el aire entre sus ropas y su piel se había vuelto desagradable y caliente. Era la sensación de una experiencia sin precedentes e increíble.

—Por supuesto dijo— exagerando lo más posible el tono deliberado de su declaración— si hay un motivo, que desconozco, para dejar en paz al convicto Michaelis, tal vez esté bien que no haya enviado a la policía del condado en su busca.

Le tomó tanto tiempo decir estas palabras, que la atención inmutable del Subjefe adquirió el valor de una magnífica hazaña de persistencia.

La respuesta llegó sin demora.

—Ningún motivo, que yo sepa. Vamos, Inspector, está fuera de lugar que usted use esos artilugios conmigo; fuera de lugar. Y también es injusto, bien lo sabe. No me va a dejar así, desenredando estas cosas por mí mismo. Realmente estoy sorprendido—. Hizo una pausa y agregó, con blandura—. No necesito decirle que esta conversación es por completo extraoficial.

Esas palabras estuvieron muy lejos de apaciguar al jefe Inspector.

La indignación del equilibrista traicionado se hacía fuerte en su interior.

En su orgullo de servidor de confianza, estaba seguro que la cuerda no era sacudida para que él se rompiera la cabeza, sino como una exhibición descarada. ¡Como si alguien tuviera miedo! Los Subjefes vienen y van, pero un jefe Inspector valioso no es un fenómeno efímero de oficina. No tenía miedo de romperse la cabeza. Que le estropearan su labor era más que suficiente para explicar el ardor de una indignación honesta. Y como no hay quien no sea parcial, el pensamiento del jefe Inspector Heat se volvió amenazante y profético: «Usted, hijo mío» se dijo para sí, manteniendo sus ojos redondos, y por lo general errabundos, fijos en la cara del Subjefe, «usted, hijo mío, no sabe cuál es su lugar y apuesto a que dentro de poco también dejará de verlo».

Como si fuera una respuesta provocada por ese pensamiento, algo así como el fantasma de una sonrisa amistosa pasó a través de los labios del Subjefe. Su actitud era condescendiente y formal, mientras persistía en dar otro sacudón a la cuerda.

—Veamos ahora qué descubrió en el lugar del hecho, Inspectordijo.

«Un tonto y su trabajo se comparten pronto» avanzaba por su propia vía el pensamiento profético en la mente del Inspector Heat.

Pero de inmediato se hizo la reflexión de que un alto oficial, aunque esté quemado (ésa era la imagen exacta), tiene aún tiempo para volar por la puerta y darle una buena patada en las canillas a algún subordinado.

Sin suavizar demasiado su mirada fija y viperina dijo, impasible:

—Estamos llegando a esa parte de mi investigación, señor.

—Eso es. Bien ¿qué trajo de allá?

El jefe Inspector, que había hecho saltar a su mente lejos de la cuerda, aterrizó con melancólica franqueza.

—Traje una dirección— dijo, y sacó sin prisa de su bolsillo un pedazo chamuscado de trapo azul oscuro—. Esto, pertenece al sobretodo que llevaba puesto el tipo que se voló en pedazos. Por supuesto, el sobretodo puede no haber sido de él y quizá haya sido robado. Pero eso no es muy probable si se fija en esto.

El Inspector, adelantándose hacia el escritorio, extendió con cuidado el pedazo de tela azul. Lo había sacado del repulsivo revoltijo en la morgue, porque a veces se encuentra bajo el cuello el nombre de un sastre. A menudo no sirve de nada, pero con todo... Esperaba encontrar algo medianamente útil, pero no había pensado encontrar no bajo el cuello sino cosido con esmero bajo una punta de la solapa un trozo de tela de algodón con una dirección escrita con tinta de sellos.

El Inspector apartó su mano.

—Lo agarré sin que nadie lo supiera— dijo—. Pensé que era lo mejor.

Siempre se puede explicar luego, si es necesario.

El Subjefe, levantándose un poco de su silla, atrajo el pedazo de tela hacia sí. Se sentó mirándolo en silencio. Sólo el número 32 y el nombre de la calle Brett Street, estaban escritos con tinta de sellos en un trozo de tela de algodón apenas más grande que un papel común para cigarrillos. Su sorpresa era genuina.

—No se comprende por qué tenía que salir con una etiqueta así dijo mirando al jefe Inspector Heat—. Es algo extraordinario.

—En la sala de estar de un hotel encontré una vez a un anciano que andaba con su nombre y dirección cosida en todos sus sacos, para prevenir un accidente o enfermedad repentina— dijo el Inspector—. Confesaba tener ochenta y cuatro años, pero no los representaba. Me

dijo que también temía perder la memoria de pronto, como le pasa a la gente que había visto salir en los diarios.

Una pregunta del Subjefe, que quería saber qué era el número de Brett Street, interrumpió esa reminiscencia abruptamente. El Inspector, llevado a tierra con artificios desleales, había elegido transitar la senda de una apertura sin reservas. Si bien creía firmemente que saber demasiado no era bueno para el departamento, sólo en bien del servicio, y hasta donde su lealtad se atrevía a ir, era capaz de un juicioso ocultamiento de datos. Si el Subjefe quería mal manejar este asunto, nada, por supuesto, podría impedírselo. Pero, por su parte, no veía ahora ninguna razón para un despliegue de agudezas. Así que su respuesta fue concisa:

—Es un negocio, señor.

El Subjefe, con los ojos dirigidos hacia el pedazo de tela azul, esperaba más información. Como no llegó, procedió a obtenerla mediante una serie de preguntas planteadas con paciencia gentil. Así se hizo una idea de la naturaleza del comercio de Mr. Verloc, de su apariencia personal y por último oyó su nombre. En una pausa, el Subjefe levantó sus ojos y entrevió cierta animación en la cara del Inspector. Se miraron en silencio.

—Por supuesto— dijo el último—, el departamento no tiene ficha de ese individuo.

—¿Alguno de mis predecesores tenía conocimiento de lo que usted acaba de decirme?— preguntó el Subjefe, mientras se acodaba sobre la mesa y levantaba sus manos cruzadas hasta la altura de su cara, como si fuera a ofrecer una plegaria, sólo que sus ojos no tenían una expresión piadosa.

—No, señor; por cierto que no. ¿Para qué querían saberlo? Este tipo de hombre no puede presentarse en público con un fin útil. Para mí era suficiente saber quién era y utilizarlo de modo que fuera útil ante la opinión pública.

El Subjefe hizo una observación importante:

—Esta vez le falló.

—No tenía ningún tipo de sospecha— respondió el Inspector Heat—.

No le pregunté nada, así que él nada pudo decirme. No es uno de nuestros hombres. No le pagamos ningún sueldo.

—No— murmuró el Subjefe, es un espía a sueldo de un gobierno extranjero. Nunca podremos reconocerlo.

—Yo debo hacer mi trabajo a mi manera— declaró el Inspector—. Si llegara el caso, pactaría con el mismo diablo y me atendría a las consecuencias.

Hay cosas que no a todos les conviene saber.

—Su idea de la reserva parece consistir en que el jefe de su departamento tiene que estar en la ignorancia. Eso es un poco exagerado, ¿no? ¿Ese hombre vive arriba de su negocio?

—¿Quién? ¿Verloc? Oh, sí. Vive arriba de su negocio. Me imagino que la madre de su mujer vive con ellos.

—¿La casa está vigilada?

—Oh, por favor, no. Yo no lo haría. Se vigila a algunas personas que van allí. Mi opinión es que él no sabe nada de este asunto.

—¿Cómo explica esto?— el Subjefe señaló el pedazo de tela que estaba sobre el escritorio, frente a él.

—No lo explico, señor. Es simplemente inexplicable. Lo que sé no sirve para dilucidar esto.— El Inspector admitió estas cosas con la franqueza de un hombre que considera que su reputación es tan firme como una rosa—. Por lo menos por ahora. Pienso que el hombre que más tiene que ver con este asunto es Michaelis.

—¿Usted cree?

—Sí, señor; porque puedo responder por todos los otros.

—¿Qué pasa con el otro hombre, el que se supone que escapó del parque?

—Creo que a esta hora estará bien lejos— opinó el Inspector.

El Subjefe lo miró con dureza y se levantó de pronto, como si se hubiera trazado una línea de acción. En rigor, en ese preciso instante acababa de sucumbir a una tentación fascinante. El jefe Inspector oyó a su superior despidiéndolo, con la orden de volver a verlo a la mañana siguiente, temprano, para proseguir con el análisis del caso. Lo escuchó con una expresión impenetrable y salió de la oficina con paso medido.

Cualesquiera que fuesen los planes del Subjefe, no tenían relación con ese despacho, que era el veneno de su existencia a causa de sus limitaciones y su aparente falta de realidad. Si la cosa no hubiese sido así, la expresión de alegría que se dejó ver en el rostro del Subjefe hubiera sido inexplicable. Tan pronto como quedó solo, tomó su sombrero impulsivamente y se lo puso. Una vez hecho esto, se volvió a sentar para reconsiderar todo el conjunto de la cuestión. Pero, gracias a la disciplina de su mente, no tardó demasiado. Y antes de que el Inspector Heat se hubiera alejado camino de su casa, también él abandonó el edificio.

VII

El Subjefe de Policía caminó por un corto y estrecho pasaje que parecía una trinchera mojada y lodosa, luego cruzó una amplia avenida y entró en un edificio público donde solicitó hablar con el joven secretario privado (sin renta) de un importante personaje.

Ese joven rubio, lampiño, cuyo pelo peinado simétricamente le daba el aspecto de un escolar grande y pulcro, respondió al pedido del Subjefe con aire de duda y el aliento entrecortado.

—¿Si querrá verlo a usted? No sé qué decirle al respecto. Hace una hora salió de la Cámara, caminando, para hablar con el Subsecretario Permanente y ahora está por volverse. Lo deben haber llamado; pero supongo que habrá ido para hacer un poco de ejercicio: es todo el que logrará hacer mientras dure esta sesión. No me quejo; más bien me alegro de estos pequeños paseos. Él se apoya en mi brazo y no abre los labios. Pero está muy cansado, le aseguro, y... bueno... no es el más dulce de sus días el de hoy.

—Se trata del asunto de Greenwich.

—¡Oh! ¡Vaya! Está muy enojado con ustedes. Pero iré a ver, si usted insiste.

—Hágalo. Eso se llama ser un buen chico dijo el Subjefe.

El secretario sin renta se sentía admirado ante tanta decisión.

Compuso una expresión inocente en su cara, abrió una puerta y avanzó con la seguridad de un niño hermoso y privilegiado. De inmediato reapareció, e hizo un gesto con la cabeza al Subjefe que, tras pasar por la misma puerta abierta para él, se encontró en una amplia sala frente al importante personaje.

Corpulento y alto, con una larga cara blanca, que remataba en una gran papada y parecía un huevo guarnecido por delgadas patillas grisáceas, el gran personaje impresionaba como un individuo que hubiese sido agrandado. Su ropa no lo favorecía en nada; el cruce de su saco negro daba la impresión de que la abotonadura de la prenda hubiese sido estirada al máximo. Desde la cabeza, asentada sobre un cuello grueso, los ojos, con los párpados inferiores hinchados, miraban con una arrogante inclinación a los costados de una nariz ganchuda y agresiva, de noble prominencia en la amplia superficie pálida de la cara. Un sombrero de copa brillante y un par de guantes gastados reposaban, ya listos, en la punta de una gran mesa que también parecía agrandada, enorme.

Este hombre estaba parado frente a la chimenea sobre sus grandes y holgados botines. No dijo una sola palabra de saludo.

—Quisiera saber si esto es el comienzo de otra campaña de dinamita— preguntó de inmediato con voz suave y profunda—. No se pierda en detalles, no tengo tiempo.

Frente a este personaje, la figura del Subjefe de Policía tenía la frágil delgadez de una caña comparada con un roble. Y por cierto que la foja intachable de los antepasados de ese hombre sobrepasaba en número de centurias al roble más antiguo del país.

—No. En la medida en que la objetividad es posible, puedo asegurarle que no.

—Sí. Pero su idea de la seguridad— dijo el importante hombre con un ademán desdeñoso de su mano hacia la ventana que daba a la avenida exterior— parece consistir en hacer que el Secretario de Estado quede como un idiota. En este mismo salón, hace menos de un mes atrás, me dijeron que sucesos de este tipo era imposible que ocurrieran.

El Subjefe de Policía echó una mirada tranquila en dirección a la ventana.

—Permítame recordarle, Sir Ethelred, que hasta ahora no he tenido oportunidad de darle seguridades de ninguna índole.

Los ojos soberbios se inclinaron ahora para enfocar al Subjefe.

—Es verdad— confesó con voz profunda, suave—. Mandé llamar a Heat. Usted es todavía un novicio en su empleo. ¿Y cómo le va por allá?

—Creo que voy aprendiendo algo todos los días.

—Por supuesto, por supuesto. Espero que adelante.

—Gracias, Sir Ethelred. He aprendido algo hoy, incluso en esta hora pasada, más o menos. Hay muchas cosas en este asunto que no tienen el aspecto habitual de un atentado anarquista, incluso si se lo mira hasta sus últimas profundidades. Por eso estoy aquí.

El gran hombre puso los brazos en jarras; el dorso de sus manos se apoyaba en las caderas.

—Bien. Prosiga. Sin detalles, por favor. Ahórreme los detalles.

—No voy a molestarlo con ellos, Sir Ethelred— comenzó el Subjefe con una seguridad tranquila y sin atribulaciones. Mientras iba hablando, detrás de la espalda del gran hombre las manos del reloj— una masa pesada y resplandeciente de sólidas volutas, del mismo mármol oscuro que la chimenea, con un tictac fantasmagórico y sordo— recorrieron el espacio de siete minutos. El Subjefe habló con estudiada fidelidad en estilo parentético, en el que cada pequeño hecho— es decir, cada detalle encajaba con deliciosa holgura. No hubo ni un murmullo ni un gesto de interrupción. El gran personaje podía haber sido la estatua de uno de sus principescos ancestros, desprovisto del equipo de guerra de un cruzado y metido dentro de una mal entallada levita. El Subjefe sintió que tenía vía libre para hablar durante una hora. Pero se dominó y al cabo del tiempo antes mencionado,

desembocó en una repentina conclusión, que al reproducir el aserto que abriera la entrevista, sorprendió en forma agradable a Sir Ethelred por su aparente prontitud y fuerza.

—La clase de hecho que subyace en este asunto, sin gravedad por otro lado, no es común— al menos en esta forma— y requiere tratamiento especial.

El tono de Sir Ethelred se profundizó, pleno de convicción.

—Creo que debe ser así... ya que está involucrado el embajador de un país extranjero.

—¡Oh! ¡El embajador!— protestó el otro, erguido y flaco, permitiéndose no más que una media sonrisa—. Sería tonto de mi parte insinuar algo en ese sentido. Y es absolutamente innecesario porque, si no estoy errado en mis conjeturas, es un simple detalle que se trate del embajador o del portero.

Sir Ethelred abrió una boca enorme, como una caverna, en la que la nariz ganchuda parecía estar ansiosa por hundirse; de ahí provino un sonido quebrado, descolorido, como si viniera de un órgano distante, con registro de indignación despreciativa.

—¡No! Esta gente es insoportable. ¿Qué quieren hacer importando sus métodos de la Crimea tártara? Un turco tendría más decencia.

—Usted olvida; Sir Ethelred, que no sabemos, hasta ahora, nada objetivo, si hablamos con propiedad.

—¡No! ¿Pero cómo define esto, en pocas palabras?

—Descarada audacia que se incrementa con una peculiar puerilidad.

—No podemos tolerar la inocencia de chiquitos sucios— dijo el importante personaje, inflándose un poco más, por decir así. La mirada altiva se abatió aplastante sobre la alfombra, a los pies del Subjefe—.

Tenemos que darles un buen golpe en los nudillos por este asunto.

Debemos estar en posición de... ¿Qué piensa usted, en general, dicho en pocas palabras? No necesita detallar nada.

—No, Sir Ethelred. En principio, yo establecería que la existencia de agentes secretos no debe ser tolerada, ya qué tiende a aumentar los objetivos peligros del mal contra el que se los usa. Que los espías se fabrican su propia información es un perfecto lugar común. Pero en la esfera de la acción política y revolucionaria, que en parte descansa en la violencia, el espía profesional tiene todas las facilidades para fabricar los hechos mismos y desplegar el doble flagelo de la emulación, en un sentido, y del pánico, la legislación precipitada, el odio irreflexivo, en otro. Sin embargo, éste es un mundo imperfecto...

El personaje de la voz profunda, parado sobre la alfombra de la chimenea, inmóvil, con los grandes codos hacia afuera, dijo con precipitación:

—Sea conciso, por favor.

—Sí, Sir Ethelred... un mundo imperfecto. Por lo tanto, el carácter mismo de este asunto me ha sugerido que debe ser tratado con especial secreto y por ello me atreví a venir aquí.

—Muy bien— aprobó el personaje, mirando con complacencia desde el tope de su doble mentón—. Me complace que en su negocio haya alguien que piense que de cuando en cuando debe confiarse en el Secretario de Estado.

El Subjefe de Policía sonrió, divertido.

—En verdad estaba pensando que lo mejor, en este punto, sería reemplazar a Heat por...

—¡Qué! ¿Heat? Un asno, ¿eh?— exclamó el gran hombre, con clara animosidad.

—De ningún modo. Le ruego, Sir Ethelred, que no malinterprete mis observaciones.

—Entonces ¿qué? ¿Listo a medias?

—No... al menos no por regla general. Todas las bases para mis conjeturas las proporcionó él. Lo único que descubrí por mí mismo es que estuvo utilizando a ese hombre en forma privada. ¿Quién podría acusarlo por eso? Es un policía de la vieja escuela. Virtualmente me dijo que tiene que tener herramientas para poder trabajar. A mí se me ocurre que esta herramienta debe estar al servicio de la división de crímenes especiales en su conjunto, en lugar de seguir siendo propiedad privada del jefe Inspector Heat. He entendido mi concepto de nuestros deberes departamentales a la supresión del agente secreto.

Pero el Jefe Inspector Heat tiene un criterio anticuado. Me acusaría de pervertir la moral y de atacar la eficiencia de nuestra división. Amargamente definiría ese acto como protector del grupo criminal de los revolucionarios.

—Sí, ¿Pero usted qué quiere?

—Quiero decir, en primer térmico, que es una flaca conveniencia el estar en condiciones de declarar que cualquier acto violento, daño a la propiedad o destrucción de vidas humanas no es trabajo del anarquismo; sino de algo completamente distinto, algún tipo de bandidaje autorizado.

Y, me imagino yo, esto es mucho más frecuente de lo que suponemos.

En segundo lugar, es obvio que la existencia de esas personas a sueldo de gobiernos extranjeros destruye hasta cierto punto la eficiencia de nuestra vigilancia. Un espía de ese tipo está en condiciones de ser más temerario que el más temerario de los conspiradores. Su tarea está libre de cualquier limitación; no tiene toda la fe que se necesita para el nihilismo

absoluto, ni el respeto por la ley que implica la desobediencia a ella. En tercer lugar, la existencia de esos espías entre los grupos revolucionarios, que se nos reprocha estar amparando, tiene que cesar por completo. Usted escuchó una afirmación tranquilizadora del Inspector Heat, hace un tiempo. No eran palabras sin base... sin embargo, tenemos ahora este episodio. Lo llamo episodio, porque este asunto, me arriesgo a asegurarlo, es episódico; no integra ningún plan general, por descabellado que fuese. Las mismas peculiaridades que sorprenden y dejan perplejo al jefe Inspector Heat son, a mis ojos, las que determinan sus características. Estoy dejando de lado los detalles, Sir Ethelred.

El personaje parado frente a la chimenea había prestado profunda atención.

—Eso es. Sea lo más conciso posible.

El Subjefe indicó con gesto formal y deferente que estaba ansioso por ser conciso.

—Hay una especial idiotez y debilidad en la ejecución de este asunto, que me da excelentes esperanzas de llegar hasta el fondo y encontrar allí algo más que un capricho individual y fanático. Sin duda se trata de algo planeado. El virtual ejecutor parece haber sido llevado de la mano al lugar y luego abandonado a toda prisa, para que se arreglara por sus propios medios. Se infiere que fue traído del exterior con la finalidad de cometer este atentado. A la vez estamos forzados a deducir que no debía saber suficiente inglés como para preguntar por su camino, a menos que aceptemos la fantástica teoría de que se trataba de un sordomudo. Me pregunto ahora... pero es absurdo. Se mató en forma accidental, es evidente. No es un accidente extraordinario. Pero queda un pequeño hecho extraordinario: la dirección que tenía en su abrigo, descubierta por el más casual de los accidentes. Es un hecho pequeño e increíble; tan increíble que explicarlo puede llevarnos hasta el mismo fondo de este problema. En lugar de ordenar a Heat que siga en el caso, me propongo buscar personalmente esa explicación... por mí mismo, quiero decir, en donde haya que buscarla. Y está en cierto negocio de Brett Street, en los labios de cierto agente secreto, que en una época fue espía confidencial del difunto Barón Stott—Wartenheim, embajador de una gran potencia ante la corte de St. James.

El Subjefe hizo una pausa y luego agregó:

—Esos tipos son una peste perfecta. A fin de elevar su mirada altiva a la cara del que hablaba, el personaje parado sobre la alfombra de la chimenea había inclinado su cabeza hacia atrás, gradualmente; esa posición le daba un notorio aire arrogante.

—¿Por qué no dejarle el asunto a Heat?

—Porque es un policía a la vieja usanza. Y esos tienen su propia moralidad. Mi sistema de pesquisa le parecería una horrenda perversión del deber. Para él, el deber consiste en imputar la culpabilidad a tantos anarquistas prominentes como pueda, sobre la base del más mínimo de los indicios que haya encontrado en el curso de su examen del lugar del hecho; en tanto que yo según diría él soy proclive a reivindicar la inocencia de esa gente. Trato de ser lo más conciso posible presentándole este oscuro asunto sin detalles.

—¿Diría? ¿Lo diría?— musitó la altiva cabeza de Sir Ethelred, desde su encumbrada eminencia.

—Eso me temo... con una indignación y un disgusto del que ni usted ni yo tenemos la menor idea. Él es un excelente servidor. No debemos abrigar sospechas indebidas respecto de su lealtad; siempre es un error hacerlo. Además, quiero libertad de acción, mayor libertad que la que sería conveniente otorgarle al jefe Inspector Heat. No tengo el menor deseo de perdonar a este individuo Verloc. Se aterrará, me supongo, al comprobar qué rápidamente se encontró una conexión, cualquiera que sea, entre él y este asunto. Asustarlo no será muy difícil.

Pero nuestro verdadero objetivo está detrás de él, en alguna parte.

Quiero que usted me autorice a darle todas las garantías de seguridad personal que yo estime adecuadas.

—Por supuesto— dijo el personaje parado frente a la chimenea—. Investigue todo lo que pueda; investigue a su propio modo.

— Voy a empezar sin pérdida de tiempo, esta misma noche dijo el Subjefe.

Sir Ethelred puso una mano bajo los faldones de su levita y, echando atrás la cabeza, lo miró con fijeza.

—Tenemos una sesión muy larga esta noche. Venga a la Cámara con sus descubrimientos, si todavía no nos hemos retirado. Le advertiré a Toodles que lo espere. Él lo introducirá en mi oficina.

La numerosa parentela y las amplias conexiones del juvenil Secretario Privado acariciaban la esperanza de que sería dueño de un austero y eminente destino. Entretanto, la esfera social que él adornaba en sus horas de ocio había elegido mimarlo con ese sobrenombre. Y Sir Ethelred, que lo oía en los labios de su mujer e hijas todos los días, en especial a la hora del desayuno, le había conferido la dignidad de aceptarlo sin sonrisas burlonas.

El Subjefe de Policía se sintió sorprendido y gratificado en extremo.

—Iré, sin duda, a la Cámara con mis descubrimientos, por si usted tiene tiempo para...

—No tengo tiempo— lo interrumpió el gran personaje—. Pero lo veré.

Ahora no tengo tiempo... ¿Irá usted en persona?

—Sí, Sir Ethelred. Me parece que es la mejor manera.

El gran personaje había echado tan atrás su cabeza que, para poder observar al Subjefe, casi tenía que cerrar los ojos.

—Hum. Ajá. ¿Y cómo se propone?... ¿Va a presentarse con otra personalidad?

—¡No totalmente! Me voy a cambiar de ropa, por supuesto.

—Por supuesto— repitió Sir Ethelred, con una especie de altivez distraída. Volvió su pesada cabeza y por encima del hombro echó una soberbia mirada oblicua al voluminoso reloj de mármol, de tenue sonido.

Las agujas habían tenido oportunidad de recorrer no menos de veinticinco minutos a sus espaldas.

El Subjefe de Policía, que no podía verlas, se puso algo nervioso en el intervalo. Pero el Secretario de Estado se volvió hacia él con una cara calmosa y sin desánimo.

—Muy bien— dijo e hizo una pausa, con deliberado menosprecio del reloj oficial—. ¿Pero qué lo ha determinado a seguir este camino?

—Siempre me he manejado según mis corazonadas.

—¡Ah, sí! Corazonadas. Claro. Pero ¿cuál es el motivo inmediato?

—¿Qué puedo decirle, Sir Ethelred? El rechazo de un hombre nuevo frente a los viejos métodos. El deseo de saber algo de primera mano.

Cierta impaciencia. Es mi antiguo trabajo, pero con ropas distintas.

Esto me ha producido picazón en uno o dos lugares muy delicados.

—Espero que usted adelante algo por allá— dijo Sir Ethelred, con gentileza, extendiendo su mano, suave al tacto pero ancha y fuerte como la mano de un campesino que ha llegado a una alta consideración.

El Subjefe la estrechó y se fue.

En la sala de espera, Toodles, que había estado esperando apoyado en la punta de una mesa, le salió al encuentro, dominando su natural animación.

—¿Y? ¿Todo bien?— preguntó con aire importante.

—Perfecto. Se ha ganado mi gratitud eterna— contestó el Subjefe, cuya larga cara parecía un palo, en contraste con la peculiar característica de la seriedad del otro, presta siempre a desvanecerse en susurros y risas ahogadas.

—Está bien. Pero, en serio, usted no puede imaginarse cómo está de irritado por los ataques contra su decreto de nacionalización de las pesquerías. Lo llaman el comienzo de la revolución social. Por supuesto que es una medida revolucionaria. Pero esos tipos no tienen decencia. Los ataques personales...

—He leído los diarios— hizo notar el Subjefe.

—Repugnante, ¿no? Y usted no tiene noción de la cantidad de trabajo que tiene que realizar todos los días. Lo hace todo solo. No quiere confiarse en nadie en este asunto de las pesquerías.

—Y con todo me ha concedido media hora para la consideración de mi diminuta mojarrita interrumpió el Subjefe.

—¡Diminuta! ¿Lo es? Me alegra oír eso; pero es una lástima que no la haya podido mantener quieta, entonces. Esta pelea lo enajena terriblemente.

Está llegando al agotamiento. Me doy cuenta por la forma en que se apoya en mi brazo cuando caminamos. Y además me pregunto:

¿estará a salvo en la calle? Mullins hizo venir a sus hombres aquí, esta tarde. Hay un agente plantado en cada farol y una de cada dos personas que encontramos desde aquí hasta el Palacio del Yard es un detective, evidentemente. Eso tiene que afectarle los nervios. Yo digo, esos bandidos foráneos ¿serían capaces de atentar contra él?... ¿lo serían? Tendríamos una calamidad nacional. El país no puede perderlo.

—Por no hablar de usted. Él se apoya en su brazo— rió el Subjefe, con sobriedad—. Se irían ambos.

—¿No será una forma fácil de entrar en la historia, para un hombre joven? No han sido asesinados tantos ministros británicos como para que la cosa constituya un incidente menor. Pero ahora en serio...

—Me temo que si usted quiere pasar a la historia tendrá que hacer algo al respecto. En serio: no hay peligro para ninguno de ustedes, fuera del trabajo excesivo.

El simpático Toodles recibió esa declaración con una risita.

—Las pesquerías no van a matarme. Me he cansado en estas últimas horas— declaró con ingenua ligereza—. Pero, arrepentido de inmediato, adoptó el aire caviloso de un hombre de estado, como quien se quita un guante. Su mente es tan poderosa que puede soportar cualquier trabajo. Son sus nervios los que me preocupan. La pandilla reaccionaria, con ese bruto insultante de Cheeseman a la cabeza, lo ofende todas las noches.

—¡Si insiste en iniciar una revolución! murmuró el Subjefe.

Ha llegado el momento, y él es el único hombre con envergadura para esa tarea protestó el revolucionario Toodles, ferviente bajo la mirada calma y especulativa del Subjefe de Policía. Lejos, en un corredor distante, sonó un timbre; con devota atención el joven prestó oídos a la llamada. Está listo para salir exclamó en un susurro; agarró su sombrero y desapareció de la sala.

De un modo menos elástico, el Subjefe salió por otra puerta. Cruzó otra vez la amplia avenida, caminó por la calle estrecha y volvió a entrar apresuradamente en el edificio de sus propias oficinas. Detuvo sus pasos acelerados ante la puerta de su oficina privada. Antes de cerrarla por completo, sus ojos inspeccionaron el escritorio. Se detuvo por un momento, luego caminó, miró a su alrededor en el piso, se sentó en su silla, tocó un timbre y esperó.

—¿El jefe Inspector Heat se ha ido ya?

—Sí, señor. Salió hace alrededor de media hora.

Asintió. «Eso hará.» Sentado todavía, con el sombrero echado hacia atrás, pensó que era muy propio de la maldita desfachatez de Heat llevarse, callado, la única evidencia material. Pero lo pensó sin animosidad.

Los servidores viejos y valiosos se toman libertades. El trozo de abrigo con la dirección cosida encima no era algo que se pudiera dejar en cualquier lado. Alejó de su mente esa manifestación de recelo ante el Inspector Heat, escribió y despachó una nota para su mujer, pidiéndole que lo disculpara ante la protectora de Michaelis, con quien estaba invitado a cenar esa coche.

Detrás de las cortinas de un apartado, en el que había un lavatorio, un perchero de madera y un estante, se puso un saco corto y un sombrero redondo que hicieron resaltar a las mil maravillas la longitud de su cara grave y oscura. Volvió a la luz plena de su oficina con el aspecto de un frío y reflexivo Don Quijote y los ojos hundidos de un fanático ignorado que adoptase una actitud muy decidida. Abandonó la escena de su actividad cotidiana con la rapidez de una sombra recatada.

Bajó a la calle como si bajara a un acuario lodoso del que se hubiera quitado el agua. Lo envolvió una lobreguez húmeda y sombría. Las paredes de las casas estaban mojadas, el barro de la calzada brillaba con un efecto de fosforescencia y, cuando emergió de la estrecha calleja al Strand, por el lado de la estación de Charing Cross, el genio del lugar lo poseyó. Podía haber sido uno más de los sospechosos extraños que se ven de noche, merodeando por los rincones oscuros.

Llegó hasta una parada en el borde mismo del pavimento y esperó.

Sus ojos expertos habían columbrado entre el confuso movimiento de luces y sombras apiñadas en la calle, la marcha acompasada de un coche. No hizo ninguna señal, pero cuando el estribo que se deslizaba junto al cordón llegó hasta su pie, saltó con destreza por delante de la enorme rueda y habló al cochero por la ventanilla, casi antes de que el hombre, desde lo alto de su asiento, se hubiese percatado del pasajero que llevaba.

El viaje no fue largo. Terminó abruptamente, en cualquier lugar, entre dos faroles, frente a una gran tapicería; una larga hilera de negocios ya se habían arropado bajo sus cortinas metálicas, para pasar la noche. Tras dar una moneda al cochero a través de la ventanilla, el pasajero descendió y se alejó dejándole la idea de una fantasmagoría pavorosa y excéntrica.

Pero el tamaño de la moneda era satisfactorio al tacto, y como no era muy letrado, no lo poseyó el temor de pensar que se le podría transformar en una hoja seca dentro de su bolsillo. Elevado por encima del mundo privado de los pasajeros, por la naturaleza de su oficio, contemplaba el accionar de todos ellos con un interés limitado.

La forma vivaz en que hizo dar vuelta a su caballo era muestra de su filosofía.

Entretanto, el Subjefe de Policía ya estaba haciendo su pedido a un mozo, en un pequeño restaurante italiano, que estaba a la vuelta de la esquina; era uno de esos refugios para los hambrientos, largo y estrecho, atractivo por su perspectiva de espejos y manteles blancos, con poco aire, pero con atmósfera propia: una atmósfera fraudulenta que se burla de una humanidad abyecta en la más apremiante de sus necesidades miserables. Dentro de ese ámbito de dudosa moral, el Subjefe de Policía, mientras reflexionaba acerca de su cometido, parecía ir perdiendo algo más de su identidad. Tenía una sensación de aislamiento, de maligna libertad. Era bastante grato. Después de pagar su escasa comida, cuando se puso de pie esperando el cambio, se miró en un pedazo de espejo y lo impactó su extraña apariencia. Contemplaba su propia imagen con una mirada melancólica e inquisitiva y, obedeciendo a una repentina inspiración, se levantó el cuello del saco. Hacerlo le pareció adecuado y completó la operación retorciendo hacia arriba las puntas de su bigote negro. Se sintió satisfecho con las sutiles modificaciones de su aspecto personal, surgidas de esos mínimos cambios.

«Esto anda muy bien», pensó, «tengo que mojarme un poco, embarrarme otro poco...»Percibió a su lado la presencia del mozo y una pilita de monedas de plata en la punta de la mesa que estaba ante él. El mozo tenía un ojo puesto en las monedas y con el otro seguía la grácil espalda de una alta y no muy joven muchacha, que pasó de largo junto a una mesa lejana, como si fuera invisible y por completo vedada.

Parecía una clienta habitual.

Al salir, el Subjefe se hizo a sí mismo la observación de que los patrones del lugar, con el hábito de cocinar minutas, habían perdido todas sus características nacionales y privadas. Y esto era extraño, ya que el restaurante italiano es una particular institución británica. Pero esta gente estaba tan desnacionalizada como los platos que servían con toda la ceremonia de una respetabilidad sin sellos. Tampoco la personalidad de ellos tenía ningún sello, ni profesional, ni social, ni racial.

Parecían creados para un restaurante italiano, a menos que el restaurante italiano hubiese sido creado, por ventura, para ellos. Pero esta última hipótesis era inaceptable, ya que no se los puede ubicar en ningún lado que no sea alguno de esos especiales establecimientos. Nunca se encuentra a esas enigmáticas personas en ninguna otra parte. Era imposible formarse una idea precisa de cuáles eran las ocupaciones que tenían durante el día y a qué hora se iban a dormir en la noche. Y él mismo, el Subjefe de Policía, se sentía desconocido. Hubiera sido imposible para cualquiera adivinar cuál era su ocupación. En cuanto a eso de irse a dormir, hasta en su propia mente había dudas. Por cierto que no dudaba de su domicilio, sino de la hora en que podría volver allá. Un placentero sentimiento de

independencia lo poseyó al oír que la puerta de cristal se cerraba a su espalda con un golpe amortiguado.

De inmediato avanzó dentro de una inmensidad de fango pringoso y mampostería mojada, entremezclado con luces, y envuelto, oprimido, penetrado, ahogado y sofocado por la negrura de una noche de niebla londinense, niebla salpicada de hollín y gotas de agua.

Brett Street no estaba muy lejos. Nacía, estrecha, del costado de un espacio triangular abierto, rodeado por oscuras y misteriosas casas, templos del comercio minorista, vacíos de compradores por la noche.

Sólo un puesto de frutas, en la esquina, presentaba una violenta llamarada de luz y color. Más allá todo era negro y las pocas personas que transitaban se desvanecían a paso largo por detrás de los montones relucientes de limones y naranjas. No había eco de pasos; se los oía secos, precisos. La aventurera cabeza del Departamento de Crímenes Especiales observaba esas desapariciones, a la distancia, con ojos de gran interés. Se sentía con el corazón ligero, como si hubiese estado emboscado, totalmente solo, en una selva a muchos miles de kilómetros de los escritorios y tinteros de las oficinas policiales. Esta alegría y dispersión del pensamiento antes de una tarea de cierta importancia pareciera probar que este mundo nuestro no es un asunto demasiado serio, después de todo. Y el Subjefe de Policía no tenía un carácter inclinado de por sí a la ligereza.

El policía de ronda proyectaba su forma sombría y movediza contra la gloria luminosa de naranjas y limones y se adentró en Brett Street sin prisa. El Subjefe, como si fuera un miembro del hampa, se demoró en la oscuridad, esperando su regreso. Pero ese agente parecía perdido para siempre de la institución; no reapareció: debía haberse ido por el otro extremo de la calle.

Una vez que llegó a esa conclusión, el Subjefe entró por ella y caminó junto a un enorme carro estacionado frente a la vidriera, apenas iluminada, de una casa de comidas. El cartero, adentro, reponía fuerzas y los caballos, con sus grandes cabezas inclinadas hacia el suelo, comían su pienso de los morrales, sin pausa. Más adelante, al otro lado de la calle, otro parche sospechoso de luz opaca surgía del frente del negocio de Mr. Verloc, con la vidriera tapada de papeles sostenidos con hirsutas pilas de cajas de tarjetas y tapas de libros. El Subjefe se detuvo a observar desde la vereda de enfrente; no podía haber equivocación.

Al costado de la vidriera, la puerta, entornada y trabada con las sombras de objetos indescriptibles, dejaba escapar hacia el pavimento una estrecha y clara línea de la luz de gas del interior, Detrás del Subjefe, el carro y los caballos, fundidos en un solo bloque, parecían algo vivo: un monstruo negro, cuadrado, que obstruía media calle entre el piafar brusco de las patas herradas, el fuerte entrechocar de los arneses metálicos y los pesados resoplidos. Al otro lado de una avenida, una amplia y próspera fonda enfrentaba, con su agrio brillo festivo y de mal augurio, el extremo final de Brett Street. Esa barrera de luces relumbrantes, por contraposición con las sombras acumuladas alrededor de la humilde casa, albergue de la felicidad doméstica de Mr. Verloc, arrastraba a sus espaldas la oscuridad de la calleja, haciéndola más tétrica, ominosa y siniestra.

VIII

Mediante persistentes pedidos, la madre de Mrs. Verloc había logrado infundir cierta especie de tibieza en el frío trato de varios hoteleros (relaciones que en una época frecuentara su difunto y desgraciado marido); como consecuencia, había conseguido asegurarse su admisión en determinado hospicio fundado por un hotelero rico con el fin de socorrer a las viudas menesterosas de los hombres de la profesión.

Concebido con la astucia de su corazón inquieto, la vieja mujer había perseguido ese objetivo en secreto y con total determinación. Fue la época en que Winnie no pudo dejar de observar a Mr. Verloc: «mamá viene gastando media corona o cinco chelines casi todos los días, esta semana, en sus viajes en coche». Pero la observación no implicaba una crítica. Winnie respetaba las debilidades de su madre. Sólo estaba un poco sorprendida ante esa repentina manía locomotriz. Mr. Verloc, que a su modo era bastante desprendido, recibió la noticia con refunfuños impacientes, ya que interfería en sus meditaciones, que se habían vuelto frecuentes, profundas y prolongadas; versaban, en realidad, sobre una temática más importante que esos cinco chelines. Más importantes y, por encima de toda comparación, más difíciles de considerar con filosófica serenidad en cada uno de sus aspectos.

Una vez obtenidos sus fines en astuto ocultamiento, la heroica vieja develó su secreto a Mrs. Verloc. Su alma se sentía triunfante y su corazón trémulo. Por dentro temblaba, porque temía y admiraba el carácter calmo y autocontrolado de su hija Winnie, cuyo desagrado se hacía temible a través de una hosca variedad de silencios amilanantes.

Pero no permitió que sus íntimas aprehensiones le arrebataran la ventaja que le otorgaba su venerable placidez establecida en su aspecto exterior: triple mentón, flotante abundancia del cuerpo gastado, impotencia de las piernas.

El impacto de noticia tan inesperada fue evidente: Mrs. Verloc, en contra de su costumbre cuando alguien le hablaba, interrumpió la tarea doméstica en la que estaba empeñada; limpiaba los muebles de la salita detrás del negocio cuando volvió la cabeza hacia su madre.

—¿Con que motivo se te ocurrió hacer tal cosa?— exclamó en medio de un asombro escandalizado.

Tuvo que haber sido un duro choque el que la forzara a abandonar la distante aceptación sin cuestionamiento de los hechos, que constituía su fuerza y salvaguarda en la vida.

—¿No estás suficientemente cómoda aquí?

Hizo estas preguntas, pero un minuto después salvó la coherencia de su conducta retomando la limpieza, mientras la vieja señora permanecía en su asiento, intimidada y muda, debajo de su dignamente blanca cofia y la oscura peluca deslucida.

Winnie repasó una silla e hizo correr el plumero por la caoba del respaldo del sofá de crin, en el que Mr. Verloc, de sobretodo y sombrero, gustaba transcurrir sus ocios. Estaba entregada a su trabajo, pero se permitió, luego, una nueva pregunta:

—¿Cómo te las arreglaste, mamá?

Como no afectaba la esencia de las cosas, que Mrs. Verloc, por principio, prefería ignorar, esta curiosidad era excusable. Se refería tan sólo a los métodos. La vieja recibió la pregunta con ansioso alivio, porque le brindaba la posibilidad de hablar con total sinceridad acerca del asunto.

Favoreció, pues, a su hija con una exhaustiva respuesta llena de nombres y enriquecida por comentarios laterales sobre los estragos que el tiempo producía en las facciones humanas. Los nombres eran los de dueños de hoteles con licencia para expendio de bebidas «amigos del pobre papito, querida». Abundó con especial aprecio en la bondad y condescendencia de un importante cervecero, baronet y miembro del Parlamento, presidente de la Junta de Administradores de entidades de beneficencia. Sus expresiones de calidez se debían a que este personaje le había concedido una entrevista a través de su secretario privado— «un caballero muy refinado, todo de negro, con una voz triste, gentil, pero muy, muy suave y tranquila. Era una sombra, querida».

Winnie, que había prolongado la operación de limpieza hasta el fin del relato, salió de la sala y fue a la cocina (dos escalones abajo) con su modo habitual, sin comentarios.

Tras enjugar unas pocas lágrimas, signo de regocijo ante la mansedumbre de su hija frente a este asunto terrible, la madre de Mrs.

Verloc dio aplicación a su astucia en la cuestión del mobiliario, que era de su pertenencia personal, aunque a veces hubiera deseado que no lo fuera. El desprendimiento heroico está muy bien, pero hay circunstancias en las que la disponibilidad de unas mesas y sillas, unas camas de bronce y otras cosas por el estilo, puede ser origen de situaciones desastrosas.

Necesitaba algunos objetos para sí misma, ya que la Fundación que, luego de muchas peticiones, la había acogido en su seno caritativo otorgaba a su solicitud nada más que un piso pelado y unas paredes ordinariamente empapeladas. La delicadeza que presidió su selección llevándola a las cosas menos valiosas y utilizables, pasó inadvertida, porque la filosofía de Winnie se fundaba en ignorar las motivaciones de los hechos: tan sólo estimó que su madre habría tomado lo que mejor le venía. En cuanto a Mr. Verloc, su intensa meditación, como una especie de muralla china, lo aislaba por entero de los fenómenos de este mundo de esfuerzos vanos e ilusoria apariencia.

Hecha su selección, disponer del resto de sus bienes devino un problema enmarañado y en cierto sentido singular. Por supuesto que los iba a dejar en Brett Street. Pero ella tenía dos hijos. Winnie estaba a salvo, gracias a su sensata unión con Mr. Verloc, ese marido excelente.

Stevie era un indigente... y también algo particular. Había que considerar su posición según los principios de la justicia legal y por encima de las tentaciones de parcialidad. La posesión de los muebles no iba a ser un seguro para él. Tendría que haberlos heredado, el pobrecito. Pero dárselos implicaría entrometerse con su posición de completa dependencia.

Era una demanda que temía quebrantar. Además, acaso las susceptibilidades de Mr. Verloc no tolerarían tener que dar las gracias a su cuñado por las sillas en que se sentaba. En su larga experiencia con huéspedes, la madre de Mrs. Verloc había adquirido una lúgubre pero resignada idea del aspecto caprichoso de la naturaleza humana.

¿Y qué pasaba si de pronto a Mr. Verloc se le metía en la cabeza decirle a Stevie que se llevara a otra parte su bendito maderaje? Una partición, por otro lado, aunque fuera muy cuidadosa, podía resultar ofensiva para Winnie. No. Stevie tenía que seguir en su indigente dependencia.

Y en el momento de abandonar Brett Street, dijo a su hija:

—No hay por qué esperar a que yo muera. Todo lo que dejo aquí es tuyo, querida.

Winnie, con el sombrero puesto, silenciosa a espaldas de su madre, la seguía, arreglándole el cuello de la capa. Con la cara impasible, le llevaba una valija y el paraguas. Llegó el momento de gastar la suma de tres chelines y medio en lo que bien se podía suponer que fuese el último viaje en coche en la vida de la madre de Mrs. Verloc. Ambas salieron a la puerta del negocio.

El vehículo que las aguardaba parecía la ilustración de un proverbio que dijese: «la verdad puede ser más cruel que la caricatura»— si es que tal proverbio existió alguna vez. Un coche de alquiler de ruedas descentradas reptaba por detrás de un caballo misérrimo, con un cochero lisiado en el pescante. Esta última circunstancia causaba cierto embarazo.

Al ver un aparato curvo de metal, sobresaliendo de la manga izquierda del saco de ese hombre, la madre de Mrs. Verloc perdió de pronto el heroico coraje de esos días. En verdad no podía creer lo que veía.

—¿Qué te parece, Winnie?

Por un momento se sintió vacilar. Los apasionados rezongos del cochero de ancha cara parecían salir estrujados de su garganta bloqueada.

Ladeado en el pescante, resoplaba una casi inaudible indignación.

¿Y qué andaba pasando ahora? ¿Cómo puede ser que se trate así a un hombre? Su figura maciza y sucia llameaba, roja, en el ámbito fangoso de la calle. ¿Le hubieran dado la licencia, preguntaba desesperado, si...?

El agente de facción lo tranquilizó con una mirada amistosa; luego, dirigiéndose sin demasiadas consideraciones a las dos mujeres, dijo:

—Hace veinte años que maneja el coche. Jamás me enteré de que hubiera tenido algún accidente.

—¡Accidente!— se desgañitó el cochero con un silbido despectivo.

El testimonio del policía liquidó la cuestión. El amontonamiento modesto de siete personas— niños los más— se disolvió. Winnie siguió a su madre al interior del coche. Stevie se trepó al pescante. Su boca abierta y los ojos apenados reflejaban el estado de su mente ante los sucesos. En las calles estrechas, la marcha era visible para las pasajeras por los frentes de las casas que, deslizándose lentos y trémulos entre el estrépito de puertas y ventanas, parecían venirse abajo al paso del coche; el caballo escuálido, el arnés colgado de las grupas flacas y golpeteando suelto en los corvejones, ejecutaba una danza de pasitos menudos sobre sus propias patas, con infinita paciencia. Más adelante, en el espacio abierto de Whitehall, todas las evidencias visuales de movimiento se hicieron imperceptibles. El ruido de puertas y ventanas se esfumó frente al alto edificio del Tesoro y el tiempo mismo se detuvo.

Por último, Winnie hizo una observación:

—Este caballo no es muy bueno.

Sus ojos centellearon de frente, inmóviles, en la sombra del coche.

En el pescante, Stevie cerró primero su boca abierta para proferir con seriedad:

—No lo haga.

El cochero, que sostenía las riendas enroscadas alrededor del gancho de su brazo izquierdo, no se dio por enterado. Acaso no oyó lo que le decían. El pecho de Stevie jadeó.

—No lo castigue.

El hombre volvió su rostro hinchado de ebrio, de una policromía aureolada de pelo blanco. Sus ojitos rojos resplandecieron, húmedos; en los labios tenía un tinte violeta. Mantuvo la boca cerrada y con el mango sucio del látigo se refregó la barba cerdosa que brotaba de su enorme mentón.

—No debe hacerlo— tartamudeó Stevie con violencia porque...

duele...

—Que no use el látigo— se elijo el otro con un susurro pensativo y de inmediato asestó el latigazo. Lo hizo no porque su alma fuera cruel y su corazón malvado, sino porque quería ganarse el viaje. Y por un rato las paredes de St. Stephen, con sus torres y pináculos, contemplaron silenciosas un carro que cascabeleaba. Incluso rodaba. Pero sobre el puente se produjo un revuelo; de pronto, Stevie se tiró abajo del pescante. Hubo gritos en la calle,

la gente acudió a la carrera, el cochero refrenó al caballo, silbando blasfemias de indignación y asombro.

Winnie bajó la ventanilla y sacó la cabeza, pálida como un fantasma.

En las profundidades del coche, su madre exclamaba con angustia:

—¿Se lastimó ese chico? ¿Se lastimó ese chico?

Stevie no se había lastimado, ni siquiera se había caído, pero, como siempre, la excitación le había quitado la coherencia en las palabras.

Tan sólo pudo balbucear hacia la ventanilla:

—Demasiado peso. Demasiado peso.

Winnie le paso una mano sobre el hombro.

—¡Stevie! Sube ya mismo al pescante y no te vuelvas a tirar abajo.

—No. No. Caminar. Hay que caminar.

Mientras trataba de determinar la necesidad aludida, se tartamudeaba para sí mismo incoherencias totales. Ninguna imposibilidad física se interponía en la ejecución de su capricho. Stevie se las hubiera arreglado con gusto para mantener el paso del caballo escuálido, sin que se le alterara el aliento. Pero su hermana le negó, decidida, su consentimiento.

—¡Qué idea! ¡Dónde se ha visto semejante cosa! ¡Correr detrás de un coche!

Su madre, asustada y desvalida en el fondo del vehículo, suplicaba:

—¡Oh, Winnie, no lo dejes! Se va a perder. No lo dejes.

Por supuesto que no. ¿Y después, qué? Mr. Verloc va a lamentar tener que oír este disparate, Stevie... te lo aseguro. No se va a poner contento.

La idea de la aflicción y pesadumbre de Mr. Verloc obró con su usual poder sobre la disposición fundamentalmente dócil de Stevie; el muchacho abandonó toda resistencia y volvió a saltar al pescante, con cara desesperada.

El cochero se dirigió a él, corpulento y con truculenta ira.

—No vaya a hacer otra vez el jueguito tonto, jovencito.

Después de entregarse a un bisbiseo torvo, que se adelgazó hasta extinguirse, prosiguió la marcha, rumiando con solemnidad. Su cerebro encontraba algo oscuro en el incidente. Pero

aunque su razón había perdido su prístina vivacidad en los años de sufrir, aterecido, las inclemencias del tiempo, no era falto de independencia ni de sensatez. Con toda seriedad desechó la hipótesis de que Stevie fuese un mocito borrachín.

Dentro del coche, el período de silencio en el que las dos mujeres habían soportado hombro contra hombro el traqueteo, los rechinamientos y ruidos varios del viaje, se rompió con la ocurrencia de Stevie.

Winnie dejó oír su voz.

—Has hecho tu gusto, mamá. Sólo te lo podrás agradecer a ti misma si no eres feliz en adelante. Y no creo que puedas serlo. No lo creo.

¿No estabas suficientemente cómoda en casa? Diga lo que diga la gente de nosotros ¿tenías que irte así a una casa de caridad?

—Querida— gritó la vieja para hacerse oír por encima del ruido—, has sido la mejor de las hijas para mí. En cuanto a Mr. Verloc...

Le faltaron palabras para el tema de la excelencia de Mr. Verloc y levantó sus ojos viejos, llenos de lágrimas, hacia el techo de la carrindanga.

Luego, con el pretexto de mirar afuera por la ventanilla, para estimar cuánto avanzaban, dio vuelta la cabeza. Se movían apenas, pegados al cordón. La noche, esa noche precoz y sucia, la siniestra, ruidosa, desesperanzada y desapacible noche del sur de Londres la había sorprendido en su último viaje en coche. A la luz de gas de los negocios de frentes bajos, sus anchas mejillas brillaban con tinte anaranjado bajo el sombrero negro y malva.

La tez de la madre de Mrs. Verloc se había vuelto amarilla por efecto de los años y por una natural predisposición biliosa, favorecida por las pruebas de una existencia difícil y amarga, primero como esposa, luego como viuda. Era un cutis que bajo la influencia del rubor podía tomar un matiz naranja. Y esta mujer, modesta por cierto pero templada en los fuegos de la adversidad, de una edad, por otra parte, en la que los rubores son inesperados, se había sonrojado de veras ante su hija. En la intimidad de un coche, en camino hacia una casa de caridad (una más), que por la exigüidad de sus dimensiones y la pobreza de su arreglo parecía haber sido proyectada como lugar de entrenamiento para las condiciones aún más ajustadas de la tumba, se veía forzada ante su propia hija a ocultar un rubor de remordimiento y vergüenza.

¿Diga lo que diga la gente? Ella sabía muy bien qué pensaba esa gente, la que Winnie tenía en mente, antiguos amigos de su marido y otros también, cuyo interés había suscitado con éxito tan halagüeño.

Antes de eso ignoraba hasta qué punto podía ser una buena pordiosera.

Pero adivinaba muy bien qué deducciones se podían sacar de sus súplicas.

En razón de la delicadeza apocada, que en la esencia masculina coexiste junto con la brutalidad agresiva, las preguntas en torno a su situación no habían ido muy lejos. Las había frenado apretando los labios y desplegando una emoción que se definía en silencios elocuentes.

Y los hombres, de pronto, perdían su curiosidad, según su connatural estilo. Más de una vez llegó a felicitarse a sí misma por no tener que tratar con mujeres, quienes al ser por naturaleza más duras y ávidas de detalles, hubieran solicitado, ansiosas, una información exacta acerca de la inconducta de su hija y yerno, que podía haberla llevado a tan triste extremo. Sólo frente al secretario del importante cervecero miembro del Parlamento y presidente de la institución benéfica quien, en nombre de su jefe, se sintió obligado a informarse a conciencia de la real situación de la postulante, estalló en lágrimas abiertas y amargas, como las que lloraría una mujer acorralada. El enteco y gentil caballero, luego de contemplarla con el aire de haberse "caído del árbol", abandonó su intento escudándose en observaciones consoladoras. No tenía que angustiarse; la institución no especificaba "viudas sin hijos", en absoluto. De hecho, ello no la descalificaba. Pero la discreción del Comité tenía que ser una discreción informada. Cualquiera podía entender su deseo de no ser una carga, etcétera, etcétera. Y en ese momento la madre de Mrs. Verloc lloró con mayor vehemencia, para desconsuelo de su interlocutor.

Las lágrimas de esa hembra voluminosa, de peluca oscura y deslucida, con un vestido de vieja seda, festoneado con una puntilla de algodón blanca y gastada, eran lágrimas de genuina angustia. Lloraba porque era magnánima, inescrupulosa y llena de amor por sus dos hijos. Las muchachas con frecuencia se ven sacrificadas por el bienestar de los jóvenes. En este caso, ella estaba sacrificando a Winnie. No diciendo la verdad, calumniaba a su hija. Por supuesto, Winnie era independiente y no necesitaba preocuparse por la opinión de gente a la que jamás veía y que jamás la vería a ella; en cuanto a Stevie, no tenía nada en el mundo a lo que pudiera llamar suyo, excepto el heroísmo y la inescrupulosidad de su madre.

El inicial sentido de seguridad, que surgiera del matrimonio de Winnie, se desvaneció con el tiempo (porque nada perdura) y la madre de Mrs. Verloc, en la soledad del dormitorio trasero, recordó la enseñanza de esa experiencia que el mundo imprime en una mujer que enviuda. Pero la recordó sin vana amargura; su acopio de resignación creció hasta la dignidad. Reflexionó estoicamente que todas las cosas declinan y se gastan en este mundo; que el camino de la bondad se hace más fácil a quienes son voluntariosos; que su hija Winnie era la más devota de las hermanas y una esposa muy segura de sí, por cierto.

Frente a la devoción fraternal de Winnie el estoicismo de su madre flaqueaba, porque se sentía obligada a exceptuar ese cariño del fatal decaimiento que afecta a todo lo humano y a buena parte de lo divino.

No lo podía evitar y evitarlo la hubiese aterrado en extremo. Pero considerando las condiciones de la vida matrimonial de su hija, rechazaba con firmeza toda ilusión lisonjera. Adoptó el criterio frío y razonable de que la menor tensión a que fuese sometida la bondad de Mr. Verloc, en la medida en que se prolongara en el tiempo, sería la última. Ese hombre excelente amaba a su mujer, por supuesto, pero, sin duda, no estaba dispuesto a hacerse

cargo de todas sus relaciones, en tanto ello fuese coherente con la adecuada manifestación de su sentimiento. Sería mejor que toda esa posibilidad de aceptación se concentrara en Stevie, el pobrecito. Y la heroica vieja resolvió alejarse de sus hijos como acto de devoción y movida por una profunda sagacidad.

La virtud de esa sagacidad consistía en que (la madre de Mrs.

Verloc era sutil a su manera) el apoyo moral que Stevie necesitaba debía ser reforzado. El pobre muchacho un chico bueno, útil, aunque un poco raro no tenía suficiente base firme. Lo habían aceptado junto con su madre, algo así como lo que había ocurrido con el mobiliario de la casa de Belgravia, como si fuera una pertenencia más de su madre.

Y se preguntaba a sí misma (porque la madre de Mrs. Verloc era imaginativa, además) «¿qué pasará cuando yo me muera?» Y al plantearse esa pregunta, lo hacía con miedo. También era terrible pensar que entonces ya no tendría medios para saber qué iría a pasar con el pobre muchacho. Pero al dejarlo a cargo de su hermana, yéndose de la casa, otorgaba al chico la ventaja de una posición de directa dependencia.

Ésta era la sutileza que justificaba el heroísmo e inescrupulosidad de la madre de Mrs. Verloc. Su acto de abandono en realidad constituía una medida para asegurar una posición permanente para su hijo, en vida.

Otras gentes hacen sacrificios materiales con tal objetivo, ella lo hacía de este modo. Era su único modo. Además, estaría en condiciones de ver cómo seguía la cosa. Mal o bien, se libraría de la horrible incertidumbre en el lecho de muerte. Pero era duro, duro, cruelmente duro.

El coche rechinaba, retintineaba, traqueteaba. Por su desproporcionada violencia y magnitud, el ruido arrasaba con toda sensación de movimiento de avance; y el efecto era el de estar siendo sacudidas en una máquina inmóvil, algo así como un instrumento medieval para el castigo del crimen, o en alguna invención reciente para curar hígados perezosos. Era toda una penuria y, al elevarse, la voz de la madre de Mrs. Verloc sonó como un lamento.

—Yo sé, querida, que irás a verme todas las veces que puedas ¿no es cierto?

—Por supuesto— contestó Winnie, breve, mirando siempre hacia adelante.

Y el coche traqueteaba frente a un ahumado y grasiento negocio, alumbrado a gas y con olor a pescado frito.

La vieja elevó otra vez su lamento.

—Y además, querida, tengo que ver a ese pobre muchacho todos los domingos. No pondrá inconvenientes en pasar el día con su vieja madre...

Winnie exclamó, impasible:

—¡Inconvenientes! Pienso que no. Ese pobre chico te va a echar de menos. Es cruel; quisiera que hubieras pensado un poco en eso, mamá.

¡No haberlo pensado! La heroica mujer tragó algo que, a los saltos y con dificultades, como una bola de billar, había tratado de salir de su garganta. Winnie permaneció muda por un rato, mirando enfurruñada hacia adelante; luego hizo chasquear las palabras, cosa inusual en ella:

—Me parece que voy a tener trabajo con él, en adelante; va a pasársela desvelado...

—Hagas lo que hagas, no permitas que tu marido se ocupe de él, querida.

Así discutieron en términos íntimos las líneas de una nueva situación.

Y el coche traqueteaba. La madre de Mrs. Verloc expresó algunos recelos. ¿Se podría dejar a Stevie que hiciera solo el camino? Winnie afirmó que últimamente estaba mucho más ausente. Ambas estuvieron de acuerdo en ello. No se lo podía negar. Mucho más... así era.

Se gritaban una a otra en medio del bochinche con relativa animación.

Pero de pronto la ansiedad materna brotó de nuevo. Había que tomar dos omnibuses y entre ambos había que caminar un trecho. ¡Era muy difícil! La vieja señora dio vía libre a su pena y consternación.

Winnie miraba fijamente hacia adelante.

—No te preocupes tanto, mamá. Es necesario que lo veas, por supuesto.

—No, hijita. Trataré de soportar que no sea así.

Y quedó abatida, con los ojos llorosos.

No tienes tiempo para acompañarlo, y si no se da cuenta y se pierde y alguien le habla con brusquedad, puede olvidarse de su nombre y dirección y podría estar perdido durante días y días...

La visión de Stevie en un hospicio aunque sólo fuera hasta averiguar de dónde venía, estrujaba su corazón; porque ella era una mujer orgullosa. La mirada de Winnie se endureció, se volvió tensa, inventiva.

—No puedo llevártelo todas las semanas. Pero no te preocupes, mamá. Yo me ocuparé de que no se pierda.

Ambas sintieron un golpe brusco.. Frente a las ventanillas chirriantes del coche se deslizaban con lentitud unos pilares de ladrillos; de pronto, al cesar el traqueteo atroz y los chirridos violentos, las dos mujeres se sintieron ensordecidas. ¿Qué había pasado? Quietas

y temerosas permanecieron sentadas en profunda calma, hasta que se abrió la portezuela y se oyó un ronco murmullo esforzado:

—¡Ya estamos!

Una fila de casitas con techos a dos aguas, cada una con una borrosa ventana amarilla en la planta baja, rodeaba el oscuro espacio abierto de un terreno, cercado de arbustos y separado de los parches de luces y sombras de la amplia calzada, sonora por el retumbo apagado del tráfico. Ante la puerta de una de esas diminutas casas una que no tenía luz en la ventanita de la planta baja se había detenido el coche. La madre de Mrs. Verloc bajó primero, de espaldas, con una llave en la mano. Winnie se demoró en la vereda de lajas para pagar al cochero.

Stevie, luego de ayudar a llevar adentro una buena cantidad de pequeños bultos, salió y se quedó parado bajo la luz de un farol de gas que pertenecía a la institución de beneficencia. El cochero miró las monedas de plata que, insignificantes en su palma ancha y sucia, representaban los fútiles resultados que premian el ambicioso valor y las fatigas de una humanidad, cuyos días son cortos en esta tierra de males.

Le habían pagado decentemente— cuatro monedas de un chelín— y contemplaba ese dinero como si tuviera en la mano los sorprendentes datos de un melancólico problema. El lento traspaso de ese tesoro a un bolsillo interno demandó laboriosos tanteos en las profundidades del saco raído. Estaba encorvado sin flexibilidad. Stevie, delgado, con los hombros un poco levantados, las manos metidas muy hondo en los bolsillos de su abrigado sobretodo, permanecía parado en el borde de la vereda, haciendo pucheros.

El cochero, en una pausa de sus cautos movimientos, se detuvo ante un brumoso recuerdo.

—¡Oh! aquí está el mocito. ¿Lo va a reconocer, no es cierto?

Stevie observaba al caballo, cuyos cuartos traseros se habían levantado en exceso por efecto de la falta de carga. La cola corta y tiesa estaba fija en su sitio como si fuera, más bien, una broma pesada; y en la otra punta, el cogote flaco y chato, como un tablón cubierto con un viejo cuero de caballo, se inclinaba hacia el suelo, bajo el peso de una cabeza huesuda. Las orejas colgaban en ángulos distintos, con negligencia; desde la macabra figura de este mudo habitante terrestre, de sus costillas y patas, surgía un vaho tenue que se iba a perder en la calma húmeda del aire.

El cochero tocó apenas el pecho de Stevie con el gancho de hierro que sobresalía de una manga raída y grasienta.

Fíjese, machito ¿le gustaría a usted sentarse atrás de este caballo hasta las dos o las tres de la mañana?

Stevie miraba con fijeza los fieros ojitos de párpados rojizos.

—No está lisiado— siguió el otro, silbando con energía—. Ése no tiene mataduras. Ahí está. Le gustaría a usted...

La voz tensa, estrangulada, hacía afirmaciones llenas de vehemente reserva. De la fijeza vacía, la mirada de Stevie iba pasando de a poco al temor.

—¡Puede mirarlo bien! Hasta las tres o las cuatro de la mañana.

Muerto de frío y de hambre. Esperando pasajeros. Borrachos.

Sus mejillas purpúreas y joviales estaban erizadas de pelos blancos; y como el Sileno de Virgilio que, con la cara embadurnada del jugo de las uvas, hablaba de los dioses Olímpicos a los inocentes pastores de Sicilia, el cochero hablaba a Stevie de temas domésticos y de los asuntos de los hombres, cuyos sufrimientos son grandes y su inmortalidad de ningún modo está asegurada.

—Soy un cochero nocturno, soy— susurró con algo así como una exasperación jactanciosa—. Y tengo que agarrar lo que se les antoje darme por cuadra. Tengo a mi patrona y cuatro chicos en casa.

La monstruosa índole de esa declaración de paternidad confundió al universo. Reinó el silencio, durante el cual los flancos del viejo caballo, la cabalgadura de la miseria apocalíptica, siguieron exhalando su vaho a la luz de las lámparas de beneficencia.

El cochero gruñó, agregando luego con su misterioso susurro:

—No vivimos en un mundo fácil.

Stevie estuvo parpadeando por un momento y por último sus sentimientos estallaron en su habitual concisión.

—¡Malo! ¡malo!

Con la mirada fija en las costillas del caballo, consciente de sí y sombrío, Stevie se endureció como si tuviera miedo de mirar a su alrededor la maldad del mundo. Y su delgadez, sus labios rojos, su tez pálida y transparente le daban el aspecto de un muchacho delicado, a pesar de la incipiente barba rubia de sus mejillas. Hizo un mohín de bebé asustado. El cochero, bajo y gordo, lo observaba con sus ojitos fieros, doloridos en un líquido traslúcido y corrosivo.

—Duro para los caballos, pero maldito y más duro todavía para los pobres tipos como yo— resolló con voz apenas audible.

—¡Pobre! ¡Pobre!— exclamó Stevie, hundiendo más todavía sus manos en los bolsillos con convulsiva simpatía. No pudo decir nada; por ternura frente a todo dolor y toda miseria, el deseo de hacer felices al caballo y al cochero lo hubiera conducido al caprichoso extremo de llevárselos a la cama con él. Y eso, bien lo sabía, era imposible. Porque Stevie no era

loco. Se trataba, por así decir, de un deseo simbólico; y a la vez era muy claro, porque brotaba de la experiencia, madre de la sabiduría. Así, cuando de chico se agachaba en un rincón oscuro, asustado, infeliz, dolido y miserable de la negra, negra miseria del alma, solía aparecer su hermana Winnie y se lo llevaba con ella a la cama, como a un paraíso de paz consoladora. Aunque era capaz de olvidar datos banales, como su nombre y dirección, por ejemplo, Stevie tenía una memoria fiel para las sensaciones. Que lo llevaran a la cama por compasión era el remedio supremo, con la única desventaja de su difícil uso en gran escala. Y mientras miraba al cochero, Stevie se dio cuenta de esto con claridad, porque era razonable.

El cochero siguió con sus prolijos preparativos, como si Stevie no hubiese existido. Estuvo a punto de saltar al pescante, pero a último momento, por algún oscuro motivo, tal vez sólo por disgusto con el ejercicio a que lo obligaba el coche, desistió. En cambio, se acercó al inmóvil compañero de trabajo y, agachándose pera recoger las bridas, levantó la huesuda, fatigada cabeza hasta la altura de sus hombros con un esfuerzo del brazo derecho: toda una hazaña de vigor.

—Vamos— murmuró, como en secreto.

Y se fue, cojeando, con el coche. Hubo una atmósfera de austeridad en su partida, la grava aplastada por la marcha del coche gritaba bajo el girar lento de las ruedas, las magras ancas del caballo se alejaban de la luz con premeditación ascética, hacia la oscuridad del espacio abierto, bordeado por la negrura de los techos puntiagudos y las apenas lucientes ventanas de las casitas del hospedaje. El quejido de la grava avanzaba acompasado con la marcha cansina. Entre las lámparas de la entrada de beneficencia reapareció el lento cortejo, iluminado por un momento: el hombre bajo y gordo, cojeando penosamente, sosteniendo alta con su puño la cabeza del caballo; el descarnado animal caminando con tiesa y desamparada dignidad; la oscura, chata caja hamacándose atrás, sobre las ruedas que giraban cómicas. Doblaron hacia la izquierda.

Había una taberna, calle abajo, a unos cien metros de la puerta.

Stevie, en su soledad junto al farol interno de la institución de caridad, con las manos hundidas muy hondo en los bolsillos, miraba con vacía tristeza. En el fondo de sus bolsillos las manos incapaces y débiles se apretaban en un par de puños llenos de cólera. Frente a cualquier cosa que afectara directa o indirectamente su enfermizo miedo al dolor, Stevie terminaba por volverse rencoroso. Una indignación magnánima henchía su frágil pecho hasta el estallido y hacía bizquear sus ojos candorosos. Por completo sabio en el conocimiento de su propia incapacidad de acción, no era lo bastante sabio como para reprimir sus pasiones. La ternura de su caridad universal tenía dos fases indisolubles como el reverso y el anverso de una medalla. La congoja de la compasión inmoderada era sucedida por el dolor de una rabia inocente pero despiadada. Esos dos estados se expresaban por un mismo signo de inútiles estremecimientos corporales, y su hermana Winnie calmaba sus excitaciones sin averiguar nada acerca de esa doble naturaleza.

Mrs. Verloc no gastaba tiempo de esta vida pasajera buscando información esencial: una especie de economía que tiene todas las apariencias y algunas de las ventajas de la

prudencia. Es obvio que puede ser bueno para uno no saber demasiado. Y semejante punto de vista concuerda muy bien con la indolencia constitucional.

En esa noche en que, se puede decir, la madre de Mrs. Verloc al alejarse de sus hijos, para bien, había abandonado también esta vida, Winnie Verloc no investigó la psicología de su hermano. El pobre chico estaba excitado, por supuesto. Desde el umbral, luego de asegurarle, una vez más a la vieja señora que ya se las ingeniaría para evitar el riesgo de que Stevie se perdiera por mucho tiempo en sus peregrinajes de piedad filial, tomó del brazo a su hermano para irse. El no decía ni una palabra, pero con el especial sentido de su devoción fraternal, desarrollado en la más tierna infancia, la mujer sintió que el muchacho estaba muy excitado. Entonces le apretó el brazo, como si se apoyara en él y pensó algunas palabras adecuadas para la ocasión.

—Ahora, Stevie, tienes que mirar muy bien para que crucemos sin peligro las calles y subir primero al ómnibus, como un buen hermano.

Ese llamado a la protección masculina fue recibido por el chico con su habitual docilidad. En el fondo la cosa lo halagaba; levantó la cabeza y exhaló un suspiro.

—No te pongas nerviosa, Winnie. ¡No tienes que ponerte nerviosa!

El ómnibus está bien— contestó con un balbuceo brusco que traslucía a medias el temor de un niño y la determinación de un hombre. Y caminó sin miedo, con la mujer apoyada en su brazo, pero con el labio inferior caído. Con todo, sobre la avenida trasijada y vacía, cuya pobreza en cuanto a amenidades de la vida hacía bien clara la loca profusión de faroles de gas, el parecido entre uno y otro era tan evidente como para impresionar a los casuales peatones.

En la esquina, frente a las puertas de una casa de comidas, donde la profusión de luces llegaba a un grado de positiva iniquidad, detenido junto al cordón, con el pescante vacío, un coche parecía desagotar en la cuneta su decadencia irremediable, Mrs. Verloc reconoció el vehículo.

Su aspecto era tan profundamente lamentable, con tal perfección de grotesca miseria y horripilancia de detalles macabros, como si se tratara del mismísimo Coche de la Muerte, que Mrs. Verloc, con esa presta compasión de una mujer frente a un caballo (cuando no está sentada tras él), exclamó sin certidumbre:

—¡Pobre animal!

Stevie, plantándose de pronto, paró de un tirón a su hermana.

—¡Pobre! ¡Pobre! exclamó lleno de comprensión. El cochero pobre también. El mismo me dijo.

La contemplación de la cabalgadura achacosa y solitaria lo sobrepasó.

Obstinado a pesar de los empujones de su hermana, quería quedarse allí, tratando de expresar la nueva vía abierta a sus simpatías a través de la miseria humana y esquina, en estrecha asociación. Pero era muy difícil. Todo lo que pudo repetir fue: « ¡Pobre animal, pobre tipo!

» La expresión carecía del suficiente vigor y entonces volvió a pararse para farfullar:

—¡Vergüenza!

Stevie no era muy hábil con las palabras, y por ese mismo motivo, tal vez, sus pensamientos adolecían de falta de claridad y precisión.

Pero su sentimiento tenía la mayor integridad y cierta hondura. Esa sola palabra contenía toda su capacidad de indignación y su percepción del horror frente a un tipo de desdicha que se alimentaba de la angustia de otro en este caso la del pobre cochero que castigaba al pobre caballo en nombre, por así decir, de sus pobres hijitos que esperaban en el hogar. Y Stevie sabía qué significa ser golpeado. Lo sabía por experiencia.

Era un mundo perverso. ¡Perverso! ¡Perverso!

Mrs. Verloc, su única hermana, guardiana y protectora, no podía suponer tales profundidades de pensamiento. Además, ella no había experimentado la mágica elocuencia del cochero, y nada sabía de los fundamentos de la palabra “vergüenza”. Dijo, entonces, con calma:

—Vamos, Stevie. No puedes remediar esto.

El dócil Stevie fue tras ella; pero ahora caminaba sin bríos, vacilante, murmurando medias palabras e incluso palabras que hubieran podido ser enteras si no hubiesen estado compuestas por mitades que no tenían relación entre sí. Era como si intentara adecuar a sus sentimientos todas las palabras que podía recordar para obtener una especie de idea orgánica. Se detuvo para articularla ni bien la percibió.

—Mundo malo para la pobre gente.

Tan pronto como había expresado este pensamiento, comprendió que ya le era familiar en todas sus consecuencias. Esta circunstancia reforzó su convicción al infinito, pero también acrecentó su indignación.

Sentía que alguien debía ser castigado por todo ello... castigado con gran severidad. Como no era un escéptico, sino una criatura moral, estaba a merced de sus justas pasiones.

—¡Bestial! agregó, conciso.

Para Mrs. Verloc estaba claro que el muchacho tenía una gran excitación.

—Nadie puede solucionarlo. Vamos, sigamos. ¿Así es como cuidas de mí?

Stevie retomó el camino, obediente. Se enorgullecía ante sí mismo de ser un buen hermano. Su moralidad, muy elevada, se lo exigía.

Sin embargo estaba apenado por la información que le había dado su hermana Winnie, que era buena. ¡Nadie puede solucionarlo! Siguió caminando con una expresión sombría, pero de pronto se le alegró la cara. Como el resto de los hombres, confundido ante el misterio del universo, tenía sus momentos de consoladora fe en los poderes terrestres organizados.

—La policía— sugirió lleno de confianza.

—La policía no es para eso— observó Mrs. Verloc, como al descuido, apretando el paso.

Stevie puso una notable cara larga. Estaba pensando. Cuanto más intenso su pensamiento, tanto más colgaba su labio inferior. Y fue con un aire de desesperanzada estupidez que renunció a su empresa intelectual.

—¿Para eso no?— murmuró resignado pero sorprendido—. ¿Para eso no?

En su mente se había formado una concepción ideal de la policía metropolitana, a la que consideraba una especie de institución benevolente que se dedicaba a suprimir el mal. En especial la noción de benevolencia estaba en estrecha asociación con su sentido del poder de los hombres de azul. Quería con ternura a todos los agentes de policía, con cándida confianza. Y estaba apenado. También se sentía irritado por la sospecha de una duplicidad en los miembros de esa fuerza. Porque Stevie era franco y tan abierto como el día mismo. ¿Para qué fingían ser lo que no eran? A diferencia de su hermana, que ponía su fe en valores superficiales, él quería ir al fondo del asunto. Y siguió averiguando como si estuviera en medio de una airada disputa:

—¿Para qué sirve, entonces, Winnie? ¿Para qué? Dime.

A Winnie no le gustaban las controversias. Pero como mucho más que a éstas temía un ataque de negra depresión en Stevie, a raíz de la pérdida de su madre, no declinó la discusión. Inocente de toda ironía, no obstante respondió de un modo que tal vez no era incongruente en la mujer de Mr. Verloc, delegado del Comité Rojo Central, amigo directo de ciertos anarquistas y adicto a la revolución social.

—¿No sabes para qué sirve la policía, Stevie? Están ahí para que ninguno de los que nada tienen pueda sacarle cosas a los que tienen.

Evitó usar el verbo robar, porque siempre hacía sentir mal a su hermano. Porque Stevie era delicadamente honesto. A causa de su rareza, le habían instilado ciertos principios simples con tanta ansiedad, que el mero nombre de ciertas transgresiones lo llenaba de horror.

Siempre se había impresionado en forma fácil con los discursos. Ahora estaba impresionado y con miedo y su inteligencia se despertaba.

—¿Qué?— preguntó de inmediato, con ansiedad—. ¿Ni siquiera si tienen hambre? ¿No pueden hacerlo?

Los dos habían detenido sus pasos.

—Ni siquiera en ese caso— dijo Mrs. Verloc, con la ecuanimidad de una persona que no se hace problemas por la distribución de la riqueza, y mientras exploraba la perspectiva de la calle buscando el ómnibus que los llevará—. De ningún modo. ¿Pero qué sentido tiene hablar de todo esto? Tú nunca tienes hambre.

Lanzó una rápida mirada al muchacho, casi un hombrecito, que iba a su lado. Lo vio agradable, atractivo, afectuoso y sólo un poco, un poquito raro. Y no podía verlo de otro modo, porque él estaba conectado con lo que de sal de pasión había en su vida insípida: la pasión de indignarse, tener coraje, apiadarse, e incluso de autosacrificarse. Y no agregó: «y nunca la tendrás mientras yo viva», pero bien podía haberlo hecho, ya que había tomado todas las medidas pertinentes. Mr. Verloc era muy buen marido. Además, reconocía que nadie podía imponerse un sentimiento de simpatía hacia el muchacho. De pronto exclamó:

—Pronto, Stevie. Para ese ómnibus verde.

Y Stevie, trémulo e importante con su hermana Winnie colgada del brazo, levantó el otro por encima de su cabeza frente al ómnibus que se acercaba, con éxito completo.

Una hora más tarde Mr. Verloc levantó los ojos del diario que estaba leyendo, o por lo menos mirando, detrás del mostrador, y junto al expirante sonido de la campanilla de la puerta, percibió a Winnie, su mujer, que entraba y cruzaba el negocio, en su camino hacia el piso superior, seguida por Stevie, su cuñado. Ver a su mujer era agradable para Mr. Verloc: era parte de su idiosincrasia. La figura de su cuñado le resultaba imperceptible: un hosco extrañamiento se había abatido sobre Mr. Verloc, una especie de velo entre él y las apariencias del mundo de los sentidos. Miró a su mujer fijamente, sin una palabra, como si ella hubiese sido un fantasma. Su voz hogareña era ronca y tranquila, pero en esa ocasión no se la oyó. Tampoco se la oyó durante la cena, a la que fue llamado por su mujer con la forma breve habitual «Adolf». Se sentó para consumir la comida sin convicción, con el sombrero bien echado atrás en la cabeza. No por devoción a la vida al aire libre, sino de frecuentar cafés extranjeros había adquirido ese hábito, que tenía la absoluta fidelidad de Mr. Verloc a su rincón junto al fuego con un color de circunstancia pasajera y no ceremoniosa. Al sonido de la campanilla rajada se levantó dos veces, sin una palabra, fue hacia el negocio y volvió en silencio. Durante esas ausencias, a Mrs. Verloc se le agudizó la conciencia de que el puesto a su derecha estaba vacío; echó muy de menos a su madre y mantuvo una mirada fija, como de piedra. Entretanto, Stevie, por el mismo motivo, restregaba sus pies, como si el piso estuviera hirviendo debajo de ellos.

Cuando Mr. Verloc volvió a sentarse en su lugar, semejante a la misma corporización del silencio, la mirada de Mrs. Verloc tuvo un cambio sutil y Stevie dejó de agitar sus pies, en razón del considerable y temeroso respeto que le inspiraba el marido de su hermana; también le dirigió miradas de compasión sumisa. Mr. Verloc estaba apesadumbrado.

En el ómnibus, su hermana Winnie le había impuesto la idea de que Mr. Verloc debía estar en casa muy pesaroso y no habría que molestarlo.

La ira de su padre, la irritabilidad de los pensionistas y la predisposición de Mr. Verloc a la aflicción inmoderada habían sido las principales motivaciones para la autoeliminación de Stevie. De estos sentimientos, todos provocados con facilidad pero no siempre fáciles de entender, el último fue el de mayor peso moral, porque Mr. Verloc era bueno. Su madre y su hermana habían fundamentado ese hecho ético sobre bases inamovibles. Ambas lo habían establecido, erigido y consagrado a espaldas de Mr. Verloc, por razones que nada tenían que ver con la moralidad abstracta. Y Mr. Verloc desconocía la situación. No era otra cosa que mera justicia decir que él no tenía idea de su categoría de bueno frente a Stevie. A pesar de todo era así. Incluso era el único hombre que gozaba de esa calificación dentro del pensamiento de Stevie, ya que los pensionistas nunca permanecían mucho tiempo y habían quedado muy atrás para poder recordar con nitidez alguna otra cosa que no fueran sus botas, tal vez. En cuanto a las medidas disciplinarias de su padre, la desolación de la madre y la hermana evitaba tener que plantear una teoría de la bondad ante la víctima. Hubiera sido demasiado cruel. Y hasta era posible que Stevie no les hubiera creído.

En cuanto a Mr. Verloc, nada podía obstruir el camino de la fe de Stevie. Mr. Verloc era obvia, aunque misteriosamente, bueno. Y la pesadumbre de un hombre bueno es augusta.

Stevie dirigía miradas de compasión reverente a su cuñado. Mr.

Verloc estaba apesadumbrado. Nunca antes el hermano de Winnie se había sentido a sí mismo en tan estrecha comunión con el misterio de la bondad de ese hombre. Era una pena incomprensible. Y el mismo Stevie estaba apenado. Estaba muy apenado. El mismo tipo de pena. Y atraída su atención hacia ese estado desagradable, Stevie restregaba los pies. Por lo general eran sus miembros los que, agitándose, manifestaban sus sentimientos.

—Ten quietos los pies, querido— dijo Mrs. Verloc, con autoridad y ternura; luego, volviendo la cabeza hacia su marido, con una voz indiferente, obra maestra del tacto instintivo, agregó—: ¿Vas a salir esta noche?

La sola sugerencia le pareció repugnante a Mr. Verloc. Sacudió la cabeza, caviloso y rígido, con los ojos bajos y permaneció durante un minuto entero observando el trozo de queso que había en su plato. Al cabo de ese tiempo se levantó y salió... salió junto con el tintineo de la campanilla de la puerta del negocio. Actuó así sin premeditación, no por el deseo de mostrarse desagradable, sino a causa de un invencible insomnio. Por nada en el mundo era bueno salir. En ningún lugar de Londres podía encontrar lo que quería. Pero salió. Se llevó consigo un cortejo de lúgubres pensamientos a través de las calles oscuras, de las calles iluminadas, dentro y fuera de los bares dudosos, como en un descorazonado intento de pasar la noche, y por fin otra vez de vuelta a su amenazado hogar, donde se sentó fatigado tras el mostrador y sus acompañantes se arremolinaron en torno a él, ungidos, como una jauría enfurecida de sabuesos negros. Después de cerrar la casa y apagar las luces, se los llevó consigo escaleras arriba; una horrorosa escolta para un hombre que va a la cama. Su mujer lo había precedido un rato antes; con su amplia forma definida apenas bajo el cubrecama, la cabeza sobre la almohada y una mano bajo la mejilla, le ofrecía a su

desorden mental el espectáculo de alguien que de pronto va a dormirse, porque tiene el alma tranquila; sus ojos grandes miraban fijos y muy abiertos, inertes y oscuros contra la blancura nívea del lino. La mujer no se movió.

Winnie tenía un alma tranquila. Sentía en profundidad que las cosas no toleran una observación muy honda. Con ese instinto había elaborado su fuerza y su sabiduría. Pero la taciturnidad de Verloc había pesado sobre ella durante muchos días. En realidad, ya estaba afectando sus nervios. Acostada e inmóvil, dijo con placidez:

—Te vas a resfriar caminando en medias.

Nacidas de su solicitud de esposa y de su prudencia de mujer, esas palabras tomaron a Mr. Verloc de sorpresa. Se había dejado las botas abajo, pero se había olvidado de calzarse las pantuflas y estuvo dando vueltas por el dormitorio, sin ruido, como un oso en una jaula.

Al oír la voz de su mujer se detuvo y la miró sonámbulo e inexpresivo hasta que Mrs. Verloc movió apenas las piernas bajo el cubrecamas.

Pero no movió su cabeza oscura, hundida en la almohada blanca, una mano bajo su mejilla y los grandes, oscuros, ojos sin parpadeos.

Bajo la mirada inexpresiva de su marido, recordando el cuarto vacío de su madre, al otro lado del descansillo, sintió una aguda congoja de soledad. Antes nunca se había separado de su madre; siempre habían vivido juntas. Pensaba que se habían separado para bien, y se decía que ahora su madre no estaba. Mrs. Verloc no tenía ilusiones. Sin embargo allí estaba Stevie. Y dijo:

—Mamá ha hecho lo que quería hacer. Yo no le encuentro sentido.

Estoy segura de que no pudo pensar que tú estarías cansado de ella. Es inicuo que nos haya dejado así.

Mr. Verloc no era un individuo instruido; su acervo de frases alusivas era limitado, pero tenía una especial aptitud en ciertas circunstancias:

ahora pensaba en las ratas que abandonan el barco que se hunde.

Estuvo a punto de hablar de ello. Se había vuelto suspicaz y amargado.

¿Podía ser que la vieja tuviera tan excelente olfato? Pero lo irracional de esa sospecha era claro y Mr, Verloc contuvo la lengua. No por completo, sin embargo. Con lentitud murmuró:

—Tal vez es lo mejor.

Comenzó a desvestirse. Mrs. Verloc permaneció muy quieta, perfectamente quieta, con sus ojos perdidos en una soñolienta, pasiva mirada. Y por una fracción de segundo su corazón pareció detenerse.

Esa noche ella no era ella misma, como vulgarmente se dice, y se le ocurrió con cierta fuerza que unas simples palabras podían tener varios significados distintos... en su mayoría desagradables. ¿Cómo era lo mejor? ¿Y por qué? Pero no se permitió a sí misma caer en el ocio de la especulación infructuosa. Estaba bastante firme en su creencia de que las cosas no toleran una observación muy honda. Práctica y sutil a su manera, trajo a Stevie a colación, sin pérdida de tiempo, porque en ella la unicidad del objetivo tenía la naturaleza infalible y la fuerza de un instinto.

—Qué voy a hacer para consolar a ese muchacho durante los primeros días, estoy segura de que no lo sé. Va a estar apenado de la mañana a la noche antes de acostumbrarse a la idea de que mamá está lejos. Y es tan buen muchacho. No sabría qué hacer sin él.

Mr. Verloc seguía quitándose la ropa con la absorta concentración de un hombre que se desvistiera en la soledad de un vasto desierto sin esperanzas. Porque así de inhospitalaria era esta bella tierra, nuestra herencia común, presente en la visión interior de Mr. Verloc. Todo estaba tan silencioso afuera y adentro, que el tictac del reloj del descansillo se colaba en el dormitorio como para hacer compañía.

Mr, Verloc, tras meterse en la cama, de su lado, se quedó tendido y mudo detrás de la espalda de su mujer. Sus brazos gruesos quedaron abandonados fuera del cubrecama, como armas raídas o herramientas abandonadas. En ese momento estuvo a punto de confesarlo todo a su mujer. El momento parecía, propicio. Con el rabillo del ojo vio esa amplia espalda cubierta de blanco, la nuca, con el pelo dividido, para la noche, de trenzas atadas con cintas negras en las juntas. Pero se contuvo.

Mr. Verloc amaba a su mujer como una mujer debe ser amada es decir, en forma marital, con la consideración que uno guarda hacia su posesión principal. Esa cabeza peinada para la noche, los hombros amplios, tenían un aspecto de sacralidad familiar: la sacralidad de la paz doméstica. Ella no se movió, masa indefinida, en bruto, una estatua recostada; el marido recordó sus ojos abiertos y grandes mirando el dormitorio vacío. Era una mujer misteriosa, con el misterio de los seres humanos. El muy afamado agente secreto _., de los despachos alarmistas del difunto Barón Stott—Wartenheim, no era hombre para romper tales misterios. Se intimidaba con facilidad. Y también era indolente, con la indolencia que tan a menudo es el secreto de la buena naturaleza. Se contuvo al contacto de ese misterio lejano del amor, la timidez y la indolencia. Siempre había tiempo. Por varios minutos soportó callado sus sufrimientos, en el silencio amodorrado de la habitación.

Y luego rompió la quietud con una resuelta declaración:

—Mañana saldré para el continente.

Su mujer ya debía estar por dormirse. Sus ojos estaban muy abiertos y se quedó muy quieta, segura en su instintiva convicción de que las cosas no toleran una honda

observación, Y además no era nada inusual que Mr. Verloc emprendiera ese viaje. Renovaba su surtido en París y Bruselas. A menudo hacía sus compras personalmente. Una pequeña y selecta conexión de aficionados se iba formando alrededor del negocio de Brett Street, un núcleo secreto, conveniente en alto grado para cualquier negocio que emprendiera Mr. Verloc, quien, por una mística concordancia de temperamento y necesidad, había dejado de lado, durante toda su vida, el hecho de haber sido agente secreto.

Esperó un momento y luego agregó:

—Estaré afuera una semana o tal vez quince días. Dile a Mrs.

Neale que venga a ayudar durante el día.

Mrs. Neale era la sirvienta de Brett Street. Víctima de su casamiento con un carpintero crápula, estaba obligada por las necesidades de sus muchos hijos pequeños. De brazos rojos, con un delantal ordinario que le llegaba a las axilas, exhalaba la angustia de los pobres en un hálito de jabón ordinario y ron, en medio del ruido de la fregadura, entre los golpes de los baldes metálicos.

Mrs. Verloc, llena de recónditos objetivos, habló en el tono de la más superficial indiferencia.

—No es necesario tener a una mujer todo el día aquí. Me arreglaré muy bien con Stevie.

Dejó que el reloj solitario del descansillo dejara caer quince tictacs al abismo de la eternidad y preguntó:

—¿Apago la luz?

Mr. Verloc contestó a su mujer con brusquedad y voz ronca.

—Apágala.

IX

El regreso de Mr. Verloc del continente, al cabo de diez días, trajo una mente que— era obvio— no se había vivificado con las maravillas del viaje al exterior, y un talante que no se iluminó con las alegrías del regreso al hogar. Entró, envuelto por el tintineo de la campanilla del negocio, con un aire de quebrantamiento sombrío v turbado. Con su valija en la mano y la cabeza gacha, cruzó a zancadas el salón y detrás del mostrador se dejó caer en una silla, como si hubiese tenido que caminar todo el tiempo desde Dover. Era temprano por la mañana.

Stevie, mientras desempolvaba varios objetos expuestos en las vidrieras, se dio vuelta a mirarlo embobado, con respeto y temor.

—¡Aquí!— dijo Mr. Verloc, dando un golpecito a la valija que había apoyado en el suelo; y Stevie se precipitó sobre ella, la agarró y se la llevó con devoción triunfante. Lo hizo con tanta presteza que Mr.

Verloc dio claras muestras de asombro.

Cuando sonó la campanilla del negocio, Mrs. Neale, que limpiaba la chimenea de la trastienda, miró a través de la puerta y levantándose del suelo fue a la cocina, de delantal y sucia con su eterno trabajo, a decirle a Mrs. Verloc que «el patrón había vuelto».

Winnie no llegó más allá de la puerta interna del negocio.

—Querrás algo de desayuno— dijo a distancia.

Mr. Verloc apenas movió sus manos, parecía vencido por una sugerencia imposible. Pero una vez en la sala no rechazó la comida puesta ante él. Comió como si lo hiciera en un lugar público, el sombrero echado atrás de la frente, las puntas de su pesado abrigo colgando triangulares a cada lado de la silla. Al otro lado de la mesa, cubierta con un hule castaño, Winnie, su mujer, le decía con suavidad su charla mujeril, tan diestramente adaptada, sin dudas, a las circunstancias de ese regreso, como la charla de Penélope lo estuvo al regreso del errabundo Odiseo. Sin embargo, Mrs. Verloc no había hecho ningún tejido durante la ausencia de su marido. Pero había hecho una limpieza a fondo de los cuartos del piso superior, había vendido algunas mercaderías, había visto a Mr. Michaelis varias veces. La última vez él le había dicho que se iba a vivir afuera, a una villa en el campo; ya no frecuentaría la línea Londres—Chatham—Dover. Karl Yundt también vino, una vez, llevado del brazo por esa «maligna vieja, su ama de llaves». Era «un viejo desagradable». Del camarada Ossipon, al que recibiera secamente, atrincherada detrás del mostrador, con cara de piedra y la mirada perdida a lo lejos, no dijo nada, pero su referencia mental al robusto anarquista se marcó en una leve pausa y el más débil de los rubores. Y, lo más pronto que pudo, introdujo a su hermano Stevie en la corriente de los acontecimientos domésticos: el muchacho había estado muy abatido.

—Está así desde que mamá se fue.

Mr. Verloc no dijo ni «¡maldición!» ni tampoco «¡hay que colgar a Stevie!» Y Mrs. Verloc, no iniciada en el secreto de los pensamientos de su marido, se equivocó al apreciar la generosidad de esa restricción.

—No es que no haya trabajado tan bien como siempre— continuó—.

Se está volviendo muy útil. Ya verás que no pudo darnos una ayuda más efectiva.

Mr. Verloc dirigió una mirada casual y soñolienta a Stevie, que estaba sentado a su derecha, delicado, pálido, con la boca roja abierta en una mueca estúpida. No era una mirada crítica

ni tenía ninguna intencionalidad. Y si Mr. Verloc pensó por un momento que el hermano de su mujer parecía un inútil, en forma poco común, fue sólo un romo y efímero pensamiento, vacío de esa fuerza y duración que a veces permite que un pensamiento mueva al mundo. Mr. Verloc se echó atrás y descubrió su cabeza. Antes de que su brazo extendido llegara a apoyar el sombrero, Stevie se abalanzó sobre él y se lo llevó, reverente, hacia la cocina. Y otra vez Mr. Verloc se sintió sorprendido.

—Tú podrías hacer algo con ese muchacho, Adolf— dijo Mrs. Verloc con su mejor aire de calma inflexible—. Atravesaría las llamas por ti.

Él...

Alerta, hizo una pausa, con el oído puesto en la puerta de la cocina.

Allí Mrs. Neale estaba fregando el piso. Cuando apareció Stevie, la mujer remitió un lamento, porque había observado que podía inducir sin trabajo al muchacho a que le otorgara, en beneficio de sus hijitos, el chelín que su hermana Winnie le daba de vez en cuando. De rodillas en el suelo, entre los charcos, mojada y sucia, como una especie de animal anfibio y doméstico que viviese entre los cajones llenos de ceniza y el agua sucia, pronunció su exordio habitual:

—Todo está bien para usted, que no hace nada, como un caballero.

Y prosiguió con la sempiterna queja de los pobres, patéticamente embustera, miserablemente auténtica a través del horrible vaho de ron barato y jabonaduras. Fregaba con fuerza, gangueando todo el tiempo, hablando con volubilidad. Y era sincera. Y a cada lado de la nariz roja y afilada, sus legañosos ojos opacos nadaban entre lágrimas, porque la pobre sentía de verdad la necesidad de algún estimulante por las mañanas.

En el salón, Mrs. Verloc observó, conocedora:

—Ahí está otra vez Mrs. Neale con sus desgarradores cuentos acerca de sus hijitos. No deben ser tan chicos como ella los pinta. Alguno ya debe ser lo suficientemente grande como para hacer algo que los ayude. Esto pone furioso a Stevie.

Estas palabras encontraron confirmación en un golpe que parecía el de un puño sacudiendo la mesa. En la evolución normal de su simpatía, Stevie se había enojado al descubrir que no tenía un chelín en el bolsillo. En su incapacidad de aliviar de inmediato las privaciones poco divertidas de Mrs. Neale, sentía que había que hacerle sufrir eso a alguien. Mrs. Verloc se levantó y fue a la cocina para «detener esa insensatez». Y lo hizo con firmeza pero gentilmente. Bien sabía que apenas recibía su paga, Mrs. Neale iba a la vuelta de la esquina a beber sus copitas en una humilde y rancia taberna inconfesable estación en la vía dolorosa de su vida. El comentario de Mrs. Verloc acerca de esta práctica tuvo una profundidad inesperada, ya que provenía de una persona no afecta a mirar por debajo de la superficie de las cosas.

—¿Por supuesto, qué puede hacer para mantenerse? Si yo estuviera en el lugar de Mrs. Neale supongo que no actuaría de otra manera.

En la tarde de ese mismo día, cuando Mr. Verloc después de dar cuenta de la última de una larga serie de siestecitas junto al fuego del salón, anunció su intención de salir a dar un paseo, Winnie le dijo desde el negocio:

—Quisiera que te llevaras a ese muchacho contigo, Adolf.

Por tercera vez en ese día Mr. Verloc se sorprendió. Le echó a su mujer una mirada fija y estúpida. Ella no alteró su habitual calma. El chico, cuando no se entretenía haciendo algo, se ponía triste dentro de la casa. Eso la dejaba inquieta, nerviosa, confesó. Y viniendo de la tranquila Winnie, esto sonaba un poco exagerado. Pero, en verdad, Stevie se ponía taciturno como animal doméstico desgraciado. Se iba al oscuro descansillo, a sentarse en el suelo al pie del alto reloj, con sus rodillas levantadas y la cabeza entre las manos. Encontrarse con su cara pálida, con sus grandes ojos brillantes en la oscuridad era turbador; pensar que él estaba ahí arriba era penoso.

Mr. Verloc se acostumbró a la pasmosa novedad de la idea. Estaba encariñado con su mujer tal como un hombre debe estarlo... es decir, con generosidad. Pero una objeción de peso nació en su mente y la formuló.

—Puede perderme de vista en la calle y quedarse perdido dijo.

Mrs. Verloc sacudió la cabeza con seguridad.

—No; no lo conoces. Ese muchacho simplemente te adora. Pero si se te perdiera...

Mrs. Verloc calló por un momento, por sólo por un momento.

—Llévalo y paseen juntos. No te preocupes, todo irá bien. Seguro que es capaz de volver a salvo y pronto.

Este optimismo suscitó la cuarta sorpresa del día para Mr. Verloc.

—¿Es capaz?— gruñó lleno de dudas. Pero tal vez su cuñado no fuese tan idiota como parecía. Su mujer lo debía saber muy bien. Desvió los ojos tristes diciendo con voz ronca—: Bien, que venga conmigo, entonces— y volvió a caer en las garras de la negra preocupación, que tal vez prefiera trepar las espaldas de un jinete, pero que también sabe caminar muy cerca de los talones de la gente no tan acomodada como para criar caballos como Mr. Verloc, por ejemplo.

Winnie, en la puerta del negocio, no vio ese fatal acompañante de los paseos de Mr. Verloc. Observaba las dos figuras que avanzaban por la calle escuálida, una alta y voluminosa, la otra delgada y baja, con un cuello flaco y los hombros huesudos apenas levantados por debajo de las grandes orejas semitransparentes. La tela de los abrigos era la misma, los

sombreros eran negros y redondos. Inspirada por la similitud de la ropa, Mrs. Verloc daba rienda a su fantasía.

—Podrían ser padre e hijo— se decía a sí misma. Pensaba también que Mr, Verloc era lo más parecido a un padre que el pobrecito Stevie hubiera tenido en su vida. Sabía, asimismo, que todo eso era obra suya.

Y con apacible orgullo se felicitaba por cierta resolución que había tomado unos pocos días atrás. Le había costado cierto esfuerzo e incluso algunas lágrimas.

Se felicitaba más aún al ver, en el curso de los días, que Mr.

Verloc parecía tomar con gusto la compañía de Stevie. Ahora, cuando se aprestaba a salir de paseo, Mr. Verloc llamaba en voz alta al muchacho, tal como un hombre requiere la compañía del perro de la casa, aunque, por supuesto, con matices diferenciadores. En la casa se podría sorprender a Mr. Verloc contemplando con curiosidad a Stevie durante largos ratos. Su propio comportamiento había cambiado. Taciturno aún, ya no se lo veía tan indiferente. Mrs. Verloc pensaba que a veces se ponía bastante nervioso. Bien se podía mirar todo eso como una mejoría. En cuanto a Stevie, ya no se tiraba, triste, al pie del reloj, pero, en cambio, murmuraba para sí en los rincones, con tono amenazador.

Y si le preguntaban:

—¿Qué estás diciendo, Stevie?— sólo abría la boca y bizqueaba frente a su hermana. De vez en cuando apretaba los puños sin causa aparente; cuando se quedaba solo prefería mirar ceñudo la pared, mientras el papel que le habían dado para dibujar círculos permanecía blanco y el lápiz ocioso sobre la mesa. Y ése era un cambio, pero no una mejoría. Mrs. Verloc incluía todas estas extravagancias en la idea general de la excitación y empezó a temer que Stevie estuviese oyendo más de lo que era bueno para él en las conversaciones de su marido con los amigos. Durante sus paseos Mr. Verloc, por supuesto, se encontraba y conversaba con distintas personas. Era difícil que la cosa fuera de otro modo. Los paseos de Verloc eran parte integral de sus actividades fuera de la casa, a las que su mujer nunca había prestado una profunda atención, Mrs. Verloc sentía que la situación era delicada, pero la enfrentó con la misma calma impenetrable, que impresionara y a menudo asombrara a los clientes del negocio y que hacía que los otros visitantes guardasen una distancia admirativa. ¡No! Temía que hubiera cosas que Stevie no debía oír, le dijo a su marido. Eso sólo excitaba al pobre muchacho, que no podía hacer nada para remediarlas.

Nadie podía.

Estaban en el negocio. Mr. Verloc no hizo comentarios. Tampoco respondió y, con todo, la respuesta era evidente. Pero se contuvo antes de recordar a su mujer que la idea de hacer a Stevie compañero de sus paseos había sido de ella misma, y de nadie más. En este momento, para un observador imparcial, Mr. Verloc hubiera aparecido más que humano en su magnanimidad. Tomó de un estante una pequeña cajita de cartón, la revisó para ver si su contenido estaba en buenas condiciones y la depositó con cuidado sobre el mostrador. Hasta que no lo hubo hecho no rompió el silencio para decir que lo más provechoso para

Stevie sería salir fuera de la ciudad por una temporada; sólo que él suponía que su mujer no soportaría estar lejos del chico.

—¡No soportar estar lejos del chico!— repetía con lentitud Mrs.

Verloc—. ¡Que no puedo soportar estar lejos de él, si es para su propio bien! ¡Qué idea! Por supuesto, puedo estar sin él. Pero no hay dónde mandarlo.

Mr. Verloc tomó un trozo de papel oscuro y un ovillo de piolín; mientras, murmuraba que Michaelis estaba viviendo en una quintita en el campo. A Michaelis no le molestaría darle a Stevie un cuarto para dormir. Allá no había visitas ni charlas. Michaelis estaba escribiendo un libro.

Mrs. Verloc declaró su afecto por Michaelis; mencionó su aversión hacia Karl Yundt, ese «viejo sucio»; y de Ossipon no dijo nada.

En cuanto a Stevie no iba sentirse menos que agradado. Mr. Michaelis siempre había sido tan simpático y amable con él. Parecía gustar del chico. Bueno, el chico era un buen chico.

—Tú también pareces haberte encariñado con él desde hace un tiempo agregó tras una pausa, siempre con su inflexible seguridad.

Mr. Verloc, mientras ataba la caja de cartón en un paquete para remitirla por correo, rompió el hilo con un tirón fuera de lugar y refunfuñó para sí algunas maldiciones. Luego, elevando el tono hasta el usual murmullo ronco, anunció su deseo de llevar él en persona a Stevie hasta el campo, y dejarlo a salvo con Michaelis.

Puso en práctica esa idea al día siguiente mismo. Stevie no hizo objeciones. A intervalos volvía su mirada cándida e inquisitiva hacia la pesada figura de Mr. Verloc, en especial cuando su hermana no lo estaba observando. Tenía una expresión orgullosa, aprensiva y concentrada, como la de una criatura a quien por primera vez se le ha dado una caja de fósforos y permiso para encenderlos. Pero Mrs. Verloc, gratificada por la docilidad de su hermano, le recomendó que no se ensuciara la ropa en el campo. A lo cual Stevie dirigió a su hermana, guardiana y protectora, una mirada que, por primera vez en su vida, estaba falta de la calidad de perfecta confianza infantil. Tenía un matiz de oscura arrogancia. Mrs. Verloc sonrió.

—¡Dios mío! No necesitas ofenderte. Tú sabes mantenerte limpio cuando así lo quieres, Stevie.

Mr. Verloc ya se había adelantado, calle abajo.

A consecuencia de los heroicos procedimientos de su madre y de la ida al campo de su hermano, Mrs. Verloc se encontró, más a menudo que lo habitual, sola tanto en el negocio como en la casa. Porque Mr.

Verloc tenía que hacer sus paseos. Estuvo sola más tiempo que el usual el día de la bomba en Greenwich Park, porque Mr. Verloc salió muy temprano a la mañana y no volvió hasta cerca de la noche. No le molestaba estar sola; no tenía ganas de salir. El tiempo estaba muy malo y el negocio resultaba más agradable que la calle. Sentada detrás del mostrador, con una costura, no levantó los ojos del trabajo cuando Mr.

Verloc entró en medio del agresivo tintineo de la campanilla. Había reconocido sus pasos sobre la vereda.

No levantó la vista, pero cuando Mr. Verloc, silencioso, con el sombrero bien encasquetado sobre la frente, se fue derecho hacia la puerta del salón, dijo con serenidad:

—Qué día desastroso, ¿Quizá lo viste a Stevie?

—¡No! No lo he visto— dijo Mr. Verloc, suavemente, y cerró la puerta vidriera del salón con un golpe de inesperada energía.

Por un rato Mrs. Verloc se quedó inactiva, con su trabajo caído en la falda, antes de guardarlo bajo el mostrador y levantarse a encender la luz. Hecho esto, pasó por el salón en su camino hacia la cocina. Mr.

Verloc debía querer su té en ese momento. Confiada en el poder de sus encantos, Winnie no esperaba de su marido, en el diario intercambio de la vida de casados, una amenidad ceremoniosa en la forma de dirigirse a ella ni cortesía en los modales; formas vacuas y anticuadas, cuando mucho, probablemente nunca observadas al pie de la letra, descartadas en la actualidad incluso en las más altas esferas, y siempre extrañas a los grupos de la clase a la que pertenecía la joven. No buscaba cortesías en él. Pero él era un buen marido y ella tenía un respeto leal por sus derechos.

Mrs. Verloc hubiera pasado por el salón hacia la cocina para cumplir con sus deberes domésticos, con la perfecta serenidad de una mujer segura del poder de sus encantos. Pero un ligero, muy ligero y rápido castañeteo llegó a sus oídos. Raro e incomprensible, el sonido retuvo la atención de Mrs. Verloc. Luego, cuando se dio clara cuenta de qué clase de ruido era el que oía, se detuvo pasmada y ansiosa.

Prendió un fósforo de la caja que tenía en la mano, abrió el gas y encendió, sobre la mesa del salón, uno de los dos mecheros, el que, descompuesto como estaba, primero silbó, con algo así como asombro, y luego empezó a ronronear contento como un gato.

Mr. Verloc, contra su costumbre, se había sacado el sobretodo, que estaba tirado sobre el sofá. El sombrero, que también se había quitado, estaba dado vuelta bajo el borde del sofá. Había arrastrado una silla hasta la chimenea, y con los pies metidos dentro del guardafuego, la cabeza sostenida entre las manos, se encorvaba frente al hogar resplandeciente.

Sus dientes castañeteaban con violencia incontenible, haciendo temblar su espalda entera al mismo ritmo. Mrs. Verloc estaba asustada.

—Te has andado mojando— dijo.

—No mucho— procuró balbucear Mr. Verloc, estremeciéndose. Con un gran esfuerzo detuvo el castañeteo de sus dientes.

—Tendré que acostarte con mis propias manos— dijo la mujer con genuina inquietud.

—No me parece— respondió Mr. Verloc, la voz ronca y la nariz tapada.

Por cierto que se las había ingeniado en cierta medida para pescarse un abominable resfrío entre las siete de la mañana y las cinco de la tarde. Mrs. Verloc miraba su espalda encorvada.

—¿Dónde estuviste hoy?— preguntó.

—En ninguna parte— contestó Mr. Verloc en un tono bajo, sofocado y nasal. Su actitud hacía pensar en un violento mal humor o en una severa jaqueca. La insuficiencia y culpabilidad de su respuesta se hizo clara de modo penoso en el silencio muerto del salón. Carraspeó como disculpándose y agregó—: fui al banco.

Mrs. Verloc puso atención.

—¡Al banco!— dijo sin pasión—. ¿Para qué?

Mr. Verloc murmuró, con la nariz sobre la chimenea y con marcado desgano:

—¡Para sacar el dinero!

—¿Qué quieres decir? ¿Todo?

—Sí. Todo.

Mrs. Verloc extendió con cuidado el mantel ordinario, sacó dos cuchillos y dos tenedores del cajón de la mesa y de pronto detuvo sus metódicos movimientos.

—¿Para qué lo sacaste?

—Puedo necesitarlo pronto— gangueó vago, Mr. Verloc, que estaba llegando al final de sus calculadas indiscreciones.

—No sé que quieres decir anotó su mujer con un tono de perfecta casualidad, pero todavía parada entre la mesa y el armario.

—Ya sabes que puedes confiar en mí— explicó Mr. Verloc a la chimenea, en una ronca opinión.

Mrs. Verloc se volvió con lentitud hacia el armario, diciendo con deliberación:

—Oh, sí. Puedo confiar.

Y siguió adelante con sus metódicos movimientos. Ubicó dos platos, trajo el pan, la manteca, yendo de acá para allá, silenciosa, entre la mesa y el armario, en medio de la paz y la quietud de su hogar. En el momento de sacar el jamón, reflexionó con criterio práctico: «debe estar hambriento, después de pasar todo el día afuera», y una vez más volvió hasta el armario para sacar la carne fría. La ubicó bajo el mechero de gas ronroneante y con una mirada de paso a su inmóvil marido, que se echaba sobre el fuego, se fue, dos escalones abajo, a la cocina.

Recién al volver con el cuchillo y tenedor de trinchar en la mano habló otra vez.

—Si no hubiera confiado en ti, no me hubiera casado contigo.

Encorvado bajo la mesilla de la chimenea, Mr. Verloc, mientras sostenía su cabeza con ambas manos, parecía haberse dormido. Winnie preparó el té y lo llamó en voz baja:

—Adolf.

Mr. Verloc se levantó de inmediato y se tambaleó un poco, antes de sentarse a la mesa. Su mujer, tras examinar el filo agudo del cuchillo de trinchar, lo colocó sobre el plato y le ofreció la carne fría. Pero él se mantuvo insensible a la sugerencia, con el mentón apoyado en el pecho.

—Tienes que alimentar tu resfrío— dijo Mrs. Verloc dogmáticamente.

El hombre la miró y sacudió la cabeza; sus ojos estaban inyectados de sangre y su cara roja; sus dedos habían desordenado por completo el cabello. En conjunto tenía un aspecto desaliñado, que mostraba malestar, irritación y la tristeza que sigue a un exceso grave. Pero Mr.

Verloc no era hombre capaz de excesos; su conducta fue siempre respetable.

Su aspecto era consecuencia de la fiebre del resfrío. Bebió tres tazas de té pero se abstuvo por completo de comer. Apartó la comida con una sombría aversión cuando Mrs. Verloc se la ofreció con insistencia.

Por último la mujer dijo:

—¿No tienes los pies mojados? Será mejor que te pongas las pantuflas.

No vas a salir esta noche.

Mediante ásperos gruñidos y signos Mr. Verloc comunicó que sus pies no estaban mojados y que de todos modos eso no le preocupaba; la proposición de ponerse las pantuflas le pareció despreciable. Pero el tema de la salida nocturna tuvo un desarrollo inesperado. Mr.

Verloc no estaba pensando en salir afuera esa noche. Sus pensamientos abarcaban un esquema más vasto. A través de cavilosas e incompletas frases se hizo claro que Mr. Verloc había estado considerando el expediente de la emigración. No se dilucidaba muy bien si tenía en mente Francia o California.

Lo inesperado, improbable e inconcebible de semejante evento privó a esa vaga declaración de todo su efecto. Mrs. Verloc, expresando la misma placidez que hubiera tenido si su marido la hubiese estado amenazando con el fin del mundo, dijo:

—¡Qué idea!

Mr. Verloc declaró que estaba enfermo y cansado de todo, y además... Ella lo interrumpió.

—Tienes un fuerte resfrío.

Era por completo evidente que Mr. Verloc no estaba en sus condiciones habituales, tanto físicas como psíquicas. Una sombría indecisión lo mantuvo en silencio por un rato. Luego murmuró unas pocas generalidades ominosas sobre el tema de la necesidad.

—Tendremos— repetía Winnie, sentada bien atrás, calma, con los brazos doblados, enfrentando a su marido—. Me gustaría saber quién te obliga. No eres un esclavo. Nadie necesita ser un esclavo en este país, y tú no hagas uno de ti mismo.— Hizo una pausa y con invencible y vigoroso candor—: El negocio no es tan malo— prosiguió—. Tienes una casa cómoda. Recorrió con la mirada todo el salón, desde el armario hasta el hermoso fuego de la chimenea. Cómodamente oculta detrás del negocio de mercaderías dudosas, con su ventanita oscura y misteriosa y su puerta entornada sospechosamente en la calle lóbrega y estrecha, era, en cuanto a propiedad doméstica y comodidad, una casa respetable.

Su devoto cariño echó de menos a su hermano Stevie, que ahora estaba gozando unas húmedas vacaciones en las praderas de Kentish, bajo el cuidado de Mr. Michaelis. Lo echaba mucho de menos, con toda la fuerza de su pasión protectora. Éste era también el hogar del muchacho— el techo, el armario, la chimenea cálida—. En medio de estos pensamientos, Mrs. Verloc se puso de pie y caminando hacia la otra punta de la mesa, dijo en la plenitud de su amor:

—Y no estás cansado de mí.

Mr. Verloc no emitió ningún sonido. Winnie, a sus espaldas, se apoyó sobre sus hombros y le oprimió la frente con sus labios. Se mantuvo en esa posición. Ni un susurro llegaba a ellos desde el mundo exterior. El ruido de pasos sobre la vereda moría en la discreta oscuridad del negocio. Sólo el mechero de gas sobre la mesa seguía ronroneando, uniforme, en medio del silencio cargado del salón.

Durante el contacto de ese inesperado y largo beso, Mr. Verloc, aferrado con las dos manos a los bordes de su silla, mantuvo una hierática inmovilidad. Cuando Winnie se apartó, separó la silla de la mesa, se levantó y fue a pararse junto al hogar. Ya no volvió la espalda

a la habitación. Con su cara hinchada y un aire de estar drogado, seguía cada uno de los movimientos de su mujer.

Mrs. Verloc iba de un lado a otro, serena, levantando la mesa. Su voz tranquila comentaba la idea esbozada en un tono razonable y doméstico.

Era descabellada; ella la condenaba desde todo punto de vista.

Pero su única preocupación real era el bienestar de Stevie. En este aspecto, pensaba que él era lo suficientemente raro como para no llevarlo sin precauciones al exterior. Y eso era todo. Pero acerca de ese tema vital empeñó una vehemencia absoluta en su expresión. Entretanto, con bruscos movimientos se endosó un delantal para lavar la vajilla. Y como si estuviera excitada por el sonido de su voz no contradicha, fue tan lejos como para decir en un tono casi mordaz:

—Si te vas al extranjero tendrás que hacerlo sin mí.

—Sabes que no lo haría— dijo Mr. Verloc, ronco, y la voz opaca de su vida privada tembló con enigmática emoción.

Ya Mrs. Verloc estaba lamentando sus propias palabras. Habían sonado mucho más rudas que lo que ella quería. También tuvieron la necedad de las cosas innecesarias. En rigor, no había querido decir eso para nada. Fue una especie de frase sugerida por un demonio de perversa inspiración. Pero conocía un modo de lograr que eso pasara por no dicho.

Volvió la cabeza por encima del hombro para observar a ese hombre plantado con pesadez frente al hogar, y le regaló una mirada mitad traviesa; mitad cruel, de sus grandes ojos... una mirada de la cual la Winnie de la casa de Belgravia no hubiera sido capaz, porque era formal e ignorante. Pero el hombre era su marido ahora y ella ya no era ignorante. Mantuvo los ojos todo un segundo sobre su grave rostro inmóvil como una máscara, mientras decía, retozona:

—No podrías. Ibas a extrañarme demasiado.

Mr. Verloc dio un paso atrás.

—Exactamente— dijo con voz grave, extendiendo sus brazos y dando un paso, hacia ella. Algo salvaje y dudoso en su expresión hacía pensar si se disponía a estrangular o a abrazar a su mujer. Pero Mrs.

Verloc no atendió a esa manifestación ya que oyó sonar la campanilla del negocio.

—Campanilla, Adolf. Ve tú.

Él se detuvo y sus brazos bajaron lentos.

—Ve tú— repitió Mrs. Verloc—. Yo tengo puesto el delantal.

Mr. Verloc obedeció como si fuera un tronco, los ojos endurecidos, como un autómata cuya cara hubiese sido pintada de rojo. Y este parecido de Verloc con un objeto mecánico tenía el absurdo aire de un autómata: se hubiera dicho que era consciente de su maquinaria interna.

Su marido cerró la puerta del salón y Mrs. Verloc, moviéndose con rapidez, llevó la bandeja con las cosas a la cocina. Todavía lavó las tazas y alguna cosa más antes de parar su trabajo para escuchar. No le llegaba ningún sonido. El cliente estaba en el negocio hacía rato. Debía ser un cliente, porque de lo contrario Mr. Verloc lo hubiera hecho pasar adentro. Deshizo los faros de su delantal de un tirón, lo arrojó sobre una silla y caminó otra vez hacia el salón, con lentitud.

En ese preciso momento Mr. Verloc entraba por la puerta del negocio.

Se había ido rojo. Volvía blanco como un papel. Su rostro había perdido su estupor de drogado, de fiebre, y en ese poco tiempo adquirió, en cambio, una expresión aturdida y hostigada. Caminó derecho al sofá y se paró mirando su sobretodo, que estaba tirado ahí, como si tuviera terror de tocarlo.

—¿Qué pasa?— preguntó Mrs. Verloc en voz baja. A través de la puerta, que había quedado entornada, pudo ver que el cliente no se había marchado aun.

—Resulta que tendré que salir esta noche— dijo Mr. Verloc. Y no se animaba a tocar su abrigo.

Sin una palabra, Winnie se encaminó al negocio; cerrando a sus espaldas la puerta, caminó detrás del mostrador. No miró en forma abierta al comprador hasta que estuvo bien sentada sobre la silla. Pero para entonces ya había notado que el hombre era alto y delgado y usaba los mostachos retorcidos hacia arriba. De hecho, en ese momento se los estaba retorciendo. Su larga cara huesuda emergía de un cuello levantado. Estaba un poco embarrado, un poco mojado. Un hombre oscuro, con la línea de la mandíbula bien definida por debajo de las sienes apenas hundidas. Un extraño. Tampoco era un cliente.

Mrs. Verloc lo miró con placidez.

—¿Ha venido desde el continente?— dijo luego de un rato.

El alto y delgado extranjero, sin mirar a la cara a Mrs. Verloc contestó con una débil y particular sonrisa.

La mirada fija e indiferente de Mrs. Verloc se demoró en él.

—¿Entiende inglés, no?

—Oh, sí. Entiendo inglés.

No había nada extranjero en su acento, excepto que parecía hacer su enunciado con lentitud, como si le costara trabajo. Y, en su variada experiencia, Mrs. Verloc llegó a la conclusión de que algunos extranjeros pueden hablar inglés mejor que los nativos. Mirando con fijeza la puerta del salón, dijo:

—¿Piensa quedarse por un tiempo en Inglaterra?

El extranjero le dedicó otra vez una sonrisa silenciosa. Tenía una boca gentil y ojos exploratorios. Y asintió con cierta tristeza, al parecer.

—Mi marido lo verá en otro momento. Entretanto, por unos días, usted no puede hacer nada mejor que alojarse en casa de Guigliani. El lugar se llama Hotel Continental. Es privado, tranquilo. Mi marido lo irá a buscar allí.

—Es una buena idea— dijo el hombre delgado y oscuro, cuya mirada de pronto se endureció.

—¿Usted conoció antes a Mr. Verloc, no? ¿Tal vez en Francia?

—Oí hablar de él— admitió el visitante con su tono lento, trabajoso, que reflejaba una incisiva intención.

Hubo una pausa y luego el hombre habló otra vez, de un modo mucho menos elaborado.

—¿Su marido no estará esperándome en la calle, por casualidad?

—¡En la calle!— repitió con sorpresa Mrs. Verloc—. No puede. No hay otra salida en la casa.

Por un momento se mantuvo sentada e impasible, luego dejó la silla y fue a atisbar por los vidrios de la puerta. De pronto la abrió y desapareció en el salón.

Mr. Verloc no había hecho otra cosa que ponerse su sobretodo.

Pero su mujer no podía entender por qué tanto rato después estaba tirado sobre la mesa, apoyándose en los dos brazos como si se fuera a desvanecer o estuviera enfermo.

—Adolf— llamó ella a media voz; y cuando él se incorporó—: ¿conoces a ese hombre?— preguntó con rapidez.

—Oí hablar de él— susurró con dificultad Mr. Verloc, asaeteando con miradas salvajes la puerta.

Los bellos ojos indiferentes de Mrs. Verloc se iluminaron con un relámpago de repugnancia.

—Uno de los amigos de Karl Yundt... ¡ese viejo bestia!

—¡No! ¡No!— protestó Mr. Verloc mientras pescaba con trabajo su sombrero. Pero cuando lo sacó de debajo del sofá, lo agarró como si no supiera cómo usarlo.

—Bien... te está esperando— dijo Mrs. Verloc por fin—. Me pregunto, Adolf ¿no es uno de esos tipos de la Embajada por los que te estás preocupando hace rato?

—Preocupándome por los tipos de la Embajada— repitió Mr. Verloc, con un grave conato de sorpresa y temor—. ¿Quién te ha hablado de la gente de la Embajada?

—Tú mismo.

—¡Yo! ¡Yo! ¡Te hablé de la Embajada!

Mr. Verloc estaba asustado y horrorizado más allá de toda medida.

Su mujer explicó:

—Últimamente has estado hablando en sueños, Adolf.

—¿Qué... qué dije? ¿Qué sabes?

—No mucho. Parecían más bien disparates. Lo bastante como para adivinar que algo te preocupaba.

Mr. Verloc se puso el sombrero. Una llamarada de ira le recorrió la cara.

—Disparates ¿eh? ¡La gente de la Embajada! Quisiera arrancarles el corazón a uno por uno. Pero ya verán. Tengo una lengua en mi cabeza.

Estaba lleno de ira, caminando de un lado a otro entre la mesa y el sofá, con el abrigo desabotonado golpeando contra todos los ángulos.

La llama de ira se debilitó y le dejó blanca la cara, mientras las ventanas de la nariz le palpitaban. Mrs. Verloc, con criterio práctico, achacó todo eso al resfrío.

—Bien— dijo— quítate de encima ese hombre, quienquiera sea, tan pronto como puedas y vuelve a mi lado. Necesitas estar en cama un día o dos.

Mr. Verloc se aquietó y con la decisión impresa en su pálido rostro, había abierto ya la puerta cuando su mujer lo llamó con un susurro:

—¡Adolf! ¡Adolf!— volvió, asustado. ¿Dónde está el dinero que retiraste? —preguntó— ¿Lo tienes en el bolsillo? ¿No sería mejor...?

Mr. Verloc echó una mirada estúpida a la palma de la mano extendida de su mujer y sólo un minuto después se golpeó la frente.

—¡Dinero! ¡Sí! ¡Sí! No entendía qué me querías decir.

Sacó del bolsillo interno un libro nuevo de bolsillo, encuadernado con cuero de chancho. Mrs. Verloc lo recibió sin decir nada y se quedó parada hasta que la campanilla, tintineando detrás de Mr. Verloc y del visitante de Mr. Verloc, se hubo aquietado. Sólo después se cercioró de la suma, sacando las conclusiones del caso. Luego echó una larga mirada a su alrededor, con aire desconfiado en medio del silencio y la soledad de la casa. Este habitáculo de su vida de casada le pareció tan solitario e inseguro como si estuviese en medio de un bosque. Todos los lugares del sólido mobiliario le parecían endebles y muy tentadores para su idea de lo que era un ladrón. Se trataba de una concepción ideal, dotada de sublimes facultades y una milagrosa perspicacia. En el cajón no había que pensar. Era lo primero que un ladrón miraría. Mrs.

Verloc, desabrochando un par de ganchos, ocultó el libro de bolsillo bajo la blusa de su vestido. Una vez que acomodó así el capital de su marido, se sintió bastante contenta al oír el tintineo de la campanilla de la puerta anunciando la llegada de alguien. Asumió la expresión imperturbable, tranquila, reservada para los clientes casuales, y entró por detrás del mostrador.

Un hombre parado en medio del negocio lo estaba inspeccionando con una mirada rápida, fría, abarcadora. Sus ojos recorrieron las paredes, tocaron el cielo raso, repararon en el piso, todo en un momento.

Las puntas de un largo bigote claro caían por debajo de la mandíbula.

Sonreía con la sonrisa de un viejo conocido, pero distante, y Mrs. Verloc recordó haberlo visto antes. No era un cliente. Suavizó su mirada para clientes hasta la simple indiferencia y lo enfrentó por encima del mostrador.

El hombre se aproximó, confiado pero no en exceso.

—¿Está su marido, Mrs. Verloc?— preguntó con un tono fácil, abierto.

—No. Ha salido.

—Lo lamento. He venido a pedirle una información un tanto privada.

Era la exacta verdad. El Jefe Inspector Heat había hecho el camino completo hasta su casa e incluso llegó a pensar en meterse dentro de sus pantuflas ya que, según se dijo, prácticamente lo habían sacado del caso. Se permitió cierto desdén y algunos pensamientos airados, pero enseguida comprendió que esa ocupación era poco satisfactoria, de modo que resolvió buscar consuelo fuera de su casa. Nada le impedía hacer una amistosa visita a Mr. Verloc en forma casual, por así decir.

En su carácter de ciudadano privado, caminó: hacía uso de sus medios particulares de transporte. Su dirección general confluía hacia la casa de Mr, Verloc. El Jefe Inspector Heat

respetaba tan a fondo su independencia que se tomó especiales trabajos para evitar a todos los policías de consigna o patrulla en las vecindades de Brett Street. Esta precaución era mucho más necesaria en un hombre de su posición que para un oscuro Subjefe de Policía. El ciudadano particular Heat hizo su entrada en la calle maniobrando de un modo que, de haber sido un miembro del hampa, se lo hubiese calificado de escape. El trozo de tela recogido en Greenwich estaba en su bolsillo. No tenía la menor intención de mostrarlo en su propio provecho. Por el contrario, quería saber qué era lo que Mr. Verloc estaba dispuesto a decir por propia voluntad.

Esperaba que la conversación con Verloc sirviese para incriminar a Michaelis. En el fondo era una esperanza conscientemente profesional, pero no sin valor moral específico. Porque el jefe Inspector Heat era un servidor de la justicia. Al no encontrar a Verloc en su casa, se sintió desilusionado.

—Lo esperaría un rato, si supiera que no va a tardar— dijo.

Mrs. Verloc no podía dar seguridades de ninguna índole.

—La información que necesito es muy privada— repitió el hombre—.

¿Comprende lo que quiero decir? ¿Usted podría decirme adónde ha ido?

Mrs. Verloc sacudió la cabeza.

—No sé decir.

Y se dio vuelta para acomodar algunas cajas en los estantes que había detrás del mostrador. El jefe Inspector Heat la miró pensativo por un rato.

—Supongo que usted sabe quién soy yo dijo.

Mrs. Verloc lo miró por encima del hombro. El jefe Inspector Heat estaba asombrado ante su frialdad.

—¡Vamos! Usted sabe que estoy en la policía— dijo con brusquedad.

Eso no me perturba demasiado— explicó Mrs. Verloc, volviendo a acomodar sus cajas.

—Mi nombre es Heat. Jefe Inspector Heat de la sección Crímenes Especiales.

Mrs. Verloc arregló con gracia, en su lugar, una pequeña caja de cartón y dándose vuelta lo enfrentó otra vez, con los ojos quietos y las manos ociosas colgándole hacia abajo. Reinó el silencio por un momento.

—Así que su marido salió hace un cuarto de hora. ¿Y no dijo cuándo iba a volver?

—No salió solo dejó caer Mrs. Verloc con negligencia.

¿Un amigo?

Mrs. Verloc se tocó el peinado, en la nuca; estaba en perfecto orden.

—Un extranjero que vino a buscarlo.

—Ya veo. ¿Qué clase de hombre era ese extranjero? ¿No le molesta decírmelo?

A Mrs. Verloc no le molestaba. Y cuando el jefe Inspector Heat oyó hablar de un hombre moreno, delgado, con cara larga y mostachos retorcidos, dio muestras de perturbación y exclamó:

—¡Que me maten si se me había ocurrido! No perdió nada de tiempo.

En lo profundo de su corazón sentía un intenso disgusto ante la conducta extraoficial de su jefe inmediato. Pero él no era un Quijote. Y perdió todo deseo de esperar el regreso de Mr. Verloc. Para qué habían salido, no lo sabía, pero se imaginaba que era posible que volvieran juntos. No se está siguiendo el caso como corresponde, se están metiendo en este asunto, pensó lleno de amargura.

—Me temo que no tengo tiempo para esperar a su marido.

Mrs. Verloc recibió esa declaración con indiferencia. Su frialdad había impresionado al jefe Inspector Heat durante toda la conversación, y en ese momento se le agudizó la curiosidad. El jefe Inspector Heat se agitaba en el viento, dominado por sus pasiones como el más privado de los ciudadanos.

—Pienso— dijo mirándola fijamente— que usted podría darme una buena idea de qué es lo que está pasando, si quisiera.

Mrs. Verloc forzó sus bellos ojos inertes para que devolvieran la mirada del hombre; luego murmuró:

—¡Pasando! ¿Qué es lo que está pasando?

—Bueno, el asunto del que vine a conversar un poco con su marido.

Ese día Mrs. Verloc había hojeado por la mañana un diario, como siempre. Pero no se había movido de la casa; los repartidores de diarios nunca invadían Brett Street. No era calle para ese tipo de negocio. Y el eco de sus gritos, revoloteando por las avenidas transitadas, moría entre los ladrillos sucios de las paredes, sin llegar al umbral del negocio.

Su marido no había llevado un diario de la noche. De todos modos no había visto ninguno. Mrs. Verloc no sabía nada de ningún asunto. Y lo dijo así, con una genuina nota de asombro en su voz tranquila.

El jefe Inspector Heat no creyó, por un momento, en tanta ignorancia.

Breve, sin afabilidad, relató el hecho raso.

Mrs. Verloc apartó sus ojos.

—Eso es absurdo expresó con lentitud. Hizo una pausa.

—Aquí no somos esclavos oprimidos.

El jefe Inspector esperó atento. Nada más le llegó.

—¿Y su marido no le dijo nada?

Mrs. Verloc simplemente movió la cabeza de derecha a izquierda, como signo de negación. Un lánguido, desconcertante silencio reinó en el negocio. El Jefe Inspector Heat se sintió provocado más allá de su resistencia.

—Hay otra cosita— comenzó con un tono muy distinto acerca de la cual quería hablar con su marido—. Ha llegado a nuestras manos un...

un... lo que creemos es... un sobretodo robado.

Mrs. Verloc, con su mente muy preocupada por ladrones esa noche, tocó apenas la blusa de su vestido.

—No hemos perdido ningún sobretodo— dijo, tranquila.

—Es extraño— continuó el ciudadano privado Heat—. Veo que usted tiene aquí una buena cantidad de tinta para marcar...

Tomó una botellita y la miró a la luz del mechero de gas.

—¿Roja, no?— comprobó colocando el frasco en su lugar—. Como dije, es raro. Porque el sobretodo tenía una etiqueta cosida del lado de adentro, con esta dirección escrita con tinta de marcar.

Mrs. Verloc se inclinó por encima del mostrador, con una exclamación contenida.

—Es de mi hermano, entonces.

—¿Dónde está su hermano? ¿Puedo verlo?— preguntó el jefe Inspector con rudeza.

Mrs. Verloc se inclinó un poco más sobre el mostrador.

—No; no está aquí. Yo misma escribí esa etiqueta.

—¿Dónde está su hermano ahora?

—Está afuera, viviendo con... un amigo... en el campo.

—El sobretodo viene del campo. ¿Y cuál es el nombre del amigo?

—Michaelis— confesó Mrs. Verloc en un susurro temeroso.

El Jefe Inspector emitió un silbido. Sus ojos chispearon.

—Justo. Fundamental. ¿Y cómo es su hermano? ¿un muchacho robusto, moreno, eh?

—¡Oh, no!— exclamó Mrs. Verloc llena de fervor. Ese debe ser el ladrón. Stevie es delgado y rubio.

—Bien— dijo el jefe Inspector con tono aprobatorio. Y mientras Mrs. Verloc fluctuaba entre la alarma y el asombro, mirándolo con fijeza, el policía buscaba información. ¿Por qué había cosido la dirección del lado de adentro del abrigo? Y escuchó que los mutilados restos que había inspeccionado esa mañana con extrema repugnancia eran los de un joven nervioso, un poco ausente, un poco raro, y también que la mujer que le estaba hablando se había hecho cargo de ese muchacho desde que él había nacido.

—¿Fácilmente excitable?— sugirió el policía.

—Oh, sí. Lo es. ¿Pero cómo llegó a perder el abrigo...

El jefe Inspector Heat de pronto sacó del bolsillo un diario rosado que había comprado poco antes. Se interesaba por los caballos. Forzado por su oficio a adoptar una pareja actitud de duda y sospecha frente a sus conciudadanos, el jefe Inspector Heat vivificaba el instinto de credulidad inserto en el pecho humano, poniendo fe ilimitada en los profetas deportivos de esa particular publicación nocturna. Dejó la edición extra especial sobre el mostrador y metió otra vez la mano en el bolsillo, de donde sacó el fatal trozo de tela que había encontrado entre un montón de cosas recogidas, en apariencia, en mataderos o compraventas. Lo ofreció a Mrs. Verloc para su inspección.

—¿Reconoce esto, no?

La mujer lo tomó con un movimiento mecánico de sus dos manos.

Los ojos parecían agrandarse cada vez más.

—Sí— susurró, luego levantó la cabeza y se tambaleó apenas hacia atrás—. ¿Para qué lo rompieron así?

El jefe Inspector, por encima del mostrador, le sacó de las manos el trozo de tela y la mujer se desplomó sobre la silla. El policía pensó:

la identificación es perfecta. Y en ese momento tuvo un panorama del conjunto asombroso de la verdad. Verloc era el «otro hombre».

—Mrs. Verloc se me ocurre que acerca de este asunto de la bomba usted sabe más de lo que usted misma cree saber.

Sentada todavía, Mrs. Verloc se perdía en una estupefacción sin límites. ¿Cuál era el nexo? Y se puso tan rígida que no fue capaz de volver la cabeza cuando la campanilla tintineó; el sonido hizo que el investigador privado Heat girara sobre sus talones. Mr. Verloc había cerrado la puerta y por un momento los dos hombres se miraron a la cara.

Sin mirar a su mujer, Mr. Verloc avanzó hacia el jefe Inspector, que se sintió aliviado al verlo volver solo.

—¡Usted aquí!— balbuceó Mr. Verloc, con pesadez—. ¿Detrás de quién anda?

—De nadie— dijo el jefe Inspector Heat, en voz baja—. Vea, quisiera hablar una o dos palabras con usted.

Mr. Verloc, todavía pálido, traía consigo un aire resuelto. Aún no había mirado a su mujer. Entonces dijo:

—Vamos adentro, pues.— Y señaló el camino hacia el salón.

La puerta estaba cerrada por dentro cuando Mrs. Verloc, saltando de la silla, corrió como para tirarla abajo, aunque, en cambio, se arrodilló con la oreja puesta en la cerradura. Los dos hombres debían haberse parado muy junto a la puerta, porque pudo oír con claridad la voz del jefe Inspector, lo que no pudo ver fue su dedo presionando el pecho de su marido con énfasis.

—Usted es el otro hombre, Verloc. Dos hombres fueron vistos entrando en el parque.

Y la voz de Mr. Verloc dijo:

—Bien, lléveme ahora. ¿Qué lo detiene? Está en su derecho.

—¡Oh, no! Sé demasiado bien con quién ha estado hablando. Él quiere acomodar este asunto solo. Pero no se equivoque, he sido yo quien lo descubrió.

Luego Winnie sólo oyó murmullos. El inspector Heat debía estar mostrando a Mr. Verloc el pedazo del abrigo de Stevie, porque la hermana de Stevie, su guardiana y protectora, no oía más que susurros, cuyo misterio era menos aterrador para su cerebro que la sugestión horrible de las palabras enteras. Entonces el jefe Inspector Heat, al otro lado de la puerta, levantó su voz:

—Usted debió estar loco.

Y la voz de Mr. Verloc contestó, con una especie de lóbrega furia:

—Estuve loco durante un mes o más, pero ahora no estoy loco. Ya pasó. Voy a largar todo y aguantarme las consecuencias.

Hubo un silencio y luego el ciudadano privado Heat musitó:

—¿Qué va a largar?

—Todo— exclamó la voz de Mr, Verloc, que se apagó hasta hacerse inaudible.

Después de un momento se elevó otra vez.

—Usted me conoce desde hace varios años y me ha encontrado útil. Bien sabe que soy un hombre derecho. Sí, derecho.

Ese llamado a la antigua relación debió ser en extremo desagradable para el jefe Inspector.

Su voz adquirió un toco de advertencia.

—No se fíe demasiado en lo que pudieron prometerle. Si yo fuera usted, me escabulliría. No creo que corramos en su busca.

Se oyó una corta risa de Mr. Verloc.

—Oh, sí; usted espera que otros lo liberen de mí ¿verdad? Pero no; no se va a zafar de mí ahora. He sido un hombre derecho para esta gente, por demasiado tiempo, y ahora todo se va a saber.

—Hágamelo saber, entonces— asintió la voz indiferente del jefe Inspector Heat.. Dígame ¿cómo escapó?

—Estaba caminando por Chesterfield— escucho Mrs. Verloc que decía la voz de su marido— cuando oí el estallido. Salí corriendo. Niebla.

No vi a nadie hasta que pasé la punta de George Street. Hasta ahí no encontré a nadie.

—¡Muy simple!— se maravilló la voz del jefe Inspector Heat. El estampido lo asustó ¿eh?

—Sí; llegó demasiado pronto— confesó la voz fúnebre de Mr, Verloc.

Mrs. Verloc apretó su oído contra el agujero de la cerradura; sus labios estaban azules, sus manos frías como hielo, y su pálido rostro, en el que los ojos parecían dos agujeros negros, parecía envuelto en llamas.

Al otro lado de la puerta las voces se debilitaron. Logró entender una que otra palabra, a veces en la voz de su marido, a veces en el tono tranquilo del jefe Inspector. Oyó decir a este último:

—Creemos que tropezó con la raíz de un árbol ¿no?

Hubo un murmullo ronco y voluble que se detuvo por un momento.

Luego el jefe Inspector, como si contestara una pregunta, habló con énfasis:

—Por supuesto. Voló en pedacitos: piernas, brazos, grava, ropa, muslos, astillas... todo mezclado. Tuvieron que usar una pala para juntarlo.

Mrs. Verloc saltó de pronto de su posición arrodillada, cerró sus oídos y empezó a ir de un lado a otro entre el mostrador y los estantes que estaban en la pared, detrás de la silla. Sus ojos enloquecidos advirtieron la hoja deportiva que había abandonado el jefe Inspector y, cuando volvió a chocarse con el mostrador, la tomó, se dejó caer sobre la silla, desgarró las páginas optimistas, rosadas, al tratar de abrirlas, y las tiró al suelo. Al otro lado de la puerta, el jefe Inspector Heat decía a Mr. Verloc, el agente secreto:

—¿Entonces su defensa será prácticamente una confesión total?

—Lo será. Voy a contar la historia completa.

—No piense que le van a creer por mucho que fantasee. Y el jefe Inspector se quedó pensativo. El giro que estaba tomando este asunto aclaraba muchas cosas: la existencia menospreciada de importantes campos de conocimiento, que, cultivados por un hombre capaz, tenían un valor específico para el individuo y para la sociedad. Era lamentable, un desvío lamentable. Lo dejaría incólume a Michaelis; en cambio sacaría a luz la industria casera del Profesor; desorganizaría todo el sistema de supervisión; no se podría poner fin a la discusión en los diarios, que en esa repentina perspectiva le parecieron siempre escritos por tontos para ser leídos por imbéciles. Mentalmente estuvo de acuerdo con las palabras que Mr. Verloc dejó caer al contestar su última observación.

—Tal vez no. Pero voy a desbarajustar muchas cosas. He sido un hombre derecho y seguiré siendo derecho en este...

—Si lo dejan— dijo el Inspector con cinismo—. Lo van a sermonear antes de ponerlo en el banquillo. Y al final puede que consiga una sentencia sorprendente para usted. Yo no pondría demasiada confianza en el caballero con el que estuvo hablando.

Mr. Verloc escuchaba, ceñudo.

—Mi consejo es que se escabulla mientras puede. No tengo instrucciones.

Algunos de ellos— continuó el jefe Inspector Heat, dando una carga especial a la palabra ellos— piensan que usted ya está en el tope.

—¡De veras!— se vio llevado a exclamar Mr. Verloc. Aunque desfile su regreso de Greenwich había pasado la mayor parte de su tiempo sentado en el bar de un pequeño restaurante, difícilmente podía esperar tan favorables noticias.

—Ésa es la impresión en cuanto a usted—. El Jefe Inspector se inclinó hacia él—. Esfúmese. Desaparezca.

—¿Pero a dónde?— gruñó Mr. Verloc. Levantó la cabeza y mirando la puerta cerrada del salón murmuró, dolorido— sólo quisiera que usted me sacara de aquí esta noche. Iría tranquilamente.

—No me cabe duda— asintió, sardónico, el jefe Inspector mientras seguía la dirección de esa mirada.

En la frente de Mr. Verloc brotaban leves gotas de sudor. Bajó su voz ronca para hacer una confidencia al jefe Inspector, que seguía inmóvil.

—El chico era medio falto, irresponsable. Cualquier tribunal se hubiera dado cuenta de inmediato. Iba derechito a un manicomio. Y eso hubiera sido lo peor que podía haberle pasado si...

El jefe Inspector, la mano sobre el picaporte, masculló en la cara de Verloc:

—Él puede haber sido medio falto, pero usted tiene que haber estado loco. ¿Qué lo llevó a pensar semejante cosa?

Mr. Verloc, pensando en Vladimir, no dudó en la selección de las palabras:

—Un cerdo hiperbóreo siseó con violencia. Lo que se podría llamar un... un caballero.

El Jefe Inspector, con los ojos fijos, hizo una breve inclinación comprensiva y abrió la puerta. Mrs. Verloc, que estaba detrás del mostrador, debió oírlo, pero no se dio cuenta de su salida, detrás de la cual resonó la campanilla con agresividad. Estaba sentada en el puesto del deber, tras el mostrador. Rígida, erguida en la silla con dos sucios trozos de papel rosado tirados a sus pies. Las palmas de las manos estaban apretadas contra su rostro como en una convulsión, las puntas de los dedos engarfiadas sobre la frente, como si la piel fuera una máscara que estuviese a punto de ser arrancada con violencia. La perfecta inmovilidad de su postura expresaba la tormenta de ira y desesperación, toda la violencia contenida de sus trágicas pasiones, mejor que cualquier superficial despliegue de alaridos o golpes de una cabeza confusa contra las paredes. El Jefe Inspector Heat, mientras cruzaba el negocio con su paso rítmico y preocupado, le dirigió una mirada pasajera.

Y cuando la campanilla rajada dejó de temblar en su cinta curva de acero, nada se movió en torno a Mrs. Verloc, como si su actitud tuviera el poder paralizador de un hechizo. Incluso las llamas del gas, que parecían mariposas, ardían, en las puntas de la lámpara en forma de T, sin un estremecimiento. En ese negocio de mercaderías dudosas, cubierto de estantes

simétricos pintados de castaño oscuro, que se devoraban el resplandor de la luz, el aro dorado del anillo matrimonial en la mano izquierda de Mrs. Verloc centelleaba con la límpida gloria de una pieza proveniente de algún tesoro oculto en un oscuro arcón perdido.

X

El Subjefe de Policía, en un coche ágil, fue desde las cercanías de Soho en dirección a Westminster y se encontró en el propio centro del Imperio donde el sol nunca se pone. Algunos vigorosos agentes, que no parecían particularmente impresionados por el deber de custodiar el augusto sitio, lo saludaron. Penetró, a través de un portal nada alto, en los corredores de la casa que es la Casa par excellence en la mente de muchos millones de hombres, y por fin se encontró con el volátil y revolucionario Toodles.

Ese pulcro y delicado joven ocultó su asombro ante la temprana aparición del Subjefe de Policía: le habían dicho que podía esperarlo alrededor de la medianoche. Que volviera tan temprano le hizo pensar que las cosas, cualesquiera que fuesen, habían andado mal. Con una simpatía en extremo diligente, que en los jovencitos delicados casi siempre viene acompañada de un temperamento jovial, se sintió apenado por el Gran Personaje, al que llamaba "El Jefe", y también por el Subjefe de Policía, cuya cara le pareció más rígida y ominosa que nunca y muchísimo más larga. «Qué tipo raro, con pinta extraña, éste» pensó para sí, sonriendo de lejos con amistosa animación. Y tan pronto como estuvieron uno junto al otro, el joven empezó a hablar con la gentil intención de enterrar la torpeza de un fracaso bajo un montón de palabras. Daba la impresión de que el ataque final amenazado para esa noche estaba por fracasar. Un paniaguado menor de «ese bruto de Cheeseman», estaba hartando sin piedad a una Cámara casi vacía con algunas estadísticas cocinadas sin ninguna vergüenza. Él, Toodles, esperaba que alguna cuenta terminase por fastidiarlos en cualquier momento. Porque no hacían otra cosa que dejar correr el tiempo para que el tragón de Cheeseman cenara a sus anchas. De todos modos, no se podía persuadir al jefe de que se fuera a su casa.

—Lo verá de inmediato, creo. Esta sentado en su oficina, solo, pensando en todos los peces del mar— concluyó Toodles, vivaz—. Venga.

A pesar de la gentileza de su actitud, el joven secretario privado (sin renta) era accesible a las comunes fallas de la humanidad. No quería atormentar al Subjefe de Policía, en quien creía ver a un hombre que ha perdido su empleo. Pero su curiosidad era demasiado fuerte para detenerse por mera compasión. Mientras caminaban no pudo dejar de lanzar por sobre el hombro una pregunta a la ligera:

—¿Y su mojarrita?

—La tengo— contestó el Subjefe de Policía con una concisión reveladora de su buen estado de ánimo.

—Bien. Usted no se imagina cuánto les disgusta a estos hombres importantes verse decepcionados en las pequeñas cosas.

Después de tan profunda observación, el experimentado Toodles se hundió en la reflexión. Pero de todos modos no dijo nada durante unos dos segundos. Luego:

—Me alegro. Pero... yo digo... ¿es tan poca cosa como usted la pinta?

—¿Sabe lo que se puede hacer con una mojarrita?— preguntó a su vez el Subjefe de Policía.

—A veces la ponen en una lata de sardinas— bromeó Toodles, cuya erudición en el tema de la industria pesquera estaba fresca y, en comparación con su ignorancia en cuanto a todas las demás industrias, era inmensa—. Hay envasadoras de sardinas en la costa española que...

El Subjefe de Policía interrumpió al aprendiz de político.

—Sí. Sí. Pero a veces se tira una mojarrita para pescar una ballena.

—Una ballena ¡Fiu!— exclamó Toodles, con el aliento entrecortado—. ¿Anda detrás de una ballena, entonces?

—No exactamente. Más bien estoy detrás de un tiburón. Quizá no sepa usted cómo es un tiburón.

—Sí, sé; estamos tapados de libros sobre la especialidad, tenemos estantes llenos, con láminas... es un animal dañino, de aspecto ruin, detestable, con una especie de cara lisa y bigotes.

—En forma de te— encomió el Subjefe. Sólo que el mío está bien afeitado. Usted debe haberlo visto. Es un pez ingenioso.

—¿Yo lo he visto?— dijo Toodles, incrédulo—. No me puedo imaginar dónde lo habré visto.

En el Explorers, diría yo— agregó el Subjefe, con calma. Ante la mención de ese club tan exclusivo, Toodles lo miró asustado y se detuvo un poco.

—Disparates protestó en un tono despavorido. ¿Qué es lo que quiere decir? ¿Un miembro?

—Honorario musitó el Subjefe a través de los dientes.

—¡Cielos!

Toodles lo miraba tan espantado que el Subjefe sonrió apenas.

—Esto queda estrictamente entre nosotros le dijo.

—Esta es la cosa más brutal que he oído en mi vida— declaró Toodles, sin fuerza, como si el asombro le hubiera arrebatado toda su fuerza vital en un segundo.

El Subjefe le dirigió una mirada sin sonrisas. Hasta llegar a la puerta de la oficina del gran personaje, Toodles conservó un escandalizado y solemne silencio, como si se hubiera ofendido con el Subjefe por la exposición de un hecho tan rústico y perturbador. Todo esto destruía su idea acerca de la extrema selectividad y pureza social del Explorers Club. Toodles era revolucionario sólo en política; sus creencias sociales y sentimientos personales trataba de mantenerlos sin cambios a través de los años que le estaban adjudicados sobre esta tierra a la que, por sobre todo, consideraba un hermoso lugar para vivir.

Toodles se hizo a un lado.

—Entre sin golpear— dijo.

Pantallas de seda verde, muy bajas, tapaban todas las luces e impartían al cuarto algo de la honda lobreguez de un bosque. Los ojos arrogantes del gran personaje eran su punto físico débil. Este asunto estaba envuelto en el mayor secreto. Cuando tenía oportunidad, les daba descanso a conciencia. El Subjefe, al entrar, no vio más que una gran mano blanca que sostenía una gran cabeza y ocultaba la parte superior de una gran cara pálida. Un libro de despacho abierto se desplegaba sobre el escritorio, cerca de unas pocas hojas de papel oblongas y un puñado disperso de plumas de ave. No había nada más sobre la vasta superficie pulida, excepto una estatuita de bronce vestida de toga, misteriosamente alerta en su sombría inmovilidad. El Subjefe, invitado a tomar asiento, se sentó en una silla. A la dudosa luz ambiente, las características salientes de su persona la cara larga, cabello negro, su flacura lo hacían parecer más extranjero que nunca.

El gran personaje no manifestó sorpresa, ni siquiera ansiedad o cualquier otro sentimiento. La actitud en que dejó sus ojos amenazados era de profunda meditación. Y no la alteró hasta el último instante.

Pero su voz no era soñadora.

—¡Bien! ¿Qué es lo que encontró por ahí? Se encontró con algo imprevisible en el primer paso.

—No exactamente imprevisible, Sir Ethelred. En rigor, me encontré con un estado psicológico.

La Gran Presencia hizo un ligero movimiento.

—Sea claro, por favor.

—Sí, Sir Ethelred. Usted sin duda sabe que la mayoría de los criminales en uno u otro momento sienten la necesidad irresistible de confesar... de abrirle su corazón a alguien... a cualquiera. Y a menudo lo hacen hablando con la policía. En ese Verloc al que Heat tanto quería escudar, encontré un hombre en ese particular estado psicológico.

Su hombro, hablando metafóricamente, se recostó en mi pecho. De mi parte fue suficiente que le susurrara quién era yo y que agregase «sé muy bien que usted conoce a fondo lo que ha ocurrido». Tendría que haberle parecido un milagro que ya estuviéramos enterados, pero se tomó la cuestión con entera naturalidad. En ningún momento le llamó la atención tanta maravilla. Sólo tuve que plantearle dos preguntas:

¿quién lo puso en esto? y ¿quién lo hizo? A la primera contestó con notable énfasis. A la segunda pregunta, me dijo que el tipo de la bomba era su cuñado, un muchachito, un débil mental... Es un asunto bastante curioso demasiado largo tal vez para explicarlo a fondo ahora.

—¿Qué es lo que supo, entonces?— preguntó el gran hombre.

—Primero, he sabido que el ex convicto Michaelis nada tuvo que ver con esta aunque, por cierto, el jovencito estuvo viviendo con él temporariamente en el campo hasta las ocho de la mañana de hoy. Es más que probable que Michaelis no sepa nada hasta este momento.

—¿Está tan seguro como para afirmarlo?— preguntó el gran hombre.

—Muy seguro, Sir Ethelred. Este tipo Verloc fue allá esta mañana y se llevó al muchacho con el pretexto de dar un paseo por el campo.

Como no era la primera vez que lo hacía, Michaelis no pudo tener la menor sospecha de nada inusual. En cuanto al resto, Sir Ethelred, la indignación de este hombre Verloc no deja ninguna duda; ninguna. Se ha salido de sus cabales luego de un hecho extraordinario, que usted o yo no podríamos tomar en serio, pero que en él produce una gran impresión, es evidente.

El Subjefe, luego, mientras el gran personaje permanecía sentado, descansando los ojos bajo la pantalla de su mano, le transmitió con brevedad la apreciación que Mr. Verloc había hecho sobre los procedimientos y carácter de Mr. Vladimir. El Subjefe les adjudicó una cierta justeza. Pero el gran personaje observó:

—Todo eso parece muy fantástico.

—¿No es cierto? Uno pensaría que se trata de una broma feroz. Pero según parece nuestro hombre se lo ha tomado en serio. Se siente amenazado. En otros tiempos, como usted sabe, él estuvo en comunicación directa con el propio Stott—Wartenheim que, había llegado a considerar los servicios de Verloc como indispensables. Fue un despertar demasiado brusco. Me imagino que perdió la cabeza. Se ha puesto furioso y asustado. Le doy mi

palabra: mi impresión es que piensa que la gente de la Embajada es muy capaz no sólo de echarlo sino también de sacarlo de en medio, de una u otra manera...

—¿Cuánto tiempo estuvo con él?— interrumpió el personaje desde atrás de su mano voluminosa.

—Unos veinte minutos, Sir Ethelred, en una casa de mala reputación, llamada Hotel Continental, encerrados en un cuarto que, dicho sea de paso, alquilé por una noche. Lo encontré bajo la influencia de esa reacción que sigue al esfuerzo del crimen. No se lo puede definir como un criminal endurecido. Es evidente que él no había pensado en la muerte de ese chico infeliz, su cuñado. Eso fue un golpe para él, me di cuenta. Tal vez sea un hombre de gran sensibilidad. Tal vez, incluso, le tenía afecto al chico. ¿Quién sabe? Debe haber tenido la esperanza de que el muchacho se pudiera alejar, en cuyo caso hubiese sido imposible saber todas estas cosas. De todos modos, corrió a conciencia el riesgo de que lo arrestaran.

El Subjefe hizo una pausa en sus especulaciones para reflexionar por un momento.

—Aunque, si el chico se salvaba, no sé cómo iba a poder soportar ser el responsable de sólo una parte del negocio—continuó, en su ignorancia de la devoción del pobre Stevie por Mr. Verloc (que era bueno), y de su muy particular mudez, que en el viejo asunto del fuego en la escalera resistió por muchos años súplicas, ruegos, iras y otros medios de investigación utilizados por su amada hermana. Porque Stevie era leal—... No, no lo puedo imaginar. Es posible que jamás haya pensado en ello. Parece una extravagancia plantearlo así, Sir Ethelred, pero este estado de abandono me sugiere a un hombre impulsivo que, luego de consumar el suicidio con la idea de que ése sería el fin de todas sus penas, descubre que no ha logrado nada de eso.

Con voz apologética pronunció estas palabras el Subjefe de Policía.

Pero en rigor había una especie de claridad propia en el lenguaje extravagante, y el gran hombre no se sentía ofendido. Un movimiento de las ligeras sacudidas del cuerpo voluminoso, a medias perdido en la penumbra de las pantallas de seda verde, y de la gran cabeza que descansaba sobre la mano amplia, acompañó un sonido intermitente, ahogado, pero potente. El gran hombre se reía.

—¿Qué hizo con él?

El Subjefe contestó de muy buena gana:

—Como parecía ansioso por volver junto a su mujer en el negocio, lo dejé ir, Sir Ethelred.

—¿Lo dejó? Pero el hombre puede desaparecer.

—Perdón, no lo creo. ¿Adónde podría ir? Además, recuerde usted que también tiene que pensar en el peligro que representan sus camaradas.

Allí está en su lugar. ¿Qué explicación va a dar para abandonarlo?

Pero aunque no hubiese obstáculos para su libertad de acción, no haría nada. En este momento no tiene energía moral suficiente para tomar cualquier tipo de resolución. Permítame también subrayar que si lo hubiera detenido, estaríamos embarcados en un curso de acción sobre el que, antes que nada, necesito conocer su preciso criterio.

El gran personaje se levantó con esfuerzo, una mole imponente, sombría en la penumbra verdosa de la habitación.

—Esta noche estuve con el Fiscal general, y lo veré a usted mañana por la mañana. ¿Hay algo más que quiera decirme ahora?

También el Subjefe se había puesto de pie, delgado y flexible.

—Creo que no, Sir Ethelred, a menos que entrara en detalles que...

—No. Sin detalles, por favor.

La mole sombría pareció encogerse, como si tuviera temor físico a los detalles; luego se hinchó, se hizo enorme, pesada, y le tendió la mano.

—¿Y me dijo que ese hombre tiene mujer?

—Sí, Sir Ethelred— dijo el Subjefe, estrechando con deferencia la mano tendida—. Una genuina mujer y una relación marital genuina y respetable. Me dijo que después de esa entrevista en la Embajada hubiera querido tirar todo, hubiera tratado de vender el negocio y abandonar el país, pero estaba seguro de que su mujer no querría ni siquiera oír una palabra acerca de irse al extranjero. Nada mejor que esto puede caracterizar ese vínculo prosiguió, con un toque de pena, el Subjefe, cuya propia mujer también se había negado a oír hablar de partir al extranjero. Sí, una genuina esposa. Y la víctima era un genuino cuñado.

Desde cierto punto de vista aquí tenemos nada más que un drama doméstico.

El Subjefe rió apenas, pero daba la impresión de que los pensamientos del Gran Hombre se habían ido muy lejos, tal vez hacia las cuestiones de su prudencia en el campo doméstico, o el lugar de batalla de su valor de cruzado contra el pagano Cheeseman. El Subjefe salió en silencio, inadvertido, como si ya hubiese sido olvidado.

Él también tenía instintos propios de cruzado. Este asunto que, de una manera u otra, tanto disgustaba al jefe Inspector Heat, a él le parecía providencial como punto de partida para una cruzada. Anhelaba emprenderla. Caminó con lentitud hacia su casa, meditando por el camino en la empresa y pensando en la psicología de Mr. Verloc con un humor donde se mezclaban comprensión y repugnancia. Hizo a pie todo el camino hasta su casa. Encontró a oscuras la sala; se dirigió al piso superior y durante un rato fue y vino del dormitorio al cuarto de vestir, cambiándose la ropa, yendo de aquí para allá con el aire de un sonámbulo

pensativo. Pero se lo sacudió de encima antes de volver a salir para reunirse con su mujer en casa de la grata dama protectora de Michaelis.

Sabía que era bien recibido allí. Al entrar al más pequeño de los dos salones, vio a su mujer en un grupito junto al piano. Un joven compositor, en vías de hacerse famoso, pontificaba desde el taburete de música frente a dos hombres gordos, cuyas espaldas parecían viejas, y a tres mujeres delgadas, cuyas espaldas parecían jóvenes. Detrás del biombo la gran dama tenía sólo dos personas consigo: un hombre y una mujer, juntos el uno a la otra y sentados en sus sillas frente al sillón de la dueña de casa. Ésta extendió la mano hacia el Subjefe.

—No esperaba verlo aquí esta noche. Annie me dijo...

—Sí. Tampoco yo tenía idea de terminar tan pronto mi trabajo.

En voz baja, el Subjefe agregó:

—Me alegro de comunicarle que Michaelis está totalmente fuera de este...

La protectora del ex convicto recibió esa afirmación indignada.

—¿Por qué? Son ustedes lo bastante estúpidos como para relacionarlo con...

—Estúpidos no— interrumpió el Subjefe, contradiciéndola con deferencia—.

Inteligentes... bien inteligentes en esto.

Se produjo un silencio. El hombre que estaba a los pies del sillón había dejado de hablar con la dama y la miraba con una débil sonrisa.

—No sé si ustedes se conocen dijo la gran dama.

Mr. Vladimir y el Subjefe de Policía, una vez presentados, tomaron conocimiento cada uno de la vida del otro, con puntillosa y precavida cortesía.

—Me estuvo asustando— declaró de pronto la dama que estaba sentada junto a Mr. Vladimir, inclinando la cabeza hacia él—. El Subjefe conocía a esa señora.

—No parece asustada— expresó, luego de analizar, a conciencia a Mr. Vladimir con sus ojos fatigados y tranquilos. Entretanto pensaba para sus adentros que en esa casa, tarde o temprano, uno se encontraba con todo el mundo. La cara rosada de Mr. Vladimir se distendía en sonrisas; era ingenioso pero mantenía los ojos serios, como los ojos de un hombre persuadido.

—Bueno, por lo menos trató de hacerlo— corrigió la señora.

—Fuerza de costumbre, tal vez— dijo el Subjefe, movido por una inspiración irresistible.

—Ha estado amenazando a la sociedad con todo tipo de horrores continuó la dama, cuyo tono de voz era lento y acariciador—, a propósito de esa explosión en Greenwich Park. Parece que todos tendríamos que estar temblando de sólo pensar en lo que ocurrirá si no se suprime a esa gente de la superficie de la tierra. No tenía idea de que éste fuera un asunto tan grave.

Mr. Vladimir, fingiendo que no oía, se inclinó hacia el sillón hablando con tono amistoso en voz baja, pero oyó que el Subjefe decía:

—Estoy seguro de que Mr. Vladimir tiene una idea clara de la verdadera importancia de este caso.

Mr. Vladimir se preguntaba a sí mismo adónde quería llegar ese condenado policía intruso. Descendiente de generaciones, víctimas de los instrumentos de un poder arbitrario; racial, nacional e individualmente tenía miedo de la policía. Era una debilidad hereditaria, como la independencia de su juicio, de su razón, de su experiencia. Había nacido a todo ello. Pero ese sentimiento, que se parecía al miedo irracional que alguna gente tiene a los gatos, no se interponía en el camino de su inmenso desprecio por la policía inglesa. Terminó la frase que estaba dirigiendo a la gran dama y se volvió apenas en su silla.

—Usted quiere decir que tenemos una gran experiencia respecto de esa gente. Sí, es cierto, nos ha perjudicado mucho su actividad, mientras que ustedes... — Mr. Vladimir dudó un momento, en medio de una perplejidad sonriente mientras que ustedes soportan con alegría su convivencia terminó, exhibiendo un hoyuelo en cada una de las bien afeitadas mejillas. Luego agregó con más gravedad: hasta podría decir, porque ustedes mismos hacen este tipo de cosas.

Cuando Mr. Vladimir dejó de hablar el Subjefe bajó la mirada y la conversación decayó. Cuando Mr. Vladimir se despidió, cosa que hizo casi de inmediato, apenas estuvo de espaldas, también el Subjefe comenzó a incorporarse.

—Supongo que usted se quedará para llevar a Annie hasta su casa -dijo la dama protectora de Michaelis.

—Me he dado cuenta de que aun tengo que hacer un trabajito esta noche.

—¿En conexión?

—Bien, sí... en cierto modo.

—Dígame, ¿qué es realmente este horror?

—Es difícil decir qué es, pero puede llegar a ser una cause célébre -dijo el Subjefe.

Abandonó de prisa el salón y encontró a Mr. Vladimir todavía en el recibidor, envolviéndose con todo cuidado la garganta en un amplio pañuelo de seda. Detrás de él un

criado esperaba, sosteniéndole el abrigo. Otro estaba preparado para abrirle la puerta. A su tiempo, el Subjefe recibió ayuda para endosarse el abrigo y salió de inmediato.

Después de bajar los escalones del frente, se detuvo como si estuviera pensando qué camino tomaría. Al ver esto a través de la puerta que continuaba abierta, Mr. Vladimir se demoró en el recibidor para sacar un cigarro y pidió fuego. Se lo alcanzó un señor mayor, sin librea, de aire calmo y solícito. Pero el fósforo se apagó; el lacayo cerró la puerta y Mr. Vladimir encendió su gran habano con prolijo cuidado. Cuando, por fin, salió de la casa, vio con disgusto que el «condenado policía» todavía estaba parado en la vereda.

—Puede que me esté esperando— pensó Mr. Vladimir, mientras miraba a uno y otro lado para ver si aparecía algún coche. Pero no vio ninguno. Un par de carricoches esperaban junto al cordón, con sus lámparas brillando apenas y los caballos parados en perfecta quietud, como si estuviesen esculpidos en piedra; los cocheros permanecían inmóviles bajo sus amplias capas de piel, sin mucho más que el trémulo movimiento de las blancas correas de sus látigos.

Mr. Vladimir comenzó a caminar y el «condenado policía» se mantuvo junto a su codo, un paso más atrás. Pero Vladimir no dijo nada. Al cabo de la cuarta zancada, se sentía furibundo e incómodo.

Eso no podía durar.

—Tiempo podrido— gruñó salvajemente.

—Liviano— dijo el Subjefe sin pasión. Permaneció en silencio por un trecho. Prendimos a un sujeto llamado Verloc anunció como de casualidad.

Mr. Vladimir no tropezó, ni se tambaleó, ni tampoco cambió el paso, pero no logró evitar una exclamación:

—¿Qué?

El Subjefe no repitió su declaración.

—Usted lo conoce prosiguió en el mismo tono.

Mr. Vladimir se detuvo y su voz sonó gutural.

—¿Que lo lleva a decir eso?

—Yo no digo nada; Verloc es quien dice eso.

—Un perro mentiroso, de alguna clase— dijo Mr. Vladimir con una fraseología un tanto oriental. Pero en su corazón se sentía casi aterrado por la milagrosa inteligencia de la policía inglesa. El cambio de su opinión al respecto fue tan violento que se sintió enfermo. Tiró su cigarro y se puso en movimiento.

—Lo que más me gusta de este asunto— prosiguió hablando el Subjefe con lentitud— es que nos da un excelente punto de partida para un trabajo que me ha parecido muy necesario encarar... me refiero a limpiar este país de todos los espías extranjeros, policías y ese tipo de...

de... perros. En mi opinión constituyen una horrible molestia; también un elemento de peligro. Pero no podemos buscarlos uno por uno. La única forma es hacer que el trabajo resulte incómodo para los empleadores.

La cosa se ha puesto inmoral. Y peligrosa también, para nosotros, aquí.

Mr. Vladimir se paró otra vez por un momento.

—¿Qué quiere decir?

—El juicio de este sujeto Verloc demostrará a la opinión pública tanto el peligro como la inmoralidad.

—Nadie creerá lo que diga un hombre de esa clase— dijo Mr. Vladimir, lleno de desprecio.

—La precisión y lujo de detalles van a convencer a la gran masa del público— insinuó, gentil, el Subjefe de Policía.

—Entonces están decididos a hacerlo.

—Tenemos al hombre; no nos queda alternativa.

—Sólo van a alimentar el espíritu debilitado de esos truhanes revolucionarios— protestó Mr. Vladimir—. ¿Para qué quieren hacer un escándalo?, ¿en bien de la moralidad... o qué?

La ansiedad de Mr. Vladimir era evidente. El Subjefe, con la certeza ahora obtenida de que debía haber algo de cierto en las sintéticas declaraciones de Mr. Verloc, dijo con indiferencia:

—También hay un lado práctico. Realmente hay mucho para hacer si queremos andar detrás del artículo genuino. Usted no dirá que no somos efectivos. Pero no queremos dejar que nos molesten con falsedades bajo cualquier pretexto.

El tono de Mr. Vladimir se elevó.

—Por mi parte, no puedo compartir su criterio. Es egoísta. Mis sentimientos hacia mi país no toleran dudas; pero siempre he creído que es nuestra obligación, además, ser buenos europeos... tanto los gobiernos como los pueblos, quiero decir.

—Sí— dijo el Subjefe, sí simplemente—. Sólo que usted mira a Europa desde la otra punta. Pero— prosiguió de buen talante— los gobiernos extranjeros no pueden quejarse de la

eficiencia de nuestra policía. Mire este atentado, un caso especialmente difícil de rastrear, en cuanto es un simulacro. En menos de doce horas hemos establecido la identidad del hombre que, de modo literal, se hizo añicos, encontramos al organizador del atentado y tenemos un indicio del que está por detrás de todo esto. Y podríamos haber ido más lejos; sólo que nos detuvimos en los límites de nuestro territorio.

—O sea que este instructivo crimen fue planeado en el exterior -dijo Mr. Vladimir, con rapidez—. ¿Usted admite que fue planeado en el exterior?

—En teoría. Sólo en teoría en territorio extranjero; en el exterior sólo por ficción— dijo el Subjefe de Policía, aludiendo al carácter de las embajadas, las que son consideradas terreno del país al que representan—.

Pero ése no es más que un detalle. Le he hablado de este asunto porque su gobierno es el que más molesta a nuestra policía. Ya ve que no somos tan malos. Tenía especial interés en contarle nuestro éxito.

—Esté seguro de mi gratitud— masculló entre dientes Mr. Vladimir.

—Podemos echarle mano a cada anarquista de los de aquí siguió el Subjefe como si citara al Jefe Inspector Heat. Todo lo que ahora se busca es echar al agente provocador para que las cosas queden a salvo.

Mr. Vladimir levantó su mano al paso de un coche.

—No va para allá— observó el Subjefe, señalando un edificio de nobles proporciones y aspecto hospitalario, con el vestíbulo lleno de luces que se precipitaban por los vidrios de las puertas para volar muy lejos en la vereda.

Pero Mr. Vladimir se sentó, la mirada endurecida, y se alejó dentro del coche sin decir una palabra.

Tampoco el Subjefe de Policía penetró en el noble edificio. Era el Explorers Club. Le pasó por la cabeza el pensamiento de que Mr. Vladimir, miembro honorario, no iba a ser visto allí muy a menudo en el futuro. Miró su reloj. Recién las diez y media. Había tenido una noche muy agitada.

XI

Después que el Inspector Heat lo dejara, Mr. Verloc caminó por el salón, de rato en rato echaba un vistazo a su mujer a través de la puerta abierta. «Ahora lo sabe todo» pensaba para sí con una mezcla de dolor por la pena de ella y cierta satisfacción en cuanto a su propia persona. El alma de Mr. Verloc, tal vez carente de grandeza, era capaz de sentimientos tiernos. La perspectiva de tener que darle las noticias lo había enfebrecido. El jefe Inspector Heat lo relevó de la tarea. La cosa estuvo bien, a pesar de todo. Ahora le quedaba el deber de enfrentar la pena de Winnie.

Mr. Verloc jamás había supuesto que tendría que enfrentarla a causa de una muerte, cuyas características catastróficas no podían suavizarse ni con razonamientos sofisticados ni con elocuencia persuasiva.

Mr. Verloc nunca quiso que Stevie pereciera con tan ruda violencia.

Jamás quiso que pereciese. Stevie muerto era una desgracia mucho mayor que la que nunca había llegado a ser en vida. Había supuesto el éxito de su empresa basándose no en la inteligencia de Stevie, porque la inteligencia a veces desorienta o engaña al hombre, sino en la ciega docilidad y la ciega devoción de que el muchacho era capaz. Aunque no fuera ni por asomo un psicólogo, Mr. Verloc había sondeado la profundidad del fanatismo de Stevie. Se había animado a acariciar la esperanza de que Stevie se apartara de las paredes del Observatorio, como se lo había explicado, tomando el camino que previamente le mostrara varias veces y reuniéndose con su cuñado, el sabio y bueno de Mr. Verloc, fuera de las verjas del parque. Quince minutos tenían que haber sido suficientes para que el más perfecto de los tontos depositase el mecanismo y se alejase. Y el Profesor le había garantizado más de quince minutos. Pero Stevie había tropezado cinco minutos después que él lo dejara solo. Mr. Verloc quedó moralmente hecho pedazos.

Había previsto todo menos eso. Había previsto que Stevie, solo y perdido, buscado luego, fuese finalmente encontrado en alguna división de la policía o en un hospicio provincial. Había previsto que Stevie fuese arrestado, y no tenía miedo porque Mr. Verloc se había hecho una gran opinión sobre la lealtad de Stevie, quien había sido adoctrinado a fondo sobre la necesidad de silencio, durante varias caminatas. Como un filósofo peripatético, Mr. Verloc, paseando por las calles de Londres, había modificado el punto de vista de Stevie sobre la policía mediante conversaciones llenas de sutiles razonamientos. Nunca un sabio tuvo un discípulo más atento y admirativo. La obediencia y el respeto del chico eran tan visibles que Mr. Verloc había empezado a sentir algo así como cariño hacia él. En realidad, no previó que se enterarían de su conexión con el caso con tanta rapidez. Que a su mujer se le ocurriera la precaución de coser en el interior del abrigo la dirección del muchacho, era la última cosa que Mr. Verloc podía haber pensado. Uno no puede estar en todo. Eso es lo que ella quería decir cuando aseguraba que no había que preocuparse si durante los paseos Stevie se perdía. Le había dicho que el muchacho volvería enseguida. ¡Bien, había vuelto con una venganza!

—Bien, bien— murmuraba Mr. Verloc en su asombro—. ¿Qué había querido lograr con eso? ¿Quitarle a él la angustia de mantener un ojo puesto sobre Stevie? Lo más probable es que lo hubiera hecho para bien. Sólo que ella tendría que haberle indicado qué precauciones debían tomarse.

Mr. Verloc caminaba detrás del mostrador del negocio. Su intención no era agobiar a su mujer con amargos reproches. Mr. Verloc no sentía amargura. La inesperada marcha de los acontecimientos lo había convertido a la doctrina del fatalismo. Nada se podía arreglar ahora. Y dijo:

—No creí que le pasara nada malo al muchacho.

Mrs. Verloc se estremeció al sonido de la voz de su marido. No descubrió su rostro. El confiable agente secreto del difunto Barón Stott—Wartenheim la miró por un momento con ojos pesados, persistentes, sin sagacidad. El diario de la noche yacía roto a los pies de la mujer. No podía haberle dicho demasiado. Mr. Verloc sintió la necesidad de hablar con su mujer.

—Fue ese maldito Heat, ¿eh?— dijo— Él te trastornó. Es un bruto, largando todo, sin consideración, delante de una mujer. Yo me enfermé pensando en la manera de decírtelo. Estuve sentado durante horas en el salón de Cheshire Cheese pensando cuál podía ser la mejor manera.

Comprende, nunca creí que habría de pasarle algo malo a ese muchacho.

Mr. Verloc, el Agente Secreto, estaba diciendo la verdad. Fue en su afecto marital donde la explosión prematura golpeó más duramente.

Añadió:

—No me sentí nada contento sentado ahí y pensando en ti.

Observó otro leve estremecimiento de su mujer, que afectó su sensibilidad. Como ella persistía en esconder la cara entre las manos, pensó que haría mejor dejándola sola por un rato. Con este delicado impulso, Mr. Verloc volvió al salón, donde el mechero de gas ronroneaba como un gato feliz. La previsión femenina de Mrs. Verloc había dejado sobre la mesa la carne fría, junto con el cuchillo de trinchar, el tenedor y media hogaza de pan para la cena de Mr. Verloc. En ese momento, por primera vez, el hombre vio todas esas cosas y cortándose un trozo de carne y otro de pan empezó a comer.

Su apetito no nacía de la insensibilidad. Mr. Verloc no había tomado desayuno esa mañana. Había salido a los apurones de su casa. Al no ser un hombre enérgico, encontraba su resolución en la excitación nerviosa, que parecía sostenerlo sobre todo a través de la garganta. No había podido tragar nada sólido. La casa de Michaelis estaba tan desprovista de comestibles como la celda de un prisionero. El apóstol de la libertad condicional vivía de un poco de leche y pedacitos de pan duro.

Además, cuando Mr. Verloc llegó, ya se había ido arriba, luego de su frugal comida. Absorto en el trabajo y las delicias de la composición literaria, ni siquiera hubiese contestado a las llamadas de Mr. Verloc a través de la escalera.

—Me llevo a este jovencito a casa por un día o dos.

Y, en verdad, Mr. Verloc no esperó una respuesta, sino que se marchó de la quinta de inmediato, seguido por el obediente Stevie.

Ahora que todo había sucedido y el destino se le había escapado de las manos con inesperada rapidez, Mr. Verloc sintió un terrible vacío físico. Trinchó la carne, cortó el pan y devoró su cena, de pie, junto a la mesa, arrojando de rato en rato una mirada hacia su mujer.

La prolongada inmovilidad de Winnie le perturbaba el gusto de su comida. Caminó otra vez hasta el negocio y se acercó mucho a ella.

Esa manifestación de pena, la cara tapada, hacían que Mr. Verloc se sintiera inquieto. Esperaba, por supuesto, que su mujer se trastornara muchísimo, pero pretendía que ya hubiese recobrado el dominio de sí.

Él necesitaba toda la ayuda y la lealtad de su esposa en esta nueva coyuntura que su fatalismo ya había aceptado.

—No se puede hacer nada— dijo con tono de lúgubre simpatía—.

Vamos, Winnie, tenemos que pensar en mañana. Necesitarás todas tus fuerzas contigo una vez que me hayan llevado.

Hizo una pausa. El pecho de Mrs. Verloc jadeaba en convulsiones.

Eso no era un apoyo para Mr. Verloc, en cuya perspectiva la nueva situación exigía, de las dos personas más tocadas por ella, calma, decisión y otras cualidades incompatibles con el desorden mental de la congoja apasionada. Mr. Verloc era un individuo humano; había ido a su casa preparado para admitir cualquier proyección del afecto de su mujer por el hermano. Sólo que no había entendido ni la naturaleza ni la profundidad de ese sentimiento. Y en esto tenía una excusa, ya que le era imposible entenderlo sin dejar de ser él mismo. Estaba sobrecogido y desilusionado, y sus palabras lo dejaban traslucir en una cierta rusticidad del tono.

—Podrías mirarme— observó luego de esperar un rato.

Como si pasara con dificultad por entre las manos que cubrían la cara de Mrs. Verloc, llegó la respuesta, amortecida, casi lastimera.

—No quiero mirarte mientras viva.

—¿Eh? ¿Qué?— Mr. Verloc se quedó simplemente aterrado ante el valor superficial y literal de esa declaración. Era una evidente irracionalidad, tan sólo el grito de la pena exagerada. Y sobre ese grito arrojó la capa de su indulgencia marital. La mentalidad de Mr. Verloc no era profunda. Bajo la equívoca idea de que los individuos valen por lo que son en sí mismos, quizá no podía comprender el valor de Stevie a los ojos de Mrs. Verloc. Se lo está tomando de un modo demasiado desagradable, pensó para sí. Toda la culpa la tiene ese maldito Heat. ¿Qué pretendía perturbándola así? Pero, por su propio bien, no había que permitirle que siguiera en esas condiciones, hasta que volviese a sentirse dueña de sí.

—¡Mira! No puedes quedarte ahí, sentada, en el negocio— le dijo con ficticia severidad, en la que puso cierta dosis de real fastidio; por urgentes razones prácticas, debían discutir si se iban a quedar ahí, sentados, toda la noche.

—Cualquiera puede aparecer en cualquier momento— agregó. Pero no se produjo ningún efecto, y la idea de la irreversibilidad de la muerte se le presentó a Mr. Verloc durante la pausa. Entonces cambió de tono.

—Vamos. Esto no lo va a traer de vuelta— dijo gentil, listo para tomarla entre sus brazos y apretarla contra su pecho, donde la impaciencia y la compasión se repartían el campo. Excepto un corto estremecimiento, Mrs. Verloc se mantuvo aparentemente al margen de la fuerza de ese terrible axioma, Mr. Verloc fue el conmovido; se sentía impulsado en su simplicidad a pedir moderación haciendo valer los reclamos de su propia personalidad.

—Sé razonable, Winnie. ¿Qué hubiera pasado si me hubieses perdido a mí?

De un modo vago, había esperado oírla gritar. Pero ella no se movió.

Se movió apenas hacia atrás y volvió a envararse en una completa, incomprensible quietud. El corazón de Mr. Verloc empezaba a latir con mayor rapidez, entre la exasperación y algo parecido a la alarma. Ahoyó una mano en el hombro de la mujer y le dijo:

—No seas tonta, Winnie.

No hubo respuesta. Era imposible hablar de cualquier tema con una mujer a la que no se le puede ver la cara. Mr, Verloc tomó a su mujer de las muñecas. Pero las manos se adhirieron con más fuerza a la cara. Ella se inclinó hacia adelante con todo su peso y se tiró de la silla.

Asustado al verla debilitada sin remedio, Mr. Verloc intentaba volver a sentarla en la silla, cuando de pronto la mujer se enderezó, se arrancó de sus manos, corrió fuera del negocio, a través del salón, hasta la cocina. Todo fue muy rápido. Apenas vio un reflejo de la cara, pero no logró hallar nada de lo mucho que tenían los ojos de Winnie, según él bien los conocía.

Todo tuvo la apariencia de una pelea por la posesión de la silla, pues Mr. Verloc, de inmediato se sentó en ella. Y no se tapó la cara con las manos, sino que un sombrío estado de meditación veló sus facciones. Un período de prisión era inevitable. Tampoco quería

evitarlo ahora. Una prisión, con relación a posibles venganzas fuera de la ley, era un sitio tan seguro como la tumba, con esta ventaja: la cárcel deja sitio libre para la esperanza. Veía por delante un período de cárcel; lo soltarían pronto y luego iría a vivir afuera, en algún lugar, tal como había pensado en el caso de fracasar. Bueno, era un fracaso, aunque no justo el tipo de fracaso que había temido. Había estado muy cerca de un éxito con el que, como prueba de oculta eficiencia, bien podía haber aterrorizado a Mr. Vladimir, más allá de sus feroces befas. Al menos así lo sentía, ahora, Mr. Verloc. Su prestigio ante la Embajada podía haber sido inmenso si... si su mujer no hubiese tenido la desgraciada idea de coser la dirección en el sobretodo de Stevie. Mr. Verloc, que no era tonto, muy pronto percibió el carácter extraordinario de la influencia que él tenía sobre Stevie, aunque no comprendió con exactitud su origen— la doctrina de su suprema sabiduría y bondad inculcada por dos mujeres ansiosas. En todas las eventualidades que había previsto, Mr.

Verloc había contado, en correcta evaluación, con la lealtad instintiva y la ciega discreción de Stevie. La eventualidad que no había previsto lo había consternado como ser humanitario y como marido cariñoso.

Desde todo otro punto de vista era bastante ventajosa. Nada puede igualar la eterna discreción de la muerte. Mr. Verloc sentado en medio de la perplejidad y el espanto, en el pequeño salón de Cheshire Cheese, no dejaba de reconocer esto, porque nunca su sensibilidad se interponía en el camino de sus juicios. La violenta desintegración de Stevie, por desagradable que fuera pensar en ella, sólo había afirmado el éxito; porque, por supuesto, el objetivo de las amenazas de Mr. Vladimir no era destruir un muro sino producir un efecto moral. Con mucho disgusto y angustia para Mr. Verloc, el efecto había sido logrado, eso era indudable. Cuando, a pesar de todo y casi en forma inesperada, ese efecto fue a buscar apostadero en la casa de Brett Street, Mr. Verloc, que había estado luchando como un hombre en una pesadilla para preservar su posición, aceptó el revés con la actitud de un fatalista convencido. La situación no se había producido por culpa de nadie, es verdad. Un pequeño, diminuto hecho la había provocado. Era como resbalar pisando un pedacito de cáscara de naranja en la oscuridad y romperse una pierna.

Mr. Verloc tenía el corazón cansado. No abrigaba resentimientos contra su mujer. Pensó: tendría que haber visto primero el negocio estando él encerrado. Y pensando también cuán cruelmente echaría ella de menos a Stevie en los primeros tiempos, se sintió muy preocupado por su salud física y mental. ¿Cómo iba a soportar la soledad... sola por completo en esa casa? No fuera que se desesperara mientras él estaba en la cárcel. A todo esto, ¿qué pasaría con el negocio? El negocio era una seguridad. Aunque el fatalismo de Mr, Verloc aceptara su ruina como agente secreto, no pensaba verse arruinado por completo y menos, hay que reconocerlo, por consideración a su mujer.

Silenciosa y fuera de su vista, en la cocina, ella lo asustaba. Si por lo menos la acompañara su madre. Esa vieja tonta... Un desaliento iracundo poseía a Mr. Verloc. Tenía que hablar con su mujer. Por cierto que podía decirle que en algunas circunstancias un hombre cae en la desesperación. Pero no fue de inmediato a participarle esa información.

Antes que nada tenía bien claro que ésa no era noche para negocios. Se levantó a cerrar la puerta de la calle y apagó la luz.

Después de asegurarse la soledad junto a su piedra del hogar, Mr.

Verloc se dirigió al salón y miró hacia la cocina. Mrs, Verloc estaba sentada en el lugar en que el pobre Stevie, por lo común, se establecía por las noches, con papel y lápiz para aquel pasatiempo de dibujar esos revoltijos de círculos innumerables que sugerían caos y eternidad. Los brazos de Winnie estaban doblados sobre la mesa y ocultaba su cara entre ellos. Mr. Verloc contempló su espalda y su peinado por un rato, luego se alejó de la puerta de la cocina. La casi desdeñosa incuria filosófica de Mr. Verloc, la fundamentación de una concordancia entre ellos en la sola vida doméstica, le hacían muy difícil entrar en contacto con su mujer, ahora que esa trágica necesidad había surgido. Mr. Verloc sentía esa dificultad en forma muy aguda. Dio vueltas alrededor de la mesa del salón con su aire habitual de enorme animal enjaulado.

Al ser la curiosidad una de las formas de la autorrevelación, una persona no curiosa por sistema, siempre queda en el misterio, al menos en parte. Cada vez que pasaba junto a la puerta, Mr. Verloc observaba a su mujer con desasosiego. No era que le tuviese miedo a ella. Mr.

Verloc se imaginaba a sí mismo amado por esa mujer. Pero no se había acostumbrado a hacerle confidencias. Y la confidencia que tenía que hacerle era de un profundo orden psicológico. ¿Cómo, en su ansiedad de practicar esa confidencia, podía decirle lo que él mismo sentía sólo de un modo vago: que hay fatales conspiraciones del destino, que a veces una idea crece en la mente hasta adquirir existencia propia, un poder independiente y específico, e incluso una voz sugestiva? No podía explicarle que un hombre puede ser obsesionado por una cara gorda, sarcástica, afeitada hasta tal punto que la idea de desembarazarse de ella parezca cosa de nada.

Al hacer esta referencia mental al Primer Secretario de una gran Embajada, Mr. Verloc se detuvo frente a la puerta y mirando hacia la cocina con ira en la cara y los puños crispados, se dirigió a su mujer.

—No sabes con qué bruto he tenido que lidiar.

Otra vez reinició su recorrido alrededor de la mesa; cuando volvió a estar junto a la puerta, se paró de nuevo, mirando hacia la cocina, desde la altura de dos escalones.

—Un idiota, escarnecedor, peligroso bruto, con menos criterio que... ¡Después de todos estos años! ¡Un hombre como yo! Me he jugado la cabeza en este juego. Tú no sabes. Era muy justo, también.

¿Para qué decirte que corría el riesgo de que me clavaran un cuchillo en cualquier momento, en estos siete años que llevamos de casados?

No soy un chiquilín como para preocupar a la mujer que me tiene cariño.

No tenías por qué saberlo.

Mr. Verloc dio otra vuelta por el salón, hervía.

—Una bestia venenosa— empezó de nuevo desde la puerta—. Me llevó a una zanja a morir de hambre, sólo para hacerme una broma. Me doy cuenta que pensaba que iba a ser una maldita y excelente broma.

¡A un hombre como yo! ¡Fíjate! Algunos de los más importantes personajes del mundo tendrían que agradecerme por seguir caminando sobre sus dos piernas hasta hoy. ¡Ese es el hombre con el que te casaste, chiquita!

Vio que su mujer se había movido. Los brazos de Mrs. Verloc yacían apretados contra la mesa. Mr. Verloc observaba su espalda, como si allí pudiera leer el efecto de sus palabras.

—No ha habido en los últimos once años un complot para asesinar a alguien en el que no haya puesto el dedo, con riesgo de mi vida. Hay listas de esos revolucionarios a los que hice echar, con sus bombas en los malditos bolsillos, para que los apresaran en la frontera. El viejo Barón sabía cuál era mi valor para su país. Y de pronto un chancho viene... un chancho ignorante y despótico.

Mr. Verloc bajó con lentitud los dos escalones y entró a la cocina, sacó un vaso de la alacena, y con él en la mano se acercó a la pileta, sin mirar a su mujer.

—No hubiera sido el viejo Barón quien cometiese la inicua locura de mandarme a llamar a las once de la mañana. Hay dos o tres en esta ciudad que, si me hubiesen visto entrar allí, no se hubieran andado con vueltas para romperme la cabeza, más tarde o más temprano. Era una treta tonta, criminal, exponer para nada a un hombre... como yo.

Mr, Verloc, abriendo la canilla de la pileta, vació tres vasos de agua en su garganta, uno tras otro, para apagar los fuegos de su indignación.

La conducta de Mr. Vladimir fue como una tea encendida que puso llamas en su habitual economía interna. No podía dejar de ver la deslealtad de todo ese proceder. Este hombre, que no había querido trabajar en las actividades habituales que la sociedad impone a sus más humildes miembros, había ejercido su labor secreta con una devoción infatigable. En Mr. Verloc había acopio de lealtad. Había sido leal a sus empleadores por causa de la estabilidad (y también por su propio gusto), como quedó claro cuando, después de poner el vaso en la pileta, se volvió diciendo:

—Si no hubiera pensado en ti, hubiera agarrado a ese bruto fanfarrón del cuello y le hubiera metido la cabeza en el fuego. Lo hubiera convertido en poco más que un fósforo a ese rosadito, carita afeitada...

Mr. Verloc no se preocupó por terminar su idea, como si no pudiesen quedar dudas acerca de las palabras finales. Por primera ver, en su vida le hacía una confidencia a esa mujer carente de curiosidad. El carácter singular del hecho, la fuerza e importancia de los sentimientos personales excitados en el curso de esa confesión, eliminaron de la mente de

Verloc el destino de Stevie. La existencia del muchacho, tartamudeante entre recelos e indignaciones, junto con la violencia de su fin, se había desvanecido del campo focal de Mr. Verloc por un rato.

Por ese motivo, cuando la miró, se quedó espantado ante el aspecto de los ojos de su mujer. No era una mirada salvaje ni falta de atención, pero su atención era rara y poco satisfactoria, ya que parecía concentrada sobre algún punto puesto detrás de la persona de Mr. Verloc. Su impresión fue tan fuerte que echó una ojeada por encima del hombro.

No había nada detrás de él: sólo estaba la pared impecable. El excelente marido de Winnie Verloc no vio nada escrito en la pared. Se volvió a su mujer otra vez, repitiendo, con cierto énfasis:

—Le hubiera apretado el cuello. Tan cierto como que estoy parado:

si no hubiera pensado en ti, lo hubiese dejado medio ahogado antes de permitir que se levante. Y no creas que él hubiese llamado a la policía.

No se hubiese atrevido. ¿entiendes por qué, no?

Guiñó hacia su mujer con aire cómplice.

—No— dijo Mrs. Verloc, la voz apagada, sin mirarlo para nada. ¿De qué estás hablando?

Un enorme desaliento, resultado de la fatiga, se abatió sobre Mr.

Verloc. Había tenido un día muy agitado y sus nervios estuvieron en su máxima tensión. Después de un mes de preocupación enloquecedora, súbitamente desembocada en una catástrofe, el espíritu atormentado de Mr. Verloc ansiaba reposo. Su carrera de agente secreto había llegado a un final que nunca nadie pudo haber previsto; recién ahora, tal vez, lograría al menos un buen sueño nocturno. Pero al mirar a su mujer tuvo dudas. Se lo estaba tomando muy a la tremenda... no era totalmente dueña de sí, pensó. Hizo un esfuerzo para hablar.

—Tienes que calmarte, chiquita— dijo, comprensivo—. Lo que está hecho no puede deshacerse.

Mrs. Verloc se agitó apenas, aunque, al menos en su cara blanca, no se movió ni un músculo. Mr. Verloc, que no la estaba mirando, continuó, pesado:

—Vete a la cama ahora. Lo que necesitas es llorar un buen rato.

Esta opinión no tenía más aval que el general consenso de la humanidad.

Se sabe en todo el universo que, como si no fuera nada más sustancial que el vapor que flota en el cielo, toda emoción de mujer está destinada a terminar en lluvia. Y es muy probable que si Stevie hubiera muerto en su lecho, bajo la mirada angustiosa de su

hermana, entre sus brazos protectores, la congoja de Mrs. Verloc se hubiera aliviado en un diluvio de amargas y puras lágrimas. Tal como otros seres humanos, Mrs. Verloc estaba provista de una reserva de resignación inconsciente, adecuada para encauzarse por las normales manifestaciones del destino humano. Sin «romperse la cabeza en el asunto», sabía que no era bueno «pensar demasiado». Pero las lamentables circunstancias del fin de Stevie, que a los ojos de Mr. Verloc era un hecho episódico, parte de un desastre mayor, secaron sus lágrimas en su misma fuente. Era como el efecto de un hierro al rojo vivo sobre sus ojos; al mismo tiempo su corazón, endurecido y cristalizado como un montón de hielo, estremecía por dentro su cuerpo, mantenía sus facciones en una inmovilidad frígida y contemplativa, encaminada a la pared blanca sin escrituras. Las exigencias del temperamento de Mrs.

Verloc, que, cuando se desnudaba de su reserva filosófica, era maternal y violento, la obligaban a revolver toda una serie de pensamientos en su cabeza inmóvil. Esos pensamientos eran más imaginados que expresados.

Mrs. Verloc era una mujer de poquísimas palabras, tanto para usar en público como en privado. Con el furor y el desaliento de una mujer traicionada, repasó el curso de su vida en visiones, que, en su mayoría, se referían a la difícil existencia de Stevie desde sus primeros días. Era una vida con un único objetivo y una noble unidad de inspiración, como esas raras vidas que han dejado su impronta en los pensamientos y sentimientos de la humanidad. Pero las visiones de Mrs.

Verloc carecían de nobleza y magnificencia. Se veía a sí misma poniendo al chico en la cama, a la luz de una sola vela, en el piso superior desierto de una «casa de negocios», oscura bajo el techo y chisporroteante en exceso con las luces y cristales biselados a nivel de la calle, como un palacio encantado. Ese resplandor impúdico era el único que se podía encontrar en las visiones de Mrs. Verloc. Recordaba cómo cepillaba el pelo del niño y ataba sus delantales ella misma de delantal toda; los consuelos dirigidos a una criatura pequeña y muy asustada por otra criatura casi tan pequeña pero no tan asustada; tuvo la visión de los golpes interceptados (a menudo con su propia cabeza); de una puerta que, con desesperación, trataba de mantener cerrada frente a la ira de un hombre (no por mucho rato); de un atizador arrojado una vez (no muy lejos) que apaciguó aquella particular tormenta, en el mudo y abrumador silencio que sigue al estallido de un trueno. Y todas estas escenas de violencia iban y venían acompañadas por el ruido grosero de las hondas vociferaciones provenientes de un hombre herido en su orgullo paterno, que declaraba tener encima una clara maldición, ya que uno de sus hijos era «un idiota baboso y la otra una diabla perversa ». De ella se había dicho tal cosa, muchos años atrás.

Mrs. Verloc oyó otra vez esas palabras, fantasmales, y luego la funesta sombra de la mansión belgraviana descendió sobre sus hombros.

Era un recuerdo quebrantador, una visión exhaustiva de incontables mesitas de desayuno llevadas arriba y abajo por innumerables escaleras, de interminables regateos por un penique, de interminables horas de barrer, desempolvar, lavar, desde el sótano hasta el ático; mientras la madre impotente, tambaleándose sobre sus piernas hinchadas, cocinaba en una cocina grasienta y el pobre Stevie, el inconsciente genio que presidía todos sus

afanes, embetunaba en el fregadero las negras botas de los señores huéspedes. Pera esta visión tenía el hálito de un cálido verano de Londres, y como figura central un hombre joven, con sus mejores ropas domingueras, con un sombrero de paja sobre el pelo oscuro y una pipa de madera en la boca. Afectivo y alegre, era un compañero maravilloso para viajar hacia la relumbrante corriente de la vida; sólo que su bote era muy chico. En él había lugar para una compañera, pero no podía subir ningún pasajero. Se le permitió irse a la deriva, lejos del umbral de la mansión belgraviana, mientras Winnie volvía sus ojos llenos de lágrimas. Ese joven no era un huésped. Huésped era Mr. Verloc, indolente, se acostaba tarde, semidormido y chistoso desde la cama por las mañanas, pero con destellos amorosos en sus ojos de pesados párpados, y siempre con algún dinero en el bolsillo. No relumbraba la corriente perezosa de esa vida; fluía por lugares secretos. Pero el suyo era un barco grande y su taciturna magnanimidad aceptaba, como hecho consumado, la presencia de pasajeros.

Mrs. Verloc siguió con la visión de siete años de seguridad para Stevie, lealmente pagados por parte de ella; de seguridad que se acrecentaba como confianza en un sentimiento doméstico, estancado y profundo, como una tranquila pileta cuya protegida superficie apenas se estremeció ante el ocasional pasaje del camarada Ossipon, el robusto anarquista de ojos que invitaban, faltos de vergüenza, con esa mirada que tenía la claridad corrupta suficiente para iluminar a cualquier mujer que no fuese imbécil.

Unos pocos segundos habían transcurrido desde que se pronunciara la última palabra en voz alta en la cocina, y Mrs. Verloc ya estaba contemplando la visión de un episodio que no tenía más de quince días.

Con ojos de pupilas dilatadísimas, observaba la visión de su marido y el pobre Stevie caminando por Brett Street, uno junto al otro, alejándose del negocio. Era la última escena de una existencia creada por el genio de Mrs. Verloc; una existencia extraña a toda gracia y encanto, sin belleza y casi sin decencia, pero admirable en la continuidad de sentimiento y en la tenacidad de fines. Y esta última visión tenía tanto relieve plástico, tanta cercanía de forma, tanta fidelidad de detalles sugestivos, que arrancó de Mrs. Verloc un murmullo angustioso y débil, que reproducía la suprema ilusión de su vida, un aterrador murmullo que murió sobre sus labios emblanquecidos.

—Parecían padre e hijo.

Mr. Verloc se detuvo y levantó su cara agobiada.

—¿Eh? ¿Qué dijiste?— preguntó. Al no recibir respuesta retomó su siniestra caminata. Luego, mientras blandía la amenaza de un puño gordo y carnoso, estalló:

—Sí. La gente de la Embajada. ¡Linda caterva son ésos! En menos de una semana voy a hacer que algunos de ellos ansíen estar a veinte pies bajo tierra. ¿Eh? ¿Qué?

Miró hacia los costados con la cabeza baja. Mrs. Verloc miraba hacia la pared blanca. Una pared limpia... perfectamente limpia. Una blancura como para correr y estrellar la cabeza contra ella. Mrs. Verloc seguía sentada de modo inamovible. Estaba tan quieta como lo

estaría la población de la mitad del globo, si el sol desapareciera de pronto en un cielo de verano por la perfidia de una providencia en la que se confiaba.

—La Embajada— empezó otra vez Mr. Verloc, luego de una mueca preliminar que dejó ver sus dientes lobunos—. Me gustaría meterme ahí con un garrote durante media hora. Iba a golpear hasta que no quedara ni una sola pierna izquierda entera en todo el montón. Pero no importa, ya les voy a enseñar qué significa querer tirar a un hombre como yo para que se pudra en las calles. Yo tengo lengua. Todo el mundo sabrá qué hice por ellos. No tengo miedo. No me importa. Todo va a salir afuera; cada maldita cosa. ¡Que se asomen nomás!

En estos términos Mr. Verloc declaraba su sed de venganza. Era una venganza muy apropiada. Estaba acorde con los impulsos del genio de Mr. Verloc. También tenía la ventaja de estar dentro del radio de sus poderes y de ajustarse muy bien a la práctica de toda su vida, que consistiera en traicionar los secretos y procedimientos ilegales de sus compañeros. Anarquistas o diplomáticos, todos eran uno para él. Por temperamento, Mr. Verloc no era un aceptador de personas. Su desdén se distribuía por igual sobre todo el campo de sus operaciones. Pero como miembro del proletariado revolucionario— como sin dudas lo era alimentaba un sentimiento más bien inamistoso hacia las diferencias sociales.

Nada en la tierra puede pararme ahora agregó, e hizo una pausa, mirando con fijeza a su mujer, que estaba mirando con fijeza la pared blanca.

El silencio en la cocina se prolongó y Mr. Verloc se sintió desilusionado.

Había supuesto que su mujer le diría algo. Pero los labios de Mrs. Verloc, tranquilos como siempre, conservaron la inmovilidad de estatua que tenía el resto de la cara. Y Mr. Verloc estaba desilusionado.

Aunque la ocasión— él lo reconocía— no demandaba palabras de parte de ella. Era una mujer de muy pocas palabras. Por motivos insertos en las mismas bases de su psicología, Mr. Verloc se inclinaba a poner su confianza en cualquier mujer que se le hubiese entregado. Por eso confiaba en su mujer. La armonía entre ellos era perfecta, pero no era definida. Era un acuerdo tácito, adecuado a la incuria de Mrs. Verloc y a los hábitos mentales de Mr. Verloc, que eran indolentes y secretos.

Ambos se cuidaban de ir al fondo de los hechos y a sus motivaciones.

Esta reserva, que en cierto modo expresaba la profunda confianza del uno en el otro, introducía a la vez un cierto elemento de vaguedad en sus instantes íntimos. Ningún sistema de relaciones conyugales es perfecto. Mr. Verloc estimaba que su mujer lo había comprendido, pero se hubiera alegrado de oírle decir qué estaba pensando en ese momento. Hubiese sido un alivio.

Había varias razones por las que se le negaba ese alivio. Había un obstáculo físico: Mrs. Verloc no tenía suficiente dominio de su voz. No veía diferencias entre un chillido y el silencio y, por instinto, eligió el silencio. Winnie Verloc era una persona silenciosa por temperamento.

Y estaba la paralizante atrocidad del pensamiento que la poseía. Sus mejillas estaban blancas, sus labios cenicientos, su inmovilidad pasmaba.

Y pensó sin mirar a Mr. Verloc: «este hombre se llevó al chico para asesinarlo. ¡Se llevó al chico para asesinarlo!» Todo el ser de Mrs.

Verloc se despedazaba ante ese pensamiento incoherente y enloquecedor.

Estaba en sus venas, en sus huesos, en las raíces de su pelo. Mentalmente asumía la bíblica actitud del luto: la cara cubierta, las vestiduras rasgadas; el sonido de lloros y lamentos llenaba su corazón. Pero sus dientes se apretaban con violencia y sus ojos secos hervían de furia, porque no era una criatura sumisa. En su origen, la protección que había extendido sobre su hermano tenía una naturaleza fiera e indignada.

Tuvo que amarlo con un amor militante. Batalló por él... incluso contra sí misma. Perderlo tuvo la amargura de una derrota, con la angustia de una pasión frustrada. No fue el golpe común de una muerte.

Además, no fue la muerte quien se llevó de su lado a Stevie. Fue Mr Verloc quien se lo llevó. Ella lo había visto. Lo había contemplado, sin levantar una mano dejó que se lo llevara. Y lo había dejado ir como...

una tonta... una tonta ciega. Luego, después de asesinar al chico, había vuelto a casa, a buscarla. Volvió a la casa como cualquier otro hombre volvería al hogar, a su mujer...

A través de sus dientes apretados Mrs. Verloc musitó a la pared:

—Y yo pensé que se había resfriado.

Mr. Verloc oyó esas palabras y se adueñó de ellas.

—No es nada— dijo, pensativo—. Estoy trastornado. Estoy trastornado por ti.

Mrs. Verloc, girando con lentitud la cabeza, trasladó su mirada de la pared a su marido. Mr. Verloc, con las puntas de los dedos entre los labios, estaba mirando el suelo.

—No se puede hacer nada— musitó, dejando caer las manos—Tienes que dominarte. Vas a necesitar todas tus fuerzas. Fuiste tú quien trajo la policía hasta nuestras narices. No importa, no quiero hablar más de eso— continuó Mr. Verloc, con magnanimidad—. No podías saber.

—No podía— exhaló Mrs. Verloc. Fue como si su cuerpo hablara.

Mr. Verloc retomó el hilo de su discurso.

—No te lo reprocho. Yo voy a tener los ojos bien despiertos. Una vez que me encierren con llave y candado, voy a estar a salvo como para hablar... tú entiendes. Tienes que calcular que voy a estar lejos de ti dos años— continuó, en tono de sincera inquietud—. Será más fácil para ti que para mí. Tendrás algo que hacer, mientras que yo... Mira, Winnie, lo que tienes que hacer es mantener en marcha este negocio por dos años. Sabes lo suficiente para eso. Tienes buena cabeza. Te mandaré decir en qué momento tendrás que venderlo. Tendrás que ser sumamente cuidadosa. Los camaradas tendrán un ojo encima tuyo todo el tiempo. Deberás ser tan astuta como sabes serlo y tan muda como una tumba. Nadie debe saber qué estás por hacer. No quiero un golpe en la cabeza o una puñalada ni bien salga.

Así habló Mr. Verloc, poniendo su mente con ingenuidad y previsión en los problemas del futuro. Su voz era sombría, porque tenía una correcta apreciación de los hechos. Todas las cosas que no hubiera querido que ocurrieran habían ocurrido. El futuro se había vuelto precario.

Tal vez su juicio se hubiera oscurecido de momento por su terror a la truculenta locura de Mr. Vladimir. Un hombre que está por encima de los cuarenta puede ser disculpado si se entrega a un considerable desorden ante la perspectiva de perder su empleo, muy en especial si ese hombre es un agente secreto de la policía política, que vive seguro en la conciencia de su alto valor y en la estima de importantes personajes.

Se lo podía perdonar.

Ahora la cosa había terminado en un desastre. Mr. Verloc estaba frío; pero no contento. Un agente secreto que echa a los cuatro vientos su información por deseo de venganza, y ostenta sus logros ante la opinión pública, se convierte en el blanco de la indignación desesperada y sedienta de sangre. Sin indebida exageración del peligro, Mr.

Verloc trataba de plantearlo con claridad ante los ojos de su mujer. Le repitió que no tenía intención de dejar que los revolucionarios lo borraran.

Miró derecho a los ojos de su mujer. Las enormes pupilas recibieron su mirada en insondables profundidades.

—Te quiero demasiado para eso dijo él, con una risita nerviosa.

Un débil rubor coloreó el rostro lívido e inmóvil de Mrs. Verloc.

Una vez terminada la visión de su pasado, no sólo había oído sino que también había comprendido las palabras pronunciadas por su marido.

Por su extrema discordancia con el estado mental que la dominaba, esas palabras le produjeron un efecto sofocante. La condición mental de Mrs. Verloc tenía el mérito de la simplicidad; pero no era profunda.

Estaba demasiado determinada por una idea fija.

Cada pliegue y cada rincón de su cerebro estaba lleno del pensamiento de que este hombre, con el que ella había vivido sin disgusto por siete años, se había llevado lejos de ella a ese <pobre chico> para matarlo... el hombre para el que había crecido adaptándose en cuerpo y alma; el hombre en quien había confiado ¡se llevó al muchacho para matarlo! En su forma, en su substancia, en su efecto, que era universal, alterando incluso el aspecto inanimado de las cosas, era un pensamiento para permanecer y maravillar por siempre jamás. Mrs. Verloc no se movía. Y a través de ese pensamiento (no a través de la cocina) la forma de Mr. Verloc iba y venía, familiar, de sobretodo y sombrero, triturándole con las botas el cerebro. Tal vez también estuviera hablando; pero el pensamiento de Mrs. Verloc cubría, durante casi todo el tiempo, esa voz. Entonces y ahora, sin embargo, la voz quería hacerse oír. Varias palabras conectadas emergían por momentos. En general, su mensaje era esperanzado. En cada una de estas ocasiones las dilatadas pupilas de Mrs. Verloc, perdiendo su fijeza lejana, seguían los movimientos de su marido con el efecto de una negra inquietud e impenetrable atención. Bien informado sobre todos los temas conectados con su ocupación secreta, Mr. Verloc hacía buenos augurios para el éxito de planes y combinaciones. En verdad creía que sería fácil para él, después que hubiera pasado todo, escapar al cuchillo de los revolucionarios furibundos. Había exagerado la fuerza de esa furia y la longitud de sus brazos (por motivos profesionales) demasiado a menudo para hacerse muchas ilusiones en uno u otro sentido. Porque para exagerar con criterio uno tiene que empezar por medir con finura. Sabía también cuánta virtud y cuánta infamia se olvidan en dos años... dos largos años. Su primer discurso confidencial de verdad para su mujer era optimista por convicción. También consideró buena política desplegar todas las seguridades que pudiera reunir. Eso daría ánimos a la pobre mujer. En el momento de su liberación que, en armonía con todo el estilo de su vida, tendría que ser secreta, por supuesto, se escabullirían juntos sin pérdida de tiempo. En cuanto a borrar los rastros, le suplicaba a su mujer que confiara en él para eso. Sabía cómo había que hacerlo de modo que ni el mismo diablo...

Agitó la mano. Parecía alardear. Sólo quería animarla. La intención era benévola, pero Mr. Verloc tenía la poca fortuna de estar en desacuerdo con su audiencia.

El tono seguro de sí fue creciendo en los oídos de Mrs. Verloc, que dejaba correr la mayoría de las palabras; porque ¿qué eran las palabras, ahora, para ella? ¿Qué podían hacer por ella las palabras, para bien o para mal, frente a su idea fija? Su mirada negra seguía a ese hombre que estaba asegurándose la impunidad, el hombre que se había llevado del hogar al pobre Stevie para matarlo en cualquier parte. Mrs.

Verloc no podía recordar con exactitud dónde, pero su corazón empezó a latir en forma muy perceptible.

Mr. Verloc, con un tono suave y conyugal, expresaba ahora su firme creencia de que después habría para ambos, todavía, unos buenos años de vida tranquila. No se refirió al problema de los recursos. Una vida tranquila debe ser, por así decir, un pichón en la sombra, oculto entre los hombres, cuya carne es pasto; modesta, como la vida de las violetas. Las palabras usadas por Mr. Verloc eran: «ocultarse un tiempito ». Y lejos de Inglaterra, por supuesto. No estaba claro si Mr. Verloc pensaba en España o en América del Sur; de todos modos, tendría que ser algún lugar lejano.

Esta última palabra, al llegar a los oídos de Mrs. Verloc, produjo una impresión definida. Ese hombre estaba hablando de ir lejos. La impresión estaba desconectada por completo. Y tanta es la fuerza del hábito mental que Mrs. Verloc, de inmediato y en forma automática, se preguntó: «¿y qué hacemos con Stevie?» Fue una especie de descuido; pero al instante comprendió que ya no había motivo para ansiedades de esa índole. Ya nunca más habría motivo. El pobre muchacho había sido llevado lejos y asesinado. El pobre muchacho estaba muerto.

Ese descuido trepidante estimuló la inteligencia de Mrs. Verloc.

Comenzó a percibir ciertas consecuencias, que hubieran sorprendido a Mr. Verloc. Ya no era necesario que ella estuviera allí, en esa cocina, en esa casa, con ese hombre... ya que el muchacho se había ido para siempre. Para nada necesario. Y entonces Mrs. Verloc se levantó como impulsada por un resorte. Pero no vio nada que la retuviera en el mundo. Y esa ineptitud la detuvo. Mr. Verloc la observaba con su solicitud marital.

—Ya pareces más dueña de ti— dijo, inquieto; algo peculiar en la negrura de los ojos de su mujer perturbaba su optimismo. En ese preciso momento Mrs. Verloc empezó a mirar por encima de ella misma, como si estuviera desligada de toda atadura terrena. Tenía su libertad.

Su contrato con la existencia, representado por ese hombre de pie allí, había llegado a su fin. Era una mujer libre, Si este punto de vista se hubiera hecho perceptible para Mr. Verloc, él se hubiese sentido escandalizado.

En sus asuntos amorosos Mr. Verloc había sido siempre generoso pero cauto, aunque siempre sin más idea que la de ser amado por sí mismo. Sobre este tema, como sus nociones éticas estaban de acuerdo con su vanidad, era por completo incorregible. Estaba perfectamente seguro que ello debía ser así en el caso de su virtuoso y legal matrimonio. Se había vuelto viejo, gordo, pesado, en la creencia de que no carecía de fascinación para ser amado por sus propias condiciones.

Cuando vio a Mrs. Verloc disponiéndose a salir fuera de la cocina sin una palabra, se sintió desilusionado.

—¿Adónde vas?— llamó con brusquedad—¿Arriba?

En la puerta, Mrs. Verloc se volvió hacia la voz. Un instinto de prudencia, nacido del temor, el excesivo temor de que ese hombre se acercara y la tocara, la indujo a hacerle una especie de mueca (desde lo alto de los dos escalones), con un estremecimiento en los labios, al que el optimismo conyugal de Mr. Verloc consideró como una descolorida e insegura sonrisa.

—Muy bien— la alentó con aspereza—. Descanso y tranquilidad es lo que necesitas. Ve. Dentro de un rato estaré contigo.

Mrs. Verloc, la mujer libre que no había pensado en realidad hacia dónde iba a ir, obedeció la sugerencia con porte rígido.

Mr. Verloc la observó, mientras desaparecía por la escalera. Estaba desilusionado. En su interior había algo que hubiera querido que ella se refugiara sobre su pecho. Pero era generoso e indulgente. Winnie siempre había sido poco efusiva y silenciosa. Tampoco Mr. Verloc era pródigo en caricias y palabras, por lo común. Pero ésa no era una noche como todas. Era una ocasión en la que un hombre quiere ser sostenido y vigorizado por pruebas evidentes de simpatía y afecto. Mr.

Verloc suspiró y apagó la luz de gas en la cocina. La simpatía hacia su mujer era genuina e intensa. Esto casi le arrancó lágrimas de los ojos cuando se detuvo en el salón, reflexionando acerca de la soledad que pendía sobre su cabeza. Con esta disposición de ánimo, Mr. Verloc echaba de menos a Stevie, liberado ya de este mundo difícil. Lleno de pesadumbre pensó en el fin del muchacho. ¡Si al menos el chico no se hubiera destruido tan estúpidamente!

La sensación de hambre implacable, no desconocida después del esfuerzo de una empresa azarosa por aventureros de más fibra que Mr.

Verloc, se abatió sobre él otra vez. El trozo de carne, yacente allí como una comida funeral en las exequias de Stevie, se ofrecía con generosidad a su vista. Y Mr. Verloc volvió a comer. Comió vorazmente, sin moderación ni decencia, cortando gruesas rebanadas con el filoso cuchillo de trinchar y tragándolas sin pan. Durante esta refección se le ocurrió pensar que no escuchaba los movimientos de su mujer en el dormitorio, como tendría que haber sido. El pensamiento de encontrarla tal vez sentada, en la cama, a oscuras, no sólo le cortó el apetito, sino que llegó a desvanecerle la idea de seguirla de inmediato. Tras dejar el cuchillo de trinchar sobre el plato, Mr. Verloc escuchó con una atención agobiada de cuidados.

Se sintió confortado al oír que por fin ella se movía. De pronto había cruzado el cuarto y ahora abría la ventana. Después de un rato de quietud en el lugar, durante el cuál se la figuró asomando la cabeza, oyó cómo bajaba lentamente el vidrio. Luego dio unos pasos y se detuvo.

Cada resonancia de su casa le era muy familiar a Mr. Verloc, él estaba domesticado por entero. A continuación, cuando oyó las pisadas de su mujer por encima de su cabeza, supo tan bien como si la hubiera visto haciéndolo, que ella se había puesto sus zapatos de calle. Mr.

Verloc movió apenas los hombros ante ese síntoma agorero y alejándose de la mesa se paró de espaldas al fuego, la cabeza a un lado, mordiéndose las uñas, perplejo. Seguía el rastro de los movimientos de su mujer a través del ruido. Ella caminaba de aquí para allá, con violencia, con abruptas paradas, ahora frente a la cómoda, luego frente al guardarropa.

Una enorme carga de fatiga, cosecha de un día de golpes y sorpresas, abatió las energías de Mr. Verloc.

No levantó los ojos hasta que oyó a su mujer bajando las escaleras.

Tal como había adivinado estaba vestida como para salir.

Mrs. Verloc era una mujer libre. Había abierto la ventana del dormitorio con la intención de gritar ¡asesino! ¡socorro!, o bien de tirarse a la calle. Porque no sabia exactamente qué hacer con su libertad.

Era como si su persona se hubiera rasgado en dos, cuyas operaciones mentales no se ajustaban muy bien las de la una con las de la otra.

La calle, silenciosa y desierta de uno a otro extremo, le resultaba repugnante por su apoyo a ese hombre que estaba tan seguro de su impunidad.

No se atrevió a gritar por miedo a que nadie apareciese. Era evidente que nadie acudiría. Su instinto de autoconservación retrocedía ante la profundidad de una caída en esa especie de foso embarrado y hondo. Mrs. Verloc cerró la ventana y se vistió para ir a la calle por otro camino. Era una mujer libre. Se había vestido por completo, incluso con un velo negro sobre su cara. Cuando apareció delante de él, a la luz del salón, Mr. Verloc observó que llevaba su valijita de mano colgando de su mano izquierda... Volar hacia su madre, por supuesto.

La idea de que las mujeres son, después de todo, criaturas fastidiosas, se presentó en su fatigado cerebro. Pero era demasiado generoso para darle cabida más que por un instante. Ese hombre, herido en forma cruel en su vanidad, seguía siendo magnánimo en su conducta, y ni siquiera se permitía la satisfacción de una amarga sonrisa o de un gesto desdeñoso. Con verdadera grandeza de alma, echó una mirada hacia el reloj de madera colgado en la pared y dijo en perfecta calma pero con tono forzado:

—Las ocho y veinticinco, Winnie. No tiene sentido ir allá tan tarde.

No podrás regresar esta noche.

Ante su brazo extendido, Mrs. Verloc se paró por un segundo. Él agregaba, con pesadez:

—Tu madre se habrá ido a la cama antes de que llegues allá. Ésta es una noticia que puede esperar.

Nada estaba más lejos de los pensamientos de Mrs. Verloc que ir a ver a su madre. Retrocedía ante esa idea y, al tocar una silla, obedeció a la sugestión del contacto y se sentó. Su intento había sido simplemente el de salir de allí para siempre. Y si este sentimiento era correcto, su forma mental tomó un esquema poco refinado, correspondiente al origen de la mujer y a su rango. «Prefiero andar por la calle por el resto de mis días», pensó. Pero esta criatura, cuya moral había estado sujeta a un golpe del que, en el orden físico, el más violento terremoto de la historia sólo sería una débil y lánguida reproducción, estaba a merced de fruslerías, de contactos casuales. Se sentó. Con el sombrero y el velo

tenía el aspecto de una visita, como si hubiese ido a ver a Mr. Verloc por un momento. Su inmediata docilidad dio fuerzas a su marido, en tanto que ese aspecto de aquiescencia sólo temporaria era una provocación.

—Permíteme que te diga, Winnie— dijo con autoridad— que tu lugar está aquí esta noche. ¡Maldita sea! tú trajiste la condenada policía, metida por todas partes en mis asuntos. No te lo reprocho... pero de todos modos es tu responsabilidad. Más bien tendrías que quitarte ese maldito sombrero. No te puedo dejar salir, viejita— agregó, suavizando la voz.

La mente de Mrs. Verloc se hizo cargo de esa declaración con una mórbida tenacidad. El hombre que se había llevado a Stevie bajo sus mismas narices, para asesinarlo en un lugar cuyo nombre no estaba presente en su memoria ahora, no quería permitirle que se fuera. Por supuesto que no. Ahora que había asesinado a Stevie no quería dejarla ir jamás. Quería conservarla sin motivos. Con este característico razonamiento, lleno de toda la fuerza de una lógica insana, trabajaban en la práctica los sentidos disociados de Mrs. Verloc. Podía deslizarse junto a él, abrir la puerta, escapar. Pero él se precipitaría tras ella, tomaría su cuerpo pleno, la llevaría otra vez al negocio. Podía arañarlo, patearlo, golpearlo... y también darle una puñalada; para eso necesitaba un cuchillo.

Mrs. Verloc permanecía sentada, quieta, bajo su velo negro, en su propia casa, como una visitante enmascarada y misteriosa, de impenetrables intenciones.

La magnanimidad de Mr. Verloc era nada más que humana. Y, al fin, ella lo había exasperado.

—¿No puedes decir algo? Tienes tus propias vueltas para hacer enojar a un hombre. Conozco tus tretas de sordomuda. Ya te he visto así antes. Pero ahora no lo soporto. Y para empezar, quítate esa maldita cosa. Uno no sabe si está hablando con un maniquí o con una mujer viva.

Avanzó, estiró la mano y le arrancó el velo, desenmascarando la cara todavía inexpresiva, contra la cual su exasperación nerviosa se hizo añicos como una burbuja de vidrio que cayese contra una roca.

—Así está mejor— dijo, para tapar su momentáneo embarazo, y se retiró a su antigua posición junto a la chimenea. No se le había ocurrido nunca que su mujer pudiera abandonarlo. Se sentía un poco avergonzado de sí mismo, porque le tenía cariño y era generoso. ¿Qué podía hacer? Ya todo estaba dicho. Protestó con vehemencia.

—¡Por Dios! Sabes que me han perseguido por todas partes. He corrido el riesgo de que me liquidaran para encontrar a alguien para este maldito trabajo. Y te digo otra vez que no pude encontrar a nadie bastante loco o bastante hambriento. ¿Por quién me tomas, por... un asesino o qué? El muchacho se ha ido. ¿Crees que yo quería que él se volara en pedazos? Se ha ido. Sus problemas se terminaron. Los nuestros recién están empezando, te digo, precisamente porque él se voló a sí mismo. No te lo reprocho. Pero trata de entender que fue un mero accidente; igual que si se hubiese caído bajo un ómnibus al cruzar una calle.

Su generosidad no era infinita, porque él era un ser humano— y no un monstruo, como creía de él Mrs. Verloc. Hizo una pausa y un gruñido le levantó los bigotes por encima de un destello de dientes blancos, dándole la expresión de una bestia reflexiva, no muy peligrosa; una bestia pesada, de cabeza lisa, más tenebrosa que una foca, de voz ronca.

—Y si la cosa está así es más por tu responsabilidad que por la mía.

Es así. Puedes mirar todo lo que quieras. Sé muy bien hasta dónde puedes llegar con ello. Que me maten si alguna vez pensé en el chico para este asunto. Fuiste tú quien me lo puso en el camino cuando yo estaba medio perdido con la preocupación de mantenernos todos nosotros fuera de líos. ¿Qué diablos hiciste? Cualquiera diría que lo hacías con algún fin. Y maldito si estoy seguro de que no fuera así. No hay que decir que mucho de lo que pasa te lo debías tener bien callado con tu maldita manera a—mí—qué—me—importa de mirar a ninguna parte en especial y no decir nada...

Su voz ronca, doméstica, se acalló por un rato. Mrs. Verloc no replicó.

Ante ese silencio se sintió avergonzado por lo que había dicho.

Pero muy a menudo les pasa a los hombres pacíficos que, en las disputas caseras, al sentirse avergonzados promueven otro problema.

—Tienes una manera diabólica de frenar tu lengua, a veces— comenzó otra vez, sin levantar la voz—. Suficiente como para volver locos a algunos hombres. Es una suerte para ti que yo no me salga de mis casillas con tanta facilidad como algunos, con tus enojos sordomudos.

Yo te tengo cariño. Pero no vayas tan lejos. No es momento para eso.

Tendríamos que estar pensando qué es lo que debemos hacer. Y no te puedo dejar ir esta noche, galopando a ver a tu madre con algún cuento loco sobre mí. No lo voy a tolerar. Y no te equivoques: si piensas que yo maté al muchacho, entonces tendrás que pensar que tú lo mataste tanto como yo.

En cuanto a sentimiento sincero y enunciación abierta, estas palabras superaban en mucho todo lo que se había dicho antes en esa casa, mantenida con el salario de una industria secreta, apenas abastecida con la venta de mercaderías más o menos secretas: los pobres medios inventados por una humanidad mediocre para preservar una sociedad imperfecta de los riesgos, secretos también, de la corrupción física y moral de sus componentes. Fueron dichas porque Mr. Verloc se sentía de veras ultrajado; pero las reticentes decencias de esta vida de hogar, anidada en una calle sombría, detrás de un negocio donde jamás brilló el sol, seguían en apariencia inalterables. Mrs. Verloc lo escuchaba con perfecto dominio de sí, y luego se paró, con su sombrero y el abrigo, como una visita que ha llegado al final de su deber. Avanzó hacia su marido, adelantando un brazo como en una silenciosa despedida. El velo de tul, que colgaba de una punta al costado izquierdo de su cara, daba un aire de formalidad desordenada a sus movimientos reprimidos.

Pero cuando llegó hasta la alfombrilla de la chimenea, Mr. Verloc ya no estaba allí. Se había dirigido hacia el sofá, sin levantar los ojos para comprobar el efecto de su discurso. Estaba cansado, resignado, en un estilo de veras marital. Pero se sentía herido en el tierno espacio de su secreta debilidad. Si ella quería seguir enfurruñada en ese espantoso silencio sobrecargado, que lo hiciera. Era experta en ese arte doméstico.

Mr. Verloc se arrojó sobre el sofá con pesadez, sin cuidarse del destino de su sombrero, como siempre; acostumbrado a cuidarse solo, el sombrero se encontró un refugio bajo la mesa.

Estaba cansado. La última partícula de su fuerza nerviosa se había gastado en los portentos y agonías de esa jornada llena de fallas sorprendentes, que llegaban después de un mes de planes e insomnios.

Estaba cansado. Un hombre no es de piedra. ¡Maldito sea! Mr. Verloc reposaba como siempre, vestido con sus ropas de calle. Una punta de su sobretodo abierto se apoyaba, en parte, en el piso. Mr. Verloc acomodó su espalda; pero anhelaba un descanso más perfecto... sueño...

unas horas de delicioso olvido. Eso vendría más tarde. Por ahora descansaba.

Y pensó: «me gustaría que diera por terminado este maldito disparate. Es exasperante».

Debía haber algo imperfecto en el sentimiento que Mrs. Verloc experimentaba en cuanto a su libertad recuperada. En lugar de dirigirse hacia la puerta, se recostó contra la mesilla de la chimenea, como el caminante que descansa contra un cerco. Un toque salvaje se desprendía del negro velo, colgando como un trapo contra su mejilla, y de la fijeza de su mirada negra, en la que la luz, del cuarto se ahogaba sin dejar el menor rastro de brillo. Esta mujer, capaz de un trato, cuya mera sospecha hubiese trastornado al infinito la idea que Mr. Verloc tenía acerca del amor, permanecía irresoluta, como si tuviera escrúpulos de lo que por su parte quería para cerrar formalmente la transacción.

Sobre el sofá, Mr. Verloc movió sus hombros para mejor acomodarse, y desde la plenitud de su corazón emitió un deseo que, sin duda, era tan piadoso como cualquier otra cosa proveniente de ese mismo manantial.

—¡Dios! ¡Ojalá nunca hubiera visto el Greenwich Park ni nada de lo que le pertenece!— gruñó con voz ronca.

El rumor amortecido llenó el cuarto con su volumen moderado, muy apto para expresar la modesta naturaleza del deseo. Las ondas de aire, de adecuada longitud, propagadas de acuerdo con correctas fórmulas matemáticas, fluyeron envolviendo todas las cosas inanimadas que había en el cuarto y tocaron la cabeza de Mrs. Verloc como si hubiese sido una cabeza de piedra. Y por increíble que pueda parecer, los ojos de Mrs. Verloc crecieron de tamaño. El deseo audible del corazón rebosante de Mr. Verloc manó hasta un lugar vacío en la memoria de su mujer. Greenwich Park. ¡Un parque! ¡Ah! es donde mató al chico. Un parque... ramas destrozadas, hojas rotas, grava, trozos de carne y huesos

fraternos, todo volando en humo, como en los fuegos artificiales. Recordó ahora lo que había oído y lo recordó pictóricamente.

Habían tenido que juntarlo con una pala: Estremecimientos irreprimibles la hicieron temblar mientras veía ante sí esa herramienta con su lívida carga recogida del suelo. Mrs. Verloc cerró sus ojos con desesperación, arrojando sobre esa escena la noche de sus párpados, donde después de una lluvia de extremidades mutiladas, la cabeza decapitada de Stevie quedaba suspendida, sola, e iba desapareciendo con lentitud, como la última estrella de una función de pirotecnia. Mrs.

Verloc abrió los ojos.

Su rostro ya no era de piedra. Cualquiera hubiera notado el cambio sutil en sus facciones, en la mirada de sus ojos, que le daban una expresión nueva y espantosa: una expresión pocas veces observada por personas competentes en condiciones de comodidad y seguridad exigidas por los análisis completos, pero cuyo significado no podía malentenderse.

Las dudas de Mrs. Verloc en cuanto al final del pacto ya no existían; sus sentidos, ya sin disociación, trabajaban bajo el control de su voluntad. Pero Mr. Verloc nada observó. Estaba reposando en la patética disposición del optimismo inducido por el exceso de fatiga. No quería más inconvenientes— tampoco con su mujer— con nadie en el mundo. Había estado irreprochable en su justificación. Era amado por sí mismo. Consideraba favorable la presente fase del silencio de su mujer. Éste era el momento de la reconciliación. El silencio había durado bastante. Lo rompió llamándola en voz baja:

—Winnie.

—Sí— respondió, obediente, Mrs. Verloc, la mujer libre. Ahora tenía el dominio de sus sentidos, de sus órganos vocales; se sintió con un casi sobrenatural y perfecto control de cada fibra de su cuerpo: le pertenecía por entero, porque el trato llegaba a su fin. Se sentía perspicaz; tenía que volverse astuta. Deseó que ese hombre no cambiara su posición sobre el sofá, que era muy adecuada a las circunstancias. Tuvo éxito. El hombre no se movió. Pero después de contestarle, ella se quedó apoyada con negligencia contra la mesilla de la chimenea, en la actitud de un caminante que descansa. No tenía apuro. Su frente estaba húmeda. La cabeza y los hombros de Verloc estaban ocultos de ella por el brazo del sofá. Mantuvo sus ojos fijos en los pies de él.

En medio de esa misteriosa quietud y repentino sosiego, oyó a Mr. Verloc, con un acento de autoridad marital, mientras se movía para hacerle lugar en el borde del sofá.

—Ven aquí— dijo con un tono que bien podía ser de brutalidad pero que Mrs. Verloc, en lo íntimo, reconoció como de deseo.

Avanzó de inmediato, como si aún fuese la mujer leal unida a ese hombre por un contrato inviolado. Su mano derecha rozó apenas la punta de la mesa y cuando ella terminó de pasar hacia el sofá, el cuchillo de trinchar se había desvanecido sin el menor ruido del borde del plato. Mr. Verloc oía el crujido de las tablas del piso y estaba contento.

Esperó. Su mujer se acercaba. Como si el alma sin hogar de Stevie se hubiese deslizado, para defenderla, al corazón de su hermana, guardiana y protectora, el parecido de la cara de ella con la de su hermano crecía a cada paso, incluso en el labio inferior caído, incluso en el leve estrabismo de los ojos. Pero Mr. Verloc no vio nada de eso.

Recostado sobre su espalda, miraba hacia arriba. En parte sobre la pared y en parte sobre el cielo raso, vio la sombra móvil de un brazo con una mano que empuñaba un cuchillo de trinchar. Se agitaba de arriba hacia abajo. Sus movimientos eran pausados, tan pausados como para que Verloc reconociera el brazo y el arma.

Fueron tan lentos como para que él abarcara el sentido completo del portento y gustara el sabor de la muerte surgiendo en su garganta.

Su mujer se había sumergido en una locura delirante... una locura asesina.

Fueron tan lentos como para que el primer efecto paralizador de ese descubrimiento se desvaneciera ante una resuelta determinación de salir victorioso de la lucha repugnante con esa lunática armada. Fueron tan lentos como para que Verloc elaborara un plan de defensa que incluía zambullirse bajo la mesa y tirar al suelo a la mujer con una pesada silla de madera. Pero no fueron tan lentos como para permitir que tuviera tiempo de mover una mano o los pies. El cuchillo ya estaba hundido en su pecho. No encontró resistencia en su camino. El azar tiene esas exactitudes. En esa cuchillada, descargada del lado del corazón, Mrs. Verloc había puesto toda la herencia de sus inmemoriales y oscuros ancestros, la simple ferocidad del tiempo de las cavernas, y la furia desequilibrada del tiempo de las cavernas. Mr. Verloc, el Agente Secreto, apenas vuelto de costado por la fuerza de la cuchillada, expiró sin mover ni una mano, en el murmullo de la palabra «no», a modo de protesta.

Mrs. Verloc había soltado el cuchillo y, desvanecida su extraordinaria semejanza con su difunto hermano, tenía su aire habitual. Exhaló un profundo suspiro, el primer suspiro aliviado desde que el jefe Inspector Heat le había mostrado el trozo del sobretodo de Stevie con la etiqueta. Se inclinó hacia adelante y se apoyó con los brazos doblados sobre el brazo del sofá. Y se puso en esa actitud no para observar el cuerpo de Mr. Verloc o regocijarse con su obra, sino porque todo el cuarto ondulaba y giraba como si estuviera en alta mar, durante una tormenta. Se sentía aturdida pero tranquila. Se había convertido en una mujer libre, con un grado perfecto de libertad, que no le dejaba desear nada, ni hacer nada en absoluto, ya que sobre su devoción no pesaba ahora la urgente demanda de Stevie. Mrs. Verloc, que pensaba en imágenes, no estaba acosada por visiones, porque no pensaba en nada. Y no se movió. Era una mujer gozando de completa irresponsabilidad y ocio sin fin, casi como un cadáver. Ni se movía ni pensaba. Tampoco lo hacía la envoltura mortal del difunto Verloc, reposando sobre el sofá. Excepto por su respiración, Mrs. Verloc estaba en perfecto acuerdo con él: ese acuerdo basado en la prudente reserva sin palabras superfluas y con pocas señas, que había sido el fundamento de la respetable vida de hogar de ambos. Porque había sido respetable, cubriendo con una reticencia decente los problemas que podían surgir en la práctica de una profesión secreta y el comercio de mercaderías raras. Hasta el fin ese decoro había permanecido inalterado por chillidos impropios y otras

efusiones fuera de lugar. Y después de esa cuchillada, la respetabilidad tenía su continuidad en la quietud y el silencio.

Nada se movió en el salón hasta que Mrs. Verloc levantó la cabeza con lentitud y miró el reloj con desconfianza inquisitiva. Se había dado cuenta de que sonaba un tictac en el salón. Y el sonido fue creciendo en sus oídos, mientras ella recordaba con claridad que el reloj de la pared era silencioso, tenía un murmullo inaudible. ¿Qué quería decir empezando a sonar tan recio de pronto? Su cuadrante indicaba las nueve menos diez. A Mrs. Verloc no le importaba el tiempo y el tictac continuó. Dedujo que podía no ser el reloj y su mirada tétrica se movió por las paredes, onduló y se volvió vaga, mientras aguzaba el oído para ubicar ese golpeteo. Tic, tic, tic.

Después de escuchar por un rato, Mrs. Verloc bajó la mirada, con deliberación, hacia el cuerpo de su marido. Su actitud de reposo era tan hogareña y familiar que pudo mirarlo sin sentirse perturbada por ninguna novedad demasiado ilógica en los fenómenos de su vida de hogar.

Mr. Verloc estaba en su habitual tiempo de ocio. Se lo veía cómodo.

Por la posición del cadáver, su cara no era visible para Mrs. Verloc, la viuda. Sus bellos ojos soñolientos, moviéndose en busca del rastro de ese sonido, se volvieron contemplativos al encontrar un objeto de hueso pulido que sobresalía un poco más allá del borde del sofá. Era el mango del doméstico cuchillo de trinchar, y no tenía nada de extraño excepto su posición perpendicular en relación al chaleco de Verloc, y al hecho de que algo goteaba de él. Oscuras gotas caían sobre la alfombra, una tras otra, con un repiqueteo que crecía rápido y furioso como el pulso de un reloj enloquecido. En su máxima velocidad ese sonido se convirtió en un continuo fluir. Mrs. Verloc observó esa transformación con sombras de ansiedad yendo y viniendo a través de su cara. Era un goteo oscuro, rápido, tenue... ¡Sangre!

Ante esta circunstancia imprevista, Mrs. Verloc abandonó su pose de ocio e irresponsabilidad.

Con un súbito sacudón a su falda y un débil grito, corrió hacia la puerta, como si el goteo fuera el primer signo de un diluvio destructor.

En su camino chocó contra la mesa y le dio un empujón con ambas manos, como si se tratara de un ser vivo, con tanta fuerza que la hizo correr sobre sus cuatro patas un buen trecho, haciendo un sonido estrepitoso, rechinante, mientras la fuente con la carne se estrellaba, pesada, sobre el piso.

Luego todo se aquietó. Al llegar a la puerta, Mrs. Verloc se detuvo:

un sombrero redondo, que había quedado a la vista al moverse la mesa, osciló con levedad sobre su copa en el viento de su huida.

XII

Winnie Verloc, la viuda de Mr. Verloc, la hermana del difunto y leal Stevie (que volara en pedazos en estado de inocencia y en la convicción de estar acometiendo una empresa humanitaria) no corrió más allá de la puerta del salón. En realidad se había alejado del simple goteo de la sangre, pero ése fue un movimiento de instintiva repulsión.

Y allí se había detenido con los ojos fijos y la cabeza baja. Como si hubiera corrido durante largos años a través del pequeño salón, Mrs.

Verloc, junto a la puerta, era una persona muy distinta de la mujer que había estado apoyada sobre el sofá, la cabeza un poco ida, pero por otro lado libre para disfrutar la profunda calma de su ocio e irresponsabilidad.

Mrs. Verloc ya no sentía vértigos. Su cabeza estaba firme. Por otra parte, ya no estaba tranquila; tenía miedo.

Si evitaba mirar en dirección a su marido yacente, no era porque le temiese; Mr. Verloc no tenía un aspecto terrible. Se lo veía cómodo.

Además, estaba muerto. Mrs. Verloc no abrigaba vanas ilusiones en cuanto a la muerte; nada trae de vuelta a los muertos, ni el amor ni el odio. Ellos no pueden hacer nada a nadie. Son nada. Su estado mental estaba teñido de una especie de austero desdén por ese hombre que se había dejado matar tan fácilmente. Había sido el amo de una casa, el marido de una mujer y el asesino de su Stevie. Y ahora no tenía ningún valor ni en uno ni en otro sentido. Tenía menos importancia práctica que las ropas que vestía, que su sobretodo, que sus botas... que ese sombrero tirado en el suelo. No era nada. No era digno de que nadie lo mirase. Ya no era el asesino del pobre Stevie. El único asesino que habría en el cuarto cuando la gente viniese a ver a Mr. Verloc sería...

¡ella misma!

Sus manos temblaban tanto que por dos veces falló en su intento de reacomodar el velo. Mrs. Verloc ya no era una persona lenta e irresponsable.

Tenía miedo. La cuchillada a Verloc había sido nada más que un golpe, un golpe que la relevó de la agonía acorralada de gritos estrangulados en su garganta, de lágrimas disecadas en sus ojos calientes, de la enloquecedora e indignante furia ante el atroz papel desempeñado por ese hombre— que ahora era menos que nada— al robarle a su muchacho. Había sido un golpe oscuramente preparado. La sangre goteando sobre el piso, desde el mango del cuchillo, lo había convertido en un muy común caso de asesinato. Mrs. Verloc, que siempre se cuidaba de mirar hondo en las cosas, se veía compelida a mirar en el propio fondo de este asunto. No vio ni una cara obsesiva, ni una sombra vituperante, ni una

imagen de remordimiento, ninguna clase de concepción ideal. Vio allí un objeto. Ese objeto era la horca. Mrs.

Verloc tenía miedo de la horca.

Le tenía un terror ideal. Nunca había puesto sus ojos en ese último argumento de la justicia de los hombres, excepto en láminas ilustrativas de cierto tipo de cuentos, y primero la vio erguida contra un fondo negro y tormentoso, rodeada de cadenas y huesos humanos, circundada por pájaros que picoteaban los ojos de los hombres muertos.

Esto era bastante terrorífico, pero Mrs. Verloc, aunque no era una mujer muy instruida, tenía conocimiento suficiente de las instituciones de su país como para saber que las horcas no se erigen ya, románticamente, en las riberas de ríos pantanosos o en llanuras barridas por los vientos, sino en los patios de las prisiones. Allí dentro, entre cuatro paredes altas, como en un hoyo, a la caída del sol, el asesino era llevado para su ejecución, en medio de una horrible quietud y, como siempre dicen los periodistas en los diarios, «en presencia de las autoridades ». Con los ojos fijos en el piso, las ventanas de la nariz trémulas de angustia y vergüenza, se imaginó sola entre un grupo de caballeros extraños, con sombreros de copa que, muy tranquilos, procedían a colgarla del cuello. ¡Eso... nunca! ¡Nunca! ¿Y cómo lo hacían? La imposibilidad de imaginar los detalles de esa silenciosa ejecución agregaba algo enloquecedor a su terror abstracto. Los diarios nunca daban más que un solo detalle, pero ese único, se colocaba siempre, con cierta afectación, al final de una magra nota. Mrs. Verloc recordaba su índole. Llegaba a su cabeza con un cruel y ardiente dolor, como si las palabras «se le dio una caída de catorce pies» hubiesen sido rayadas en su cerebro con una aguja al rojo. «Se le dio una caída de catorce pies.» Estas palabras también la afectaban físicamente. Su garganta se convulsionó en oleadas de resistencia al estrangulamiento; y la impresión del tirón fue tan vívida que se tomó la cabeza con ambas manos como para salvarla de caer de sus hombros. «Se le dio una caída de catorce pies.» ¡No! eso no debía ocurrir nunca. No podía soportar eso.

Incluso el solo pensamiento era insoportable. No toleraba pensar en eso. Por ello Mrs. Verloc tomó la resolución de ir de inmediato a arrojarse al río desde uno de los puentes.

Esta vez logró acomodar su velo. Con la cara como enmascarada, toda de negro de la cabeza a los pies, a no ser por las flores de su sombrero, miró de modo mecánico el reloj. Pensó que debía haberse parado.

No podía creer que hubieran pasado sólo dos minutos desde la última vez que lo mirara. Por supuesto que no; debía haberse parado.

En rigor, habían pasado tres únicos minutos desde que liberara el primer, profundo, aliviado suspiro después de la cuchillada hasta el momento en que Mrs. Verloc tomara la decisión de arrojarse en el Támesis.

Pero ella no podía creerlo. Creía haber oído o leído que todos los relojes siempre se paran en el momento de un crimen para ruina del asesino. Pero no le importaba. «Al puente... y después abajo»... Sin embargo, sus movimientos eran despaciosos.

Se arrastró con esfuerzo a través del negocio y tuvo que sostenerse en el picaporte antes de encontrar la fortaleza necesaria para abrir la puerta. La calle la aterraba, ya que podía conducirla tanto a la horca como al río. Tropezó con el escalón de la entrada y cayó con la cabeza hacia adelante, los brazos abiertos, como una persona que cae por encima del parapeto de un puente. Esta entrada en el mundo abierto tuvo el gusto anticipado del ahogo; una humedad viscosa la envolvía, invadía su nariz, se adhería a su pelo. No estaba lloviendo, pero cada lámpara de gas tenía un pequeño halo amarillento de bruma. El carro y los caballos habían desaparecido y en la calle negra la vidriera de la casa de comidas para carreros, con las cortinas corridas, ponía un remiendo de sucia luz sanguinolenta brillando muy cerca de la calle.

Mrs. Verloc, arrastrándose con penuria hacia ese resplandor, pensó que era una mujer sin amigos. Era cierto. Tan cierto era que, en un vehemente deseo de ver una cara amistosa, no pudo pensar en nadie más que en Mrs. Neale, la sirvienta. No tenía relaciones; nadie iba a extrañar su sociedad. No hay que pensar que la viuda Verloc hubiera olvidado a su madre. No era así. Winnie había sido una buena hija porque había sido una devota hermana. Su madre siempre se había apoyado en ella. No podía esperar ni consuelo ni consejo maternos. Ahora que Stevie estaba muerto, el nexo parecía roto. No podía enfrentar a la vieja mujer con el horrible relato. Además, era demasiado lejos. El río era su destino en ese momento. Mrs. Verloc trató de olvidar a su madre.

Cada paso le costaba un esfuerzo de voluntad que parecía ser el último posible. Mrs. Verloc se había arrastrado hasta más allá del brillo de la vidriera. «Al puente... y después abajo» se repetía con fiera obstinación.

Extendió la mano justo a tiempo para afirmarse contra un farol.

«No llegaré antes de la mañana», pensó. El miedo a la muerte paralizaba sus esfuerzos por escapar de la horca. Le parecía que se había estado arrastrando por esa calle durante horas. «No llegaré nunca», pensó.

«Ellos me encontrarán vagando por las calles. «Es demasiado lejos.» Siguió apoyada, jadeante bajo su velo negro.

«Se le dio una caída de catorce pies.» Empujó lejos de sí el farol, con violencia, y se encontró caminando.

Pero otra ola de debilidad la superó como un inmenso mar, llevándole el corazón lejos del pecho. «No voy a llegar nunca», murmuró, detenida de pronto, oscilando en el mismo lugar donde estaba parada.

«Nunca.» Y al comprobar la imposibilidad absoluta de caminar hasta el más cercano de los puentes, Mrs. Verloc pensó en un viaje al exterior.

Se le ocurrió de repente. Los asesinos se escapan. Se escapan al extranjero. España o California. Meros nombres. El vasto mundo creado para la gloria del hombre era sólo un vasto blanco para Mrs. Verloc.

No sabía qué camino elegir. Los asesinos tienen amigos, relaciones, gente que los ayude... tienen conocimientos. Ella no tenía nada. Era la más solitaria de las asesinas que alguna vez asestaran una puñalada mortal. Estaba sola en Londres: y toda la ciudad de maravillas y lodo, con su laberinto de calles y su masa de luces, estaba sumida en una noche sin esperanza, reposando en el fondo de un negro abismo del que ninguna mujer sin ayuda podía pensar en salir.

Se inclinó hacia adelante y dio un nuevo paso ciego, con un horrendo temor de caer; pero al cabo de unos pocos pasos, inesperadamente, sintió una sensación de apoyo, de seguridad. Levantó la cabeza y vio la cara de un hombre espiando muy cerca de su velo. El camarada Ossipon no le temía a las mujeres extrañas y ningún sentimiento de falsas delicadezas podía evitarle estrechar relaciones con una mujer aparentemente muy alcoholizada. El camarada Ossipon se interesaba por las mujeres. Tomó a ésta entre sus grandes manos, atisbando de un modo sistemático, hasta que la oyó decir con voz débil:

—¡Mr. Ossipon!

Ossipon estuvo a punto de dejarla caer al suelo.

—¡Mrs. Verloc!— exclamó—. ¡Usted aquí!

Le parecía imposible que esa mujer hubiera estado tomando. Pero uno nunca sabe. No averiguó ese asunto; pero atento a no desalentar al destino gentil que le traía a la viuda del camarada Verloc, trató de atraerla hacia su pecho. Para su asombro, ella se avino con facilidad e incluso se apoyó en su brazo por un momento antes de intentar soltarse.

El camarada Ossipon no quería ser brusco con el destino gentil. Y retiró el brazo de un modo natural.

—Me ha reconocido— balbuceó ella, parada ante él, bastante firme sobre sus piernas.

—Por supuesto que sí— dijo Ossipon con perfecta prontitud—. Temí que se cayera. Pensé mucho en usted últimamente como para no reconocerla en cualquier lugar, en cualquier momento. Siempre he pensado en usted... desde la primera vez que la vi.

Mrs. Verloc parecía no oír.

—¿Iba para el negocio?— preguntó, nerviosa.

—Sí; de inmediato— contestó Ossipon—, tan pronto como leí el diario.

En realidad, el camarada Ossipon había estado remoloneando por un buen par de horas en las cercanías de Brett Strett, incapaz de preparar su mente para dar un paso definido. El

robusto anarquista no era precisamente un audaz conquistador. Recordó que Mrs. Verloc nunca había respondido a sus miradas ni siquiera con el más leve signo de aliento. Además, pensó que el negocio debía estar vigilado por la policía y el camarada Ossipon no quería que la policía se formara una idea exagerada de sus simpatías revolucionarias. Ni siquiera ahora sabía con precisión qué hacer. En comparación con sus usuales especulaciones amatorias, éste era un compromiso importante y serio. Ignoraba cuánto había de por medio y hasta dónde tendría que llegar para obtener lo que hubiese que obtener... suponiendo que hubiera alguna probabilidad.

Estas perplejidades, al contener su júbilo, impartían a su tono una sobriedad muy acorde con las circunstancias.

—¿Puedo preguntarle adónde va?— inquirió con voz suave.

—¡No me lo pregunte!— gritó Mrs. Verloc con un estremecimiento de violencia sofocada. Toda su fuerte vitalidad retrocedía ante la idea de la muerte—. No interesa adónde iba...

Ossipon dedujo que ella estaba muy excitada pero perfectamente sobria. Se había quedado silenciosa a su lado por un momento y luego, de repente, hizo algo que él jamás hubiera esperado: deslizó la mano bajo su brazo. El hombre se espantó del acto en sí, por cierto, pero mucho más, también, por el palpable carácter resuelto de ese movimiento.

Pero como ése era un asunto delicado, el camarada Ossipon procedió con delicadeza. Se contentó con oprimir esa mano levemente contra su robusto flanco. Al mismo tiempo se sintió impulsado hacia adelante y cedió al impulso. En la punta de Brett Street, comprendió que lo dirigían hacia la izquierda. Se sometió.

El frutero de la esquina había apagado la gloria brillante de sus naranjas y limones y Brett Place era todo negrura, negrura entremezclada con los halos neblinosos de unos pocos faroles que definían su forma de triángulo en un racimo de tres lámparas ubicado por encima de una luz central. Las siluetas oscuras del hombre y la mujer se deslizaron lentas, el brazo en el brazo, a lo largo de las paredes, con un aspecto de amantes sin hogar, en medio de la noche miserable.

—¿Qué diría usted si yo le asegurara que estaba yendo en su busca?— preguntó Mrs. Verloc, apretando con fuerza el brazo del hombre.

—Le diría que no pudo haber encontrado alguien más dispuesto a ayudarla en sus dificultades— contestó Ossipon, con la idea de estar haciendo un tremendo progreso. En realidad, el progreso de ese delicado asunto casi le estaba quitando el aliento.

—¡En mis dificultades!— repitió con lentitud Mrs. Verloc.

—Sí.

—¿Y usted sabe cuáles son mis dificultades?— susurró ella con extraña intensidad.

—Diez minutos después de ver el diario de la noche— explicó con ardor Ossipon— me encontré con un tipo al que usted debe haber visto una o dos veces en el negocio, quizás, y tuve con él una charla que no dejó ninguna duda en mi cabeza. Luego me vine para aquí, preguntándome si usted... Estoy loco por usted más allá de las palabras, desde que puse los ojos en su cara— exclamó como si fuera incapaz de dominar sus sentimientos.

El camarada Ossipon estimaba correctamente que no había mujer que fuese capaz de total incredulidad ante semejante declaración. Pero no sabía que Mrs. Verloc aceptaba esas palabras con toda la fiereza que el instinto de conservación pone en las manos crispadas de alguien que se ahoga. Para la viuda de Verloc el robusto anarquista era como un radiante mensajero de vida.

Caminaron lentos, acompasados.

—Así lo pensé— murmuró Mrs. Verloc, con débil voz.

—Lo leyó en mis ojos— sugirió Ossipon, lleno de seguridad.

—Sí— exhaló ella hacia su oído.

—Un amor como el mío no puede estar oculto para una mujer cono usted— prosiguió, tratando de no prestar atención a consideraciones materiales como el valor del movimiento del negocio y la cantidad de dinero que Mr. Verloc podía haber dejado en el banco. Se aplicó al aspecto sentimental del caso. En lo hondo de su corazón estaba un poco sorprendido por el éxito logrado. Verloc había sido un buen tipo y por cierto que un marido muy decente, al menos en lo que uno puede apreciar. Sin embargo, el camarada Ossipon no iba a oponerse a su propia suerte por el recuerdo de un hombre muerto. En forma resuelta suprimió sus simpatías por el fantasma del camarada Verloc y prosiguió:

—No podía ocultarlo. Estaba demasiado lleno de usted. Diría que usted no podía dejar de verlo; pero yo no podía adivinar. Usted estaba siempre tan distante...

—¿Qué otra cosa esperó?— prorrumpió Mrs. Verloc—. Yo era una mujer respetable... — Hizo una pausa y luego agregó, como si hablara consigo misma, cargada de siniestro resentimiento—... hasta que él me convirtió en lo que soy.

Ossipon dejó pasar eso y retomó su curso.

—Él nunca me pareció ser digno de usted— comenzó, arrojando a los vientos su lealtad—. Usted se merecía un destino mejor.

Mrs. Verloc lo interrumpió con amargura:

—¡Un destino mejor! Me robó siete años de vida.

—Usted parecía estar tan contenta de vivir con él— Ossipon trataba de justificar la indiferencia de su conducta pasada—. Eso es lo que me hacía ser tímido. Parecía que usted lo amaba. Estaba sorprendido y...

celoso— agregó.

—¡Amarlo!— estalló Mrs. Verloc en un susurro lleno de desprecio y de ira—. ¡Amarlo! Fui una buena esposa para él. Yo soy una mujer respetable.

¡Usted pensó que yo lo amaba! ¡Lo pensó! Mire, Tom...

El sonido de ese nombre hizo estremecer de orgullo al camarada Ossipon. Porque su nombre era Alexander y lo llamaban Tom tan sólo los más familiares de sus íntimos. Era un nombre de amistad, de momentos de expansión. No tenía idea de que ella lo hubiese escuchado alguna vez. Era claro que no sólo lo había escuchado, sino que también lo había atesorado en su memoria— o tal vez en su corazón.

—¡Mire, Tom! Yo era muy joven. Estaba cansada. Deshecha. Tenía dos personas que dependían de lo que yo pudiese hacer y eso significaba que no podía dedicarme a otra cosa. Dos personas: mi madre y el chico. Él era mucho más mío que de mamá. Me pasé noches y noches con él en la falda, solos en el cuarto de arriba, cuando yo no tenía más que ocho años. Y después... Era mío, le aseguro... Usted no puede entender eso. Ningún hombre puede entenderlo. ¿Qué iba a hacer?

Había un muchacho...

El recuerdo del romance fugaz con el joven carnicero sobrevivía, durable, como la imagen de un ideal entrevisto en ese corazón debilitado por el temor a la horca y lleno del rechazo de la muerte.

—Ése era el hombre que yo amaba— continuó la viuda de Verloc—.

Supongo que él lo podía leer en mis ojos, también. Veinticinco chelines por semana, y su padre amenazó con echarlo del negocio si era tan loco como para casarse con una chica que tenía sobre sí la responsabilidad de una madre lisiada y un loco idiota. Pero él quiso dejarlo todo por mí, hasta que una noche encontré el coraje de cerrarle la puerta en las narices. ¡Veinticinco chelines por semana! Y había otro hombre...

un buen huésped. ¿Qué puede hacer una muchacha? ¿Podía haberme ido a andar por las calles? Me parecía bueno. Me deseaba, de todos modos. ¿Qué iba a Hacer yo con mamá y ese pobre chico? ¿Eh? Me dijo que sí. Parecía de buen corazón, tenía la mano abierta, tenía dinero, jamás dijo nada. Siete años, siete años siendo una buena esposa para él, el gentil, el bueno, el generoso, el... Y él me amaba. Oh, sí. Me amaba hasta tal punto que a veces yo deseaba... Siete años. Siete años de ser mujer para él. ¿Y sabe usted qué era ese querido amigo de ustedes?

¿Sabe qué era?... ¡Era un demonio!

La sobrehumana vehemencia de esa declaración susurrada aturdió por completo al camarada Ossipon. Winnie Verloc, dando media vuelta, lo agarró de los brazos y lo enfrentó, bajo la niebla que caía, en la negrura y soledad de Brett Place, en la que todo sonido parecía perdido en un pozo triangular de asfalto y ladrillos, de casas ciegas y piedras insensibles.

—No; no sabía— declaró con una especie de fofa estupidez, cuyo aspecto cómico se perdía para esa mujer obsesionada por el miedo a la horca—. Pero ahora lo sé. Yo... yo comprendo— tartamudeó el hombre, mientras su razón especulaba sobre el tipo de atrocidades que Verloc podía haber practicado tras la soñolienta y plácida apariencia de su situación conyugal—. Era muy tremendo. Comprendo— repitió y luego, por una inspiración súbita, profirió un «¡desdichada mujer!» de honda conmiseración, en lugar del más familiar «¡pobrecita mi querida!» que entraba en su práctica habitual. Éste no era un caso común. Estaba consciente de que algo anormal ocurría, y entretanto no perdía de vista la importancia del riesgo.

—¡Desdichada, valiente mujer!

Se alegró de haber descubierto esa variante; pero no pudo descubrir ninguna otra. Lo mejor que se le ocurrió fue: «ah, pero ahora está muerto»; y puso una buena dosis de animosidad en esa exclamación cautelosa. Mrs. Verloc se agarró de su brazo con fuerza frenética.

—Usted adivinó que él ha muerto— murmuró fuera de sí—. ¡Usted!

Adivinó lo que tuve que hacer. ¡Tuve que hacer!

Había sugerencias de triunfo, consuelo, gratitud, en el tono indefinible de esas palabras. En detrimento del simple sentido literal, fue el tono lo que atrapó la atención de Ossipon. Se preguntaba qué ocurría con ella, por qué estaba en ese estado de salvaje excitación. Incluso comenzó a dudar si las causas ocultas del caso de Greenwich Park no estarían ligadas a las desgraciadas situaciones de la vida marital de Verloc. Fue tan lejos como para sospechar que Mr. Verloc había elegido esa extraordinaria forma de suicidarse. ¡Por Jove!, eso explicaría la total inanidad y mal planeamiento del hecho. Las circunstancias no pedían ninguna manifestación anarquista. Muy por el contrario; y Verloc lo sabía tan bien como cualquier otro revolucionario de su nivel.

Qué broma descomunal si Verloc simplemente había engañado a toda Europa, al mundo revolucionario, a la policía, a la prensa y también al presuntuoso Profesor. Por cierto, pensó Ossipon en medio del pasmo, ¡parecía casi seguro que lo había hecho! ¡Pobre desgraciado!

Se le hizo muy probable que en esa familia de dos el demonio no fuera precisamente el hombre.

Alexander Ossipon, apodado el Doctor, estaba inclinado por naturaleza a pensar con indulgencia de sus amigos. Observó a Mrs. Verloc, colgada de su brazo. De sus amigas pensaba con una actitud de eminente practicidad. Que Mrs. Verloc hubiera lanzado

exclamaciones al ver que él sabía de la muerte de Verloc, que para nada era cuestión de adivinanza, no lo preocupó demasiado. Las mujeres a menudo hablan como si estuvieran locas. Pero tenía curiosidad por saber cómo se había enterado ella. Los diarios no decían nada que no fuera el hecho en sí: el hombre que volara en pedazos en Greenwich Park no había sido identificado. Era inconcebible la teoría de que Verloc le hubiese hecho alguna insinuación de sus intenciones, cualesquiera que fuesen. Este problema era de inmenso interés para el camarada Ossipon Y se detuvo un momento. Habían recorrido los tres lados de Brett Place y otra vez estaban muy cerca de la punta de Brett Street.

—¿Cómo llegó a usted esta noticia?— preguntó con un tono que intentaba ser adecuado al carácter de las revelaciones que, quizá, podía hacerle esa mujer, parada a su lado.

Violentas sacudidas la estremecieron por un rato, antes de que contestara, lánguida la voz:

—Por la policía. Un jefe inspector fue a casa. Dijo que era el jefe Inspector Heat. Me mostró... — Mrs. Verloc se ahogaba—. Oh, Tom, tuvieron que recogerlo con una pala.

Su pecho se agitó con sollozos sin lágrimas. Un momento después Ossipon logró hablar:

—¡La policía! ¿Quiere decir que la policía llegó ya? ¿Que el propio jefe Inspector Heat fue de veras a comunicárselo?

—Sí— confirmó ella con el mismo tono lánguido—. Fue. Así nomás.

El mismo fue. Yo no sabía. Me mostró un pedazo de sobretodo y... Así nomás. ¿Usted sabe? me dijo.

—¡Heat! ¡Heat! ¿Y qué hizo?

La cabeza de Mrs. Verloc estallaba.

—Nada. No hizo nada. Se fue. La policía estaba de parte de ese hombre— murmuró, trágicamente—. Vino otro, también.

—¿Otro... otro inspector, quiere decir?— preguntó Ossipon, excitadísimo y con el mismo tono de una criaturita asustada.

—No sé. Apareció. Creo que era extranjero. Puede haber sido uno de los de la Embajada.

El camarada Ossipon estuvo cerca del colapso ante ese nuevo golpe.

—¡Embajada! ¿Sabe lo que está diciendo? ¿Qué Embajada? ¿Qué diablos quiere decir con «Embajada»?

—Es ese lugar en Chesham Square. La gente a la que él maldecía tanto, no sé. ¡Qué importa!

—¿Y ese tipo qué hizo o qué le dijo a usted?

—No me acuerdo... Nada... No me interesa. No me pregunte— imploró con voz desfalleciente.

—Está bien. No lo haré— concedió Ossipon, con ternura. Y lo hacía no tanto porque se sintiera tocado por la tensión íntima de la voz implorante, sino porque él mismo sentía que iba perdiendo su seguridad en las honduras de ese tenebroso asunto. ¡Policía! ¡Embajada! ¡Fiu!

Por miedo a aventurar su inteligencia por caminos en los que su luz natural no alcanzase para guiarlo, desplazó de su mente, con resolución, todas las suposiciones, conjeturas y teorías. Tenía allí a esa mujer, entregada por completo a él, y ésa era la consideración principal.

Pero después de lo que había oído, ya nada podía asombrarlo. Y cuando Mrs. Verloc, como agitada de pronto por un sueño de salvación, comenzó a manifestarle, desatinada, la necesidad de un inmediato viaje al continente, él no se extrañó en lo más mínimo. Simplemente, como excusa, le dijo que no había tren hasta la mañana siguiente y se quedó pensativo, mirando esa cara velada con un tul negro, a la luz de un farol de gas, velado con un cendal de niebla.

Junto a él la forma negra de la mujer se fundía en la noche, como una figura a medias cincelada de un bloque de piedra negra. Era imposible decir cuánto sabía ella, cuánto estaba involucrada con embajadas y policías. Pero si ella quería escapar, no iba a hacerle objeciones.

Estaba ansioso por quedar libre de ese asunto. Sentía que ese negocio, tan familiar para jefes inspectores y miembros de embajadas extranjeras, no era lugar para él. Había que olvidarse. Pero estaba el resto. Los ahorros. ¡La plata!

—Tiene que esconderme hasta la mañana en algún lugar— dijo ella con voz desfalleciente.

—El hecho es, querida, que no puedo llevarla al lugar donde vivo.

Comparto la habitación con un amigo.

Él mismo se sentía desfallecer. Por la mañana los malditos policías iban a estar en todas las estaciones, sin duda. Y si querían prenderla, por uno u otro motivo, ella estaría perdida para él también.

Pero tiene que hacerlo. ¿No le importa nada de mí... nada? ¿En qué está pensando?

Dijo esto con violencia, pero dejó que sus manos cayeran sin ánimos. Hubo un silencio, mientras la niebla caía, y la negrura reinaba, serena, sobre Brett Place. Ni un alma, ni siquiera el alma vagabunda, no atada a leyes, y amante de un gato, andaba cerca del hombre y de la mujer, enfrentados el uno a la otra.

— Tal vez sería posible encontrar un alojamiento seguro en algún lugar— explicó Ossipon, al fin—. Pero la verdad es, querida, que no tengo dinero suficiente para ir a... sólo unos pocos peniques. Nosotros los revolucionarios no somos ricos.

Tenía quince chelines en el bolsillo. Agregó:

—Y tenemos por delante el viaje, también... lo primero que hay que hacer por la mañana.

La mujer no se movió ni emitió ningún sonido, y el camarada Ossipon creyó que su corazón zozobraba. En apariencia, ella no ofrecía ninguna sugerencia. De pronto se oprimió el pecho como si hubiera sentido un agudo dolor allí.

—Pero yo tengo— jadeó—. Tengo el dinero. Tengo dinero suficiente.

¡Tom! Vayámonos de aquí.

—¿Cuánto tiene?— preguntó sin dejarse mover por los tirones de ella, porque era un hombre cauto.

—Tengo el dinero, le digo. Todo el dinero.

—¿Qué quiere decir con eso? ¿Todo el dinero que había en el banco o qué?— preguntó, incrédulo, pero preparado para no sorprenderse ante nada en la vía de la suerte.

—¡Sí, sí!— le contestó con nerviosismo—. Todo el que había. Lo tengo todo.

—¿Cómo se arregló para tenerlo consigo ya mismo?— se asombró Ossipon.

—Me lo dio él— fue la respuesta, con voz sometida y temblorosa. El camarada Ossipon decapitó con mano firme su sorpresa naciente.

—Bien, entonces... estamos salvados— declaró con lentitud..

Winnie se inclinó hacia adelante y se arrojó sobre ese pecho que la recibía con gusto. Ella tenía todo el dinero. El sombrero y el velo de ella se interponían en el camino de efusiones más hondas. Ossipon hizo manifestaciones adecuadas, pero nada más, y Winnie las recibió sin resistencia y sin abandono, con pasividad, como si fuera sensible a medias. Se liberó del flojo abrazo sin dificultad.

—Usted me salvará, Tom— prorrumpió, retrocediendo, pero siempre apoyada en las solapas del sobretodo húmedo—. Sálveme. Escóndame.

No deje que me apresen. Tiene que matarme antes. Yo sola no podría hacerlo... no podría... no podría... ni siquiera por el miedo que le tengo.

Estaba demasiado rara, pensó el revolucionario. Le empezaba a inspirar una indefinida inquietud y con aspereza, porque estaba ocupado en pensamientos importantes, le dijo:

—¿A qué diablos le tiene miedo?

—¡No ha comprendido qué estaba por hacer!— gritó la mujer. Su cabeza, perdida en vívidas y horribles aprensiones, resonante de palabras llenas de contenido, que reflejaban el espanto de su situación, tal como ella lo sentía, había imaginado que su incoherencia era clara por sí misma. Mrs. Verloc no era consciente de lo poco que había dicho a nivel audible, en deshilachadas frases, íntegras sólo en su pensamiento.

Había sentido el alivio de una confesión completa y adjudicó un significado especial a cada frase dicha por el camarada Ossipon, cuyo conocimiento del asunto no era, en lo más mínimo, identificable con el de ella—. ¡No ha comprendido qué estaba por hacer!— Su voz se extinguió—.

Entonces no necesita preguntarse por más tiempo a qué le tengo miedo— continuó con un amargo y sombrío murmullo—. No quiero tener que soportarlo. No quiero. No quiero. No quiero. ¡Tiene que prometerme que me matará antes!— y sacudió las solapas del abrigo—. ¡No debe ocurrir jamás!

Ossipon le aseguró, lacónico, que no se necesitaban promesas, pero se tomó el cuidado de no contradecirla en términos formales, porque había tenido mucho trato con mujeres excitadas y en general se dejaba guiar por la experiencia, antes que aplicar la sagacidad a cada caso particular. Su sagacidad, en esta ocasión, estaba ocupada en otras direcciones.

Las palabras de las mujeres las lleva el agua, pero los descuidos de horarios quedan. La insularidad de Gran Bretaña se imponía a su atención de un modo odioso. «Como si estuviéramos bajo llave y candado toda la noche» pensó irritado, tan confundido como si tuviera que escalar un muro con la mujer a sus espaldas. De pronto se golpeó la frente. A fuerza de devanarse los sesos se había acordado del servicio Southampton—St. Malo. El vapor partía alrededor de la medianoche.

Había un tren, a las diez y media. Se sintió animado y dispuesto a actuar.

—De Waterloo. Hay tiempo. Estamos bien, después de todo... ¿qué pasa ahora? Ése no es el camino— protestó.

Mrs. Verloc, con el brazo enganchado en el de él, trataba de arrastrarlo otra vez hacia Brett Street.

—Me olvidé de cerrar la puerta del negocio cuando salí— susurró, muy agitada.

El negocio y todo lo que había en él ya no interesaban al camarada Ossipon. Sabía muy bien limitar sus deseos. Estuvo a punto de decir:

«¿y qué? Déjelo así». Pero se contuvo. No le gustaba discutir por tonterías. Incluso llegó a apurar el paso ante la idea de que ella podía haber dejado el dinero en un cajón. Pero su buena voluntad era lerda al lado de la febril impaciencia de la mujer.

A primera vista el negocio parecía por completo oscuro. La puerta estaba entreabierta. Mrs. Verloc, apoyándose en el frente, comprobó:

—Nadie ha estado adentro. ¡Mire! La luz... la luz en el salón.

Ossipon estiró hacia adelante la cabeza y vio un débil resplandor en la oscuridad del negocio.

—Está encendida— dijo.

—Me olvidé de ella— la voz de Mrs. Verloc atravesaba, débil, el velo. Y como él se parara esperando que la mujer entrase primero, dijo más fuerte: — Vaya y apáguela... o me volveré loca.

El robusto anarquista no opuso resistencia inmediata a esa propuesta, de tan extraña motivación.

—¿Dónde está esa plata?— preguntó.

—La tengo yo. Vaya, Tom. ¡Rápido! Apáguela... ¡Entre!— gritó empujándolo por los hombros hacia adentro.

No preparado para un despliegue de fuerza física, el camarada Ossipon tropezó muy lejos de la puerta, dentro del negocio. Estaba asombrado ante la fuerza de esa mujer y escandalizado por sus procedimientos Pero no volvió a la calle para amonestarla con severidad. Se empezaba a impresionar mal con el comportamiento extraño de ella.

Con todo, ahora o nunca era el momento de complacerla. El camarada Ossipon evitó con facilidad la punta del mostrador y se acercó con calma a la puerta vidriera del salón. La cortina había quedado apenas recogida y, por impulso natural, miró adentro en el momento en que ponía la mano sobre el picaporte, para abrir. Miró sin pensar, sin intención, sin curiosidad de ninguna especie. Miró adentro porque no pudo dejar de hacerlo. Miró adentro y descubrió a Mr. Verloc reposando tranquilo sobre el sofá.

Un alarido proveniente de las más íntimas profundidades de su pecho, inaudible y transformado en un gusto pringoso y nauseabundo, murió sobre sus labios. Al mismo tiempo la personalidad del camarada Ossipon dio, mentalmente, un frenético salto hacia atrás. Pero su cuerpo, falto de guía intelectual, se sostuvo en el picaporte con la fuerza irracional de un instinto. El robusto anarquista ni siquiera tembló. Y se quedó mirando fijo, la cara muy cerca del vidrio, los ojos saliéndosele de las órbitas. Hubiera dado cualquier cosa por escapar, pero su razón, ya de regreso, le informó que no iba a soltar el picaporte. ¿Qué era eso... locura, pesadilla o una trampa a la que había sido llevado con diabólicas artimañas? ¿Por qué, para qué? No lo sabía. Sin sentimiento alguno de culpa en su corazón,

en la total paz de su conciencia— al menos en la medida en que esa gente puede sentirla— la idea de que podía ser asesinado, por misteriosos motivos, por los Verloc, pasó no tanto por su mente cuanto por la boca de su estómago y se fue dejándole un rastro de debilidad... una indisposición. El camarada Ossipon no se sintió muy bien, en un sentido muy especial, durante un momento, un largo momento, Y miraba fijo. Mr. Verloc estaba recostado, muy quieto, mientras tanto, simulando dormir por razones propias, en tanto que su salvaje mujer hacía guardia en la puerta, invisible y silenciosa en la calle oscura y desierta. ¿Sería todo eso algún tipo de arreglo espantoso inventado por la policía a beneficio exclusivo de él? Su modestia lo apartó de esa explicación.

Pero el verdadero sentido de la escena que estaba viendo llegó hasta Ossipon a través de la contemplación del sombrero. Parecía una cosa extraordinaria, un objeto ominoso, un signo. Negro, las alas hacia arriba, yacía sobre el piso y frente al asiento como si estuviera preparado para recibir las contribuciones de un penique de la gente que quisiera llegar a ver a Mr. Verloc en la plenitud de su ocio doméstico, reposando sobre un sofá. A partir del sombrero, los ojos del robusto anarquista vagaron hacia la mesa desplazada, rozaron por un momento la fuente rota, recibieron un impacto óptico al observar un brillo blanco por debajo de los párpados no del todo cerrados del hombre en el asiento. Mr. Verloc no parecía muy dormido ahora, acostado con la cabeza inclinada y mirando con insistencia hacia el lado izquierdo de su pecho. Y cuando el camarada Ossipon distinguió el mango del cuchillo, se apartó de la puerta vidriera entre náuseas violentas.

El golpe de la puerta de calle hizo brincar de pánico su alma. Esa casa con su aspecto inocuo todavía podía ser una trampa... una trampa terrible. El camarada Ossipon no tenía una concepción fija de lo que le estaba ocurriendo. Su muslo golpeó contra la punta del mostrador, se dio vuelta y tambaleó con un grito dolorido; entre el perturbante tintineo de la campanilla sintió sus brazos sujetos a los costados por un convulsivo abrazo, mientras los fríos labios de una mujer trepaban hacía su oído para decir—¡Un policía! ¡Me ha visto!

Dejó de resistir; ella no lo dejaría ir nunca. Había cerrado sus dedos con un entrelazamiento inseparable por detrás de la robusta espalda de Ossipon. Mientras los pasos se aproximaban, respiraron rápido, pecho contra pecho, con ardua, trabajosa respiración, como si estuvieran enlazados en una lucha mortal, cuando, en realidad, se trataba de un temor mortal. Y el tiempo se hizo largo.

El agente de ronda había visto, por cierto, algo de Mrs. Verloc; sólo que como él venía de la avenida iluminada al otro lado de Brett Street, Mrs. Verloc había sido nada más que un revoloteo en la oscuridad.

Y tampoco estaba del todo seguro de que hubiese habido ese revoloteo.

No tenía motivos para apresurarse. Al llegar frente al negocio observó que debía haber cerrado temprano. No había nada demasiado inusual en ello. Los hombres de servicio tenían instrucciones especiales acerca de ese negocio: no debían entremeterse en lo que ocurriese allí, a menos que se tratara de un desorden absoluto, pero todas las observaciones hechas tenían que ser recortadas. No había observaciones que hacer; pero por sentido del deber y por la paz de su conciencia, imputable también a ese dudoso revoloteo de la

oscuridad, el agente cruzó la calle y tanteó la puerta. La cerradura de golpe, cuya llave reposaba para siempre fuera de servicio en el bolsillo del chaleco del difunto Mr. Verloc, resistió tan bien como otras veces. Mientras el consciente oficial sacudía el picaporte, Ossipon sintió que los fríos labios de la mujer se movían reptando hasta su oído:

—Si entra, máteme... mátame, Tom.

El agente se alejó, iluminando al pasar, con su linterna sorda, por simple fórmula, la vidriera del negocio. Por un momento más, adentro, el hombre y la mujer se mantuvieron inmóviles, jadeantes, pecho contra pecho; luego los dedos de ella se abrieron, sus brazos cayeron a los costados, lentamente. Ossipon se apoyó contra el mostrador. El robusto anarquista necesitaba un urgente sostén. Eso era tremendo. Estaba casi demasiado irritado para hablar. Pero con todo llegó a articular un pensamiento quejumbroso, demostrativo de que, al fin, comprendía su situación.

«Sólo un par de minutos más y me hubiese hecho tropezar contra ese tipo que hurgaba por aquí con su maldita linterna.» La viuda de Mr. Verloc, inmóvil en mitad del negocio, decía con insistencia:

—Vaya y apague esa luz, Tom. Me volverá loca.

Vio apenas el vehemente gesto de negación del hombre. Nada en el mundo podía haber inducido a Ossipon a entrar en el cuarto. No era supersticioso pero ahí había demasiada sangre en el piso; un charco brutal alrededor del sombrero. Juzgó que había estado demasiado cerca ya de ese cadáver, para la paz de su mente... tal vez para la seguridad de su cuello.

—La llave de paso, entonces. ¡Ahí! Mire, en ese rincón.

La robusta sombra del camarada Ossipon, brusca y oscura, cruzó a zancadas el negocio y se agachó en un rincón, obediente; pero su obediencia no tenía gracia. Buscó a tientas, en medio de su nerviosismo y de pronto, detrás de la puerta vidriera, el sonido de fluencia ronroneante de la luz vaciló hasta un jadeo, el lamento histérico de una mujer. La noche, el inevitable gremio de las tareas honradas de los hombres sobre esta tierra, esa noche había caído sobre Mr. Verloc, el experimentado revolucionario, «uno de los de antes», el humilde guardián de la sociedad; el invalorable Agente Secreto _. de los despachos del Barón Stott—Wartenheim; un servidor de la ley y el orden, leal, confiable, certero, admirable, con una única afable debilidad: la creencia idealista de sentirse amado por sí mismo.

Ossipon buscó a tientas su camino de regreso, a través de la atmósfera sofocante, ahora negra como la tinta, hacia el mostrador. La voz de Mrs. Verloc, parada en medio del negocio, vibraba en esa negrura, a sus espaldas, con una desesperada protesta.

—No me colgarán, Tom. No lo harán...

Calló. Ossipon, desde el mostrador, formuló una advertencia.

—No grite así.— Luego pareció reflexionar profundamente.— ¿Usted sola lo hizo?— preguntó en un tono hueco, pero calmo, con apariencia de dominio, que infundió en el corazón de Mrs. Verloc agradecida confianza en la fuerza de esa protección.

—Sí— susurró, invisible.

—No lo hubiera creído posible— musitó él—. Nadie lo creería.— Ella lo oyó moverse y escuchó el sonido de una cerradura en la puerta del salón. El camarada Ossipon había echado llave sobre el reposo de Mr.

Verloc; y lo hizo no por reverencia ante la naturaleza eterna de ese descanso o cualquier otra consideración oscura y sentimental, sino por la exacta razón de que no estaba demasiado seguro acerca de si habría o no alguien más escondido en algún lugar de la casa. No confiaba en la mujer, o más bien se sentía incapaz en ese momento de juzgar qué era verdadero, posible e incluso probable en este pasmoso universo.

Estaba aterrado hasta más allá de toda capacidad de creer o desconfiar en los recovecos de este extraordinario asunto, que empezara con inspectores de policía y embajadas y sabe Dios dónde terminaría... en el patíbulo, para alguien. Estaba aterrado ante el pensamiento de que no podía probar qué uso de su tiempo había hecho desde las siete de la tarde, porque había estado remoloneando alrededor de Brett Street.

Sentía espanto ante esta mujer salvaje que lo había llevado allí y acaso quisiera hacerlo cómplice de ella, si no obraba con cuidado. Estaba aterrado por la rapidez con la que se había visto envuelto en semejante peligro— por cómo había caído. Hacía no más de veinte minutos que Ossipon la había encontrado.

La voz de Mrs. Verloc se elevó, sumisa, suplicando lastimosa:

—¡No deje que me cuelguen, Tom! Lléveme fuera del país. Trabajaré para usted. Seré su esclava. Lo amaré: no tengo a nadie en el mundo...

¿Quién querrá mirarme si usted no lo hace?— Calló por un momento; luego, en las profundidades de la soledad que la había rodeado con un hilo de sangre surgiendo del mango de un cuchillo, encontró una inspiración espantosa para ella— que había sido la respetable muchacha de la mansión de Belgravia, la leal, respetable mujer de Mr.

Verloc—. No le pido que se case conmigo— jadeó con acentos de bochorno.

La mujer dio un paso adelante en la oscuridad. Ossipon tuvo miedo de ella. No se hubiese sorprendido si de pronto hubiera sacado otro cuchillo destinado a su pecho. Y por cierto que no hubiera ofrecido resistencia. No tenía energía suficiente dentro de sí para decirle, en ese momento, que se mantuviese alejada. Pero le preguntó con voz cavernosa, con un tono extraño:

—¿Estaba dormido?

—No— le gritó ella y prosiguió, rápida— no estaba dormido; no. Me había estado diciendo que nada podía pasarle. Después de haberse llevado al chico, bajo mis propias narices, para matarlo... ese chico cariñoso, inocente, inofensivo. Mío, ya le conté. Estaba reposando en el sillón, muy tranquilo, después de matar al chico... a mi chico. Hubiera querido salir a las calles para no verlo más. Y me dijo así: «ven acá», después de decirme que yo había colaborado para matar al chico.

¿Me oye, Tom?; él me dijo así: «ven acá» después de sacarme el corazón junto con mi muchacho para aplastarlo en la basura.

Calló y luego, como en sueños, repitió:

—Sangre y basura. Sangre y basura.

Una luz iluminó al camarada Ossipon. Ese chico débil mental era el que había muerto en el parque. Y todo lo demás a su alrededor era una broma más completa que nunca: colosal. Y exclamó científicamente, en el colmo de su asombro:

—¡El degenerado... por el cielo!

—«Ven acá»— la voy, de Mrs. Verloc se elevó otra vez—.

¿De qué creía que yo estoy hecha? Dígame, Tom. «¡Ven acá!» ¡Yo! ¡Así! Había estado mirando el cuchillo y pensé que iba a ir ya que me deseaba tanto. ¡Oh, sí! Fui, por última vez... con el cuchillo.

Ossipon estaba demasiado aterrado de ella: la hermana de un degenerado...

ella misma una degenerada, del tipo asesino o tal vez del tipo embustero. El camarada Ossipon bien podía decir que su terror, además de todas las otras clases de miedo, era también científico. Era un pánico desmesurado y compuesto, que por su mismo exceso le daba en la oscuridad una falsa apariencia de calma y deliberación meditada.

Porque se movía y hablaba sin dificultad, a pesar de que estaba semihelado en voluntad y raciocinio, y nadie podía ver su cara lívida. Se sentía semimuerto.

Ossipon pegó un salto en el aire. Sin aviso, Mrs. Verloc había mancillado la impoluta, reservada decencia de su hogar con un estridente y terrible alarido.

—¡Ayúdeme, Tom! ¡Sálveme! ¡No quiero que me cuelguen!

Se precipitó hacia adelante, cerrándole la boca con una mano silenciadora y el chillido se apagó. Pero con ese movimiento se había puesto otra vez junto a ella. La sintió abrazada a sus piernas, y su terror arribó a su punto culminante, se convirtió en una especie de intoxicación, generadora de alucinaciones, y adquirió las características de un delirium tremens. Veía, objetivamente, serpientes. Vio a la mujer enroscada en torno a él, como una

serpiente que no se podía sacudir de encima. No estaba moribunda. Era la muerte misma... la compañera de la vida.

Mrs. Verloc, como si se hubiera aliviado con el estallido, estaba muy lejos de ese desvarío; estaba en estado lamentable.

—Tom, usted no me puede echar ahora— murmuró desde el piso—.

No, a menos que me aplaste la cabeza con su talón. No lo dejaré.

—Levántese— dijo Ossipon.

La cara del hombre estaba tan pálida como para ser bastante visible en la profunda oscuridad negra del negocio; en cambio Mrs. Verloc, velada, no tenía cara, casi no tenía forma discernible. El temblor de algo pequeño y blanco, una flor en su sombrero, marcaba su ubicación, sus movimientos.

Ese objeto se irguió en la negrura. Una vez que estuvo de pie, Ossipon se arrepintió de no haber corrido afuera, de inmediato, hacia la calle. Pero se percató muy pronto de que no hubiera podido hacerlo.

No. Ella hubiera corrido detrás de él. Lo hubiera perseguido gritando hasta que todos los policías al alcance de su voz se hubieran puesto a cazarlos. Y luego sólo Dios sabía qué iría a decir ella de él. Estaba tan aterrado que por un momento la insana idea de estrangularla en la oscuridad pasó por su cabeza. ¡Y se sintió más aterrado que antes! Ella lo tenía en su poder. Se vio a sí mismo viviendo en abyecto terror en algún oscuro villorrio de España o Italia; hasta que un buen día lo encontraran muerto, también, con un cuchillo en el pecho... como Mr.

Verloc. Suspiró hondo. No se atrevía a moverse. Y Mrs. Verloc esperaba en silencio lo que buenamente quisiera hacer su salvador, deduciendo de su mutismo que él estaba animado.

De pronto el hombre habló, con voz casi natural. Sus reflexiones habían llegado a un punto final.

—Salgamos o perderemos el tren.

—¿Adónde vamos, Tom?— preguntó con timidez: Mrs. Verloc ya no era una mujer libre.

—Primero a París, el mejor camino que podemos... Salga primero y fíjese si tenemos vía libre.

Obedeció. Su voz llegó sumisa a través de la puerta abierta con cautela.

—Todo anda bien.

Ossipon salió. A pesar de todos sus esfuerzos por ser suave, la campanilla rajada resonó detrás de la puerta, dentro del negocio vacío, como si en vano quisiese advertir a Mr. Verloc de la partida final de su mujer... acompañada por su amigo.

En el coche, que tomaron de inmediato, el robusto anarquista se explayó. Aún tenía una terrible palidez, y sus ojos parecían haberse hundido media pulgada en su cara tensa. Pero dio la impresión de haber pensado en todo con extraordinario método.

—Cuando lleguemos— explicó con un tono desfalleciente, monótono— debe ir hacia la estación lejos de mí, como si no nos conociéramos.

Yo compraré los boletos y le deslizaré el suyo en la mano al pasar a su lado. Luego usted se irá a la sala de espera para mujeres, de primera, y se sentará allí hasta diez minutos antes de que el tren salga. Entonces saldrá. Yo estaré afuera. Usted irá a la plataforma, primero, como si no me conociera. Puede haber ojos vigilantes que saben qué es qué. Sola, usted es sólo una mujer que viaja en tren. Yo soy conocido. Conmigo, usted puede ser reconocida como Mrs. Verloc, huyendo. ¿Me comprende, querida?— agregó con esfuerzo.

—Sí— dijo Mrs. Verloc, sentada allí, junto a él, dentro del coche, rígida por el temor a la horca y el miedo a la muerte—. Sí, Tom.—Y agregó para sí misma, como si fuera un refrán horrible— «se le dio una caída de catorce pies».

Ossipon, sin mirarla, con la cara como un molde de sí misma, hecho de yeso fresco después de una enfermedad agotadora, dijo:

—De paso, tengo que tener el dinero para los boletos, démelo ahora.

Mrs. Verloc desprendió algunos ganchos de su vestido, con la mirada fija hacia adelante; más allá del guardabarros, y le entregó el librito nuevo, encuadernado en piel de chancho. Él lo recibió sin una palabra y lo sumergió muy hondo en algún sitio de su propio pecho.

Luego palmeó el costado de su saco, desde afuera.

Todo esto fue hecho sin cambiar ni una sola mirada; eran como dos personas que esperan divisar una meta anhelada. Hasta que el coche no giró en una esquina, hacia el puente, Ossipon no volvió a abrir sus labios.

—¿Sabe cuánta plata hay en ese objeto?— preguntó como si interpelara con precaución a algún duende sentado entre las orejas del caballo.

—No— dijo Mrs. Verloc—. Él me lo dio. No lo conté. No pensé en eso hasta ahora. Además...

Su mano derecha se movió apenas. Fue tan expresivo ese pequeño movimiento de esa mano derecha que había asestado la cuchillada mortal en el corazón de un hombre menos de una hora antes, que Ossipon no pudo reprimir un estremecimiento; pero lo exageró en forma deliberada para murmurar:

—Tengo frío. Estoy destemplado por completo.

Mrs. Verloc miraba derecho hacia adelante, con la perspectiva de su huida. Una y otra vez, como un gallardete sable que se agitara a través de la calle, las palabras «se le dio una caída de catorce pies» se cruzaban en el camino de su mirada fija y tensa. A través del velo negro lo blanco de sus grandes ojos brillaba, refulgente, como si se tratara de los ojos de una mujer enmascarada.

La rigidez de Ossipon tenía algo formal, una desfalleciente expresión oficial. Se lo oyó otra vez, en forma repentina, como si hubiese estado atrapando algo para hablar.

—¡Mire! ¿No sabe si su... si él guardaba su dinero en el banco a su propio nombre o con otro nombre?

Mrs. Verloc volvió hacia él su rostro enmascarado y el intenso fulgor blanco de sus ojos.

—¿Otro nombre?— dijo, pensando.

—Sea exacta— sermoneó Ossipon en la agitación del coche—. Es de extrema importancia. Le voy a explicar. El banco tiene los números de estas letras. Si le pagaron a su propio nombre, cuando su... cuando su muerte se sepa, las letras pueden servir para rastrearnos, ya que no tenemos más plata que ésa. ¿Tiene más dinero consigo?

Ella sacudió la cabeza negativamente— ¿Nada más?— insistió el hombre.

—Unos pocos cobres.

—Podría ser peligroso, en ese caso. Habría que tener especial cuidado en gastarlas. Muy especial. Tal vez tendríamos que perder más de la mitad del monto para poder cambiarlas en un lugar seguro que yo conozco en París. En el otro caso quiero decir, si él tenía esa cuenta y la cobró con otro nombre, Smith, por ejemplo— no hay riesgo alguno en usar este dinero. ¿Comprende? El banco no tiene medios para saber que Mr. Verloc y, digamos, Smith son una y la misma persona. ¿Ve usted cuánta importancia tiene que no se equivoque al contestarme?

¿Puede contestar esta pregunta? Tal vez no, ¿eh?

La mujer respondió con tranquilidad:

—¡Ahora me acuerdo! No depositó bajo su propio nombre. Una vez me dijo que había hecho el depósito a nombre de Prozor.

—¿Está segura?

—Por completo.

—¿Cree que el banco tuviera conocimiento de su nombre verdadero?

¿O que alguien en el banco o...?

Ella se encogió de hombros.

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Es probable, Tom?

—No. Supongo que no es probable. Hubiera sido más cómodo saber...

Ya llegamos. Baje primero y camine derecho adentro. Muévase con soltura.

Ossipon se quedó atrás y sacó de su propia plata para pagar al cochero.

El programa trazado por su minuciosa previsión estaba en marcha.

Cuando Mrs. Verloc con su boleto para St. Malo en la mano, entró en el salón de espera para damas, el camarada Ossipon se encaminó hacia el bar y en siete minutos sorbió tres medidas de brandy caliente y agua.

—Para sacarme el frío— explicó a la chica del bar, con una mueca amistosa y una sonrisa. Luego salió, llevándose de ese festivo interludio la cara de un hombre que hubiera bebido en la propia Fuente del Dolor. Levantó los ojos hacia el reloj. Ya era la hora. Esperó.

Puntual, Mrs. Verloc apareció, con el velo bajo, y toda de negro, negra como la muerte misma, según se dice, coronada con unas poquitas flores pálidas y baratas. Pasó junto a un grupito de hombres que reían, pero cuya risa podía morir con una sola palabra. La mujer caminaba con paso indolente, pero su espalda estaba rígida y el camarada Ossipon miró hacia atrás con terror antes de empezar a caminar.

El tren estaba listo, con muy poca gente en la hilera de sus puertas abiertas. A causa de la época del año y del tiempo abominable, había pocos pasajeros. Mrs. Verloc caminó con lentitud a lo largo de los compartimientos vacíos hasta que Ossipon le tocó el codo por detrás.

—Aquí.

Subió, mientras él permanecía en la plataforma mirando a su alrededor.

Ella se inclinó hacia afuera y con un susurro:

—¿Qué pasa, Tom? ¿Hay algún peligro?

—Espere un momento. Ahí está el guarda.

Lo vio abordar a un hombre de uniforme. Hablaron un rato. Luego oyó que el guarda decía:

—Muy bien, señor— y se tocó la gorra.

Después llegó de regreso Ossipon, diciendo:

—Le pedí que no dejara subir a nadie en este compartimiento.

—Usted piensa en todo... ¿Me sacará de aquí, Tom?— recostada en su asiento preguntaba con tono de angustia, y levantó con brusquedad el velo para mirar a su salvador.

Había descubierto un rostro adamantino. Y en esa cara los ojos miraban, grandes, secos, agrandados, opacos, abrasados, como dos agujeros negros en los globos blancos y brillantes.

—No hay peligro— le dijo él, mirándola con una seriedad casi arrebatada, que a Mrs. Verloc, prófuga de la horca, le pareció llena de fuerza y ternura. Esa devoción la conmovió en lo hondo y su rostro adamantino perdió la torva rigidez de su terror. El camarada Ossipon miró esa cara como ningún amante había mirado jamás el rostro de su amada. Alexander Ossipon, anarquista, apodado el Doctor, autor de un panfleto médico (e indecoroso), antiguo conferenciante sobre los aspectos sociales de la higiene en los clubes de obreros, estaba libre de las trabas de la moral convencional... pero se sometía a la ley de la ciencia. Era científico y observaba científicamente a esa mujer, la hermana de un degenerado, ella misma degenerada, del tipo asesino. La observó e invocó a Lombroso, como un campesino italiano se encomienda a su santo favorito. La observaba científicamente. Observó sus mejillas, la nariz, los ojos, las orejas... ¡Malo!... ¡Fatal! Los pálidos labios de Mrs. Verloc se separaban, relajados bajo la mirada atenta, apasionada; él observó también sus dientes... No cabía duda... de tipo asesino... Si el camarada Ossipon no encomendó su alma aterrorizada a Lombroso, fue sólo porque con fundamentos científicos no podía creer que tuviera algo así como un alma. Pero era poseedor de un espíritu científico, que lo impulsó a testimoniar, sobre la plataforma de una estación de ferrocarril, con frases nerviosas y entrecortadas:

—Era un muchachito extraordinario, su hermano. Muy interesante para un estudio. Un tipo perfecto en cierto sentido. ¡Perfecto!

Habló científicamente, en su secreto temor. Y Mrs. Verloc oyendo esas palabras de encomio dedicadas a su amado muerto, se inclinó hacia adelante con un aleteo de luz en sus ojos sombríos, como un rayo fúlgido anunciando una tempestad de lluvia.

—Así era, por cierto— susurró con suavidad, los labios temblorosos—.

Usted se fijaba mucho en él, Tom. Yo lo amé por eso.

—Es casi increíble el parecido que había entre ustedes dos— prosiguió Ossipon, y le estaba dando voz a su inamovible temor y tratando de aplacar su nerviosa, enfermiza impaciencia por la partida del tren—.

Sí, se le parecía.

Estas palabras no eran conmovedoras ni simpáticas en especial.

Pero la insistencia en recordar el parecido fue suficiente de por sí para provocar en Mrs. Verloc una emoción muy profunda. Con un débil grito, echando los brazos afuera, se desató en lágrimas, por fin.

Ossipon subió al compartimiento, cerró con precipitación la puerta y miró la hora en el reloj de la estación. Ocho minutos más.

Durante los tres primeros, Mrs. Verloc lloró violenta y desamparadamente, sin pausa ni interrupción. Luego se recobró un poco y sollozó, mansa, una lluvia abundante de lágrimas. Y a continuación trató de hablar a su salvador, al hombre que era mensajero de vida.

—¡Oh, Tom! ¿Cómo podía temerle a la muerte, después que me lo quitaron con tanta crueldad? ¡Cómo podía! ¡Cómo podía ser tan cobarde!

En voz alta se lamentó por su amor a la vida, esa vida llevada sin gracia ni encanto, y casi sin decencia, pero de una exaltada fidelidad a su objetivo, hasta el punto de llegar al asesinato. Y, como pasa a menudo en los lamentos de la pobre humanidad, rica en sufrimiento, pero indigente en palabras, la verdad— el grito mismo de la verdad— estuvo en una desgastada fórmula artificial, recogida en alguna parte, entre frases sensibleras.

—¡Cómo pude temerle a la muerte! Tom, lo intenté, pero tenía miedo. Traté de tirarme. Y no pude. ¿Soy mezquina? Supongo que la copa de horrores no está todavía lo bastante llena como para mí. Después llegó usted...

Hizo una pausa. Luego, como una confidencia, con gratitud, sollozó:

—¡Viviré todos mis días para usted, Tom!

—Vaya al otro lado del vagón, lejos de la plataforma— dijo Ossipon, solícito. Ella se dejó acomodar por su salvador y él observó que sobrevenía otra crisis de llanto, más violenta que la primera. Controló los síntomas con una especie de aire medical, como si contara los segundos.

Oyó, por fin, el silbato del guarda. Una contracción involuntaria del labio superior descubrió sus dientes, dándole todo el aspecto de una decisión salvaje, tan pronto como sintió que el tren empezaba a moverse.

Mrs. Verloc no oyó ni se percató de nada y Ossipon, su salvador, se mantuvo quieto. Veía que el tren rodaba más veloz, retumbando con fuerza por encima de los bajos sollozos de la mujer, y cruzando el compartimiento en dos zancadas, abrió deliberadamente la puerta y saltó afuera.

Había saltado al llegar justo al final del andén; y puso tanta pertinacia en cumplir su plan desesperado, que por una especie de milagro, cumplido casi en el aire, logró cerrar la puerta

del tren. Sólo después se encontró rodando hecho un ovillo, como un conejo herido. Estaba magullado, golpeado, pálido como la muerte y sin aliento cuando se levantó. Pero estaba sereno y en perfectas condiciones para enfrentarse con la excitada muchedumbre de empleados de ferrocarril que se había reunido a su alrededor en un momento. Les explicó, con tono gentil y convincente, que su mujer había viajado ante la noticia imprevista de que la madre estaba moribunda, en Bretaña; eso, por supuesto, la había trastornado muchísimo y él se había preocupado por su aflicción así que estaba consolándola y ni siquiera se dio cuenta de que el tren ya estaba en movimiento. A la exclamación general «¿por qué no fue hasta Southampton, entonces, señor?», objetó la inexperiencia de una joven cuñada que había quedado sola en la casa, con tres criaturitas y su consiguiente alarma si él no llegaba, ni avisaba, ya que el telégrafo estaba cerrado a esa hora. Había actuado en forma impulsiva.

—Pero creo que nunca más voy a hacerlo— concluyó; sonrió a toda la rueda, distribuyó algunas moneditas y se marchó sin vacilar; salió de la estación.

Afuera, el camarada Ossipon, cargado de letras de banco como jamás lo había estado en su vida, rechazó el ofrecimiento de un cochero.

—Puedo caminar dijo, con una sonrisita amistosa para el cortés conductor.

Podía caminar. Caminó. Cruzó el puente. Más adelante, las torres de la Abadía, macizas e inmóviles, vieron pasar la mata amarilla de su pelo, debajo de los faroles. Las luces de Victoria lo vieron también, y Sloane Square, y las verjas del parque. Y el camarada Ossipon, una vez más se encontró sobre un puente. El río, una siniestra maravilla de sombras quietas y resplandores fluyentes, confundiéndose abajo en un silencio negro, llamó su atención. Se detuvo mirando por encima del parapeto durante un largo rato. El reloj de la torre desató una ráfaga broncínea por encima de su cabeza inclinada. Miró el cuadrante... Las doce y media de una noche bravía en el Canal.

Y de nuevo caminó el camarada Ossipon. Su figura robusta fue vista esa noche en lugares distantes de la enorme ciudad, dormitando como un monstruo sobre una alfombra de barro, bajo un velo de desapacible niebla. Se lo vio cruzando las calles sin vida y sin sentido, o perdiéndose en las perspectivas de casas sombrías que bordeaban callejas vacías, limitadas por hileras de faroles de gas. Caminó a través de plazas, parques, rotondas, tribunales, a través de calles monótonas, sin nombre conocido, donde el fango de la humanidad permanece inerte y desesperanzado, fuera de la corriente de la vida. Caminó. Y de pronto, doblando por la verja de un jardín con un cantero de césped roñoso, se introdujo en una casita tiznada, con una llave que extrajo de su bolsillo.

Se tiró en la cama totalmente vestido y se quedó quieto por un cuarto de hora. Luego se sentó de pronto, levantó las rodillas y se abrazó las piernas. La primera claridad lo encontró con los ojos abiertos, en esa misma postura. Ese hombre que podía caminar tanto tiempo, tanta distancia, tan sin rumbo, sin mostrar signos de fatiga, podía también estar sentado, quieto durante horas sin mover un brazo ni parpadear.

Pero cuando el sol de la mañana envió sus rayos a la habitación, desentrelazó las manos y cayó hacia atrás, sobre la almohada. Sus ojos miraron fijos el cielo raso. Y de pronto se cerraron. El camarada Ossipon dormía a la luz del sol.

XIII

El enorme candado de hierro, sobre las puertas del armario empotrado, era el único objeto en el cuarto sobre el que el ojo podía detenerse sin sentir aflicción por la miserable falta de encanto de las cosas y la pobreza evidente. De poca salida en las ventas corrientes, por sus notables proporciones, lo había cedido al Profesor, a cambio de unos pocos peniques, el dueño de un almacén marinero del este de Londres.

El cuarto era grande, limpio, respetable y pobre, con esa pobreza que sugiere la carencia de toda otra comida que no sea el pan seco. En las paredes no había nada más que el empapelado, una superficie verdearsénico, manchada con indelebles tiznaduras y con chorreaduras que hacían pensar en mapas marchitos de continentes deshabitados.

Junto a la mesa de tablas, al lado de la ventana, estaba el camarada Ossipon, sosteniéndose la cabeza entre los puños. El Profesor, vestido con su único traje de tweed ordinario, pero arrastrando de un lado a otro, por el piso desnudo, un par de pantuflas increíblemente gastadas, sumergía sus manos en lo hondo de los bolsillos estirados de su saco. Estaba relatando a su robusto huésped una visita que, pocos días antes, le había devuelto al Apóstol Michaelis. El Perfecto Anarquista jamás había cedido un ápice.

—El tipo no sabía nada de la muerte de Verloc. ¡Por supuesto!

Nunca lee los diarios. Lo ponen demasiado triste, dice. Pero no importa.

Yo fui caminando hasta su quinta. Ni un alma en toda la casa. Tuve que golpear una media docena de veces antes que me contestara. Pensé quo todavía estaría dormido, en la cama. Pero no. Ya hacía cuatro horas que estaba escribiendo su libro. Estaba sentado en esa jaulita, en medio de un revuelo de papeles. En la mesa había una zanahoria cruda, comida a medias. Su desayuno. Ahora vive a dieta de zanahoria cruda y un poco de leche.

—¿Qué aspecto tiene?— preguntó el camarada Ossipon, indiferente.

—Angélico... Recogí un puñado de hojas del suelo. La pobreza de razonamiento es asombrosa. No tiene lógica. No puede pensar con coherencia. Pero eso no es nada. Ha dividido su biografía en tres partes, tituladas: Fe, Esperanza, Caridad. Ahora está elaborando la idea de un mundo planeado como un inmenso y bello hospital, con jardines y flores, en donde los fuertes son tan devotos de sí mismos como para cuidar a los débiles.

El Profesor hizo una pausa.

—¿Usted concibe esta locura, Ossipon? ¡Los débiles! ¡La fuente de todo el mal sobre la tierra!— continuó con torva seguridad—. Le dije que había soñado con un mundo que fuese un matadero donde los débiles iban a una exterminación total. ¿Comprende, Ossipon? ¡La fuente de todo mal! Están nuestros siniestros amos: el débil, el blando, el tonto, el cobarde, el débil de corazón y el esclavo de la mente. Ellos tienen poder. Son muchedumbre. Suyo es el reino de la tierra. ¡Exterminio, exterminio! Ésa es la única vía de progreso. ¡Lo es! Atiéndame, Ossipon.

Primero, la gran multitud de débiles; luego, los relativamente fuertes. ¿Se da cuenta? Primero los ciegos, después los sordos y los mudos, luego los cojos y los lisiados y así siguiendo. Toda corrupción, todo vicio, todo prejuicio, toda convención tiene que ser condenada al exterminio.

—¿Y qué queda?— preguntó Ossipon, con voz ahogada.

—Quedo yo... si soy lo bastante fuerte— aseguró el cetrino, diminuto Profesor, cuyas largas orejas, como membranas, separadas de los costados de su frágil cráneo, enrojecieron de pronto.

—¿No he sufrido lo bastante esta opresión del débil?— continuó, violento. Luego, golpeando el bolsillo interno de su saco, agregó—: y todavía yo soy la fuerza. ¡Pero el tiempo! ¡El tiempo! ¡Denme tiempo!

¡Ah!, esa multitud, demasiado estúpida para sentir piedad o miedo. A veces pienso que ellos lo tienen todo a su favor. Todo... incluso la muerte, mi propia arma.

—Venga conmigo, tomemos una cerveza en el Silenus— dijo el robusto Ossipon después de un intervalo de silencio, lleno del flap—flap de las pantuflas que cubrían los pies del Perfecto Anarquista. Éste aceptó. Estaba jovial ese día, a su propio y peculiar modo. Palmeó el hombro de Ossipon.

—¡Cerveza! ¡Muy bien! Bebamos y seamos felices, porque nosotros somos fuertes y mañana moriremos.

Se ocupó en ponerse las botas y entretanto habló con su tono seco y resuelto.

—¿Qué le pasa Ossipon? Lo veo malhumorado y busca mi compañía.

Me han dicho que se lo ve siempre en lugares donde los hombres dicen cosas absurdas entre vasos de licor. ¿Por qué? ¿Abandonó su colección de mujeres? Son las débiles que alimentan al fuerte, ¿eh?

Bajó un pie y tomó su otra bota acordonada, ordinaria, de gruesa suela, sin lustre, arreglada varias veces. Se sonrió a sí mismo, torvo.

—Dígame, Ossipon, hombre terrible, ¿alguna de sus víctimas se suicidó por usted alguna vez, o sus triunfos son tan incompletos? Porque sólo la sangre pone un sello de grandeza. Sangre. Muerte. Fíjese en la historia.

—Váyase al diablo— dijo Ossipon, sin volver la cabeza.

—¿Por qué? Déjelo como esperanza para los débiles, cuya teología inventó el infierno para los fuertes. Ossipon, siento hacia usted un amistoso desdén. Usted no mataría ni a una mosca.

Pero mientras iban hacia la fiesta, en la parte superior de un ómnibus, el Profesor perdió su elevado espíritu. La contemplación de las muchedumbres transitando por la calle extinguía su seguridad con una carga de dudas y desasosiego, que únicamente podía quitarse luego de un período de aislamiento en el cuarto del gran armario, cerrado con un candado enorme.

—Y entonces— le dijo por sobre el hombro el camarada Ossipon, que estaba sentado detrás del Profesor— entonces Michaelis sueña con un mundo parecido a un bello y alegre hospital.

—Eso mismo. Una inmensa institución de caridad para curar a los débiles— asintió el Profesor, sardónico.

—Eso es ridículo— admitió Ossipon—. No se puede curar la debilidad.

Pero después de todo Michaelis puede no estar equivocado. Dentro de doscientos años los médicos gobernarán el mundo. La ciencia reina ya. Reina en la sombra, quizá, pero reina. Y toda ciencia debe culminar a la larga en la ciencia de curar... no al débil sino al fuerte. La humanidad quiere vivir... vivir.

—La humanidad— aseguró el Profesor, con una segura chispa en sus anteojos de marco metálico— no sabe lo que quiere.

—Pero usted sí— gruñó Ossipon—. Recién estuvimos reclamando tiempo, tiempo. Bien, los doctores le darán ese tiempo, si usted es apto.

Usted se considera uno de los fuertes, porque lleva en el bolsillo material suficiente para mandarlo a usted y, digamos, a veinte personas más a la eternidad. Pero la eternidad es un hoyo maldito. Ése es el tiempo que usted necesita. Si encontrara un hombre que le pudiera dar con seguridad diez años de tiempo, lo llamaría amo.

—Mi consigna es: ni dios, ni amo— dijo el Profesor sentenciosamente, al pararse para bajar del ómnibus.

Ossipon lo siguió:

—Espere hasta que esté acostado de espaldas al final de su tiempo -le contestó, saltando del estribo por detrás del Profesor—Su ruin, zaparrastroso, mugriento pedacito de tiempo— continuó, cruzando la calle y subiendo al cordón.

—Ossipon, yo creo que usted es un farsante— dijo el Profesor, abriendo en forma imperiosa las puertas del renombrado Silenus. Luego, cuando se sentaron a una mesita, desarrolló con amplitud ese gracioso pensamiento—. Usted ni siquiera es doctor. Pero es cómico. Su idea de una humanidad universalmente olvidada de las diferencias de lengua y tomando la píldora de polo a polo, por orden de unos pocos solemnes bromistas, es digna de un profeta. ¡Profecías! ¿Para qué sirve pensar en lo que ha de ocurrir?— levantó su vaso—. Por la destrucción de lo que existe— dijo con calma.

Bebió y retomó su peculiar silencio cerrado. El pensamiento de una humanidad tan numerosa como los granos de arena de las playas del mar, tan indestructible, tan difícil de manejar, lo deprimía. El sonido de bombas explotando se perdía en su inmensidad de granos pasivos, sin un eco. Por ejemplo, este asunto Verloc. ¿Quién piensa ahora en él?

Ossipon, como si una fuerza misteriosa lo impulsara, sacó de su bolsillo un diario todo doblado. El Profesor levantó la cabeza al oír el crujido.

—¿Qué diario es? ¿Hay algo importante?— preguntó.

Ossipon empezó a hablar como un sonámbulo.

—Nada. Nada de nada. Un asunto de diez días atrás. Me lo olvidé en el bolsillo, supongo.

Pero no tiró ese papel viejo. Antes de volverlo a su bolsillo, le echó una mirada al párrafo final. Esas líneas decían: Un impenetrable misterio parece destinado a ocultar para siempre este acto de locura o desesperación.

Así decía el final de un artículo titulado: «SUICIDIO DE UNA PASAJERA DE UN VAPOR QUE CRUZABA EL CANAL». El camarada Ossipon era conocedor de las bellezas de ese estilo periodístico.

Un impenetrable misterio parece destinado a ocultar para siempre...

Se sabía todas las palabras de memoria. Un impenetrable misterio...

Y el robusto anarquista dejó caer la cabeza sobre su pecho y se sumergió en una larga ensoñación.

Este asunto amenazaba las propias fuentes de su existencia. Ya no podía ir a buscar sus varias conquistas, las que solía cortejar en los bancos de Kensington Gardens, ni las que encontraba junto a las verjas, sin el temor de empezar a hablarles de un impenetrable misterio destinado...

Estaba poniéndose científicamente temeroso de insania, la que lo aguardaba, expectante, entre esas líneas. A ocultar para siempre este. Era una obsesión, una tortura. Había fallado al querer mantener algunos de esos encuentros, cuya característica solía ser una infinita confianza en el lenguaje sentimental y en una viril ternura. La confiada actitud de los distintos tipos de mujeres satisfacía las necesidades de su amor a sí mismo, y ponía algunos recursos materiales en sus manos.

Los necesitaba para vivir.. Y estaban ahí. Pero si ya no podía hacer uso de ellos, corría el riesgo de matar de inanición sus ideales y su cuerpo...

Este acto de locura o desesperación.

Un impenetrable misterio, sin duda, iba a ocultar para siempre en cuanto a la humanidad se refería. ¿Pero qué ocurría si él solo entre todos los hombres jamás lograra desembarazarse de conocer ese abominable misterio? Y el conocimiento del camarada Ossipon era demasiado preciso, llegaba más allá del mismo umbral del misterio destinado a ocultar para siempre...

El camarada Ossipon estaba bien informado. Sabía lo que había visto el hombre del embarcadero: «una mujer con vestido negro, un velo negro, vagando sola, a medianoche, por el muelle. ‘Si va a tomar el barco, señora’, le había dicho a la mujer, `es por aquí’. Parecía que ella no sabía qué hacer. La ayudó a subir; parecía sentirse débil».

Y Ossipon sabía también qué había visto la camarera: una mujer vestida de negro, de cara blanca, parada en medio de la cabina para damas que estaba vacía. La camarera la invitó a acostarse. La mujer no quería hablar, cono si estuviese en medio de un terrible problema.

Luego la camarera se dio cuenta de que la mujer se había ido de la cabina para damas. La camarera fue a buscarla a cubierta y el camarada Ossipon se enteró de que la buena mujer encontró a la desdichada dama sentada en uno de los asientos cubiertos. Sus ojos estaban abiertos pero no quiso responder a nada de lo que se le preguntaba. La camarera mandó llamar al jefe de camareros del barco y estas dos personas estuvieron paradas junto al asiento consultándose acerca de la extraordinaria y trágica pasajera. Hablaron con susurros audibles (porque ella parece haberlos oído) acerca de St. Malo y del cónsul de esa ciudad, de comunicarse con la familia de esa mujer, en Inglaterra.

Luego se fueron a preparar un lugar para ella abajo, porque, por cierto, a través de lo que veían en su cara, estaba a punto de morir. Pero el camarada Ossipon sabía que detrás de la blanca máscara de desesperación había una lucha contra el terror y la desesperación, una vigorosa vitalidad, un amor por la vida que podía resistir la furiosa angustia que lleva al asesinato y al miedo, el ciego, loco miedo de la horca. Lo sabía.

Pero la camarera y su jefe no sabían nada, excepto que cuando volvieron a buscarla, en menos de cinco minutos, la mujer de negro ya no estaba en el asiento. No estaba en ningún lado. Se había ido. Eran las cinco de la mañana, y no hubo ningún accidente, tampoco. Una hora después uno de los peones del barco encontró una alianza sobre el asiento. Se había adherido a la madera en una parte mojada y su resplandor atrajo la mirada del hombre.

Dentro del anillo había grabada una fecha: 24 de junio, 1879. Un impenetrable misterio parece destinado a ocultar para siempre...

Y el camarada Ossipon levantó su cabeza agobiada, amada por muchas humildes mujeres de estas islas, tal como Apolo por el resplandor soleado de su mata de pelo.

El Profesor se había puesto impaciente mientras tanto. Se puso de pie.

—Quédese— dijo Ossipon, con prisa—. ¿Qué sabe usted de locura y desesperación?

El Profesor se pasó la punta de la lengua por los labios secos y delgados y dijo, doctoralmente:

—Esas cosas no existen. Toda pasión se ha perdido ya. El mundo es mediocre, claudicante, sin fuerza. Y la locura y la desesperación son una fuerza. Y la fuerza es un crimen a los ojos de los tontos, los débiles y los bobos que tienen la sartén por el mango. Usted es mediocre.

Verloc, que tuvo ese asunto que la policía se encargó muy bien de tapar, era mediocre. Y la policía lo asesinó. Era un mediocre. Todo el mundo es mediocre. ¡Locura y desesperación! Deme esas fuerzas como palanca y moveré el mundo. Ossipon, usted tiene mi cordial desprecio.

Usted es incapaz de concebir, siquiera, lo que los ciudadanos bien alimentados llamarían un crimen. Usted no tiene fuerza.— Hizo una pausa, sonrió, sardónico, bajo el feroz brillo de sus gruesos lentes.

—Y déjeme decirle que esa herencia que, dicen, ha cobrado, no desarrolló su inteligencia. Se sienta con la cerveza adelante, como un idiota. Adiós.

—¿La aceptará?— dijo Ossipon, mirándolo con una mueca estúpida.

—¿Aceptar qué?

—La herencia. Toda.

El incorruptible Profesor sonrió apenas. Sus ropas se le caían de encima y sus botas, ya sin forma a fuerza de arreglos, pesadas como plomo, hacían agua a cada paso. Y le dijo:

—Le voy a mandar enseguida una listita de productos químicos que necesito para mañana. Los necesito con urgencia. ¿Comprendido, no?

Ossipon bajó la cabeza con lentitud. Estaba solo. Un impenetrable misterio... Le pareció ver, suspendido en el aire, su propio cerebro, latiendo al ritmo de un impenetrable misterio. Se notaba que estaba enfermo... Este acto de locura o desesperación...

La pianola junto a la puerta tocaba un vals desfachatado, luego se silenció de pronto, como si estuviera enojada.

El camarada Ossipon, apodado el Doctor, salió de la cervecería Silenus. En la puerta dudó, parpadeando ante la luz no demasiado espléndida del sol. El diario con el reportaje sobre el suicidio de una mujer estaba en su bolsillo. Su corazón latía contra él. El suicidio de una mujer, ese acto de locura o desesperación.

Caminó por la calle sin mirar dónde ponía sus pies; y caminó en una dirección que no iba a llevarlo al lugar de una cita con otra mujer (una institutriz madura que había puesto su confianza en la cabeza ambrosíaca y apolínea). Caminó alejándose de allí. No podía enfrentar a ninguna mujer. Era la ruina. No podía pensar, trabajar, dormir ni comer. Pero estaba empezando a beber con placer, con anticipación, con esperanza. Era la ruina. Su carrera revolucionaria, sostenida por el sentimiento y la confianza de muchas mujeres, estaba amenazada por un impenetrable misterio: el misterio de un cerebro humano latiendo equivocado al ritmo de frases periodísticas... ocultar para siempre este acto... El cerebro se inclinaba hacia un abismo... de locura o desesperación...

“Estoy seriamente enfermo», se dijo a sí mismo con criterio científico.

Ya su robusta figura, con el dinero del servicio secreto de una Embajada (heredado de Mr. Verloc) en sus bolsillos, marchaba hacia el abismo, como preparándose para la tarea de un futuro inevitable. Ya se agobiaban sus amplios hombros, su cabeza de ambrosía se preparaba a recibir la coyunda de cuero de un cartel sandwich. Como esa noche, más de una semana antes, el camarada Ossipon caminó sin mirar dónde ponía los pies, sin sentir fatiga, sin sentir nada, ni ver nada, ni oír ningún sonido. Un impenetrable misterio... Caminaba sin hacer caso de nada... Este acto de locura o desesperación.

Y el incorruptible Profesor caminaba, también, apartando sus ojos de la odiosa multitud de la humanidad. Él no tenía futuro; pero lo despreciaba.

Él era una fuerza. Sus pensamientos acariciaban imágenes de ruina y destrucción. Caminó frágil, insignificante, andrajoso; miserable y terrible en la simplicidad de su idea que convocaba a la locura y la desesperación para regenerar al mundo. Nadie lo miraba. Y avanzó insospechado y mortífero, como una peste en las calles llenas de hombres.